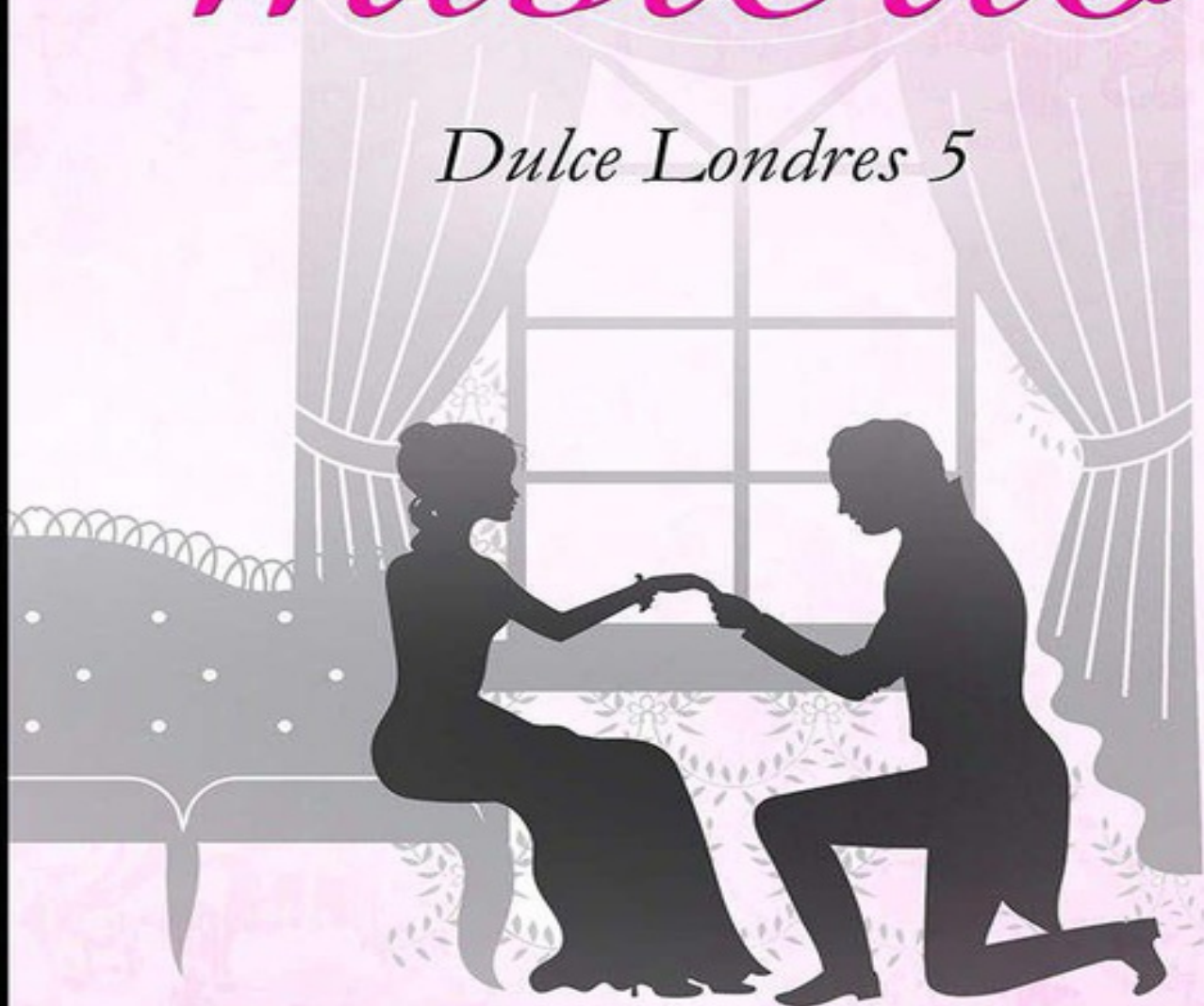


Selecta

Dulce misteria

Dulce Londres 5



EVA BENAVIDEZ

Dulce misterio
Saga dulce Londres 05

Eva Benavídez

Selecta

SÍGUENOS EN

megustaleer



Penguin
Random House
Grupo Editorial

PRÓLOGO

*(...) Muerte y vida, dos caras
de la misma moneda.*

Luz y oscuridad, dos estados del mismo espacio.

Bien y mal, dos reflejos de la misma alma.

Tú y yo, dos desconocidos con el mismo destino.

L*ondres, febrero de 1813*

Para el agente Johnson, aquella fría mañana de invierno era un día más de rutinario trabajo en Bow Street. Varios robos de carteristas y vándalos de poca monta reportados por gente acomodada, algunas denuncias de nobles sobre sustracciones de pertenencias por algún sirviente resentido y poco más. Aunque pronto, y como hacía tiempo no sucedía, uno de sus oficiales de calle apareció con una inquietante novedad.

Dos minutos después abordaba el carruaje que tenía preparado para emergencias pensando que a esto se debía su amor por aquel trabajo. La adrenalina de pasar de la monotonía a la acción en un parpadeo terminaba por convertirse en un afrodisíaco totalmente adictivo.

Y él era, hacía mucho, un adicto; tenía todos los síntomas, y por esa droga había perdido prácticamente todo lo que alguna vez le había importado. Incluso su propia alma y su conciencia.

—Es aquí, señor —le indicó la mujer mayor, quien llevaba como vestimenta

solo una bata de cama de color estridente y marcas oscuras bajo los ojos, las cuales, junto con las huellas en su rostro, daban cuenta de una vida dura y repleta de excesos.

Del otro lado de la puerta astillada y pintada de color púrpura lo esperaba un cuarto mal iluminado donde dominaba el espacio una gran cama decorada con dosel y sábanas, del mismo color de las paredes carmesí, algo desgastadas.

Había algunas botellas vacías de licor esparcidas por el suelo de alfombra gris manchada, y sobre una banqueta un bulto de ropa pulcramente doblado. Sin embargo, su mirada quedó fija en el hombre que yacía sobre el colchón, desnudo y con aspecto de no haberse movido en varias horas, de complexión robusta y denso cabello oscuro. No era de edad avanzada, sino madura, poco más de cincuenta años.

—Está muerto —dijo la dueña de la casa desde su posición, junto a la entrada.

Su voz no sonó espantada o impresionada, pues seguramente estaba acostumbrada a toparse con la parte cruda de la vida muy a menudo. Johnson no contestó, sino que sacó su libreta y comenzó a detallar todo lo que veía.

No era necesario responder, el cuadro que tenían delante hablaba por sí mismo: la inmovilidad del hombre, la línea negra en su cuello, el color ceniciento de su piel, y el olor. El aroma a descomposición cadavérica, que se mezclaba con el perfume barato que flotaba en todo el lugar.

—¿Sabe la identidad de la víctima? —preguntó, una vez que comprobó que en las manos rígidas del cuerpo no había ningún anillo que lo identificase, ni tampoco un papel o tarjeta en los bolsillos de su ropa, la cual era de excelente calidad y, por el material de la tela, se trataba de una persona de buen pasar.

—Sí, señor. Era un cliente asiduo —informó la madame, moviendo su mano cubierta de anillos para señalar al hombre—. Es uno de esos ricachones. Un duque, de hecho —agregó, pareciendo más entusiasmada que horrorizada por tener el cuerpo muerto de un aristócrata importante en su local.

Él se volvió a mirarla con las cejas alzadas al oír su aseveración de que podría tratarse de un noble de tal rango y le hizo un gesto impaciente para que terminara de hablar.

—Es el duque de Riverdan.

CAPÍTULO 1

*Amor y odio.
Dicha y sufrimiento.
Arrojo y cobardía.
Poder y debilidad.
Salvación y perdición.
Corazón y razón.
Tú y yo,
enfrentados entre el deseo
y la contención.
Impotentes ante la tentación y la pasión.
Divididos entre el destino y una elección.*

Extracto del libro: Susurros en la noche

L*ondres, octubre de 1815*

La mansión de los condes de Stranford era una de las propiedades más antiguas y grandes de Londres. Su visión solía dejar obnubilado a todo aquel que la visitaba. Las veladas que allí se celebraban siempre llevaban el sello de la elegancia y la opulencia, solo las familias aristocráticas más distinguidas eran invitadas, y recibir una de esas invitaciones les posicionaba en lo alto de periferia noble.

La larga fila de carruajes que avanzaba con lentitud se movió nuevamente y fue el turno de bajar del duque de Riverdan y sus acompañantes.

—¿Estás nerviosa, querida? —preguntó Ethan Withe, mirando de reojo a la joven que caminaba con dificultad a su lado, bajando la voz lo suficiente para

que la mujer mayor que había contratado como dama de compañía para su hermana no pudiese oír el intercambio de palabras.

Esa noche ella se veía más que encantadora en su vestido color crema, el cabello rizado recogido y elegantemente peinado, pero había estado más callada que de costumbre. Y era que sería el primer acontecimiento grande al que acudiría. Solo hacía una semana había hecho su puesta en largo, y luego había acudido a pequeñas veladas organizadas por amistades de la familia. En cierta manera, la mascarada que ofrecían los condes de Stranford sería su primer contacto con la gran masa aristocrática y podría relacionarse con caballeros que estuviesen aquella temporada incursionando en el mercado matrimonial en busca de esposa. Ethan había decidido que daría libertad de elección a su pequeña hermana para decidir sobre el matrimonio o la soltería, y que si ella deseaba permanecer soltera podría quedarse a su lado y llevar su vida como bien le pareciera. Pero Blair le había manifestado su deseo acérrimo de contraer nupcias y él, por supuesto, aceptó su voluntad y se aseguró de que, a pesar de estar saliendo de un período de luto, estuviese todo preparado para su debut en sociedad.

—Un poco —admitió ella, cuando ya habían terminado de subir la escalinata principal de la mansión—, aunque solo por tratarse de una novedad. No creo que en esta ocasión suceda algo diferente a las otras fiestas. Al menos, espero poder conocer algunas damas nuevas en el sector donde pasaré la noche sentada.

Ethan apretó la mandíbula al oír el innegable tono de resignación en las palabras de la joven y agradeció que estuviese llevando aquel antifaz negro, porque de lo contrario todos aquellos que en ese momento se encontraban observando su descenso por las escaleras que llevaban al gran salón de baile y que susurraban tras sus abanicos, se percatarían del rechazo y enojo con los que él les devolvía la mirada. Sabía que estaban murmurando, y le fastidiaba que ni siquiera se molestaran en disimular que el foco de su conversación era la torpeza con la que Blair se abría camino, debido a su marcada cojera.

Justamente aquello era lo que había querido ahorrarle. No era justo que Blair, además de tener que vivir con las dificultades que representaba una pierna tullida, tuviese que soportar las burlas y el desprecio de la sociedad londinense.

Pero ya no había manera de evitarlo. Solo esperaba que en algún lugar de ese salón hubiese un hombre capaz de mirar detrás de su condición física y llegara a cumplir el deseo de su hermana.

—Ya lo saben, niñas, no se alejen demasiado. Y bajo ningún concepto salgan de este salón —repitió por décima vez el conde Baltimore a las tres jóvenes que lo miraban divertidas y un poco exasperadas.

—Sí, Steven. Ya no somos unas niñas, sabemos cuidarnos —respondió la mayor.

—No deberías temer por nosotras, hermano, sino por los demás —se burló Violet Hamilton, una de las hermanas gemelas, y rodó los ojos al ver la expresión de angustia que esbozó el conde.

Steven abrió la boca para, seguramente, reiterar alguna de sus advertencias, pero su esposa, lady Clarissa Hamilton, condesa de Baltimore, lo interrumpió:

—Que se diviertan, queridas. Nos reunimos aquí a medianoche —se despidió con una sonrisa y luego giró perdiéndose entre la multitud, arrastrando a su marido detrás de ella.

El conde parecía muy nervioso aquella noche. Era la primera velada en la que no podría estar encima de ellas, vigilándolas, pues, por ser una mascarada, no tendría sentido estar al lado de sus supervisores, porque delataría sus identidades y perdería el sentido de llevar sus rostros escondidos tras los antifaces, lo que le permitía a una dama soltera una poco común libertad. Podía desplazarse sola por el salón, hablar con cualquier caballero sin haber sido presentada y bailar con el hombre que se lo solicitara, sin tener que pedir permiso o limitarse a los espacios libres de su carnet. Además, no se debían develar los nombres hasta llegar la medianoche, cuando se quitaban todas las máscaras y los invitados podían ver el rostro de sus acompañantes.

Una vez que las tres hermanas tomaron caminos separados, Violet se dirigió hacia el único sector de aquel enorme lugar en donde estaba segura de que hallaría tranquilidad. No deseaba ponerse a la vista de ninguno de los invitados, y menos de los caballeros, pues después de una semana de asistencia a un baile tres otro, estaba más que fastidiada de sus conversaciones inocuas, sus miradas lascivas mal disimuladas y sus constantes atenciones invasivas. Algo que para nada la había sorprendido o decepcionado, ya que mucho antes sabía que aquello de las fiestas y los divertimentos de la nobleza

no eran para ella. Y había sabido que, sin lugar a duda, una joven como ella, amante de la naturaleza, los deportes, la equitación y la esgrima, no encajaría entre damitas delicadas, seda, cintas y volados.

Sin embargo, allí estaba. Y no tenía más opción que tolerar todo aquel teatro, por lo menos hasta que fuese obvio que no recibiría ninguna propuesta de matrimonio y de que era un fracaso social absoluto.

Al principio temió que aquel plan no pudiera llevarse a cabo pues, lamentablemente, tanto Rosie, su gemela, como ella tenían una apariencia física delicada y considerada como la perfecta rosa inglesa, que en su caso para nada coincidía con su temperamento o carácter, y eso la había llevado a ganarse rápidamente una indeseada corte de caballeros interesados. Pero pronto se encargó de disuadirlos, y no como hubiera querido, porque aquello significaría avergonzar a su familia y sobre todo una muestra de ingratitud hacia su cuñada, que tanto se había esforzado como madrina social; así que hizo gala de su indiferencia, su lengua mordaz y sus opiniones bastantes poco inclinadas al matrimonio y a la feminidad. Y con eso había espantado a la mayoría, ganándose el apodo de «el Demonio Hamilton».

Por fortuna, Violet contaba con el amor y el apoyo de su hermano mayor, quien de ninguna manera la obligaría a casarse si no estaba en sus deseos, pero aun así debía someterse a las costumbres de su círculo y tratar de guardar sus aficiones tan poco ortodoxas para la intimidad de su hogar.

No es que Violet odiase el género masculino o descreyese de la sagrada institución del matrimonio, sino que no creía que fuese un estado creado para ella, pues dudaba que existiese en toda la buena Inglaterra un hombre dispuesto a tolerar su rebeldía y sus opiniones descaradas. Además de que no estaba dispuesta a resignar esa parte de su esencia. Tampoco se sentía capaz de poner su vida y su voluntad en manos de otra persona, quien sería su amo y señor, y quien tendría absoluto dominio sobre sus decisiones y el total poder para destruirla tanto como quisiera. Nunca le había sentado bien eso de ceder el control, y menos lo de exponer sus sentimientos. Sabía de primera mano que entregar algo tan valioso como el corazón podría tener fatídicas consecuencias y acarrear mucho sufrimiento. La trágica muerte de sus progenitores daba fe de ello.

Cerca de una hora después de haber llegado a la mansión de los Stanford,

Violet estaba desesperada por huir. Su plan de refugiarse en el rincón donde se atrincheraban las Floreros, damas de compañía y demás solo le sirvió para ser testigo de que hasta las más desafortunadas de vez en cuando eran víctimas del asedio de algún caballero. Y si no, no habría visto en primera fila cómo cuatro caballeros de porte atractivo y elegante, a los que no supo identificar tras sus máscaras pero sí que reconoció al más alto y robusto como el duque escocés, se acercaban hasta un grupo de damas visiblemente poco agraciadas y mayores que ella, quienes lucían más atónitas que halagadas ante tal insólita muestra de atención. A ellas solo las había avistado de lejos, pero solían ser muy unidas y, a excepción de una mujer delgada que llevaba una confía en la cabeza, reían y parecían muy simpáticas. En otra ocasión se habría acercado para entablar conversación, pero no quería delatar su posición tras las plantas, y tampoco tenía sentido establecer vínculos de amistad que no mantendría, pues su intención era convencer a su hermano de que al terminar la temporada ella regresaría a Rissa Place, la casa de campo de la familia y el único lugar en el que se sentía cómoda y no como un bicho raro.

Después de aquello comenzó a aburrirse tanto que se dedicó a contar la cantidad de colores de vestidos que más había repetidos y a adivinar las identidades de las personas tras los antifaces. Pronto comenzó a sentirse sofocada y ansiosa, algo que a menudo le sucedía cuando se encontraba en un lugar cerrado con exceso de personas, por lo que decidió salir al exterior cuando todavía estaba a tiempo; no tardarían en dar las campanadas de medianoche y la señal para volver al lugar en donde se reencontraría con sus hermanos para quitarse las máscaras.

Ella era una amante del aire libre y, habiendo transcurrido casi toda su vida en Costwold, no podía acostumbrarse a las masas, las calles empedradas y el cielo gris y lluvioso a toda hora de la gran ciudad. Anhelaba ver el firmamento azul, las colinas repletas de verde, el aire puro y cabalgar sobre su amado caballo cada tarde. Con cada día que pasaba, su necesidad de volver a la vida que había conocido hasta que tuvo que ser presentada en sociedad se acrecentaba y, aunque nunca había sido dada al dramatismo o a la queja, la tristeza oscurecía su ánimo.

Por lo menos, la consolaba ver a sus tres hermanos de buen ánimo. Su hermano mayor, Steven, había contraído nupcias hacía poco y,

afortunadamente, lo había hecho con una mujer que solo llenó de luz y amor su existencia hasta entonces vacía. Y además era buena amiga de ellas, al igual que la familia política, puesto que el hermano de la nueva condesa era el mejor amigo de toda la vida de Stev. Daisy, su otra hermana, al principio no se había mostrado muy entusiasmada por entrar al mercado matrimonial, pero últimamente parecía más abstraída y sonriente que de costumbre, y por lo que había averiguado, estaba manteniendo correspondencia con un misterioso caballero del que parecía estar enamorada. Y Rosie, su gemela, no podía estar más feliz; ser una debutante y estar haciendo su puesta en largo había sido su sueño desde pequeña. Adoraba todo lo relativo a los bailes, el cortejo y las luces de Londres, y nada más ser presentada, había encandilado a todo el mundo aristocrático con su belleza angelical y su dulce y encantadora personalidad. Ya había sido declarada como una de «Las incomparables» de la temporada, y tenía a sus pies a los partidos más codiciados, quienes la habían bautizado como «El Ángel Hamilton». Todo lo contrario a ella, que solo había causado conmoción entre sus pares debido a sus malos modales y sus contestaciones descaradas, por no agregar su nulo interés en los candidatos solteros y su poca disposición a agrandar a las matronas y a las grandes señoras de sociedad. Todo ello y un par de desplantes a los hombres que no eran rápidos en desistir en el absurdo flirteo le habían ganado el apodo del demonio Hamilton. Y no podía estar más contenta. Ella no quería casarse ni someterse a ningún hombre; no deseaba que nadie se encaprichara de su apariencia, y menos despertar la pasión de algún pretendiente al que jamás pensaba corresponder. Solo pretendía regresar a casa.

Sin darse cuenta, su inicial intención de salir al jardín trasero de la mansión para aliviar el calor asfixiante que había dentro la llevó a internarse en el oscuro laberinto que ocupaba la parte más lejana de la propiedad. El camino en el que estaba solo tenía grandes arbustos con copas largas y perfectamente recortadas y pocas farolas encendidas en algunas partes del trayecto. Varios minutos transcurrieron, y Violet, desorientada, continuaba caminado sin lograr hallar la senda que terminara en la salida. La música proveniente del salón se oía muy lejana y, a pesar de que era una persona bastante arrojada, comenzó a ponerse nerviosa. Tras gruñir cuando se percató de que había pasado por el mismo lugar cuatro veces, se frenó en seco y, con las manos en las caderas,

observó en derredor, agudizando el oído para tratar de guiarse por el sonido de las notas del vals, que el viento arrastraba hasta allí.

Entonces le pareció oír un alarido tan potente que toda su piel se erizó.

Alarmada y curiosa a partes iguales, se internó entre los arbustos, haciendo caso omiso de la seda de su vestido, que ocasionalmente se enredaba entre las ramas, y siguió la dirección de donde creía haber oído el grito desesperado de un hombre. Unos segundos después, oyó voces en la dirección izquierda y se dirigió hacia allí. Del otro lado de la vegetación, la cual la ocultaba de ser vista fisgoneando, vio a dos personas discutiendo acaloradamente.

—¡Te has vuelto loco! ¿Cómo se te ocurre hacer esto a pasos de un salón repleto de personas? ¿Acaso quieres que nos descubran? —reprochó con tono enajenado, mas sin gritar, el más alto de los individuos; su voz era gruesa y potente y con un inconfundible rastro de superioridad que solo la alta alcurnia podía inculcar. Él vestía completamente de negro y se encontraba de espaldas a ella. Su cabello color ébano estaba perfectamente cortado y peinado, al igual que su vestimenta, delataba su posición acomodada. La espalda era amplia y sus músculos permanecían en tensión al igual que sus manos cerradas en puños.

—Era matarlo o arriesgarnos a que este imbécil abriera la boca. Puedo deshacerme del cuerpo sin que nadie se dé cuenta. Por lo que sé, ingresó a la fiesta por la parte lateral de la casa y no se presentó a los anfitriones. Además, no tengo por qué darte explicaciones; tú no eres quien manda. Estamos en igualdad de condiciones. No creo que un fiambre más haga la diferencia. Tú mismo sacaste del camino al jefe de este, así que no me vengas con estupideces —justificó el más bajo, que estaba de cara a ella, pero a esa distancia no lograba identificarlo, aunque destacaba el color claro de su cabeza y una figura delgada.

Violet siguió la dirección en la que la mano sin guantes del rubio señaló, y el aire se cortó en sus pulmones.

En el suelo yacía estirado el cuerpo de una persona. Era un hombre no muy alto y con vestimenta fina. No podía decir de quién se trataba, pues también lucía antifaz, y por la manera en la que estaban sus extremidades colocadas, y sobre todo la posición antinatural de su cabeza, estaba muerto. Tenía el cuello quebrado.

Horrorizada y pálida, se cubrió la boca para contener el grito que estuvo a punto de soltar y retrocedió un paso, temblorosa. Tenía que salir de allí antes de que esos asesinos se percataran de que no estaban solos.

—Por lo menos asegúrate de no dejar rastros que puedan llevar hasta ti. La operación está en el punto clave; no podemos permitirnos cometer ningún error. Dejar un cabo suelto puede arruinarlo todo —le advirtió el de cabellera oscura.

Y entonces retumbo el crujido de una rama siendo aplastada por el pie de Violet quien, aterrorizada, se paralizó, y sus ojos, que no se habían apartado de los desconocidos, vieron cómo ellos se callaban y al unísono volvían sus cabezas hacia donde ella estaba. Fue como si su corazón cesara de latir un interminable momento y a continuación echó a correr, oyendo un grito de advertencia, que ignoró, y la voz del moreno que exclamaba con urgencia:

—¡Deshazte del cadáver, yo la atraparé!

Esas palabras la obligaron a acelerar sus piernas, que se alejaban del lugar a la máxima velocidad que el vestido les permitía. Sentía la adrenalina y el miedo latiendo en sus sienes y oídos, y el sonido de la tela rasgándose por cada rama que rozaba. Rogó poder salir viva de aquello, mientras detrás de ella se escuchaban las maldiciones y las fuertes pisadas de su perseguidor detrás de sus talones. Confiaba en que su estado físico, acostumbrada a hacer largas cabalgatas y sesiones de esgrima, le permitiese alejarse de la persecución del asesino. Sin embargo, cuando casi alcanzaba uno de los senderos que afortunadamente estaba bien iluminado y que creía era de los principales, que terminaban en la salida del laberinto, un fuerte tirón a uno de sus brazos la detuvo abruptamente y cayó hacia atrás, golpeando con brusquedad el suelo, emitiendo un jadeo de sorpresa y dolor.

Por unos segundos, no fue capaz de respirar y su visión se tornó negra. Una sombra se cernió sobre ella, que estaba tendida bocarriba cuan larga era, y antes de que pudiese reaccionar, el desconocido le arrancó la máscara. Impotente, Violet se tensó, y siendo incapaz de moverse debido al aturdimiento del golpe, cerró los ojos, esperando el inminente ataque.

—Por lo más sagrado... ¡qué diantres hace usted aquí! Maldita sea su estampa y todos sus antepasados —escupió con furia el hombre y ella abrió los párpados, estupefacta.

Esa voz... No tenía ya el acento extranjero que había oído utilizaba al hablar con su cómplice, sino un insufrible tono que ella conocía muy bien y que, teniendo esa cara de furibunda expresión a solo un palmo, pudo asociar con el hombre más exasperante y grosero que había tenido la desgracia de conocer.

Era el duque de Riverdan. Par del reino, aristócrata adinerado, amigo de su hermano, allegado de sus conocidos.

Y un asesino despiadado.

CAPÍTULO 2

*Si existieras fuera de mi mente,
lograrías someterme a tus deseos,
podrías acabar con mi voluntad,
someterías mis pasiones ocultas,
dominarías cada uno mis sentidos.
Como la noche absorbe al día,
como el calor derrite el hielo.
Como un corazón se rinde ante el amor.*

Extracto del libro: Susurros en la noche

Pocas cosas alteraban al duque de Riverdan como las malas sorpresas o los imprevistos, más todavía cuando se estaba jugando el cuello en una investigación en la que venía invirtiendo meses y cuando había llegado al punto complicado de la ecuación.

Había logrado que uno de los sospechosos, el conde de Cavandish, confiase en él, y sería cuestión de tiempo para que pudiese desentrañar toda la red que componía el robo y contrabando de las reliquias y obras de arte que le habían ordenado dismantelar y recuperar. Solo era cuestión de obtener el nombre del verdadero cerebro y líder de esa banda, pues tenían claro que había alguien mucho más poderoso detrás de hombres como su padre o el conde. Mucho dinero en juego. Y ya habían perdido la vida más peones de los que habían calculado cuando se embarcaron en aquella misión.

Era un asunto peligroso; esa gente no se andaba con juegos, y el cadáver del señor Tavish, uno de los cómplices que oficiaba de facilitador a la hora de

vender las obras, quien se había pasado de listo queriendo delatar una de las operaciones de traslado que tenían planificada, era testigo de ello. Estaba todo calculado, incluido su supuesto odio hacia la Corona inglesa, que había heredado de su padre y anterior duque, quien había sido el primero en facilitar la entrada de la mercancía proveniente de diversos lugares extranjeros que le habían valido a Ethan para acercarse a Cavandish en un principio. No podían darse el lujo de que nada saliese mal.

Por eso su nerviosismo y su molestia al darse cuenta de que la descarada e irreverente hermana menor de uno de sus buenos amigos, y también colaborador en la investigación, como lo era el conde de Baltimore, había metido las narices en donde nadie la llamaba. Y en ese momento estaban en problemas, pues por supuesto que él no la mataría como creía su cómplice, pero si no lo hacía, Redmond, quien también la había visto por lo menos lo suficiente como para tener con qué empezar, no cesaría hasta encontrarla y deshacerse de ella, y así garantizar su silencio. Era un asesino, y además uno cruel y sádico.

Cuando logró controlarse lo suficiente como para dejar de maldecir, se quedó viendo a la mujer, que parecía aturdida aún por el golpe. No se había movido de su posición en el suelo y estaba respirando tan agitadamente como él. Ella no le quitaba la vista de encima, como si estuviese esperando que de un momento a otro él saltara sobre ella y la atacaría. Y no le faltaban ganas.

Desde la primera vez que había visto a Violet Hamilton le había parecido insufrible. Y era que tenía todas las características que él detestaba en una mujer: era rebelde, contestataria, irreverente, arpía, descarada, fría y poco femenina.

Además de mal humorada, cínica, provocadora y competitiva. Su descaro no tenía límites, y rápido supo que sería un completo fiasco cuando se presentara en sociedad. Vamos, que ningún hombre en sus cabales querría tomar como esposa a una mujer que cabalgaba a horcajadas, que dentro de su casa usaba pantalones, que tenía como actividades de dispersión disparar al blanco, luchar cuerpo a cuerpo con los mozos de cuadra y practicar esgrima. Hasta se había enterado de que pretendía que Steven le enseñase a tirar cuchillos y a lanzarse de un caballo en movimiento. Estaba loca. Y presentaba un patente desprecio por las normas del protocolo, las costumbres de su clase, la idea

del matrimonio y los hombres en general.

Solo había un problema: su apariencia no encajaba para nada con esa personalidad infame. Era absolutamente preciosa, exquisita, angelical. Tenía esa clase de belleza por la que uno quedaba sin aliento inevitablemente cada vez que la veía y que, si tenías la fortuna de poder contemplarla un poco más, se volvía más perfecta a cada minuto. Cabello rubio dorado, ojos verdes esmeralda, grandes y luminosos, nariz de tamaño medio perfectamente formada, labios gruesos y rosados. Y una silueta esbelta, llena en todos los lugares necesarios y de cintura pequeña y sensualmente femenina. Era un ángel, pero con alma de demonio. «El demonio Hamilton» la llamaban.

—Sabía que era usted un inmoral, pero no imaginaba que sus cualidades llegaban a asesino. Puede intentar matarme, su Excelencia, pero no crea que se lo pondré fácil —dijo de pronto ella, poniéndose de pie con actitud desafiante, mirándolo con recelo. Esa voz la tenía perfectamente identificada, pues había pasado por la casa del hermano más veces de las que hubiese querido, y a menudo la había escuchado. Era algo grave y a la vez musical.

—No sea ridícula —contestó él con desprecio—. ¿Qué diablos hacía siguiéndome y escuchando conversaciones ajenas? No sabe en lo que se ha metido, mocosa.

Los ojos de ella relampaguearon de furia al oírlo. Al parecer le molestaba que la trataran con condescendencia. Pero eso era, una mocosa que apenas debutaba mientras que él, con treinta años, se sentía como un hombre mucho mayor.

—Lo último que haría en mi vida sería seguirlo, créame. Y claro que lo sé, con un asesino, y su cómplice, tan despreciable, que está intimidado a una mujer, y ahora amenazándola —le respondió entre dientes.

—¿Una mujer? —se burló Ethan—. Creí que renegaba de serlo, milady. ¿No se ha buscado acaso que la consideren un demonio?

—No me avergüenzo de ser un ser inferior, según ustedes, los sobrevalorados hombres —rebató ella con frialdad—; solo me niego a ser una marioneta sin cerebro ni opinión propia. Una cría de yegua, usada solo para procrear, para luego ser descartada.

Ethan sonrió para sus adentros ante su irreverencia, pero decidido aleccionarla. Se acercó imprevistamente y la acorraló contra uno de los setos,

asombrado porque, a pesar de que él la superaba por dos cuerpos en altura y anchura, la muchacha no se amilanó, al contrario, elevó la barbilla y se enderezó.

—Y dígame una cosa, ¿no es esa la virtud de una mujer valiosa, compartir la cama con su amo y señor, y darle descendencia? ¿No es para eso que ustedes fueron creadas: para complacernos? Para eso nacen, y con ese propósito las educan. Es su destino —la provocó en un murmullo íntimo, apreciando cómo su respiración se alteraba ligeramente, quiso pensar que por la indignación y no por su cercanía.

—El destino lo forjamos nosotros mismos. Yo nací para mucho más que calentarle el colchón a un ser vanidoso y lascivo. No seré el adorno de nadie. Ni me someteré a los deseos de alguien por nacer mujer —afirmó ella, sosteniéndole la mirada.

—Pues suerte con eso. No eres la primera ingenua en pretender erigirse como la vocera de las causas perdidas. Ya pensarás distinto cuando el pobre infeliz que se convierta en tu esposo te enseñe el placer carnal y seas tú la que alegremente busque ser una yegua de cría —declaró con sarcasmo Ethan, con el fugaz pensamiento de que estaban teniendo una conversación para nada correcta. Era estimulante y peligroso, pues sus ojos no podían evitar desviarse hacia esa boca, que tenía demasiado cerca para su cordura. Estaba perdiendo la cabeza. Lástima que la mujer fuese tan desagradable, que fuese una dama y, para peor, pariente de un buen amigo. O mejor dicho, suerte que lo era, porque de lo contrario...

—No necesito sus buenos deseos. Tengo muy claro lo que me depara el destino. Ahora quítese, ¿o piensa ser usted el primero en introducirme en esos dudosos placeres? —se mofó la joven, dejando caer sus párpados también sobre los labios de él.

El duque maldijo para sus adentros, pues esa pregunta desafiante había inundado inesperadamente su cabeza de imágenes incandescentes y ardientes de ellos dos en una cama, y no precisamente conversando.

Su aroma floral lo estaba mareando definitivamente, y también la tensión de las últimas semanas comenzaban a afectarlo. Si no, no estaría sintiendo una atracción estúpida e ilógica por esa mujer, la cual ni siquiera le caía bien.

—Oh, lamento tener que rechazar su ofrecimiento, milady, pero a mí me

atraen las mujeres que se enorgullecen de serlo, y no crías que buscan ser mejor que los hombres solo por tonta jactancia. Mujeres en toda la extensión de la palabra, que saben cómo hacer sentir a un hombre cómodo y no un insecto —negó él, saliendo de ese inesperado trance erótico y alejándose todo lo que pudo—. Ahora la dejaré que se marche. Pero le advierto que si dice una palabra no podré garantizar que siga teniendo esa loca cabeza sobre los hombros. Lo que vio es cierto, y esa gente es peligrosa e inescrupulosa. Así que, si es tan inteligente como se proclama, no abrirá la boca, ni dirá nada a nadie pues, si involucra a terceros, los pondrá también en peligro. Y yo que usted me mantendría, en adelante, dentro de los salones, ya conoce el dicho: la curiosidad mató al gato. Después no diga que no se lo advertí.

Sus palabras aceradas no obtuvieron respuesta; la dama lo fulminó con su mirada verde y se alejó presurosa, dejando a Ethan preocupado e inexplicablemente acalorado.

Intentado disimular los temblores de su cuerpo, que aún seguía experimentando el impacto de lo sucedido, Violet se encaminó de regreso a la mansión, rogando no encontrarse con nadie. Se sentía aturdida y confusa, pues si bien a ella no le caía bien el duque de Riverdan debido a que en las contadas ocasiones en las que habían coincidido, él no había tenido reparos en dejar ver la reprobación que ella le provocaba, con miradas y comentarios sarcásticos siempre dirigidos a su hermano mayor, pero con ella como objetivo, no lo habría calificado jamás como un asesino, sino como un petulante, engreído y libertino.

Sin embargo, había escuchado a la perfección cómo conspiraba con ese hombre y visto el cuerpo a sus pies. No había lugar a dudas, era un asesino despiadado.

No obstante, algo en su interior no le permitía aferrarse a esa idea. Sobre todo porque un asesino a sangre fría no habría desaprovechado la oportunidad de deshacerse de ella, que era testigo de sus crímenes. Estaban solos, y ella a su merced: lo podría haber hecho, y sin esforzarse; era mucho más grande que ella.

Pero no lo hizo, solo la amenazó y denigró. Y Violet tenía el presentimiento de que su actitud y acciones de ese momento habían sido destinadas a lograr asustarla y amedrentarla para que ella se mantuviese lejos y no se pusiera en

peligro inmiscuyéndose. A su manera quería protegerla.

Lástima que no existiera nada que la motivara más que un “no”. Las prohibiciones y negativas solo servían como un desafío irresistible para su naturaleza rebelde. Y en ese momento más que nunca estaba decidida a averiguar en qué estaba metido el duque y quién era su misterioso cómplice.

Pobre duque de Riverdan, creía que con unas pocas palabras ella se iba a atemorizar. Violet Hamilton no conocía lo que era la cobardía, y se lo iba a demostrar.

Su determinación y nuevo objetivo de inmediato mejoraron su ánimo, y con una sonrisa perversa, se adentró entre la multitud enmascarada en busca del punto en donde había acordado reunirse con sus hermanos.

Al llegar, se oyeron las campanadas a lo lejos y, soltando exclamaciones emocionadas, la anfitriona ordenó quitarse los antifaces. Violet se lo quitó y vio aparecer a Rosie también, con la cara descubierta. Ella estaba muy sonrojada, y sus ojos escudriñaban el salón, ansiosos. Algo extraño le sucedía, pero antes de que pudiese preguntar, llegó Steven con su esposa. Clarissa ya no parecía emocionada como cuando habían llegado; su rostro estaba pálido, y caminaba despacio apoyada en el brazo de su esposo.

—¿Qué sucede? —inquirió, preocupada.

—Debemos marcharnos ya; Clarissa está enferma —dijo con apuro Steven.

—Que no estoy enferma, Stev. No exageres. Es un simple mareo; no es necesario apurarse —se quejó la rubia, rodando sus ojos azules, pero su voz se oía bastante débil.

—No me discutas, pequeña. Nos regresamos a casa; necesitas recostarte —negó con autoridad su hermano, pero su tono de voz y la manera en la que tomó la mejilla de su condesa fueron tiernas y suaves, y ella asintió con un cabeceo resignado. Steven se volvió hacia ellas, y entonces preguntó—: vamos, un momento, ¿dónde está Daisy? Hace tiempo pasó la medianoche. ¡No me digan que salió del salón! Les dije que no salieran a solas; puede pasarles cualquier cosa.

Rosie y ella se miraron, y Violet supo que a su gemela también le había sucedido algo allí afuera. Su hermano podría parecer un loco, exclamando y arrastrándolas por todo el lugar en busca de Daisy, pero no estaba para nada errado.

—Steven, cálmate, ni que fueran a asesinarla porque dé un paseo por el jardín. ¡Qué dramático!, debe estar por algún lado, conversando con alguna amiga. —Trató de calmarlo Clarissa. Violet a punto estuvo de lanzar una carcajada, su cuñada no tenía idea de lo peligroso que podía resultar un jardín inglés.

Después de un rato de búsqueda, en la cual su hermano comenzó a ponerse casi histérico al no dar con Daisy, ella se ofreció a buscarla; era eso o Stev terminaría loco.

Su hermana estaba en uno de los balcones exteriores, y cuando ella la abordó, un poco más y se caía por la baranda del susto que le dio. Había algo sospechoso allí también. Aunque no podía asegurarlo, Daisy no había roto un plato en su vida. Era demasiado sensata y apocada. Todo lo contrario a ella. Después de ponerla al tanto de que Steven estaba enajenado buscándola, se reunieron con los demás y partieron de regreso a la casa. Violet estaba ansiosa por irse de aquel lugar; no sabía por qué, pero sentía que alguien la observaba, y su cuerpo estaba erizado de temor. El hombre de cabello rubio sin duda era uno de los suyos, y sintió pánico al pensar que la había reconocido como la joven que había sido testigo de su crimen. Sí, mejor que marcharan ya.

Cuando esa noche la familia Hamilton regresó a la mansión, encontró la casa y a la servidumbre en pleno caos.

—¿Qué sucede aquí, Milton? —interrogó preocupado Steven al mayordomo.

—Milord, qué bueno que ha venido. Alguien entró a la mansión después de golpear al vigilante de afuera y al lacayo que aguardaba su llegada del baile —informó con el rostro pálido el hombre, quien todavía llevaba sus ropas de dormir.

—¿Están siendo atendidos los heridos? ¿Alguien más salió lastimado? —pregunto su hermano.

—Sí, milord, un médico los curó y ya se encuentran descansado. Nadie más resultó afectado —respondió el sirviente.

—Supongo que el intruso logró escapar —comentó con una mueca de fastidio el conde.

—Lamentablemente sí, y no nos percatamos de nada. Solo hasta que el lacayo despertó supimos lo que había sucedido. De inmediato hicimos una exhaustiva revisión de la casa, pero no hallamos nada —explicó Milton.

—Está bien, por favor retírense todos a descansar. Tienen mi permiso para levantarse una hora más tarde —ordenó Stev al resto de la servidumbre, que se encontraba apiñada en el vestíbulo.

Cuando todos se retiraron, Milton ayudó a quitarse sus abrigos. Ellas se miraban asustadas e incrédulas ante lo sucedido.

—Milton, ¿sabe qué se llevó el ladrón? —Inquirió Clarissa con voz temblorosa.

—El intruso solo ingresó a las dependencias del segundo piso, milady. Encontramos sus respectivas alcobas revueltas —dijo el mayordomo.

—Qué extraño, tendremos que revisar para hacer un estimativo de las pérdidas. Subamos; que los heridos se tomen el día mañana, Milton. Buenas noches —lo despidió Stev.

El grupo inició el ascenso y, mientras su hermano comentaba que hablaría con el magistrado y reforzaría la seguridad, Daisy ayudaba a subir las escaleras a su cuñada. Violet corrió a la habitación de Daisy, cogiendo del brazo a una aturdida Rosie.

—¿Qué estás haciendo? —resopló agitada Rosie, mientras ella cruzaba el cuarto y se agachaba para mirar bajo la gran cama de dosel de su hermana.

—Anda, avísame si viene hacia aquí —le pidió en un susurro, y sonrió triunfante cuando dio con el cofre en donde había visto que Daisy guardaba las cartas que su enamorado misterioso le enviaba.

—Se está despidiendo de Clarissa y Stev... ay, no, ¡apúrate, ya viene! —gimió Rosie, asomándose en el rellano.

Violet devolvió el cofre a su lugar y corrió hacia la puerta, donde se llevó a su gemela que, como siempre, tardaba en reaccionar, y se metieron en su habitación, justo a tiempo; Daisy por poco las descubre.

—¿Qué está pasando? ¿Son lo que pienso? —se horrorizó Rosie cuando vio el fajo de papel que sostenía.

Violet, aún agitada, separó la espalda de la puerta cerrada y se dirigió a su escritorio para esconder su botín.

—Sí, lo son. ¿Acaso no oíste lo que dijo Clarissa en el carruaje? —preguntó una vez que las cartas quedaron al resguardo, volviéndose a mirar a su gemela

—No mucho, estaba distraída —admitió, y luego entrecerró los ojos—. Ya dime por qué has robado las cartas de Daisy.

—Porque Clarissa dijo que Andrew Bladeston, su hermano, está de nuevo en la ciudad. Y Daisy, como ya sospechábamos, recibió la noticia conmocionada.

Es obvio que sigue enamorada del vizconde de Bradford —explicó ella, dejándose caer de espaldas en la cama, sin importarle el daño que le haría a su fino vestido.

—¿Y eso qué tiene que ver con las cartas? —interrogó Rosie, confundida.

—Pues que no te lo había dicho, pero el otro día leí varias de esas cartas. Aproveché que Daisy salía y me metí a su alcoba.

—¡Violet! —la reprendió la rubia.

—Lo sé, lo sé. Estuvo mal. Pero es que ya no soportaba ver tan triste y desesperanzada a nuestra hermana. —Se justificó ella, levantando ambas palmas—. Y al final hice bien porque, al leer una de estas en donde el caballero desconocido le decía que vendría a Londres y podrían conocerse, la letra me pareció muy familiar. De inmediato me dirigí a la salita donde Clarissa responde su correspondencia y me obliga a colaborar cuando ve que el encierro comienza a ahogarme, ¡y *voilà!*, resolví el misterio. Las cartas que Clarissa recibe de su hermano, el vizconde, tienen exactamente la misma caligrafía que las del tal caballero desconocido.

Rosie se cubrió la boca sorprendida y emocionada a partes iguales.

—Entonces el caballero desconocido del que Daisy se enamoró por carta es la misma persona que ama desde niña. ¡Es tan romántico! Apenas lo creo. ¿Piensas usar las cartas para reunirlos?

—Pues claro. Ambos son demasiado testarudos para admitir sus sentimientos. Y más ciegos que un topo. No sabrán que Bradford es el caballero desconocido y Daisy la dama anónima sin que alguien se los haga ver —comentó Violet, bufando.

—¿Y qué vamos a hacer?

Esa era su hermana; siempre terminaba por acompañarla en cada locura y travesura que emprendía, a pesar de negarse y mostrarse al principio renuente.

—Tengo un plan —declaró Violet, esbozando una sonrisa traviesa.

Una vez que Ethan estuvo seguro de que Violet Hamilton había regresado a la seguridad del salón, él hizo lo propio, pero bordeando la propiedad. No tenía ánimos de sociabilizar. Y no quería cruzarse con el inepto de su cómplice. Le preguntaría por la joven y querría saber si se había deshecho de

ella. Antes de salir de la mansión, se encontró con lord Bradford, Andrew Bladeston, el hermano menor del duque de Stanton, quien también venía desde los jardines.

—Bradford, no sabía que habías regresado —lo saludó con un asentimiento de cabeza.

—Acabo de llegar, y ya mi madre me arrastró a los eventos sociales, pero no pude negarme, mi cuñada me pidió que ejerciera de padrino social para su primo Asher.

Ethan asintió; esa era una historia triste. El padre de Asher, que era también Marqués de Landon, había resultado ser un lunático, asesino y espía traidor, y mantuvo desde que era una criatura a su hijo encerrado y en condiciones inhumanas que provocaron que él perdiese el habla debido a los golpes y al trauma. Él mismo había participado en la detención del marqués, ayudando a su mejor amigo, el conde de Gauss, quien se casó con la hermana de Asher, y ambos estuvieron a punto de morir a manos del progenitor de ella. Por suerte todo había salido bien, el matrimonio estaba en su viaje de novios, y Jeremy Asher intentaba tomar el lugar de su encerrado padre y estaba conociendo el mundo aristocrático.

De la mascarada se fueron al club. Ethan no bebía; odiaba el alcohol y todo lo que implicaba, pero aceptó la invitación del vizconde porque estaba acompañado de Antony West. Este también regresaba de un viaje, y él lo tenía en la mira, pues como hermano menor del conde de Cavandish, entraba dentro de la lista de sospechosos a los que debía de investigar. No sabía hasta qué punto West estaba al tanto de los negocios sucios de su hermano, incluso podría ser su contacto en el exterior, puesto que se dedicaba a coleccionar objetos antiguos. Así que aprovechó la oportunidad para estudiarlo y hacerle un par de preguntas mientras viajaron hacia allí. Bradford se fue en su carruaje con Asher.

Los tres hombres estaban bebiendo, y el vizconde parecía decaído.

—¿Qué sucede, Bladeston? No me digas que mal de amores —dijo él con gesto guasón.

Andrew levantó la vista de su vaso de whisky y lo miró con una mueca de fastidio. Su amigo y otros caballeros que estaban cerca rieron a carcajadas, todos menos Jeremy Asher, quien se mantenía en silencio.

—No lo sé, dímelo tú. Alcancé a observar que en la mascarada cierta dama no se mostraba muy a gusto en tu compañía—rebató Bradford; la sonrisa del duque se borró de golpe y miró al castaño levantando una ceja.

Parecía que él los había visto discutiendo. Eso no era bueno; no quería que nadie asociara a la mocosa Hamilton con él. Era muy peligroso si llegaba a oídos de su cómplice y este ataba cabos. Incluso estaba West, quien seguía el intercambio con interés. Mejor se marchaba. Bradford estaba bastante bebido; era una piltrafa en ese momento.

Sin mediar palabra, depositó su vaso de agua en la mesa, se puso en pie y fue en busca de la distracción femenina que brindaba el club. Necesitaba relajarse de inmediato o explotaría. No sabía el motivo, pero sospechaba que sus días de relativa paz habían terminado y que era cuestión de tiempo para que volviese a tener noticias de ese demonio rubio de rostro angelical.

CAPÍTULO 3

*Por las noches te veo;
me visitas en mis sueños.
A veces ataviado con el tejido de mis deseos.
Otras veces perfumado con los sabores de mi pasión.*

Extracto del libro: Susurros en la noche

El baile anual que celebraban los duques de Richmond era uno de los acontecimientos más esperados y codiciados. Las Hamilton, como familiares del conde Baltimore, estaban invitadas, y aunque ninguna de las hermanas estuviesen precisamente encantadas con la invitación, tuvieron que asistir.

Otro baile, otro suplicio que soportar para Violet. Al menos, en aquella ocasión no tendrían que tolerar la actitud sobreprotectora de su hermano mayor, pues él se quedaría en casa acompañando a su esposa, que continuaba indispuesta. Violet pensaba que Clarissa no debía tener más que un niño en las entrañas, y esperaba fuese así. Su hermano y ella habían luchado demasiado para lograr estar juntos y formar una familia.

La carabina que les habían asignado resultó ser el hermano de su cuñada, lord Bladeston, quien no podía ser peor guarda. Solo tenía ojos para su hermana Daisy, ambos no habían dejado de mirarse desde que el vizconde había pasado a buscarlas, dejando a Rosie y a ella muy divertidas ante su evidente enamoramiento.

Realmente era cierto aquello de que el amor volvía tontas a las personas; su hermana y lord Bladeston eran una clara prueba de ello. Estaban más que prendados el uno por el otro, pero eran demasiado obstinados y tercos como

para admitirlo. Por suerte, ella nunca había experimentado ese sentimiento que lograba hacerlo a uno torpe y vulnerable, ni lo quería hacer. Había decidido que, por más que la sociedad la repudiara, ella permanecería soltera y se dedicaría a la cría de caballos. De igual manera ya lo hacía; Steven dejaba en sus manos el cuidado de ellos, las compras de ejemplares, y también la acompañaba a ver carreras y conocer potenciales compradores a quienes vender. Esa era su pasión, y no necesitaba más.

La duquesa viuda de Stanton, suegra de su hermano, los estaba esperando a la entrada de la mansión de los Richmond, pues no podían permanecer solo con el vizconde como carabina, por ser este soltero. La rubia dama, que tenía algunos hilos plateados entre sus cabellos, les observó con sus ojos pardos detenidamente. Luego tomó de un brazo a Rosie, y con la otra mano aferró el brazo de Violet, y las alejó de su hijo y de Daisy sin más. Al parecer, la viuda también se había percatado de que allí habría una futura boda y aprobaba a su hermana como nuera. Rosie y ella se dejaron llevar hasta la sala de refrigerios, enviando una señal silenciosa de disculpas a Daisy, que las veía acusadoramente.

Los caballeros no tardaron en acercarse, y en unos minutos sus carnés estuvieron llenos. Ella había intentado negarse, pero lady Honoria no le dio oportunidad; se adelantaba a aceptar cada petición por ella. Estaba claro que su hija ya le había contado de las renuencias de su cuñada, y la mujer estaba decidida a hacer de casamentera. Así que tuvo que bailar con tres caballeros, los cuales no dejaron de halagarla o de componer un gesto reprobatorio cuando ella desviaba la conversación hacia algún lugar que no fuese el clima o la música.

En un momento dado, Violet ejecutó un giro y colisionó con poca fuerza contra un caballero que estaba a su espalda, como *partenaire* de una dama morena. El hombre la miró por encima de su hombro y ella, que había abierto la boca para emitir una disculpa, quedó enmudecida.

Era él. El rubio que había visto discutir con el duque de Riverdan. Estaba segura: el mismo porte, la nariz aguileña y los labios gruesos. Estaba frente a un asesino. Sería mejor que no la reconociese como la mujer que los había sorprendido en el jardín. Los ojos azules del hombre, que ya no estaban cubiertos por el pequeño antifaz, la miraron con molestia, y ella se apresuró a

disimular lo que pensaba y le dedicó un asentimiento de cabeza a modo de disculpa. El caballero hizo lo mismo y se volvió hacia su compañera de baile.

Afortunadamente, la pieza terminaba, y ella se apresuró a buscar una excusa para lograr librarse del hombre con el que estaba, todo sin dejar de mirar de reojo a su objetivo. Debía averiguar su identidad, era la primera vez que coincidían. No recordaba haberlo visto en ninguno de los eventos a los que había asistido. El rubio conversó con un par de personas, después echó una mirada a su alrededor, y se escabulló por una puerta lateral. En cuanto lo vio salir del gran salón, lo imitó, siguiéndolo con sigilo a una distancia prudente.

La alta figura recorrió varios pasillos y después se detuvo frente a una puerta cerrada, la cual golpeó con los nudillos dos veces. Violet se resguardó tras una de las columnas del vestíbulo y esperó. La puerta se abrió, y ella se estiró para tratar de ver quién estaba del otro lado, mas no lo logró, pues el rubio cruzó el umbral y cerró rápidamente. Violet salió de su escondite y, tras asegurarse de que seguía sola, se dirigió hacia la habitación y pegó la oreja a la madera. No alcanzaba a oír nada. Frustrada, bufó, sopesando sus opciones. O regresaba al salón y evitaba meterse en alguna clase de peligro, o buscaba la manera de enterarse de lo que allí dentro acontecía. Por supuesto, se decantó por la opción más arriesgada y, por qué no, la más emocionante. La puerta que estaba justo al lado no se encontraba cerrada, y resultó ser una habitación amueblada como una sala de visitas con colores pastel y detalles femeninos por todas partes. Tal y como esperó, tenía otra puerta que comunicaba hacia el lugar en donde vio entrar al rubio, y desde allí se oía el amortiguado sonido de una conversación.

—Ya no puedo seguir haciéndolo, Jason, tienes que hacer algo, ¿lo entiendes? —decía una voz de mujer, sollozante.

—Será la última vez; lo prometo. Solo debes hacer lo que él te diga por un tiempo más. Esta vez resultará; te lo prometo —respondió con tono apremiante el rubio—. Sabes que estoy limitado, no puedo mostrarme abiertamente todo el tiempo; hay dos personas que pueden reconocerme. Una no está en sociedad actualmente, pero la otra sí aunque, desde que contrajo nupcias, cada vez menos.

—Todo está mal; hay mucha gente muerta por nuestras manos. Tenemos la conciencia manchada de su sangre; estamos condenados, Jason, condenados —

exclamó la mujer.

Los sollozos aumentaron, y él pareció consolarla con murmullos tranquilizadores que no logró oír con claridad. Violet frunció el ceño, tratando de descifrar algo de lo que había escuchado.

—¿Qué demonios hace usted aquí? —murmuró con furia una voz justo en su oído, y el grito que estuvo a punto de emitir fue silenciado por una gran mano enguantada. En un abrir y cerrar de ojos, se encontró con la espalda pegada a la puerta y el rostro sombrío del duque de Riverdan cernido sobre el suyo, y muy cerca. El hombre parecía estar a punto de ahorcarla con sus propias manos, y de disfrutar haciéndolo.

—¡Responda! —exigió con tono duro, y Violet sacudió la cabeza con enojo.

—¿Cómo lo voy a hacer si no quita su manaza? —recriminó en susurros, una vez él dejó sus labios libres.

—¿Y bien? —insistió él sin apartarse.

Violet trató de amortizar su respiración agitada, y le devolvió el escrutinio con similar mueca de indignación.

—No tengo por qué darle explicaciones.

El duque entrecerró los ojos, y su agarre se hizo más fuerte.

—Es usted un incordio, y una cabeza hueca —escupió mordaz—. ¿Es que no entendió nada de lo que le dije el otro día? ¿Cree que esto es alguna clase de estúpida novela de suspenso y misterio? ¡No lo es! .

Sus palabras no provocaron ningún tipo de reacción en la joven, más que una elevación de su barbilla y un arqueamiento de su rubia ceja. Por lo que, desesperado y preocupado, Ethan decidió que debía hacer algo más drástico. La insensata no parecía dispuesta entrar en razón, y él no podía permitir que se pudiese en riesgo ni que por alguna de sus imprudencias se arruinara la operación en la que llevaba meses trabajando.

—¿Algo más, su Excelencia? No se ofenda, pero preferiría que me suelte y así poder seguir con mi investigación. Hay un asesino suelto, y a menos que usted sea su cómplice, como sospecho, no se interpondrá en mi camino.

Ethan gruñó fastidiado, y observó el rostro de la joven mientras ella hablaba con expresión altiva y despectiva. Era insoportable, pero tan exquisita que su proximidad le entorpecía la razón, le nublaba la mente y le endurecía partes incómodas de su cuerpo. Una sonrisa perversa se formó en su cara cuando

tuvo un pensamiento inesperado, expresión que ocasionó que la dama se callara y le estudiara con patente recelo.

—Tiene razón —asintió con lentitud él—. No me entrometeré; haré algo mejor.

El repentino movimiento que hizo al tomar la delgada nuca de la joven y acercarla hasta pegar su boca a la suya evitó que ella emitiese una respuesta. Si no alcanzaba con palabras, con amenazas, ni evidencias de peligro, tal vez sus besos abrasadores, duros y hambrientos le sirviesen para darse por enterada.

Para Ethan, el primer contacto con los labios femeninos fue semejante a un fuerte impacto en un carruaje a todo marcha. Sintió una sacudida y luego el estómago vacío y un vértigo tan intenso que su cuerpo al entero tembló. Después percibió su sangre fluyendo hacia su ingle y los latidos de su corazón golpeando sus oídos. Estaba perdido en un mar de sensaciones, absolutamente cautivado y borracho de pasión. Tanto que un gemido casi animal brotó de su garganta, y con cada músculo en tensión, apretó el cuerpo de la joven contra la puerta de roble con ansias de meterla bajo su piel, y se bebió su jadeo sorprendido, aprovechando para sumergirse en el interior de su boca y saquear todo a su paso.

Estaba enloqueciendo por su deseo desatado; sus manos abandonaron la barbilla de ella para abrirse paso por sus hombros, su cintura, la sutil forma de sus caderas, empujándole contra sí para hacerla partícipe de su necesidad expuesta, cuando ella quitó su boca con brusquedad, y un movimiento repentino de su rodilla le hizo ver todo negro y caer de bruces en el suelo gimiendo de dolor.

—¡Por qué me... maldita sea! —jadeó, sosteniendo sus partes nobles con ambas manos, conteniendo las náuseas y la respiración. El maldito demonio le había dado un golpe brutal a su parte más preciada.

—¡Para que se le quiten las ganas de manosear a una dama indefensa! —espetó la rubia agitada, disfrutando enormemente de su padecimiento y parálisis—. ¡Perro lascivo e inmoral!

—¿Usted una dama indefensa? —jadeó Ethan, viéndole con furia e incredulidad—. ¡Pero si es un demonio; esta me las pagará!

—¿Eso es una amenaza, su excelencia? —respondió, cruzando los brazos y

entrecerrando sus ojos.

Ethan se puso en pie, disimulando lo que le costó hacerlo. Luego se acercó a la joven, que abrió los ojos un poco, pero no se amedrentó, todo lo contrario, lo desafió con su postura y el brillo despectivo en su mirada esmeralda.

—Puede tomarlo como la última advertencia que haré —murmuró él, cerniéndose sobre ella, dispuesto a intimidarla con su tono amenazante y su ventaja corporal—. Lárguese a hacer lo que sea que las jovencitas en edad casadera hacen y no se entrometa más en mi camino o de lo contrario deberé tomar medidas drásticas.

Sus rasgos delicados se endurecieron al oírlo y, lejos de empalidecer y ponerse a temblar como él esperaba, soltó una risa seca.

—¿Como cuáles, milord? ¿Volver a besarme hasta hacerme sangrar? —cuestionó con sarcasmo y una ceja elevada—, ¿o me matará como hizo su cómplice?

Ethan fue incapaz de evitar mirar sus labios, y estando tan cerca, no pudo reprimir el latigazo de deseo. Ella respiraba tan rápido como él, sus pechos se estaban rozando, su boca carnosa entreabierta era un canto de sirena que haría caer hasta al marinero más aguerrido. Lo peor: ella no parecía nada afectada, lo que sumado a toda la situación, multiplicó su irritación hasta límites jamás alcanzados. Sobre todo por él, que rara vez perdía los papeles o se alteraba por algo, y que odiaba perder los estribos.

—No sabe en lo que se está metiendo, mocosa insensata —bramó Ethan, ya fuera de sus casillas—. ¡Esto no es un juego! Si tengo que deshacerme de usted, no me temblará el pulso a la hora de hacerlo.

—Pues qué espera; ya sabía yo que era un asesino, y un cobarde —lo provocó ella, y se atrevió a darle un empujón, como si fuesen dos hombres borrachos metidos en una discusión de faldas.

—¡Maldita loca! Márchese de aquí. Ahora sé por qué la llaman «el demonio Hamilton», porque lo es y más todavía —exclamó él con los dientes apretados, reprimiendo sus ganas de saltar sobre su cuello.

Ella lo fulminó con la mirada y tomó aire, pero lo que estaba por decir murió en sus labios, pues la puerta que daba al pasillo se abrió de improviso y, antes de que pudiesen reaccionar, estaban mirando a una paralizada dama. Ambos se separaron con rapidez, y esta vez el rostro de la rubia sí que adquirió una

profunda palidez. La duquesa viuda de Stanton los vio con horror y luego cerró la puerta bruscamente.

Ethan se llevó las manos a la cabeza y miró con odio a la dama. La consideraba culpable de todos sus males y, además de insoportable, debía hacer lo correcto y quedar unido de por vida a aquel demonio con aires de marimacho.

—¡No me mire así! Usted es el único culpable de esto. No fui yo quien se apareció y se lanzó como un animal en celo sobre usted —le reprochó ella y, con expresión enfadada y asqueada, se cruzó de brazos y siguió—: y no crea que me casaré con usted. ¡Antes muerta!

Ethan dejó caer la mandíbula, totalmente boquiabierto ante sus palabras. ¿Lo estaba rechazando? ¿A él? Uno de los solteros más codiciados de la nobleza.

¿Un duque, un hombre joven, atractivo y rico? ¿Por el que suspiraban la mitad de las mujeres de la aristocracia y la otra mitad no lo hacía porque aún no tenían edad? Pero quién se creía que era este demonio... mocosa impertinente... ya se enteraría....

La puerta volvió a abrirse, y esta vez la duquesa cruzó el umbral y cerró tras sí.

—Por Dios santo... —exclamó viéndolos con reprobación—. Su excelencia, ¿qué está sucediendo aquí?, escuché los gritos desde el vestíbulo —inició dirigiéndose a él—: gracias a Dios, lady Chase se quedó rezagada en el camino, de lo contrario también ella hubiese sido testigo de tamaño escándalo. Dígame qué está pasando, o hablaré con el hermano de lady Violet y tendrán que casarse.

Ethan se encogió y, para su humillación, sintió sus mejillas arder. Estaba pasando la vergüenza de su vida, y todo por culpa de la mocosa Hamilton. Se tendrían que casar. ¡Él no se podía casar con ella!

—Milady... yo... nosotros... —balbuceó, intentado buscar una salida coherente.

—Este hombre que ve aquí es un héroe, milady —lo interrumpió ella, y él volteó a verla estupefacto—. Yo... me sentía indispuesta y decidí ir al tocador para ver si mejoraba. No quería arruinar la velada a usted y a mis hermanas —prosiguió, pareciendo culpable y atormentada—, pero me perdí, y terminé aquí.

Entonces, cuando iba a regresar al salón, un hombre extraño me abordó, y si no fuese por el duque, que oyó mis... mis gritos... él hubiese... me... —Su voz se quebró y la duquesa viuda corrió hacia ella y la abrazó, diciéndole palabras de consuelo. La rubia fingió sollozar, y por encima del hombro de la mujer, lo miró con rabia.

—De acuerdo, tranquila niña, todo está bien —repetía lady Honoria—. ¿Y los gritos que oí? —inquirió cuando la actuación de la joven acabó, dudando y rompiendo el abrazo.

—Lo siento, es que me puse histérica. Su excelencia solo intentaba hacerme volver a la calma —respondió compungida la joven.

—Bueno... entonces no creo que sea necesario armar un escándalo. Sería injusto obligarlos a casarse cuando no pasó nada indecoroso, sino una buena obra. —Cabeceó la matrona, y ellos respiraron aliviados—. Pero mejor no tentemos más a la suerte, vamos a casa, querida, buscaré a tus hermanas. Espérame en la entrada de la casa; no tienes buen aspecto. Antes de retirarnos, debemos reiterar nuestro agradecimiento por su rápida intervención y su caballerosidad, milord, ¿no es así, querida?

La rubia asintió, y a regañadientes, y con obvia renuencia murmuró:

—Así es... gracias, su excelencia.

—Fue un placer —correspondió Ethan, simulando humildad, pero disfrutando enormemente y conteniendo su hilaridad ante la obvia y descomunal ira que la muchacha intentaba disimular—. Lamento no haber podido identificar a su atacante; me hubiese gustado hacerle pagar y verlo humillado —terminó con clara insinuación.

—Oh, no se preocupe, apenas sentí nada de lo que pasó, solo un intenso asco ante sus avances —rebató ella con mirada relampagueante.

—Entonces es un alivio saber que no quedará muy afectada. Espero que no tenga malos sueños, milady, y la próxima vez recuerde ser prudente y no se aventure a lugares donde puede correr peligro —le advirtió Ethan, apretando su mandíbula.

Ella elevó su barbilla y aceptó el brazo que la duquesa le ofreció mientras iniciaban la marcha, contestó con frialdad:

—No se preocupe, su excelencia. Nunca tengo pesadillas con seres insignificantes. Y con respecto al peligro, lo tendré en cuenta; no me apetece

volver a encontrarme con alguna alimaña depravada. —Y tras dedicarle una última mirada altiva, abandonó la habitación.

Ethan se quedó allí, indignado, viendo el espacio vacío. Esa mujer había terminado por hacerle perder la compostura, la racionalidad y la cordura. No podía dar crédito a su reacción frente a ella. Él, que en la vida se había dejado afectar por alguien del sexo opuesto, y que pasada la etapa de su juventud, en la que se había volcado con ganas a los placeres de la carne, había terminado por hastiarse y aburrirse de las féminas y las relaciones carnales que solo aportaban un alivio pasajero, mas no lograban calmar sus tormentos, ni mucho menos alejar las sombras que le oprimían el alma. Sin embargo, con aquella jovencita había hecho en un par de minutos todas las insensateces que en la vida había cometido.

Violet Hamilton era más que un demonio; era el mismísimo diablo. Y él estaba maldito pues, si algo no podía negar, era que ardía de deseo por enterrarse en su infierno, aunque saliese de allí más que chamuscado. Se temía que fuese cuestión de tiempo para volver a caer en sus redes. Lo más prudente sería mantenerse alejado de la mocosa, solo esperaba que lo sucedido esa noche fuese suficiente como para meter en aquella cabeza llena de pájaros algo de prudencia y temor y que la dama no volviese a entrometerse en su investigación. De lo contrario, podría terminar gravemente perjudicada y él, que acababa de salvarse por los pelos de un trágico destino atado a una loca, acabaría desquiciado por desear al demonio y no poder tenerlo.

Ya estaba perdido y condenado.

CAPÍTULO 4

*Y un día, tú simplemente apareciste.
Como la luna en un cielo oscuro.
Como la brisa en un prado solitario.
Como el calor en una fría noche.
Como un viajante largamente olvidado.
Un día, tú simplemente apareciste.
Y antes de que lograra percatarme,
te robaste mis silencios,
te adueñaste de mis desvelos.
Te llevaste mucho más que un primer beso.
Me marcaste el alma,
Me arrebataste el corazón.
Me hiciste esclavo de tu pasión.
Aquel día, fui tuyo.
Una vida ha transcurrido, y aún lo soy.*

Extracto del libro: Susurros en la noche

Durante el transcurso del día siguiente, Violet no pudo evitar meditar sobre lo sucedido en el baile de los Richmond. Una parte de ella se arrepentía de haberle dado ese golpe al duque, pero la otra, la más belicosa y aguerrida, la felicitaba. Y es que ese hombre arrogante y cínico, le había robado su primer beso, y eso no se lo perdonaba.

Sus dedos no habían cesado de tocar sus labios cada vez que la imagen se repetía en su mente. Las sensaciones que había experimentado, esos segundos

en los que se había sentido flotar y a la vez tan terrenal, tan llena de un ardor y una necesidad desconocidos. Y luego, el temor y el nerviosismo que se había apoderado de ella y que había terminado por hacerla golpear al duque. Miedo, miedo derivado de la vulnerabilidad era lo que había sentido. Y también algo que no estaba dispuesta a volver a experimentar. No por nada se había mantenido intacta, tanto en cuerpo como en sus sentimientos durante todos aquellos años.

Ella no quería ser vulnerable, no deseaba ser reducida a una posesión a la que usar y luego relegar a un rincón oscuro y solitario, como sucedía en los matrimonios de su círculo. Ella no quería sufrir; temía acabar su vida como su padre, muerto por su propia mano, a causa de no ser capaz de soportar la desidia de un corazón roto, de una supuesta traición.

Y por eso, en ese momento, además de albergar rechazo por Riverdan, le podía sumar resentimiento y profunda ira. No importaba que el caballero se hubiese valido de ese sucio ardid para amedrentarla y hacerle desistir en su idea de investigar. Había traspasado una línea muy sagrada para Violet, y solo por eso se las pagaría. No solo proseguiría en su afán de descubrir lo que traía entre manos con el tal Jason y el motivo de asesinar a ese pobre hombre, sino que no descansaría hasta desenmascarar al duque de Riverdan y demostrar que no era más que un vil delincuente.

El baile organizado en la glamurosa mansión de lady Harrison se encontraba en pleno apogeo cuando Violet y su hermana Daisy ingresaron al salón. Rosie no había querido acompañarlas, según ella por sentirse indisputada, algo que no parecía muy veraz, pero en lo que había decidido no escharbar, pues había estado evitando una conversación extensa con su gemela, a fin de ocultar lo que acontecía últimamente en su vida, pues sabía que a Rosie no la podría engañar; ella adivinaría todo en un santiamén.

La duquesa viuda de Stanton y su hijo, el vizconde de Bradford, nuevamente estaban ejerciendo de carabinas para ellas y ya resultaba obvio el interés del castaño caballero por su hermana. Daisy parecía consternada y muy nerviosa, pero no cesaba de evitar mirar al caballero, y él, por el contrario, la veía sin miramientos. Ambos resultaban tan evidentemente atraídos el uno por el otro que Violet no comprendía cómo no se habían extendido los chismorreos por todo Londres.

La concurrencia engalanada, acorde al opulento evento, que circulaba por la estancia conversando y bebiendo no era multitudinaria, aunque tampoco escasa; había cerca de cien personas en aquel lugar. Esa noche no llovía, y tampoco hacía frío, era una agradable noche de otoño.

El vizconde se alejó en cuanto algunas mujeres se acercaron a saludar a lady Honoria y su hermana pareció relajarse. Violet decidió que debía intentar localizar al hombre rubio, al supuesto asesino, que cabía la posibilidad estuviese presente allí. Sus ojos no dejaban de mirar a su alrededor, inspeccionando el salón. Pensaba que tal vez él y el duque utilizaban los eventos sociales como excusa para llevar a cabo sus delitos, que aún no dilucidaba de qué se trataban, pero que claramente eran peligrosos y muy oscuros. Ella había visto a ambos hombres con un cadáver. Un escalofrío la recorrió con solo recordarlo. El asesino podría estar ahí, buscando alguna nueva víctima, tal vez. ¿La habría reconocido la noche pasada?

—Violet, ¿a quién buscas? —le preguntó de pronto Daisy, observándola por encima de su copa. Ella dio un respingo y examinó a su hermana unos segundos.

Se veía muy bonita, con su atuendo color melocotón y su cabello recogido en un alto peinado, que dejaba algunos rizos sueltos.

—¿Qué?... A nadie... Solo veía a... a las personas —contestó dubitativa, apartando la vista y vaciando su copa.

Por el rabillo del ojo, notó que Daisy fruncía el ceño y abría la boca para replicar, pero en ese momento aparecieron varios caballeros, quienes comenzaron a asediar a Violet con sus peticiones de baile. Ella rodó los ojos y repelió sus halagos floridos, algo que lejos de desanimar a su corte masculina, incrementó su atención. En otras circunstancias, los despacharía con su habitual descaro, pero como no quería darle chance a su hermana mayor de seguir el interrogatorio, tuvo que soportar a sus indeseados pretendientes.

Casi una hora y unos cuantos bailes más tarde, pudo al fin librarse de los incansables caballeros, alegando deber hablar con su hermana, a quien no avistó por ningún rincón del salón. La anfitriona había dado inicio a un ridículo juego, algo que solía hacer en cada velada de esas exclusivas que organizaba.

En ese momento, la banda musical dejó de tocar y se oyó el sonido de una

copa tintineando. Todos los asistentes interrumpieron sus conversaciones y giraron para mirar a su anfitriona, quien se hallaba sobre la tarima junto a los músicos, aguardando con una sonrisa que se hiciera silencio en el lugar.

—Su atención, por favor... —empezó a decir la regordeta y morena mujer, vestida con un elegante atuendo color borgoña—. Damas y caballeros, bienvenidos. Como todos saben, me gusta obsequiar a mis invitados excepcionales entretenimientos. En esta ocasión, he pergeñado una búsqueda del tesoro —anunció lady Harrison, provocando algunos murmullos en el público—.

Mas no será una versión tradicional de este juego, sino que he asignado al azar una pareja a cada uno, con la que formarán equipo, y con quien deberán encontrar el tesoro escondido. Por favor, las damas sean tan amables de mirar su carnet de baile y los caballeros el sello que les pusieron en sus muñecas al ingresar, la pareja que les tocó tiene el mismo grabado. Les daré unos minutos para que cada caballero identifique a su compañera —continuó con tono dramático la dama, y todos comenzaron emocionados a revisar sus respectivos dibujos.

Violet examinó su carné con detenimiento. Era un florete en posición diagonal. En la delgada empuñadura tenía enroscada una flor que estaba dibujada a la mitad, como si le faltase la otra parte, estaba ensimismada examinando el peculiar grabado, cuando sintió una presencia muy cerca.

Levantó la vista y tuvo que reprimir un jadeo. Frente a ella, enseñándole un dibujo idéntico al de su carné, pero que en ese caso se trataba de un florete que, si juntaban ambos grabados, formarían una cruz perfecta y ensamblada, estaba un hombre rubio, alto, de aspecto elegante, gesto indescifrable y mirada marrón fría.

El asesino.

—Creo que nuestros grabados coinciden, milady —dijo con aquella voz de barítono que recordaba al tiempo que la miraba fijamente, ocasionando en Violet un escalofrío.

De cerca el caballero provocaba más desazón, pues su piel era muy pálida, casi translúcida, sus ojos marrones apagados y vacíos. Su cabello era algo grueso y no tan rubio como había creído, más bien de un castaño claro con algunas vetas doradas. Cada pelo estaba en su lugar, y su aspecto era sobrio y

elegante.

No era alguien de mal ver, con su rostro delgado, labios gruesos y nariz perfecta.

Pero era demasiado inexpresivo como para sentirse a gusto en su presencia. Y también constató que era joven, no debía tener más edad que su hermano Steven, pero nunca lo había visto antes, y eso le parecía extraño; ella conocía a casi todos los hombres nobles de su círculo.

—Eso parece, milord —contestó, ante la ceja gruesa que él arqueó cuando el silencio se alargó entre ellos.

—Permítame presentarme, soy el señor Redmond, recién llegado a la ciudad.

Vengo de pasar varios años en Francia —pronunció él, y ella ejecutó una reverencia—. ¿Cuál es su gracia?

—Lady Violet Hamilton, sir —correspondió ella, y estiró su mano para que el hombre le diese un efímero beso en sus nudillos enguantados, intentando no delatar su nerviosismo con su temblor.

—Es un placer, milady —prosiguió el tal Redmond, examinando su cara detenidamente—. ¿Sabe? Estoy muy seguro de que es la primera vez que nos presentamos, pero su rostro me parece familiar.

Violet se paralizó y sintió los latidos de su corazón acelerarse. Tragando saliva, abrió la boca para inventar cualquier excusa, como alegar que tenía un aspecto de típica joven inglesa, pero por fortuna la voz de la anfitriona la sacó de ese peligroso momento.

—¡Atención! Ha llegado la hora de iniciar el juego. La consigna es mantenerse juntos. Cuando suene la campanada de la medianoche el tiempo se habrá agotado y quien haya resuelto el enigma y dado con el botín ganará el desafío —exclamó con voz teatralizada lady Harrison, y en ese preciso instante, las luces del salón comenzaron a disminuir—: «Funciona, pero no puede caminar, a veces canta, mas nunca habla. Carece de brazos, de manos y de cabeza, pero tiene una cara. A menudo lo encuentras cerca de una chimenea, mas de su calor no precisa. Puedes intentar detenerlo, pero él seguirá su camino siempre hacia delante y nunca para atrás» —relató, y el salón se sumergió en la oscuridad.

Las mujeres chillaron y se oyeron algunas risas masculinas cuando las

parejas comenzaron a salir en busca del tesoro. Violet empezó a ponerse mucho más nerviosa, y esperó que Redmond no pretendiese salir de la estancia como el juego precisaba. Todo estaba a oscuras y, si él la había reconocido como la mujer del laberinto, podía llevarla a cualquier parte de la casa y aprovechar para asesinarla.

—Bueno, no es que me apetezca participar de este absurdo, pero no tenemos mucha opción. Mientras pensamos la respuesta, ¿le parece iniciar la búsqueda en el jardín, o tal vez en el invernadero, mi curiosa lady Violet? —murmuró muy cerca de su oreja Redmond, y ella se puso rígida de terror.

Estaba en problemas, en verdaderos y mortales problemas.

El duque de Riverdan ingresó a la mansión de lady Harrison con paso apurado.

La reunión con Stanton y el magistrado se había extendido más de lo debido y no tuvo más opción que enviar un mensaje a su hermana para que partiera hacia la fiesta sin él, acompañada de su carabina. Él había puesto al día al duque y a Seinfeld de los pocos avances que había logrado hacer, agradeciendo que Baltimore no se hubiera presentado por estar cuidando de su esposa. No deseaba tener que ponerle al tanto de las recientes actividades de su hermana pequeña, porque eso significaría tener que dar más explicaciones de las que podía dar, ya que no sabía cómo se tomaría el conde sus métodos para ahuyentar a la tozuda Violet. Y mejor no lo averiguaba.

Ethan estaba frustrado, pues coincidía con Nicholas, el duque de Stanton, en que la misión estaba estancada. Por más que lo intentaba, no lograba llegar al cabecilla o mente maestra de la red de robo y contrabando que llevaba meses operando entre Francia e Inglaterra. Ya habían asaltado varias propiedades campestres de nobles, incluida la mansión de los Hamilton, y ellos no habían adivinado qué era lo que buscaban con tanto ahínco, pues en cada uno de los asaltos no se habían llevado nada, solo revuelto todo lo que habían encontrado.

Y Redmond, que era su único contacto dentro de la banda, parecía no fiarse de él, porque no le daba ninguna información valiosa o útil, solo lo usaba como informante, creyendo que estaba urgido de dinero y que compartía la ambición y falta de moral de su padre, el anterior duque fallecido hacía dos años. Él sabía que Charles West, el conde de Cavandish, tenía algo que ver,

pero aún el vizconde de Bradford, hermano del duque de Stanton y cuñado de Violet, quien conocía al hermano de Cavandish, Anthony West, desde muy joven, no lograba averiguar hasta qué punto, ni cuál era la posición del conde dentro del engranaje delictivo.

Debían hacer algo o fracasarían irreversiblemente.

Cuando hizo su entrada al salón, la anfitriona estaba hablando a los asistentes, él no logró entender lo que decía, pues su vista fue atraída como un imán hacia un lateral de la pista de baile. Tenía que reconocer que la mocosa era toda una visión, con su vestido color verde claro haciendo perfecto juego con sus brillantes ojos. Su rubio cabello estaba amarrado de costado sobre su lado izquierdo, dejando a la vista su hombro derecho. Seductora e inocente, combinación letal.

La copa que el lacayo le ofreció fue muy útil para aliviar su boca, que se había secado mientras desplazaba la vista por la exquisita figura de la dama. Parecía un ángel envuelto en seda, pero bien sabía que golpeaba como un boxeador, de esos que se medían entre cuerdas. Y su carácter era todo menos angelical. Un ángel caído, eso es lo que era. Ella era sin dudas hermosa, pero insoportable. A él no le gustaban las féminas con más lengua que recato. Y esa era su última palabra.

Con esfuerzo, quitó los ojos de la joven y barrió el salón en busca de Blair. Se sorprendió de avistarla de pie y conversando, en apariencia a gusto, con un hombre. Su ceño se frunció. Era Anthony West, quien le estaba enseñando su muñeca y diciéndole vaya a saber qué. Blair se sonrojó y esbozó una sonrisa tímida, apoyándose en su bastón con disimulo. Ethan entregó su copa al sirviente que pasaba, dispuesto a dirigirse hacia su hermana. No confiaba en West, puesto que lo había visto coqueteando con Daisy Hamilton, y además aún no descartaba que pudiese ser cómplice de su hermano mayor, cuando una alta figura cruzando el salón llamó su atención.

Redmond. Confuso, lo observó plantarse frente a la rubia e iniciar una conversación.

No sabía que asistiría a aquel evento en particular; ninguno de los nombres de la lista que había elaborado para él estaban invitados. ¿Qué hacía allí? La respuesta no demoró: cazar a Violet Hamilton.

Sus puños se cerraron, y su mandíbula se apretó. Aquella maldita mocosa no

había escarmentado ni un poco. No entendía al peligro que se estaba exponiendo, y él no era capaz de hacérselo ver sin revelar más de la cuenta. Hasta lo que sabía, Redmond era un asesino despiadado. Y en ese momento tenía en su mira a lady Violet.

Debería dejar que hiciese lo que quisiese con ella, por insensata y rebelde. No podía enfrentarse a Redmond; si lo hacía, podía descubrir que su fachada de noble irresponsable y codicioso era eso: una actuación. Arriesgaría meses de arduo trabajo. Él no le debía nada: ya le había advertido y ella solo se había burlado. No creía que el castaño la asesinara en pleno salón, seguramente le daría un buen susto. Se lo merecía, por meter las narices donde nadie la llamaba.

Las luces se apagaron de repente. Ethan se tensó; comenzó a girar para alejarse de allí con firme determinación.

Dos latidos acelerados después frenó y salió disparado hacia la pareja.

CAPÍTULO 5

*Por la noche es cuando te sueño,
pues ella es la cómplice de los amantes.
La noche es el escenario de los sucesos más emocionantes.
Es la materialización de lo prohibido.
Por la noche te espero,
pues ella es la confidente de las fantasías prohibidas.
La noche es mi aliada.
La luna mi testigo.
La oscuridad mi máscara.
Tú el destino.
Tú el deseo.
Tú, por siempre mío.*

Extracto del libro: Susurros en la noche

Con el salón sumergido en la penumbra parcial y la cantidad de personas que abandonaban la estancia, Ethan demoró varios minutos en llegar hasta donde había visto a la pareja conversando. No había nadie. Desesperado, giró sobre sí mismo, volteando la cabeza en todas direcciones, forzando a sus ojos para tratar de vislumbrar la tela rosada del vestido de la rubia, o el cabello claro de Redmond. Sin saber dónde más buscar, comenzó a avanzar en dirección al centro del salón, apartando de su camino a la gente que se interponía y comprobando la identidad de cada dama rubia que avistaba.

«¡Con un demonio! Mataré a esa condenada mujer si Redmond no lo hace primero».

—Ethan, ¿qué ocurre? —dijo de repente una voz muy cerca, y él miró en esa dirección.

—Blair. Nada, nada —se apresuró a decir, pues su hermana estaba acompañada por Anthony West.

—Pareces muy agitado —insistió ella con tono preocupado, quitando su mano del brazo del caballero, que estaba seguramente por guiarla hasta la salida.

Ethan se agobió aún más. Estaba perdiendo tiempo valioso. No podía dejar con la palabra en la boca a Blair pues parecería sospechoso, y menos largarse sin más. No quería ojos indiscretos sobre él. Era un experto en el arte de pasar inadvertido. Aquello le había salvado la vida en más de una oportunidad cuando trabajaba para la Corona inglesa bajo una identidad falsa: Ross.

—Si está buscando a lady Violet, salió por las puertas-ventanas que dan al jardín solo hace unos momentos. Iba acompañada de un caballero, que no conozco —intervino West, y Ethan se tensó de inmediato.

—Para qué buscaría yo a dicha dama —cuestionó él, imprimiendo a su voz un deje indiferente.

—Pues para hacer lo que sea que pensaba cuando entró y se quedó viéndola fijamente —respondió con sorna West, encogiendo un hombro.

Ethan se tragó una maldición, abrió la boca dispuesto a lanzar una pulla letal al entrometido de West, pero nada salió de ella. La volvió a cerrar, y luego simplemente dio media vuelta y se alejó de la pareja. West añadió algo que no logró oír, provocando una risita en Blair. Aquello mermó su mal humor considerablemente. Se pensaría lo de hacerle pagar a West su descaro, solo porque el hecho de lograr arrancar una risa a su hermana le confería respeto y agradecimiento por parte suya. Lo que no quitaba que West se había delatado y dejado entrever que no era tan iluso y lento como él creía. Más bien todo lo contrario. Era agudo y sagaz. Y por eso, pondría en tela de juicio lo que había dicho sobre no saber quién era Redmond. Lo más probable era que supiese que el castaño era uno de los socios de su hermano mayor, y le preocupaba que de saberlo West hubiese mentido, pues eso podría significar que no se fiaba de él.

Fuera estaba más iluminado. Muchas personas iban y venían, correteando y buscando resolver el enigma y hallar el objeto para así obtener el premio.

Ethan dejó que el instinto lo guiase e instó a sus pies a tomar los caminos laterales del jardín, los cuales se hallaban menos solicitados; parecían desiertos. Su paso era acelerado, y agudizó los oídos para intentar escuchar más allá del sonido de las risas, conversaciones y exclamaciones que los demás invitados emitían. No los halló. Frustrado, se dirigió al laberinto de setos, el cual dudaba estuviese habilitado como zona para buscar la pista. A lo lejos vio al vizconde de Bradford sentado en el borde de la fuente que estaba ubicada en la parte central del laberinto. Parecía ensimismado, y decidió que le preguntaría por lady Violet; después de todo, Andrew estaba al tanto de la operación y la investigación, y estaba colaborando, pero antes de llegar, él se puso en pie precipitadamente y salió como alma que lleva el diablo tomando uno de los caminos.

Ethan bufó y volvió sobre sus pies, ya había recorrido prácticamente todo el jardín. Temía que Redmond lastimara a la joven. Podría ser insoportable, pero no merecía morir. La culpa acabaría con él si algo le sucedía. Maldición, por qué no puso al corriente a Hamilton de lo que estaba sucediendo. El conde podría haber tomado medidas sobre la muchacha y, como hermano mayor, impedirle que se expusiera o entrometiera. Un nudo se atravesó en su garganta. Debía hacer algo, dar la voz de alarma y encontrar a la rubia sana y salva, o todo se derrumbaría. Y no solo la investigación.

Doblaba en una de las esquinas que le llevarían a la salida del laberinto, prácticamente corriendo, cuando un fuerte tirón en uno de sus tobillos ocasionó que frenase en seco y cayese hacia atrás sobre su trasero con un golpe fuerte, que levantó a su alrededor una nube de polvo del camino de grava.

—¡Pero qué diablos...! —exclamó, apoyando las palmas en el suelo, cogiendo impulso para ponerse de pie y enfrentar a su atacante—. ¡Quién demonios se atrever... —la mano delgada que cubrió su boca le impidió seguir gritando.

—Shh... —siseó una voz femenina en su oído—. Cállese, su cómplice me está buscando y lo oirá —continuó frenética y agitada, al tiempo que tiraba de sus hombros con la otra mano, intentado que él se colara por el agujero entre los setos en los que se hallaba.

Ethan se removió airado, logrando quedar libre del agarre de sus manos. Se

puso en pie, y colérico la enfrentó.

—¿Acaso se ha vuelto loca de remate? ¿Qué hacía con Redmond? Es peligroso, ¿por qué ha dejado el salón en su compañía? —le reclamó con impaciencia, inclinándose para sacudir sus ropas llenas de polvo.

—¡Hable más bajo! Él puede andar cerca, me escabullí cuando una pareja apareció frente a nosotros, distrajo a Redmond y yo hui —manifestó ella con expresión tranquila, aunque la piel de su rostro estaba más pálida de lo normal.

—¡No me ha respondido! ¿Por qué insiste en inmiscuirse en mis asuntos? ¿Es que no le entra en su cabeza llena de pájaros que esto no es un juego y que su vida corre peligro? ¿Qué le dijo a Redmond? —ladró Ethan, desquiciado.

Ella soltó el aire con fuerza y llevó sus manos enguantadas a sus caderas. Su ceño se había fruncido, y apareció esa mueca altiva y obstinada que empezaba a conocer demasiado.

—No me grite. Y si estoy en peligro no es por mi culpa. Ahora resulta que uno no puede pasear por un jardín, que se tiene que topa con un asesino —espetó con frialdad. Y señalándole, añadió—: lo que sucede es que usted teme que yo descubra que no es más que el cómplice de ese malviviente. Estoy segura de que, si continúo, frustraré sus planes delictivos y derrumbaré sus fachadas de nobles respetables.

Ethan gimió exasperado, y se llevó sus manos a la cara para mitigar su desazón. Iba a replicar sobre lo rápido que Hamilton se enteraría de sus andanzas nocturnas, cuando se oyeron unas pisadas pesadas y apresuradas y una discusión en murmullos muy cerca. Con pocas opciones, se coló en el hueco que la muchacha había abierto entre las ramas, y una vez dentro lo cubrió, quedando ambos detrás del denso follaje.

El espacio era muy reducido, tanto que ellos quedaron tan juntos que se rozaban en cada parte de sus anatomías, desde el pecho hasta las rodillas. Su respiración se agitó al sentir las formas femeninas de la dama acariciando las suyas, mucho más firmes. Tragando saliva, quitó la vista del camino por donde esperaba ver aparecer a los intrusos desconocidos, y sus ojos oscuros se toparon con aquella boca carnosa a un suspiro de distancia de la suya. Dejó de respirar, de pensar, y solo sintió. El fuego del deseo corrió por sus venas, incendiado todo a su paso, amenazando con derribar hasta el último atisbo de

contención, de resistencia, de prejuicios, de excusas.

Los párpados le pesaron cuando los subió con lentitud y miró sus ojos claros abiertos y tan dilatados como debían estar los suyos. La joven parpadeó, pero no demostró estar más afectada que eso. Algo que inexplicablemente le causó un mal sabor de boca y le encolerizó.

—¿Es que no le teme a nada? Parece tan distante y fría a veces. Pero sé que es solo su máscara, lo percibo y lo siento —masculló en voz baja y ronca Ethan.

La dama no respondió, pero cuando él levantó de improviso una mano y tomó su nuca, la sintió tensarse y contener el aliento. Él bajó la vista a sus labios tentadores de nuevo y vio cómo mordía el inferior, delatando su incomodidad o lo que fuera.

—No se atreva o... —le advirtió con ira ella, pero Ethan no le permitió seguir.

Tomó posesión de esa boca y se rindió a sus deseos. Él no era un santo, mucho menos un héroe, y cuando de Violet Hamilton se trataba, ni siquiera era un caballero. Era simplemente un hombre, uno que estaba consumido por la necesidad y que había hallado a la única mujer con el poder de encender y apaciguar su fuego interior de manera devastadora.

Los labios masculinos del duque no le dieron tregua a Violet durante segundos que se le hicieron eternos, y a la vez efímeros. Su primera reacción había sido resistirse; sus brazos habían subido para empujar el pecho del hombre e intentar alejarlo, pero él afianzó su agarre en su nuca, su otro brazo la rodeó por la cintura y, cuando la atrajo más cerca con un poco de brusquedad, sus manos quedaron aprisionada entre sus cuerpos, y el jadeo que emitió fue absorbido por su boca exigente. Entonces sus párpados imitaron los de él y se cerraron, dejando paso a los sentidos que estaban activos y pendiendo sobre una nube placentera.

No era un beso brutal, ni desesperado, pero era implacable y voraz. Mas cuando ella comenzó a marearse y se aflojó en sus brazos, el duque gimió y sus movimientos se ralentizaron, haciéndose más profundos y abarcadores. Todo su cuerpo entró en una tensión desconocida, y un calor abrasador se instaló en su interior, haciéndole soltar más jadeos y elevarse sobre las puntas de sus pies, para estar más cerca de aquella fuente de placer nueva.

Las voces de los dos hombres que antes habían oído llegaron hasta ellos con más cercanía y se colaron en aquella extraña burbuja que hasta hace un momento les había mantenido ajenos a todo lo que no fuese ellos y sus cuerpos creando aquella secuencia acalorada. Violet separó su boca, y el duque se quedó viéndola con una expresión que en otras circunstancias le hubiese dado mucha risa.

Parecía un niño al que le hubiesen arrebatado su dulce predilecto cruelmente.

Sus labios estaban hinchados como seguramente estarían también los suyos, y sus ojos, oscuros y enturbiados, la miraron con reproche. Hasta que debió caer en la cuenta de dónde estaban y en la situación precaria en la que se encontraban.

El cuerpo esbelto y poderoso del duque entró en tensión, y con la mandíbula contraída, la soltó, llevándose un dedo a los labios para indicarle que guardase silencio.

—Te digo que no funcionó. La estúpida muchacha me pateo y logró huir —decía una voz grave con un acento aristócrata marcado.

—Dijiste que esta noche obtendríamos resultados; estamos perdiendo tiempo muy valioso, Cavandish. Te lo advierto, el jefe no tendrá más paciencia contigo. Si no le das lo que quiere, simplemente te quitará del medio. Si no sirves, no vives —contestó el otro con tono frío.

Violet contuvo un grito, esa voz. Era Redmond. Antes lo había perdido aprovechando que una pareja se había cruzado con ellos. Estaba asustada por la manera en la que él la miraba y por la forma demasiado fuerte en la que aferraba su brazo. Redmond no le había dicho nada más, solo que sabía dónde estaba el objeto que debían buscar para ganar el juego. Pero ella no le había creído, estaba segura de que se trataba de un reloj, y no tenía sentido que estuviese fuera de la casa. La mano del duque apretó la suya, y solo así, Violet se percató de que estaba temblando. Por lo que, lejos de apartarla, aceptó su muestra de apoyo, pero no dio muestras de darse cuenta de esta. Eso sería mostrarse vulnerable, y antes, muerta. Ella no era una princesa indefensa que esperaba al príncipe para que le salvase el pellejo. Violet era el dragón, y sabía defenderse si no con su lengua, con su espada o su pistola. Y por eso, mejor se quedaba soltera.

El tal Cavandish reaccionó indignado ante la amenaza velada, y se enzarzaron en una discusión de la que poco pudo sacar en claro. Entonces las campanadas de medianoche resonaron, y ambos hombres se marcharon con rumbo desconocido. Ellos esperaron unos segundos más, y luego salieron de su escondite. El duque la guio en silencio y sin tocarla.

Violet se sentía avergonzada de sí misma, pues era consciente de que había devuelto el beso del hombre con desinhibición. Era extraño e incomprensible para ella aquel hecho, y no se sentía capaz de desentrañar la compleja maraña de emociones que el duque despertaba en ella en ese momento. Riverdan parecía tan ensimismado como ella, pues no le estaba gritando, reclamando o advirtiendo nada. Solo caminaba mirando hacia el frente con el ceño fruncido y las manos detrás de la espalda.

—Hasta aquí la acompaño —dijo una vez llegaron a una puerta lateral de la mansión. Posiblemente la zona que pertenecía a los habitantes y que le serviría para regresar al salón sin ser vista en compañía, o peor, sola, despeinada y acalorada.

Violet improvisó un saludo con su cabeza y se adelantó para perderse por la puerta que él había abierto, no obstante, la mano del duque posándose en su brazo izquierdo le impidió cruzar el umbral.

—Espero que esta vez haya aprendido la lección, milady —pronunció él cuando ella le miró, interrogante.

—¿A qué se refiere, su Excelencia? —dudó ella, alzando una de sus cejas.

—A lo sucedido en el laberinto. Espero le sirva como lección y no piense usted volver a entrometerse en asuntos que no le conciernen. Asuntos peligrosos además, y de los que si no se atiende puede terminar seriamente lastimada —contestó con tono bajo.

Violet se liberó de su mano, y a sabiendas de que se refería a Redmond y no a lo que pasó entre ellos, rebatió con sorna—: si se refiere al beso que me robo tan vilmente, me temo que está usted sobrevalorando sus aptitudes, milord. No ha sido para tanto. Ciertamente, no es suficiente como para resultarme intimidante.

—La mueca que esbozó el duque al oírla por poco le hace escupir una carcajada, estaba lívido, enfurecido y hasta ruborizado, pero la camufló detrás de un gesto aburrido y con tono condescendiente añadió—: si lo que pretendía

era asustarme y así lograr que huyese a cobijarme bajo la protección de alguien, no le ha funcionado. Pienso seguir investigando, y ni todos los besos del mundo me harán desistir. Así que, por favor, no ande prodigando besos a quien no los desea, ni se los pidió. Debería aprender a ser más selectivo, y en el futuro tener cuidado a quién impone sus favores. No vaya a ser que por andar usando métodos tan originales termine usted comprometido, o peor, cazado. Su discurso dejó boquiabierto al moreno, así que Violet sonrió, y agregando un «Buenas noches», se adentró en la mansión.

Con esta llevaba dos victorias a su favor, y el duque, ninguna. La vida era dulce. Sí, señor. Y también apasionante, y ardiente... ya sabía cómo se sentía el deseo y la pasión... Mejor lo dejaba ahí, o su reciente buena suerte empezaría a saberle agrisado, o más bien, amarga.

Ethan cerró la puerta de su carruaje con más fuerza de la debida y se dejó caer en el asiento con ira contenida. Prácticamente había salido despavorido hacia la salida y subido al coche de un salto, impidiendo que su sirviente extendiese la escalerilla. Quería alejarse rápido. No estaba molesto con aquella maldita mujer, sino consigo mismo. Tener cerca al demonio Hamilton había pasado a ser un problema y un peligro para su autocontrol. Por más que quisiera engañarse, no podía hacerlo. Esa noche había quedado claro que no tenía contención frente a la boca de cierta dama. Se había humillado él mismo, lanzándose sobre ella como un animal en celo. Y había perdido la cabeza, la dignidad y hasta la humanidad cuando la muchacha se había abandonado a sus caricias. Unos minutos más y no sabía si habría sido capaz de detenerse. Estaba seguro de que habría podido seducirla allí mismo, entres los arbustos y sobre el césped que pisaban. Lo peor, con dos hombres a unos pasos. Hombres a los que debía haber estado investigando, en lugar de estar manoseando a una debutante con lengua viperina, carácter intratable y cero recato. Pero con un cuerpo hecho para el pecado, para qué negarlo.

¡Por los clavos de Cristo, era una virgen que apenas cumplía la mayoría de edad! Estaba enloqueciendo definitivamente. Estaba confirmado. Jamás le había sucedido nada ni remotamente similar. Las mujeres solo eran para él cuerpos anónimos en los que de vez en cuando buscaba placer, satisfacción momentánea, y nada más. No hablaba con ellas, no se besaba con ellas, y no se preocupaba por ellas. Pero Violet Hamilton no era una simple mujer; era un

demonio. Y lo distraía, tentaba y seducía sin percatarse ni quererlo.

Estaba decidido, se mantendría apartado de ese demonio vestido de seda; la evitaría más que a la peste. Y en cuanto pudiera, pondría a su hermano mayor al tanto de la situación, pues algo bueno habían sacado de esa noche: acababa de confirmar que Cavandish era uno de los cómplices de Redmond, y por lo tanto, Baltimore debía saber que, si no controlaba a su hermana, esta podría terminar muerta. Después de eso, no volvería a dedicarle un pensamiento a la mujer que le había arrebatado la cordura y la paz, aunque en sus brazos se hubiese sentido vivo por primera vez en sus treinta y tres años de vida.

El carruaje se detuvo y él descendió, sintiéndose más tranquilo. Ya estaba de nuevo en su eje, volvía a ser el cabal, racional y eficaz Ethan. Entraría en la casa y enviaría un mensaje al magistrado, para decidir juntos la acción a seguir.

—Su excelencia —habló su cochero detrás de él, cuando estaba subiendo las escalinatas de la entrada. El rubicundo hombre se quitó el sombrero y se rascó su cabeza calva en la zona superior, cuando Ethan le hizo una seña para que continuase—: verá, no quiero ser indiscreto, su excelencia. Pero ¿no ha olvidado usted a lady Blair en el baile? ¡Maldición!

CAPÍTULO 6

*En la penumbra te veo acercarte.
Traes contigo la sombra de tu pasado.
Son recuerdos que te atormentan,
que te castigan, que te condenan.
Ven, y permite que mi luz te libere.
Ven, y permite que mi amor te sane.
Ven, y permite que mis brazos asesinen tus recuerdos,
Ven, y permite que mis besos creen nuevos versos.*

Extracto del libro: Susurros en la noche

—¿Puedes explicarnos qué hacemos exactamente aquí? —siseó Violet, intentando no resbalar en el lodo que pisaba.

Tres días después del baile, ella y sus hermanas se habían escapado de una velada para, insólitamente, ayudar a Daisy en una misión desconocida. Ella no había protestado, al revés de Rosie, pues no necesitaba incentivos para evitar un aburrido compromiso social; pero cuando cayó en la cuenta de que estaban ante las puertas de la mansión de la ciudad de los Stanton, su ceño se frunció.

Ella y Rosie se miraron inquietas, pues allí era donde residía lord Bradford, y podría ser que su hermana mayor ya hubiese descubierto que lord Andrew era el caballero desconocido de sus cartas. ¿Pero cómo...? Si Violet llevaba las cartas encima, pues después de haber visto al vizconde la noche anterior, colándose en el cuarto de Daisy, había decidido enfrentarlo y dárselas para que él supiera que su dama anónima no era otra que su hermana, y al fin pudiesen sincerarse y casarse de una buena vez. Sí, era una entrometida, pero

es que ya la desesperaban con tantas idas y vueltas, y a pesar de que Rosie no estaba de acuerdo, debía intervenir o esos dos aceptarían que se amaban cuando fuesen unos ancianos.

—Shh... luego te explicaré —susurró Daisy sin volverse a mirarla.

—Esto es peligroso, Sissy, ¿qué excusa daremos si nos descubren aquí? —interrogó Rosie, cerrando la marcha.

Daisy no respondió, pero su nerviosismo y enfado eran evidentes. Violet comenzó a elucubrar un nuevo plan. Ya que estaban allí, lo mejor sería aprovechar y deshacerse de las cartas. De paso también podría acelerar los acontecimientos y dejarlas en algún lugar en donde Daisy pudiese dar con ellas, y así todo saldría a la luz. Una sonrisa maliciosa se formó en su cara. Estaba disfrutando esta aventura. Rosie la miró con reproche, pues como buena gemela, había adivinado sus intenciones, y negó con su cabeza, a lo que ella respondió encogiendo un hombro. Ya no había marcha atrás.

Con sumo sigilo, rodearon la casa y se colaron por la puerta de hierro trasera.

Conocían bastante la propiedad por las visitas que habían hecho, y les resultó fácil ingresar al patio posterior. El primer obstáculo se presentó cuando Daisy probó el pomo de la puerta del servicio y la encontró trabada. Tragando una maldición, se volvió hacia ellas, que la miraban expectantes.

—Está cerrada —dijo desalentada, aunque era evidente, ya que no se veía ningún tipo de hueco por el que pasar una llave, y debía estar trabada por dentro con una de esas barras de hierro.

—Bueno, entonces podemos regresar a la velada musical de lady Henderson —suspiró Rosie.

—No seas tan miedosa, Ros. Y tú, déjame probar algo —alegó Violet y avanzó cuando ella se hizo a un lado.

En silencio, observaron cómo Violet se quitaba una horquilla de su cabello rubio y la insertaba en la cerradura de una ventana que estaba ubicada junto a la puerta un poco por encima de sus cabezas, componiendo una expresión concentrada. Unos segundos después, se oyó un chasquido y el rostro de la joven se iluminó. Violet abrió con sigilo el cristal, y tras recogerse el vestido a la altura de la cintura para impedir que la tela limitara sus movimientos, tomó impulso y trepó hasta lograr pasar su cuerpo por la abertura y deslizarse

hacia el interior de la mansión. Una vez dentro, Violet corrió hacia el piso superior. Demoró unos segundos en abrir cada puerta para tratar de deducir cuál sería el cuarto de lord Bradford, pero no fue tan difícil. Estaban los de los duques al final del pasillo, y al inicio ninguno parecía habitado, salvo uno, el cual tenía decoración masculina, y hasta había una casaca sobre una silla acolchada.

El lugar obvio para dejar las misivas de amor era el escritorio. Las metió en un cajón, y luego pensó un sitio para esconder la llave, ya que dejarla puesta sería sospechoso. Sus ojos dieron con el ropero empotrado en una pared, y decidió dejar la pequeña llave allí. De nuevo abajo, se apresuró a abrir la puerta de la cocina y vio los rostros estupefactos de sus hermanas del otro lado. Estaba orgullosa; esa maniobra no se aprendía en ninguna escuela de señoritas, pero debería, una nunca sabía cuándo tendría que colarse en una vivienda ajena. Rosie y Daisy aplaudieron con sus manos enguantadas y lanzaron miradas admirativas hacia la gemela. Violet nunca dejaba de sorprenderlas, y en ese momento podían sumar otra habilidad más a su excéntrica y estrafalaria lista de actividades escandalosas.

La cocina de la mansión estaba desierta y sumida en la oscuridad, lo que denotaba que o bien el servicio ya se había retirado o les habían dado la noche libre. Aunque eso no era extraño, pues antes habían visto que parecía no había ningún integrante de la familia en casa.

—Bien, creo que lo mejor será que nos dividamos. Rosie, quédate junto a la puerta del vestíbulo vigilando, si alguien aparece, ya sabes cuál es la señal —dijo Daisy, y Rosie asintió con gesto nervioso, pero sabía utilizar el silbido que Steven les había enseñado a la perfección—. Tú, Violet, revisa la biblioteca y fijate si encuentras algo relacionado con un mapa antiguo o cualquier cosa que llame tu atención. Cuando escuchen mi señal, regresen aquí de inmediato —les indicó y, tras recibir el ademán afirmativo y entusiasta de Violet, quitarse los guantes para no mancharlos, y abastecerse con candelabros para iluminar su camino, se separaron. Daisy se dirigió a la planta superior, y ella se encaminó hacia la biblioteca, cruzando los dedos. La había desconcertado oír lo del mapa, y después averiguaría de qué se trataba aquello pero, por el momento, rogaría para que su hermana encontrara las cartas.

Ethan se encontraba en el club acompañado del vizconde de Bradford. Este

lo había citado en su casa para informarle sobre novedades de la investigación; al parecer habían hallado un mapa, que podría llevar a un tesoro antiguo y valioso.

Todo indicaba que era aquel papel lo que quería obtener la banda que Ethan investigaba, y por eso habían asaltado todas aquellas mansiones, incluida la de los Hamilton semanas atrás. Ethan le pidió ver ese mapa; Andrew asintió, pero entonces apareció Anthony West, pidiendo hablar con Bradford. Su cara presentaba hematomas de la pelea que habían tenido hacía unos días, según Andrew, por causa de lady Daisy, y para empeorar la situación entre los antes mejores amigos, West le había informado de su decisión de cortejar a la dama. Si no hubiese sido por la pronta intervención de Ethan, Bradford hubiese machacado la cara de West sin piedad. Ethan logró calmar los ánimos, y luego arrastró a Bradford hacia el club para tratar de que recuperara la cordura y que también pudiese centrarse en lo importante para él: la maldita investigación y las personas que habían citado allí. Tenía ganas de golpear al vizconde, pues en ese momento en que estaban tan cerca de descubrir algo, se le daba por meterse en lio de faldas. Estaba visto que las mujeres solo daban problemas.

—¿Me dirás por qué despachaste de tu casa de esa manera a lord West? —inquirió.

—Solo diré que era lo menos que se merecía —respondió con acritud Andrew, quien parecía estar por explotar de rabia, impotencia y algo más. Ethan arqueó una ceja al oír su escueta respuesta, pero antes de que pudiese alegar, dos hombres se detuvieron junto a su mesa.

—¡Norris! —lo saludó, al reconocer a su antiguo camarada. El caballero alto, rubio y delgado le devolvió el saludo y tomó asiento frente a ellos, junto a él otro individuo.

—Él es el hombre del que te hablé, Edwin Norris. Y este es mi amigo, el duque de Riverdan —les presentó Andrew, señalando a su colega, con el que habían colaborado en varios proyectos de escritura antigua.

—Su Excelencia, lord Bradford. Les presento a Whitley Stokes, que además de amigo, es mi compañero de investigación de lenguas célticas y colaborador —anunció y el hombre también joven, regordete y algo calvo correspondió el saludo.

—Bien, como te comenté, Norris es experto en lengua celta y también en otras lenguas antiguas, como el corno —aclaró Andrew al duque, sacando el mapa y depositándolo en la mesa—. Lo he citado, Norris, porque el duque y yo estamos trabajando en una misión real y hemos hallado un documento que estoy casi seguro está escrito en corno antiguo. No obstante, quería que lo comprobará, y de estar en lo cierto, me tradujese algunas palabras que no pude descifrar —informó Andrew abriendo el mapa y deslizándose hacia ellos.

Los dos hombres se inclinaron sobre la hoja y analizaron el mapa, ayudados por una gran lupa.

—Ciertamente es corno, y se trata de una especie de mapa del tesoro.

Aunque no es muy complejo, y no da demasiadas pistas —explicó Norris levantando la vista.

—Pero ¿qué dice en las palabras del centro? —preguntó Ethan, inclinándose hacia adelante.

—Es una conocida frase celta: «Ef fear py fhaide chaidh bho'n bhaile, chual e'n ceòl bu mhilse leis nuair thill e dhachaidh hy» —recitó Norris, concentrado en el texto.

—Que traducido es: «El hombre que vaga errando fuera de casa escucha la música más dulce cuando vuelve a ella» —leyó Stokes con voz profunda.

El duque y Bradford se miraron confundidos. Además de esas palabras, solo había una pequeña x negra en un extremo de la hoja, luego un camino de pequeños puntos, que terminaban en una gran x colorada. ¿Qué significaba esa frase? Parecía que era alguna especie de acertijo y tendrían que descifrarlo para solucionar el enigma.

—Este asunto se vuelve cada vez más peligroso, y me temo que ya hay demasiadas personas involucradas. ¿Lady Daisy aceptó entregarte el mapa así, sin más? —inquirió Ethan, una vez estuvieron solos.

—Tuve que convencerla; no fue fácil —reconoció Andrew, con un brillo divertido en sus ojos azules.

Ethan bebió el agua de su vaso, ocultando su propia sonrisa. Ya se imaginaba lo que el vizconde había tenido que hacer. Pero si la mayor compartía solo el diez por ciento de la terquedad de la gemela malvada, apostaría que no se quedaría tan tranquila después de darle el mapa a su amigo.

—¿Y no te exigió nada a cambio? —pronunció con sospecha.

—Claro que sí, participar en la misión —bufó Bradford—. Pero ya le dejé en claro que no meterá la nariz en esto.

—¿Y no crees que tu negativa le molestará y tratará de recuperar el mapa? —preguntó con impaciencia él. Otra Hamilton metida en la investigación: eso es lo que obtendrían. Y para el colmo, una que estaba muy cerca de uno de los sospechosos.

—No te preocupes, la tengo controlada —aseguró Andrew, empujando su bebida.

—Yo que tú no me confiaría tanto —alegó él y negó con la cabeza.

Él no lo hacía, de hecho, había estado evitando los acontecimientos sociales desde hacía tres días para no toparse con Violet Hamilton. Y tenía vigilado de cerca a Redmond y a Cavandish. Ninguno se había acercado a la muchacha, por fortuna. Aunque, según su informante, ambos frecuentaban a una mujer rubia, de cuna noble. Ethan los había seguido y había comprobado, aliviado, que no era la menor de los Hamilton. Pero la mandó a investigar igualmente, pues su rostro le era conocido a pesar de no recordar su identidad.

Ethan sospechaba que West estaba involucrado, pero no pensaba decírselo a Bradford por el momento. No hasta confirmarlo, al menos. No obstante, le parecía demasiada casualidad que el hermano mayor de West, el conde de Cavandish, estuviera metido en la red de contrabando y el menor no supiera nada y, aun así, estuviera pretendiendo a Daisy Hamilton, quien era la que había encontrado el mapa.

Demasiadas casualidades.

Violet ya había estado antes en la biblioteca de los Stanton, la cual era una estancia enorme, con estanterías tan altas como el techo abovedado, repletas de libros, y un segundo piso con más ejemplares. No sabía por dónde empezar, ni qué estaba buscando, a decir verdad. Pero no creía que el mapa pudiese ser muy diferente a la imagen mental que tenía. Una vez hubo depositado el candelabro en una mesita ubicada junto a unos sillones y varias sillas, desplazó la vista por el lugar, apoyando sus manos en las caderas. Le pareció lógico iniciar la búsqueda por el enorme escritorio ubicado al final de la estancia, y hacia allí se dirigió. Minutos después, cerró el último cajón y bufó exasperada. Nada parecido a un mapa.

Con el dedo en la barbilla, pensaba en qué sección de las estanterías ella

escondería un mapa, cuando el fuerte silbido semejante a un águila interrumpió sus cavilaciones. Era el aviso de Rosie, alguien había entrado a la casa. Estaban en problemas. Alarmada, corrió hacia el candelabro y sopló cada vela con prisa, para evitar delatar su presencia allí. Apenas tuvo tiempo de esconderse tras una hilera de estanterías, cuando oyó la puerta abrirse con sigilo. Trató de tranquilizarse pensando que tal vez sería el vizconde, puesto que los duques estaban en su casa de retiro debido al embarazo avanzado de la duquesa, pero a pesar de la penumbra, fue capaz de distinguir que la alta figura que ingresó y cerró tras sí echando el pestillo no era la de lord Bradford. Era más alta y ancha de espaldas.

Su corazón comenzó a latir acelerado cuando el hombre se detuvo en medio de la habitación y pareció olfatear el lugar. Ella se llevó sus manos al cuello, como si así pudiese contener el aroma floral de su perfume. Se apretó contra la pared y trató de contener la respiración, al notar que el intruso volvía a avanzar en completo silencio. Entonces lo oyó muy cerca, y cerró los ojos con fuerza.

—Salga ya mismo con las manos en alto —ordenó con tono brusco y demasiado bajo el hombre—. No lo repetiré —añadió, y el sonido de un arma siendo amartillada resonó en la habitación a oscuras.

Violet tembló, y pidiendo protección divina, se agachó y se lanzó cual depredador a los pies del intruso, derribándolo violentamente.

La suerte había querido que el duque regresara con Bradford a la casa, pues la suya no quedaba demasiado lejos, y que desde el carruaje, Ethan advirtiera la luz de las velas alumbrando tenuemente una de las ventanas laterales de la casa.

Rápidamente se pusieron en alerta, ambos sabían que la mansión estaba sin personal, por lo tanto había uno o varios intrusos, y era obvio que quien estuviese allí dentro venía buscando el mapa antiguo. Una vez que trazaron un plan de acción, Andrew dio la orden al cochero de dirigirse a las cuadras, allí se bajaron y de inmediato notaron la puerta de la cocina apenas abierta. En la oscuridad, se separaron. Ethan se dirigió hacia el cuarto donde habían visto la luz, y el vizconde decidió revisar su alcoba, donde seguro de haber un cómplice habría optado por requisar. Ethan caminaba por el vestíbulo con paso lento, cuando un sonido agudo rompió el silencio nocturno.

Dentro de la biblioteca halló todo sumido en la oscuridad. Quien fuese que se hubiera colado, seguía allí y había apagado las velas. En el ambiente podía percibir el aroma de estas, y una leve esencia dulce que le pareció familiar. Con la adrenalina corriendo por sus venas, sacó su arma y miró en derredor.

No había muchos sitios donde esconderse, por eso no se molestó en revisar tras los sillones, pues era demasiado obvio, y se dirigió hacia los estantes del piso superior que sabía estaban separados uno de otros por paredes delgadas.

Solo quedaba una estantería por revisar, y el instinto le dejó saber que ahí estaba su presa. Ordenó que se dejase ver, y al no obtener respuesta, le hizo oír que iba armado, esperando amedrentarlo lo suficiente.

El impacto repentino de su espalda contra el suelo le dejó unos segundos sin aire, más no demoró en reaccionar, incorporándose y lanzándose contra el cuerpo del atacante. Ambos rodaron intentando propinarse golpes, entre gruñidos e improperios. Ethan golpeó con su codo el costado del ladrón, y el chillido de dolor que este emitió le paralizó de inmediato. Era un sonido demasiado agudo. Desconcertado, intentó inmovilizar a la mujer y acercar el rostro para ver el suyo, pero el puño de ella golpeó su cara con fuerza y él la soltó para aferrar su nariz, que ya comenzaba a sangrar. La mujer aprovechó, se posicionó sobre él y golpeó su cabeza, buscando dejarlo inconsciente.

—Quieta, maldita loca —gruñó Ethan, tratando de inmovilizarla con la mano libre que tenía, pero fue imposible.

Entonces ella pareció sentir el arma apoyada cerca de su estómago, se asustó y trató de arrebátarsela. Ethan golpeó sus manos para alejarla de la pistola y la mujer se aferró con más ímpetu.

—¡Maldito puerco, deme ese arma! ¡Bastardo, cobarde! —gritó ella, y él aflojó sus dedos, estupefacto, reconoció la voz.

Era lady Violet. Maldición.

—¡Demonios, detente, soy Riverdan! —dijo con enojo, más el ensordecedor sonido ahogó sus palabras.

Un tiró. Ella había apretado el gatillo en su afán de quitarle el arma. Sintió un ardor, luego un mareo. El grito de horror de la rubia que al parecer le había oído demasiado tarde. Luego, nada.

Daisy y Rosie huyeron de la mansión, cuando la menor le aseguró que Violet había abandonado la casa antes. Al arribar a la velada de los condes de

Henderson, hallaron a la gemela esperándolas en el interior, junto a las puertas de acceso al salón de fiestas. Daisy las guio hasta el cuarto de aseo, y afortunadamente lo hallaron desierto. Un vistazo al espejo bastó para comprobar que las tres se veían terrible. Sobre todo Violet, que parecía haber sido arrastrada.

—¿Estás bien? —inquirió, tomando a Violet por los hombros, pues ella parecía estar conmocionada aún. Su mirada esmeralda se fijó en ella, y Daisy se preocupó al ver algo parecido al temor en los ojos siempre vivaces y determinados de la rubia.

—Lettie... te ves... ¿qué sucedió? —preguntó con suavidad Rosie, tomando la mano de su gemela y llamándole por su apodo de la niñez. Y Daisy notó con horror que habían dejado abandonados sus guantes en la casa. Deberían inventar alguna excusa para volver a su hogar; no podían ingresar a la velada con los brazos desnudos.

—Sí... no... yo... —balbuceó Violet afectada, logrando que las hermanas intercambiaran miradas angustiadas, ya que no era normal ver en ese estado a su indómita hermana.

—Yo... le... le disparé al duque de Riverdan, y creo... que... que está muerto —declaró finalmente Violet, dejándolas impactadas.

CAPÍTULO 7

*Y una mañana te vi.
No eras lo que había imaginado.
No eras lo que había soñado.
No eras lo que había esperado.
Recuerdo pensar, no es alguien especial.
Más de mil soles después;
estás a mi lado dormida.
Eres más de lo que jamás creí merecer.
Eres el resultado de mi ruego desesperado.
Eres el consuelo para mi alma dolida.
Eres quien mantiene mi mundo girando.
Y aunque nunca quise amarte, aun así:
te amo.*

Extracto del libro: Susurros en la noche

Sentado en su gran cama de dosel gris perlada, Ethan apretaba los dientes mientras su ayuda de cámara intentaba quitar la bala incrustada en su hombro. El sirviente, a quien había contratado en una de sus misiones fuera del país, era un exsoldado, curtido, de poca paciencia y nulo refinamiento, pero compensaba aquellas falencias con una férrea lealtad, poca disposición a meterse en asuntos ajenos, propensión a estirar la lengua solo lo estrictamente necesario para no parecer mudo, decentes conocimientos de enfermería y habilidades como guarda si era necesario. Lo mejor, nunca hacía preguntas.

—Listo, señor —avisó una vez hubo tenido el proyectil entre las pinzas—.

Es una herida limpia, y afortunadamente no rozó ningún hueso, se incrustó en la carne. Aun así, hubiera sido mejor que bebiera licor para soportar la extracción.

Recuerdo que yo me ponía como una cuba cada vez que me derribaban en el campo —siguió diciendo a la vez que cerraba la herida con presteza y él soportaba el dolor con facilidad.

Si su empleado supiese cuántas veces había soportado dolores peores, seguro se sorprendería. Por lo menos en ese momento era lo suficientemente mayor como para lograr contener las lágrimas, aunque esta vez no tenía el dolor del alma para distraerlo.

—Ya sabes que no bebo, camarada. Y difícilmente esta herida puede compararse a las que debes haber recibido —comentó, mientras el otro limpiaba con un paño mojado su piel manchada de sangre.

—Pues pocos hombres soportan lo que usted sin una mínima gota de alcohol, y nobles no digamos. La mayoría estarían gritando como mujercitas; la bala estaba bien adentro, unos centímetros más y a esta hora estaría recibiendo al cura —alegó Morrison, pasándole un poco de láudano para mitigar el dolor y ardor intenso.

Ethan negó, sonriendo apenas. El cansancio comenzaba a hacer mella en él, y después de que Morrison le vendara el hombro y le ayudase a pasar una camisa de dormir por la cabeza y quedará recostado sobre su costado derecho, cerró los ojos; el láudano estaba haciendo efecto.

La puerta se cerró, y Ethan se sintió más ligero. Esa noche había comprobado que ciertamente estaba enloqueciendo, pues a pesar de estar muy enojado con aquella mocosa insufrible, cada vez que rememoraba lo sucedido en la biblioteca sentía unas ilógicas ganas de sonreír. Demonios, le había disparado una pilluela que mojada debía pesar la mitad de él, y además le había dado unos buenos golpes. ¡A él! Que en el pasado se había enfrentado a decenas de espías y malvivientes mientras estuvo sirviendo a la Corona, bajo el seudónimo Ross. Lo peor, y más humillante, era que Bradford había sido testigo de su humillación.

Pero al menos tenía el consuelo de que la rubia pasaría una muy mala noche creyendo que había matado un hombre, y no a uno cualquiera. Se había encargado de, por lo menos, hacerle suponer que la herida era de bastante

gravedad. Esperaba que estuviese atribulada y muerta de miedo. Que sufriera por su descaro e insensatez. Bien ganado se lo tenía. Las imágenes de lo sucedido le llegaron en tropel, y mientras el sueño lo invadía, las recordó sonriendo socarronamente.

El disparó los dejó paralizados. La muchacha soltó sus manos como si se hubiesen tratado de tenazas encendidas y retrocedió a trompicones con una mueca de horror y la tez pálida. Ethan abrió los ojos y vio cómo la rubia se llevaba ambas manos a la cara aterrada e histérica, y antes de que las bajara, cerró los párpados de nuevo y permaneció inmóvil.

—¡Maldición, maldición, maldición! ¡Qué hice! —murmuraba ella con preocupación.

La sintió acercarse y tocar con tiento la herida, tratando de frenar el caudal rojo que ya debía haber empapado su ropa. Luego gimió angustiada y acercó su cabeza a su pecho, para tratar de oír sus latidos. Ethan sintió la fragancia a violetas que despedían sus cabellos, y las cosquillas que este le provocaron al rozarle. Y su pulso no tardó en acelerarse, traicionándole.

—¡Dios, aún vive! ¡Su Excelencia, despierte!, ¿me oye? —le decía frenética, palpando su mejilla, a la vez que Ethan fingía estar desmayado y no movía ni un músculo—. ¡No se muera, por favor! ¡Lo siento, lo siento muchísimo! Yo... No fue adrede... ¡Pero qué estúpida, ni siquiera me está oyendo! ¡Por favor, resista, iré por ayuda! La rubia se separó de su cuerpo y bajó estrepitosamente las escaleras, abrió la puerta y Ethan se incorporó a medias para observar con disimulo lo que pensaba hacer. Ella se detuvo en el rellano, y al escuchar el sonido de unos pies bajando las escaleras que llevaban a las habitaciones del segundo piso, se tensó y volvió la vista hacia atrás. Él se apresuró a regresar a la postura anterior y, entreabriendo un ojo, la vio vacilar indecisa. Las pisadas se acercaban, y finalmente la dama le lanzó una mirada de culpabilidad, y salió corriendo, presumiblemente hacia la salida principal.

Ethan se carcajeó y, gruñendo, se levantó y descendió emitiendo un siseo de dolor. La maldita herida ardía como el demonio. Apenas puso un pie en el piso inferior, le sobrevino un mareo intenso y no pudo evitar caer de rodillas. Todo a su alrededor comenzaba a ponerse oscuro, debido a la pérdida de sangre, seguro, lo que ocasionó que cayese vencido sobre el suelo alfombrado.

—¡Diantres!, ¿Withe, me oyes? —exclamó Andrew Bladeston al ingresar a

la biblioteca y localizar su cuerpo tumbado bocabajo, junto a la chimenea—.

¡Riverdan, voy por ayuda, resiste! —le instó inclinado sobre él, al percatarse del charco de sangre que brotaba.

—No. Estoy bien —lo detuvo Ethan con voz débil, tomando su brazo cuando se disponía a ponerse en pie.

—Pero... estás herido... —insistió Bradford sin querer decirle que había mucha sangre y estaba muy pálido.

—Es solo una herida superficial, créeme, me han disparado antes. Es mejor dejar las cosas así; no necesitamos el escándalo que resultaría de extenderse el rumor. Yo mismo puedo curarme —contestó él, comenzando a sentarse con dificultad, al tiempo que apretaba su hombro izquierdo con una mano.

Andrew lo ayudó a quedar sentado con la espalda apoyada en la pared y se quitó su pañuelo, el cual le ofreció para taponar la herida.

—¿Qué diablos pasó? —lo interrogó, observando cómo su amigo envolvía su hombro con destreza y anudaba con fuerza el pañuelo deteniendo el sangrado.

—Eso te pregunto yo. Qué demonios sucede. No me dijiste que hubiese más personas involucradas en nuestra investigación, además del ladrón, por supuesto, y el conde de Baltimore —replicó Ethan con expresión seria. De a poco retomando el color a su cara angulosa.

No entendía por qué diablos Violet Hamilton había aparecido allí, pero sospechaba que debía estar buscando el mapa que la mayor de las hermanas había encontrado. Y él le había advertido al vizconde que aquello pasaría. Al parecer eso de entrometerse donde nadie las llamaba era cuestión familiar.

—Ehh... ¿a quién te refieres? —le preguntó Bradford, desviando la vista. Al parecer no recordaba que ya le había dicho quién había encontrado el mapa en cuestión. Realmente este hombre tenía la cabeza en cualquier parte.

—De verdad sabes que mi paciencia es escasa, y ahora he agotado toda la almacenada para situaciones extremas. Dime ya mismo qué hacia lady Hamilton aquí —le cuestionó molesto el duque. Tenía que saber qué se traía entre manos lady Violet. No podía permitirle inmiscuirse más de lo que ya lo había hecho. Es que no entendía que terminaría flotando en el Támesis. Era un dolor de cabeza y una metomentodo con demasiado tiempo de ocio.

—Nada que afecte la investigación. No te alarmes; ya le di una lección. No

creo que vuelva a entrometerse —contestó evasivo el vizconde.

—Bladeston, eres un ingenuo si crees realmente eso. Esa muchacha es un maldito demonio —siseó Ethan, comenzando a ponerse en pie—. Una entrometida metomentodo, irreverente, descarada y desquiciada —siguió tambaleándose un poco, su tono teñido de frustración y coraje.

—Ehh... —dijo Bradford, con su ceño fruncido, yendo tras él—, ¿dónde vas? Espera, no me has dicho quién te disparó. Debes hacerlo; creo que esto se está poniendo más peligroso y deberíamos hablar con tu superior. —Lo frenó al ver que ya se dirigía a la puerta.

—¿Pero en qué mundo estás? Te lo acabo de decir, me metió un balazo el demonio Hamilton, así la llaman. Tal parece que esa mocosa irreverente no heredó nada del encanto de su familia —escupió Ethan, sosteniendo su herida.

—¿Lady Violet?... No hablas en serio... —balbuceó incrédulo Andrew.

—No te atrevas a reírte, Bradford... —lo amenazó el duque con un gruñido bajo.

Andrew negó con la cabeza, aunque una sonrisa asomaba en la comisura de sus labios y sus ojos brillaban divertidos.

—Eres un bastardo... —musitó Riverdan y abandonó la casa, seguido de las carcajadas del vizconde.

Una semana después, los Hamilton desayunaban en la mansión familiar.

Violet no estaba participando de la conversación y solo bebía de su taza de té, intentando camuflar con cansancio, su aturdimiento y ansiedad. Era lo único que podía hacer pasar por su garganta cuando se atormentaba recordando lo acontecido aquella noche. No había podido pegar un ojo; pasaba las noches en vela, imaginándose al duque inerte y rígido en su cama, siendo llorado por su madre y su hermana. Se sentía atrocamente culpable y arrepentida, aunque en ningún momento hubiese sido su intención lastimar a Riverdan. Empezaba a enloquecer debido al tormento y a la incertidumbre de no saber nada del duque.

La mañana del séptimo día desde el episodio en la mansión Stanton, no soportó más el encierro y bajó al comedor. Como todos los días, esperó todo el tiempo ver aparecer a lord Bradford, con expresión lúgubre y la noticia del fallecimiento del duque, pero el vizconde no hizo acto de presencia. También intentó hojear la gaceta, para comprobar que no estuviese en primera plana la

noticia del asesinato de un noble. Agudizó el oído cada vez que oía murmurar a la servidumbre, y esperó a que Steven mencionara algo, pero de nada sirvió. No obtuvo mención alguna del duque, del episodio, ni de nada cercano. Aquella fatídica noche, Violet había visto en lo alto de la escalera al vizconde, y por eso había decidido que era mejor marcharse, puesto que lord Andrew ayudaría al duque y, si ella se quedaba, estallaría un gran escándalo que afectaría también a sus dos hermanas, las cuales terminarían tan exiliadas de la sociedad como ella.

Había interrogado a Daisy sobre lo sucedido con el vizconde, pero ella no había querido soltar prenda. Solo les había dicho que el caballero era un fraude, y que no quería saber nada más de él. Rosie la había mirado acusadoramente, pues ambas dedujeron que Daisy estaba así de dolida y furiosa por el hecho de haber encontrado las cartas, lo que daba a entender que, lejos de funcionar su plan, solo había servido para arruinar las cosas entre la pareja.

—Pequeña, te ves pálida. Voy a mandar a llamar al doctor, no interesa que te resistas —dijo con el ceño fruncido Steven, poniéndose en pie y saliendo del comedor.

Clarissa rodó los ojos y se devoró su cuarto bollito del platillo que su esposo le había servido.

—Creo que mi hermano hace lo correcto, Rissa. Últimamente no has estado bien y te ves agotada —comentó Daisy, a lo que sus hermanas asintieron.

—Cuñada, puede que estés encinta, ¿no crees? —interrogó Violet sorbiendo de su taza.

—No lo creo. He comentado por carta mis síntomas a Lizzy, y ella no tiene nada de lo que yo siento, salvo los mareos al despertar. Pero dice experimentar falta de apetito, náuseas y vómitos. Además, la regla me vino el mes pasado, tal vez ahora simplemente se atrasó —negó la condesa, mientras las hermanas sonreían con complicidad.

—Pues recuerdo que mi madre solía decir que cada embarazo había sido distinto, al igual que cada niño —aseveró Rosie con mirada entusiasmada.

—Quizás, pero si lo estuviese, lo sabría —decretó encogiendo un hombro Rissa.

—¿Y bien? ¿Qué tiene mi esposa, doctor? —preguntó ansioso su hermano, ni

bien el delgado médico de la familia traspasó la puerta de la alcoba.

—Nada para alarmarse, milord. Su estado de salud es bueno, y todo parece avanzar en orden. Eso sí, la condesa deberá hacer pocos esfuerzos y cuidar la ingesta excesiva de alimentos. Le recomiendo no desvelarse diariamente y descansar un poco más —respondió el hombre, despidiéndose con un asentimiento de Stev.

—¡Espere! No me ha dicho qué tiene mi mujer —alegó ya fuera de sí Stev, interponiéndose en el camino del otro.

—¡Claro! Qué torpe, lo siento, milord, creí que ya estaba enterado. Lady Baltimore está embarazada, milord —anunció el matasanos, y el rostro de su hermano al oír aquello fue un poema—. Mis congratulaciones, señor —terminó.

—¿Stev?... —intervino Violet, pasando una mano frente al rostro petrificado de su hermano.

—¡Sí!... ¡Estamos encintos! Gracias, gracias —exclamó con alegría y un gesto de triunfo, y a continuación corrió al interior de su cuarto.

Ellas se miraron sonrientes y, mientras el mayordomo acompañaba al médico, aguardaron su turno para felicitar a su cuñada. Ya era hora de recibir buenas nuevas. Estaba feliz por su hermano y por su esposa. De pronto, se escuchó una discusión proveniente del cuarto, y ellas se observaron perplejas. La puerta se abrió y apareció el semblante ofuscado de Stev.

Curiosas, ellas ingresaron tras el ademán que él les hizo, y encontraron a Clarissa sentada en la cama, con los brazos cruzados y un ceño en su frente.

—Cuñadas, ¡ayúdenme a hacer entrar en razón a este hombre irracional y testarudo! —se quejó Clarissa.

—¿Disculpa? ¿A caso hablas de ti? —interrumpió tenso su hermano desde el rincón opuesto.

Rissa lo miró con los ojos entrecerrados, y ellas a su vez estudiaron a la pareja, confundidas y extrañadas, pues nunca los habían visto discutir.

—¿Qué está pasando? Deberían estar felices... ¡Nos harán tías! —les dijo Daisy, perpleja.

—Y lo estamos. Solo que este hombre necio pretende que le haga una promesa imposible y estúpida —se quejó Clarissa, apuntando con un dedo a su esposo, que apretó los dientes.

—¿Promesa?, ¿qué promesa? —preguntó desorientada Ros.

—Su hermano ha enloquecido. Insiste en hacer un acuerdo para que, si el bebé resulta ser niña, se postergue su presentación en sociedad hasta la mayoría de edad, y no solo eso, ¡pretende que se le prohíba a nuestra hija asistir a mascaradas y a Vauxall! —explicó, iracunda.

Las hermanas abrieron las bocas, asombradas, y voltearon a ver al conde, que fulminaba con la mirada a su esposa. Sus mejillas estaban ruborizadas, su boca apretada en un rictus testarudo.

—¡Ay, hermanito! No nació y ya te mueres de celos, ¡lo que te espera! —exclamó Lettie, y las mujeres estallaron en carcajadas.

Esa noche las tres asistieron al baile de lady Landon, acompañadas de Steven.

Clarissa debió quedarse en casa, y ya amenazaba con enloquecer si su esposo no mermaba en sus cuidados. El baile estaba a rebosar de invitados cuando ellos hicieron su entrada. Violet se paseó por el salón esperanzada de, tal vez, enterarse sobre algo del duque, pero no obtuvo información. Tampoco avistó al vizconde de Bradford, ni mucho menos a Jason Redmond. Temía lo peor, que el duque hubiese fallecido y no hubiesen informado a nadie para evitar el escándalo o que estuviese moribundo y luchando por su vida. Un escalofrío la recorrió al caer en la cuenta de que lo más probable era que, después de todo, ella terminara por convertirse en una asesina, y no Riverdan.

Al final de la velada estaba más que deseosa de regresar a casa, cuando se acercó hasta ellos sir Anthony West y, para sorpresa de todos, pidió la mano de Daisy en matrimonio. La mayor pareció quedarse aturdida y miró a West sonrojada. Steven frunció el ceño y le hizo un ademán al caballero para que lo siguiese, y este, dedicándole una última mirada a la joven, así lo hizo.

—Sissy, eso fue... —musitó Rosie, con sus ojos brillantes.

—Supongo que dirás que no, ¿verdad? —intervino Violet con sospecha.

Su hermana no podía aceptarlo, no estando perdida por el vizconde. Daisy era alguien afable, dulce y romántico; no llevaría bien una unión sin amor.

—Yo... —vacilo, perdiendo el color de su rostro.

—Estás confundida... —terminó por ella Rosie, apretando su mano con cariño.

—No... es decir... es que... —balbuceó Daisy, mirando de una a la otra.

—Te crees enamorada del caballero de las cartas, pero al mismo tiempo sientes algo por lord Bradford desde pequeña, y te atrae lord West también — afirmó Violet con una semisonrisa. Lo mejor era dejarse de sutilezas. Estaban hablando del resto de la vida de su hermana.

—¡Violet! —la reprendió la otra gemela al ver el rostro lívido de su hermana mayor.

—¿Qué? Ya no podía seguir fingiendo que lo ignoramos —se justificó, encogiendo un hombro.

—Pero... ¿cómo...? ¿Desde cuándo...? —preguntó Daisy con pasmo.

—Te veíamos extraña en el verano, Sissy..., por lo que un día que saliste a caminar, ingresamos a tu alcoba y encontramos sobre tu escritorio una carta a medio terminar... —comenzó a explicar Ros con mirada culpable.

Daisy las observó con sospecha, y Violet trato de no dejar entrever nada del asunto de las cartas que había robado y luego regresado al vizconde. Ya era demasiada información junta.

—Y, por supuesto, la leímos. No puedo evitar decirte que quedé catatónica al leer lo que le respondías, sí que eres una caja de sorpresas, tímida, sensata y todo —la provocó Violet, arrancándole un intento de sonrisa con sus ocurrencias.

—No es lo que creen... yo... —balbuceó, mortificada.

—No tienes que defenderte, hermana, hiciste lo que sentías. En los sentimientos no se manda, al igual que es evidente que tienes alguna especie de conexión con lord Bradford —la cortó, mirándola con empatía, Rosie.

—¡Claro que no! Solo siento desprecio por ese... ese... —replicó sulfurada y ruborizada.

—Ese demonio de ojos azules. Con el que te alteras, reaccionas y respondes como con nadie. No te preocupes, Sissy, tu secreto está a salvo con nosotras —aseguró Violet con una mueca decidida.

Steven regresó interrumpiendo su charla profunda y les hizo una seña para que se fueran y abandonaran la fiesta. Durante el regreso a casa no mantuvieron diálogo; cada cual iba ensimismado en sus asuntos.

Aunque solo unos meses atrás nunca lo hubiese imaginado, Violet comprendía lo que en apariencias le sucedía a Daisy con lord Andrew. No porque ella sintiera algo similar, claro que no. Pero debía admitir que, desde

que había disparado al duque, se había instalado en su pecho una intensa angustia cada vez que pensaba en que lo había lastimado y que era probable que no volviese a ver al irritante hombre. Y aquello la asustaba y desconcertada demasiado.

Ella no aceptaba, ni deseaba preocuparse por Ethan Riverdan. Pero lo hacía, indudablemente lo hacía.

Maldito corazón traicionero y malditos sus ojos cafés.

CAPÍTULO 8

*En tu cuerpo me pierdo.
En tus ojos me encuentro.
En tus palabras me sumerjo.
En tus silencios me comprendo.
En tus labios muero.
En tus sonrisas renazco.
En tus brazos vivo.
De tus deseos soy cautiva.
De tu amor soy esclava.
Contigo, eternidad.
Contigo, perpetuidad.
Contigo, más allá.*

Extracto del libro: Susurros en la noche

El enorme salón de techo abovedado y arañas de cristal estaba a rebosar de asistentes. Estatuas y objetos de arte decoraban cada rincón y transmitían un claro mensaje de la riqueza y la ostentación que caracterizaba a los anfitriones.

Lord Charles West, conde de Cavandish, estaba en la puerta junto a su joven esposa, recibiendo a los asistentes. Y cuando el grupo compuesto por los hermanos Hamilton llegó hasta ellos, recibieron el cortés salud del conde, el cual tenía una mirada gris tan acerada que causaba escalofríos. Por el contrario, su esposa parecía un pequeño animalillo asustado a su lado. Como era de esperar, Cavandish intercambió unas palabras con Steven, pues ya

estaba al tanto de la petición de matrimonio hecha por su hermano Anthony a Daisy.

Violet no tenía ningún ánimo de estar allí, pero a diferencia de Rosie, que había decidido quedarse en casa con su cuñada, ella prefirió estar allí para tratar de enterarse sobre el paradero de Riverdan. Necesita saber si el hombre seguía con vida, o enloquecería.

La primera hora transcurrió sin novedades. Violet aceptó varias peticiones de baile y trató de aparentar atender la compañía de sus *partenaires*, cuando en realidad estaba inspeccionando todo el lugar, en busca de la hermana del duque o de Redmond, para el caso. Estaba girando, siguiendo los pasos de una cuadrilla, cuando sus ojos pasaron de largo sobre una figura detenida junto a las puertas de acceso al salón y las personas que había cerca, y como si de un imán se tratase, estos regresaron, colisionando con unos ojos oscuros, que la veían con intensidad, perversidad y una mueca sórdida endureciendo sus rasgos. El alma se le cayó a los pies, sintió náuseas y un mareo; sus pies tropezaron entre sí, sus brazos se enredaron con los de su compañero y trastabilló bruscamente, empujando a lord Truman que, emitiendo una exclamación, cayó sentado sobre su trasero en plena pista. Violet le miró arrepentida, pero volteó hacia la puerta para comprobar lo que había creído avistar. No había nadie. El duque no estaba.

Ya empezaba a alucinar.

La música se detuvo; hubo un silencio ensordecedor en el salón, y luego un tropel de murmullos y burlas. Después de unos segundos, la melodía se reanudó, y Violet, abochornada y ruborizada, ofreció su ayuda al caballero, repitiendo varias veces su pedido de disculpas. El hombre, que era muy delgado, se levantó con el rostro encarnado, y tras hacerle una venia brusca, se alejó indignado.

Ella frunció el ceño y, levantando la barbilla, abandonó la pista muy erguida, decidida a ignorar a las damas que se reían y cotilleaban sobre su torpeza.

Después de fingir estar muy tranquila bebiendo de una copa, se desplazó por la estancia, estudiando a todas las personas que se cruzaba, en busca de su cordura.

Se sentía sofocada y nerviosa, y tenía que reprimirse para no delatar su ansiedad.

No podía ser que sus ojos le hubieran jugado una mala pasada. Loca no estaba, o eso creía hasta ese día. Pero no había rastros del hombre alto y delgado, vestido completamente de negro. Tenía que estar allí, entre la multitud, en algún sitio.

Contrariada, se dirigió a un rincón y se detuvo junto a un pilar en el que había una gran estatua del dios Arteros y un conjunto de plantas.

Deseaba regresar a casa, pero para ello debía primero hallar a sus hermanos.

La pista seguía atestada de parejas danzantes, y las conversaciones fluían, aturdiéndola. Cómo anhelaba estar en Rissa Place, montar su caballo y respirar aire fresco. Si no fuese porque aquellas últimas semanas se había distraído con la investigación y la presencia de Riverdan, hacía rato hubiese fingido estar enferma y regresado al campo.

De pronto, la música se detuvo. Los invitados comenzaron a agruparse frente a la tarima de los músicos, mientras los lacayos circulaban repartiendo copas de champán. Violet no se movió, pero se puso de puntillas para enterarse de lo que acontecía. La conversación era ensordecedora, pero descendió a meros murmullos cuando se vio aparecer al conde de Cavandish en el escenario. Su aspecto impoluto, vestido de negro, exudaba riqueza y posición, y su mirada gris recorrió el lugar con pedertería mientras hacía sonar su copa hasta que el silencio llenó el lugar.

—Buenas noches, damas y caballeros. Es un placer recibirlos en mi hogar, y espero que estén pasando una velada maravillosa. Quisiera que sean parte de un importante anuncio familiar, y por eso le pido a mi hermano que me acompañe, por favor —anunció el conde, elevando la voz.

Ella frunció el ceño al oír mencionar al hermano menor del conde. No podía ser que sir Anthony estuviese por anunciar algo referente a su hermana; Daisy no había aceptado su propuesta, que ella supiese. Dispuesta a cerciorarse, depositó su copa sobre la silla que estaba a su lado y, cuando iba a emprender la marcha hacia la tarima, algo cambió en el ambiente, y sin previo aviso, sintió un escalofrío y su piel se erizó.

Violet contuvo el aliento sin entender qué le estaba sucediendo hasta que percibió una presencia a su espalda, camuflada tras la estatua griega, tan cerca que su respiración cálida acariciaba la piel expuesta de su nuca. Cada

terminación nerviosa de su cuerpo se tensó, más cuando hizo ademán de girarse.

Unas fuertes manos posadas en sus antebrazos se lo impidieron. Su aliento salió agitado y solo pudo permanecer estática y expectante.

—¿Quién es? —dijo ella, envarándose cuando el extraño se pegó a su cuerpo, lo que le sirvió para confirmar que se trataba de un hombre. Él no respondió, sino que sus dedos subieron lentamente, acariciando la piel que sus guantes no protegían. Violet tembló, y con el corazón palpitando fuerte, pronunció—: ¿qué pretende?

La respuesta fue un lánguido chasquido de lengua, y luego su cuello fue besado con abrasadora lentitud. Ella jadeó, y las manos del desconocido aferraron sus antebrazos con más ahínco, provocando que sus cuerpos quedasen más apretados y se rozaran íntimamente. Ella se quedó sin aliento y volvió a jadear cuando él gruñó con la boca aún sobre su nuca y sus dedos pulgares se movieron tocando el contorno de sus pechos, protegidos por su vestido color amatista, pero no lo suficiente como para evitar sentir un ramalazo ardiente en su interior y a sus rodillas aflojarse. El agarre del extraño se crispó, la anatomía masculina emitía calor y parecía hecha de piedra. Él volvió a jadear, pareciendo estar debatiendo entre su necesidad y su reticencia.

Entonces, la liberó.

Violet soltó el aire pesadamente y temblando, giró. No había nadie.

Boquiabierta, se quedó viendo el espacio vacío, con el corazón palpitando en sus oídos. Entonces una mano tiró de ella y la volteó hacia el otro lado. Violet gritó asustada, pero calló al ver el rostro de quien la estaba sosteniendo.

—Steven... —dijo, reprimiendo su nerviosismo.

—¡Violet! ¿Es que no me oyes? —exclamaba su hermano con urgencia, instándola a seguirle con prisa—. ¡Vamos, Daisy se descompensó!

Siguió a su hermano, preocupada, y pronto estuvieron en una pequeña sala donde habían tumbado a Daisy, y la anfitriona le estaba colocando unas sales bajo la nariz, mientras West sostenía una de sus manos, con un gesto sombrío en su cara. Al verlos, su hermana se incorporó. Estaba pálida y temblorosa.

—West, ¿qué sucedió? —cuestionó Steven.

—Bradford... —fue lo único que dijo el prometido de su hermana con tono de ira contenida.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Rosie, y depositó la taza de porcelana en la mesita junto a la cama de Daisy.

—Sí, estoy bien. No se preocupen, vayan a descansar —respondió la mayor con un ademán de su mano.

—Sissy... no nos iremos aún. ¿No piensas explicarnos qué está pasando? Te comprometiste con lord West, y después te desvaneciste y parecías un cadáver, y ahora pretendes que... —replicó, airada, Violet. Su hermana estaba mal, y ella se sentía impotente.

—Lettie, ¡basta! —la cortó, con voz firme Rosie, y ella se calló de inmediato.

Conocía a su gemela, y aunque nunca se molestaba, cuando lo hacía, era mejor no estar cerca—. No es momento, Daisy no se siente bien y no nos necesita sobre ella importunando. Cuando esté lista, nos dirá. Ella sabe que puede confiar en nosotras —afirmó, se inclinó para darle un beso a su hermana y luego se volteó hacia la puerta—. Vamos —la llamó, y Violet solo asintió pasmada y, tras darle un apretón en la mano a Daisy, salió tras ella.

Una vez fuera, como pensaba, tuvo que seguir a Rosie para que pudiese enterarse del motivo de su obvia molestia.

—¿Se puede saber por qué estás enojada conmigo? —inquirió, mientras su gemela procedía a quitarse su bata y se sentaba en su tocador para comenzar a cepillar su cabello rubio, bastante más largo que el suyo.

—No estoy molesta —negó después de unos segundos. Sus miradas se conectaron a través del espejo. Violet la desafió a seguir negándolo con un movimiento de su ceja, y Rosie suspiró y añadió—: de acuerdo, sí lo estoy. Es que a veces no eres capaz de ver más allá de tus deseos u opiniones. Eres tan impulsiva, temperamental y avasallante que no te detienes ante nada. Como recién, que estabas reprochando a Daisy, sin tener en consideración su evidente mal estado de ánimo.

Violet se ofendió, como solía hacer cuando alguien que ella apreciaba la criticaba. Pero después de unos segundos, tuvo que reconocer que su hermana tenía razón. Aun así, admitir que estaba equivocada era algo que no entraba dentro de sus posibilidades. Ante todo, era orgullosa y obstinada. Igual que su

madre, solía decirle Steven a menudo. No obstante, el mero hecho de no discutir, bajar la cabeza y darse media vuelta, ya era para los que la conocían un signo de aceptación por su parte, porque cuando pensaba que la estaban acusando injustamente no existía manera de callarle.

—Lettie... —la detuvo Rosie, antes de que pudiese cruzar el umbral—: promete que ya no intervendrás en los asuntos de Daisy, que dejarás que ella y lord Bradford resuelvan su futuro por sí mismos —le pidió, con aquel tono serio que solo utilizaba cuando quería arrancarle un juramento genuino.

Violet gruñó, y sin voltear, afirmó:

—Lo prometo. Buenas noches.

—Bladeston —dijo Ethan, cuando cruzó las puertas del club y avistó al vizconde en una de las mesas. Él levantó su cabeza para encontrarlo tomando asiento frente a él.

—Wiiitttthee —pronunció con voz pastosa, intentado enfocar al duque.

—Recibí tu nota. Y te vi abandonar el salón intempestivamente —comentó, constatando el deplorable estado del castaño. Lo había citado en la fiesta de los condes de Cavandish para ponerlo al corriente de lo acontecido con el mapa y el tesoro, pero como Bradford no había acudido a la biblioteca, él había aprovechado para revisar el estudio de Cavandish y todos los cuartos a los que había podido acceder. No encontró nada, ninguna prueba que lo incriminara en la red de contrabando—. Estás borracho, hombre —señaló Ethan, arrebatándole el vaso al ver cómo el vizconde intentaba servirse otro trago y derramaba el contenido en la mesa.

—No loo esstoy... —negó, reclinándose hacia atrás.

—Esas botellas te desmienten —recalcó Ethan, mirando las dos vacías—.

Vine porque me citaste para darme novedades de la investigación, pero olvídalo, luego hablaremos, cuando no estés como una cuba —prosiguió negando con la cabeza.

—Yyya te dijijje que no esstoy borrachhho. Solllo porquee tu no be... bebass nunca, no quie... —replicó el vizconde con el ceño fruncido.

—Ya está bien. Por esto no bebo; me niego a hacer el ridículo y a perder el control de mí mismo de esta manera —contestó él y miró a su amigo, preocupado—. ¿Qué sucedió? Estás así por ella, ¿verdad? Por lady Daisy Hamilton... —preguntó, serio.

—Ella... se va a casar con el imbécil de Tony... —balbuceó Andy y dejó caer la cabeza en sus manos. Ya hablaba mejor, como si el recordatorio lo hubiese despabilado—. Por qué... me rechazó para irse con él... No soy demasiado bueno para nadie... Todos me traicionaron, Brandon... Anthony, la mujer que creí encontraría al volver a Londres y jamás apareció a pesar de que le dije dónde encontrarme... Amelia... ella regresó... Y Daisy jugó conmigo... Yo... creí que estaba haciendo algo entre nosotros... pero no... no significó nada para ella... solo un pasatiempo... —confesó con la mirada perdida.

Ethan elevó ambas cejas al oír su enrevesada confesión. Alguna sospecha tenía ya sobre su relación con la dama y creía recordar que el tal Brandon era el tío de Steven Hamilton, quien había engañado a Andrew haciéndose pasar por su amigo, pero la tal Amelia no tenía idea de quién era.

—Todavía no está casada, hombre. La guerra no está perdida, y no hay peor batalla que la que no se pelea —respondió algo incómodo, él no era de los que daban consejos de ningún tipo, y menos de amor—. Y de verdad, ya sabes que West es un arrogante bastante inescrupuloso. No creo que esté interesado en verdad en la joven; si la deseas para ti, no te rindas sin luchar —terminó el duque, y Bradford se quedó en silencio, con la vista puesta en su rostro.

—Él sí la quiere. Lo noté desde el primer día en el que la conoció, no dejó de rondarla y preguntarme por ella. Y él tiene mucho más fortuna que yo, que tengo una situación aceptable a pesar de tener título. Ni siquiera tengo una propiedad que me pertenezca, tal vez por eso ella decidió aceptarlo —enfaticó Andrew, esbozando una mueca mordaz.

—No conozco a la joven, mas por lo que he podido ver, ella no parecía muy feliz con el anuncio del compromiso —comentó el duque, lo que hizo que los ojos del otro volasen de nuevo hacia él.

—¿Por qué lo dices? Yo la vi muy bien cuando fui a hablarle —preguntó con gesto adusto.

—Lo digo porque, solo unos minutos después de que te fueras, lady Hamilton sufrió un vahído en pleno salón y... ¿a dónde vas? —se interrumpió al ver que él se levantaba con urgencia.

—Tengo que verla... —fue lo último que dijo, y se perdió por el pasillo que llevaba a la salida del club.

Ethan se recostó en el asiento y negó con la cabeza cuando un lacayo le ofreció servirle. Tendría que empezar a tomar las riendas de la investigación él mismo. Andrew estaba demasiado implicado y prácticamente no habían avanzado nada. Por eso, él se negaba a complicarse la existencia con las mujeres; ellas solo eran buenas para una cosa, y fuera de eso, solo traían problemas. No tenía más que moverse un poco y el ardor en el hombro le recordaría cuán cierto era aquello.

Mejor no invocar al demonio, aunque le divertía recordar la reacción de esa mocosa al verlo ingresar al salón del conde de Cavandish. Violet Hamilton ya lo creía muerto, al parecer, y verlo vivo y coleando no le sentó muy bien. Y la comprendía, porque hubiese sido mejor para ella que el tiro no se desviara.

Aprendería que con él no se jugaba y que el que se las hacía se las pagaba. Era un juego peligroso; lo había comprobado cuando la hubo abordado en el baile, pero lo suficientemente tentador como para valer el riesgo. Aunque terminase ardiendo en las llamas de la pasión que solo aquella mujer encendía en él.

CAPÍTULO 9

*Como un espejo,
tú me viste.
Y miraste tan adentro
que desnudaste hasta mi alma.
No pude ocultar nada de ti.
Descubriste mis más íntimos secretos.
Revelaste uno a uno mis defectos
Y aun así, te quedaste.
Y aun así, tú me amaste.*

Extracto del libro: Susurros en la noche

—**A**delante —dijo el conde Baltimore, sentado detrás de su escritorio al oír el suave golpe en la puerta.

—Buenos días, Hamilton —saludo Ethan, al tiempo que accedía a la seña que el conde le había hecho para que tomase asiento. Estaban en confianza y por eso se permitía el atrevimiento de no llamarlo por su título.

—Ni tan buenos. Seguramente vienes en busca de noticias sobre la investigación —aventuró el rubio, reclinándose en su asiento.

—Así es, fui primero a la casa de Bradford, pero el mayordomo me dijo que no había regresado. Supuse que estaría aquí —comentó Ethan con mirada intrigada.

—No lo hemos visto... —negó el conde con preocupación.

—Hamilton..., sabes que él... está enamorado de tu hermana, ¿no? —dijo directo pero con tiento.

—Ya lo sé. Desde niño, siempre estuvo perdido por Daisy; todos lo sabemos menos él, al parecer —asintió—. He tratado de facilitarle el camino porque conozco el sentimiento de confusión, de impotencia, al enfrentarse a tan fuertes emociones y no poder asimilarlas. Pero nada logré. El hombre está negado, y ahora todo está empeorando. El mejor amigo me solicitó la mano de Daisy, y por más que sé que ella ama igualmente a mi cuñado, no puedo negarme ni intervenir en sus decisiones —explicó, frustrado, el conde.

—Pues parece que deberán llegar al límite para darse cuenta y ceder. Por ahora me preocupa la investigación, creo que Bradford no está teniendo en cuenta que hay un peligroso delincuente tras el mapa. Y que seguramente debe estar impacientándose por no dar con el documento, y eso lo vuelve potencialmente más letal —le advirtió con expresión seria.

—También lo creo. Debemos encontrarlo y solucionar el misterio que rodea ese mapa para ya poder vivir sin la amenaza permanente sobre nosotros —estuvo de acuerdo Steven.

—Efectivamente, no obstante, antes tendré que hallar a tu cuñado. Creo que tengo una idea de dónde puede estar —vaticinó el duque con mirada pensativa.

—Está bien, manténme informado —asintió el conde y se puso de pie para despedirlo y llamar a su mayordomo para que lo acompañase hasta la puerta.

—No te molestes; conozco la salida. Y quiero apreciar la vista de tu jardín antes de irme; si no te importa, utilizaré la puerta trasera —lo detuvo Ethan, ganándose un gesto sorprendido del anfitrión.

—De acuerdo, adiós —lo saluda, perplejo, Steven y vio salir a Riverdan de su estudio, esbozando una inaudita semisonrisa.

Ethan cerró la puerta y se encaminó a la parte trasera de la casa.

Mientras conversaba con Baltimore, había visto pasar a alguien por la ventana del estudio del conde, la cual daba a un gran jardín, y de inmediato supo de quién se trataba. Una figura alta, sin sombrero, cabellera ondulada y rubia: Violet Hamilton.

Sus pasos lo llevaron al exterior, donde hacía un día soleado.

Se sentía como un niño a punto de hacer una travesura, algo que le provocaba una sensación de extrañeza porque, a decir verdad, no recordaba haberse sentido niño alguna vez. Había perdido la inocencia, ingenuidad y simpleza muy temprano. Más bien se la habían arrebatado.

Por unos minutos recorrió el lugar, sin ver a la muchacha por ningún lado.

Estaba por claudicar de aquella loca idea cuando la vio. Frenó abruptamente. El aliento se cortó en sus pulmones, y por un largo momento, solo pudo quedarse así, paralizado.

Ella estaba vestida con un traje de esgrimista. Los pantalones blancos se ceñían a sus muslos, caderas y parte trasera como un guante. Y ocasionaron un sofoco en Ethan. Cada vez que ella se adelantaba, ponía el peso sobre una rodilla, estirando hacia el frente su brazo derecho, en el que portaba el florete en posición ofensiva, y luego retrocedía, ejecutando un amplio movimiento defensivo. Como experto espadachín que él era, no pudo menos que admirar su destreza y perfección. Ella ejecutaba cada posición con pulcritud y comodidad, y estaba seguro de que sería formidable en una contienda. En acción y con la máscara protegiendo su cara, podría pasar por un contrincante más, salvo por ese trasero que, maldición, no engañaría a nadie.

Estaba sin aire, con la boca seca por tener que ver a la dama inclinándose de esa manera, y con aquellas fáchas. No sabía si quedarse a riesgo de parecer un pervertido acosador o poner pies en polvorosa, antes de hacer alguna de las estupideces que se cruzaban por su calenturienta mente.

Vacilante, e incómodo, retrocedió un paso y carraspeó. Algo muy malo, porque la dama le oyó y se percató de su presencia. Bajó su florete y lo apoyo en el suelo de césped, dedicándole un gesto asombrado de verlo allí, seguro. Más no pareció nerviosa, o inquieta, algo que inexplicablemente molestó a Ethan.

—Así que... era usted anoche... —pronunció ella, después de un rato de escrutinio silencioso, en los que la dama se fijó en su hombro izquierdo, como si pudiese comprobar la existencia de la herida a través de las capas del traje de montar azul oscuro que llevaba.

—¿Cómo sabe que no soy algún ente o un alma errante que viene a por usted para hacerle pagar sus pecados? —se burló él, eludiendo su pregunta tácita, cubriendo los diez pasos que lo separaban de ella, quien al verlo acercarse, se puso rígida, denotando no estar tan impasible como pretendía.

—Los espíritus no son tan atrevidos como para abordar a alguien frente a un salón repleto, milord —contestó entrecerrando sus ojos verdes, que rodeados de vegetación, parecían serlo aún más.

—¿Por qué no? Después de todo, son invisibles, ¿no? Salvo para los ojos ante los que quieren mostrarse —dijo él, dejando vagar la vista por sus rasgos de ángel, deteniéndose en sus labios carnosos, húmedos y entreabiertos.

—No lo sé, nunca he creído en fantasmas. Pero aunque así fuese, usted no sería alguien cualificado para hacer pagar a nadie sus pecados. Es el menos indicado, a la vista está que es el más pecador de los mortales —replicó ella, con la respiración agitada y la mano crispada sobre el florete.

Ethan rio largamente, y subió los ojos para encontrarse con su mirada desconcertada.

— *Touchè*, querida. —Asintió con sorna, ella arqueó una de sus cejas, y él añadió—: no sería yo el adecuado para el papel de ángel vengador, pero... tampoco soy el hombre más infame; créame, los hay peores.

La dama bufó nada convencida y retrocedió un paso.

—¿Por qué mejor no me dice qué pretende, su excelencia? —espetó con desconfianza—; si ha venido a delatarme con mi hermano por lo sucedido en la mansión Stanton...

—¿Qué haría para garantizar mi silencio, milady, si así fuese? —La desafió Ethan, dando un paso hacia ella.

—Nada. Steven nunca me castigaría, él siempre ha sido benevolente con nosotras —negó Violet, mordiéndose un labio.

—Más bien ha sido blando, diría yo —rebató Ethan, ocultando la diversión que le despertaba ver a la dama indignada—: especialmente con usted, que ostenta todas las características que una dama no debe tener: rebeldía, altanería, descaro, irreverencia, e insolencia. Practica deportes exclusivamente masculinos: boxeo, esgrima, monta y dispara como hombre, apuesta en carrera de caballos. Y no enarbola ninguna de las virtudes de las señoritas de su clase: no baila con gracia, no canta ni toca un instrumento con pasable talento, no borda ni teje, no conoce de moda, no sabe llevar una conversación social, ni entretener a un caballero con modales recatados y elegantes. Y, sobre todo, no sabe flirtear ni callarse a tiempo. Todo un dechado de virtudes, por suerte es hermosa, tanto que encandila. Y lo suficiente como para cubrir cualquier defecto de carácter, por más grotesco que este sea.

Ella lo veía boquiabierta, enrojecida y encolerizada. Él esbozó una semisonrisa.

—Excelente descripción, milord. Ya veo que es usted muy observador, y hasta conoce mis aficiones y pasatiempos, lo que quiere decir que me ha estudiado bastante. Y créame, me siento halagada, no obstante, el sentimiento no es recíproco —rebatió con una falsa sonrisa—. Usted no me interesa en ese, ni en ningún sentido, para ser sincera. No se ofenda, pero no tiene madera de esposo.

Es demasiado serio, amargado, impaciente, intransigente, ególatra y hablador, para ser siquiera aceptable. —Ethan abrió la boca, incrédulo, y tensó la mandíbula cuando ella chasqueó la lengua, se acercó trayendo un ramalazo de su perfume dulce, y con tono condescendiente susurró en su oído —: y sí, es atractivo, y claramente apuesto... pero... no lo suficiente como para olvidar que es usted un posible asesino y que pretende chantajearme. Y a mí nadie me amedrenta, milord. No por nada me llaman el demonio Hamilton. Buenos días.

Y sin más, se alejó, dejándole erizado, enmudecido, molesto y excitado.

Después del inesperado encuentro con el duque de Riverdan, Violet no necesitó buscarle más distracción a su mente atribulada. Había podido comprobar la buena salud del hombre y ya podía respirar tranquila de no haberse convertido en una asesina. El duque no solo estaba vivo, sino más insufrible que de costumbre. Parecía que ella no le agradaba y que además la consideraba poco femenina, pero aquello no le había frenado en el momento de besarla en contra de su voluntad.

De todas maneras, a ella no podía importarle menos lo que Riverdan pensara.

Desde el inicio había sido evidente que él desaprobaba su comportamiento, aficiones y modales. Y no le importaba. Él no era nada para ella, era un conocido de su hermano, y nada más. Aun así, le había molestado el comentario que el castaño le había hecho, y no porque en su interior hubiese algún deseo de agradaarle, sino porque lo había creído menos prejuicioso y machista, pues en las oportunidades en las que se habían encontrado, ella había creído vislumbrar algo diferente al resto de los nobles que había conocido hasta el momento. Se había sentido como si ambos fuesen similares, rivales, contrincantes, mas no que él la considerase como todos los hombres: un ser inferior. Al parecer se había equivocado. Lastimosamente, el duque no

sabía nada de ella, aunque creyese lo contrario, y Violet no renunciaría a seguir investigando. Quería saber quién era ese hombre que había creído ver muerto y qué tenían que ver Redmond y Riverdan en el asunto. No se detendría hasta averiguarlo.

Por la tarde, Rosie y ella convencieron a Daisy de levantarse de la cama y tomar el té en el jardín. Su hermana no estaba animada y no había casi emitido palabra desde su compromiso la noche anterior. Violet creía que su estado de ánimo sombrío se debía a la ausencia de determinado vizconde, y es que más que recién comprometida, parecía que le hubiesen diagnosticado una enfermedad mortal.

—No, gracias —negó por tercera vez Daisy, cuando su gemela le ofrecía alguna pasta.

—Bueno, ya está bien, Daisy —se impacientó Violet, e ignoró la mirada de advertencia de Rosie, ganándose también la de Daisy, que la enfocó quitando la vista de los rosales a los que llevaba contemplando veinte minutos—. Dinos qué te sucede, Daisy, estamos muy preocupadas. —Apartó su taza para aferrar con cariño la mano temblorosa de su hermana. Ella apretó los labios y trató de liberarse de su agarre—. Por favor —suplicó Violet, y ella suspiró audiblemente y acomodó sus lentes sobre el puente de su nariz, los cuales hacia poco había dejado de usar cuando salía de la casa.

—Estás triste, ¿es por lord Bradford? —interrogó Rosie con tiento, levantándose y sentándose en el asiento que estaba junto a Daisy.

—Yo... no se molesten, pero no quiero hablar del vizconde —contestó en un murmullo bajo, con los ojos cerrados, apretando su frente con los dedos.

Violet y Rosie se miraron indecisas. Ella le estaba diciendo a su gemela que deberían hablar, decirle a Daisy quién era el hombre de las cartas, porque quizás así se pensaría mejor lo del compromiso con sir West, pero Rosie creía que lo mejor era no entrometerse más y respetar la voluntad de su hermana.

—Estoy conforme con la elección de marido que he hecho —continuó Daisy en tono contundente, interrumpiendo la discusión silenciosa entre ellas. Violet tenía ganas de decir que no lo parecía y que debería estar feliz, no solo conforme, pero no lo dijo—. Lo digo de verdad. Yo no soy indiferente a sir West, y he aceptado con agrado su propuesta. Por favor, acepten eso, y no pretendan escarbar más allá. Lord Bradford nunca significó nada en mi vida, y

nunca lo hará.

—Al menos, ¿nos prometes que antes de casarte con él te darás un tiempo para conocerlo y estar segura de que es el adecuado para ser tu esposo? —terció Rosie, usando su mirada suplicante de cachorro abandonado, a la que ninguno en esa casa podía llevar la contraria.

Daisy dudó, y les miró reflexionando si era conveniente darles su palabra.

—Ros tiene razón, Sissy. Una decisión así, tan determinante y que afectará el resto de tu vida, no debe ser tomada a la ligera —alegó ella, y Daisy bufó, soltándose de su mano y poniéndose en pie.

—Mira quién habla de no ser impulsiva. La reina de la impulsividad. La cabeza de pájaro loco —fue lo que dijo, sonriendo por primera vez en el día, ocasionando que Rosie riese a su costa, y ella se enfurruñara aunque no pudo evitar sumarse a las risas—. De acuerdo, le pediré al caballero un tiempo para conocernos. Pero me voy a casar con él. Así que, Rosie, olvida tu idea romántica de un matrimonio entre Bradford y yo. Él me odia. Y tú, Violet, olvida tu idea de emparejarme con ese hombre solo porque te agrada su sentido del humor sarcástico y molesto —añadió, señalando a cada una—. Ahora me retiraré; esta noche asistiremos a nuestro primer baile como prometidos. Debo prepararme.

Ellas solo se encogieron de hombros y la observaron alejarse. Si ella se hubiera visto, se habría dado cuenta de que no había ni una pizca de entusiasmo en su rostro, voz, o movimientos. Parecía que después de todo no era Steven el único ciego y duro de cabeza de la familia Hamilton. Daisy amaba a lord Bradford, pero no parecía dispuesta a asumirlo, ni menos a hacer algo con ese sentimiento.

—¿Sigues pensando que hay que callar y respetar su deseo? —pregunto Violet, mirando con expresión desafiante a su gemela.

—No lo sé, viéndola tan abatida, empiezo a dudarle seriamente —reconoció Rosie con ojos tristes.

—Bueno, por ahora lo dejaremos así. Pero si Daisy continúa siendo infeliz, intervendremos. Esa boda no se hará si nuestra hermana está sufriendo —aseguró Violet, y arrebató la última pasta de la mano de Rosie para meterla a su boca y devorarla, esquivando la miga que su gemela le lanzó.

Dos días después...

—Hender no sabe nada acerca del mapa —anunció Bladeston, sentado detrás del escritorio del despacho del duque de Stanton—. Dijo que un tipo se contactó con uno de sus hombres para intentar venderle una posible pintura robada. Por la descripción que me dio su empleado, creo que es Redmond, pero no estoy seguro. Lo que sí es seguro, es que no parecen estar relacionados el mapa y los robos.

—Está bien. Haré que incrementen la vigilancia sobre Redmond. En algún momento se descuidará y nos guiará hasta el cabecilla de esta operación. Pero yo no descartaría la relación entre ambas cosas —advirtió Ethan, dándole una calada profunda a su puro.

—Vi a Anthony West hablando con Amelia en Hyde Park —cambió de tema Bradford, captando su atención—. Estaban solos, y parecían estar teniendo una típica pelea de amantes. Él esconde algo, y ella no es de fiar.

—Tal vez solo es una relación pasada que él intenta cortar... —insinuó Ethan, vacilante.

—¿Tú crees? Puede ser; si va a casarse, no podrá seguir manteniendo a una mujer de gustos tan caros. Pero dudo que pueda serle fiel a su esposa, de todas formas. El tiempo lo dirá, pero yo no estaré para verlo. Parto en la madrugada —cabeceó el vizconde, torciendo la boca en un rictus amargo.

—¿Dónde irás? —inquirió Ethan, observando cómo Andrew se acercaba al aparador de bebidas y se servía una medida de Oporto.

—Primero a Bath, luego a Bristol. Visitaré a los eruditos que me recomendaron, y al abogado que llevó los papeles legales del abuelo de Baltimore un tiempo, tal vez sepa algo sobre el mapa —contestó él, dejándose caer en su asiento de nuevo—. Te escribiré si encuentro algo útil.

—De acuerdo. Procura no estar lejos demasiado tiempo y ser discreto en tus pesquisas. Ten cuidado; el ladrón puede averiguar que tienes el mapa y seguirte.

Estando fuera serás un blanco indefenso —asintió él, viéndolo beber de su vaso con la mirada azul fija en la ventana.

—No sé cuándo volveré, Riverdan... —murmuró con tono lúgubre.

Ethan hizo una mueca y se revolvió incómodo en la silla. Sabía que aquella afirmación hacía referencia a que no quería estar allí para ver casarse a Daisy Hamilton con el que había sido su mejor amigo, pues obviamente no le gustaba

esa idea. Pero él no sabía qué decirle, ni cómo aconsejarlo; no sabía nada de relaciones sentimentales, y menos con mujeres decentes. Él solo se había relacionado con mujeres de baja reputación, su madre y su hermana. Y con Violet Hamilton, pero ella no contaba, y no quería traerla a memoria, ni llamarle con su mente. Bastante le había costado borrar la imagen de su trasero cubierto por ese pantalón ceñido.

—Huir nunca es la mejor de las elecciones. Al final siempre se debe volver para enfrentar lo que sea, no se puede huir eternamente —masculló finalmente, poniéndose de pie despacio.

—No estoy huyendo; solo hago uso de mi sentido de supervivencia —negó Bradford, sonriendo con amargura—. Pero tal vez no lo entiendas; no parece que hayas tenido que recular en tu vida.

Ethan detuvo sus pasos junto a la puerta abierta, y se volvió levemente para enfocar la mirada apagada del otro.

—Aprende esta lección, Bradford —respondió, con gesto indescifrable—: nunca juzgues por las apariencias. Cada persona es un universo. Y todos tienen sus propios demonios, sus luchas, y sus debilidades. Algunos vencen, otros se rinden, y otros, simplemente se alían con ellos. Escoge, y vive con las consecuencias.

CAPÍTULO 10

*Contigo no hay pasado.
Contigo no hay oscuridad.
Contigo no hay tristeza.
Contigo no hay soledad.
Tu nombre, el faro en mi naufragio devastador.
Tu voz, la calma en mi tormenta desoladora.
Tus besos, la cura para mi cuerpo dolido.
Tu amor, la salvación para mi alma perdida. T
ú, la heroína de mis cuentos de amores y algo más.
Tú, la protagonista de mis secretas fantasías
y todo lo demás.*

Extracto del libro: Susurros en la noche

Las semanas siguiente Ethan las ocupó buscando pistas sobre los robos de obras de arte que se habían incrementado, algo que se le dificultó, pues Redmond había desaparecido y no había vuelto a contactarse. Al parecer ya no confiaban en él, y eso le preocupaba. Creía haber sido muy convincente en su actuación y respuestas en cada oportunidad que lo habían citado, y él les dio información útil sobre direcciones de contactos con obras importantes y de incalculable valor, y había recibido con fingida avaricia los pagos que Redmond le entregaba por su participación y su silencio. Así que no tuvo más que seguir y estudiar los movimientos del conde de Cavandish, Charles West, el único que no había perdido de vista, y que aunque estaba seguro de era un simple peón, podía llevarlo a encontrar al pez gordo.

Cavandish era amante de Amelia Wallace, duquesa de Essex; eso estaba comprobado, aunque según Bradford también lo era del menor de los West. Algo que no sería importante o digno de tener en cuenta si no hubiera sido porque ella era la viuda de un renombrado duque, coleccionista y tasador de pinturas y esculturas, el cual había fallecido en circunstancias mínimamente sospechosas.

Ethan y Seinfeld, el magistrado, sospechaban que habían asesinado al anciano para quedarse con su colección, al igual que habían matado a su propio padre, el anterior duque de Riverdan. Aunque por motivos diferentes. Bernard Withe no tenía grandes obras entre sus posesiones, pero sí muchos contactos y la empresa naviera más ponderada de esa parte del Mediterráneo. Era seguro que su padre había sido quien se ocupaba de trasladar las obras robadas de Francia e Italia y hacerlas pisar suelo inglés, y que en algún momento había querido acabar su participación, o se había puesto exigente, y al no obtener más dinero, había amenazado con delatar toda la operación de contrabando.

El duque había muerto en una cama de un sucio burdel, y la mujer que lo acompañaba no había dejado rastro. Eran demasiados cabos sueltos, y muchos puntos negros por los que toda la investigación podría terminar estancada si no daban cada paso con cuidado y precisión.

Una noche más que había tenido que pasar fuera de casa, estaba agotado y sin fuerzas, y así ingresó a su casa y se dirigió al salón en donde Blair solía pasar las mañanas encerrada. Su lugar. Golpeó la puerta con los nudillos, abrió y asomó la cabeza. Su hermana estaba tal y como supuso, sentada frente a su escritorio con una multitud de hojas a su alrededor, una pluma en la mano y manchas de tinta en la cara.

—¿Otra vez madrugaste para escribir, hermanita? —dijo con retintín, haciendo que Blair sonriera y levantara la cabeza para mirarlo.

—Sí, además de que la pierna no me dio tregua —respondió, dejando la pluma en el tintero y levantándose con dificultad cuando él le hizo una seña y se sentó en uno de los sillones apostados junto al gran ventanal con vistas al jardín.

—Solucionaré eso, con estos, venga —presumió Ethan moviendo sus dedos y extendiendo las palmas a la espera de que Blair terminara de acomodar

frente a él su pierna y colocara su pantorrilla sobre ellas.

Por unos minutos, él se dedicó a masajear despacio los músculos atrofiados de la pierna derecha de Blair, cubierta con unas medias blancas gruesas y el vendaje que usaba cuando la pantorrilla le molestaba demasiado. Haciendo círculos con sus dedos, hasta que sintió cómo la rigidez disminuía y la mueca de dolor se atenuaba en el dulce rostro de su hermana.

—Gracias, está mejor ahora —dijo ella, con un brillo de gratitud en sus ojos verde musgo.

—¿Escribías algo interesante? —indagó él, presionando el tobillo delgado de Blair. Ella escribía para una gaceta de sociedad, y aunque en un principio él no había estado de acuerdo, terminó cediendo, pues no hacía daño a nadie y, como utilizaba un seudónimo, no corría peligro su reputación. Además de que solo por el hecho de verla feliz haciéndolo, él lo permitiría.

—No mucho. Solo sobre el último rumor; esta vez es sobre lady Daisy Hamilton —se encogió de hombros ella, conteniendo el aliento cuando los dedos rozaron un punto especialmente tenso.

—¿Rumor? —inquirió Ethan curioso, haciendo una pausa en su masaje.

—La boda se suspendió. Ella no se casó con sir West —informó Blair, y él elevó ambas cejas—. ¡Serás chismoso! —se carcajeó ella, haciéndole sonreír, y sacudió la pierna para que reanudaré los movimientos.

Blair era el vivo retrato de su madre, Rachel, con sus rasgos finos y piel pálida, su cabello castaño claro rizado, abundante, y el color de sus ojos. En cambio, Ethan era el calco del duque, algo que siempre había detestado. El mismo cabello oscuro, la piel más cetrina y mirada chocolate.

—¿No se ha levantado? —preguntó en voz baja, desviando la vista, una vez que terminó de aliviar la molestia de su hermana, —No. Tampoco quiso cenar anoche. No ha probado bocado desde hace dos días. Estoy preocupada, Ethan —musitó Blair, con voz temblorosa.

—Tranquila, iré a verla —dijo poniéndose en pie, apretó su hombro frágil y delgado tratando de transmitirle calma, y salió.

Era tan injusto. Y dolía.

Su hermana debería haber sido una joven muy diferente. Llevar una vida saludable, y no pasar noches en vela por terribles dolores en su pierna. Disfrutar de su presentación y de los bailes, tener amistades, conocer muchos

lugares.

Podría estar ya casada, pues tenía casi veinticuatro años. Se quedaría soltera, más solitaria de lo que ya era. Y él sabía que anhelaba una familia. Pero como ella repetía, tratando de parecer resignada, no era fácil para una muchacha tímida, de aspecto corriente y tullido, llamar la atención de un partido adecuado.

Su madre jamás había conocido el significado de la palabra felicidad. Había sido una mujer dulce, cariñosa y madre devota. Y una esposa sumisa, sometida por un hombre déspota y cruel. Tan cruel que había reducido a su madre a una persona enfermiza, temerosa y deprimida. Un ser apagado, abatido y sin ganas de vivir, que caía continuamente en largos períodos de pena, en los que no hacía más que yacer en su cama, pálida y la con mirada perdida.

Y él. Él solo existía, y trataba de seguir existiendo para ser el apoyo de su familia. No aspiraba a nada más. No tenía planes de casarse, ni mucho menos de tener descendencia. A ello se debía que estuviese ayudando a la Corona como espía. Con los honorarios que sacaba, aseguraba el futuro de Blair y de su madre para que, en el caso de que él muriese y el título volviese a la Corona, por no contar con herederos, ellas no pasaran penurias de ninguna clase. Así había sido desde que había madurado lo suficiente, y nunca había deseado cambiar de idea, ninguna mujer lo había tentado lo suficiente como para replantearse su futuro. A pesar de eso, no negaría que, de haber tenido la oportunidad de ser un hombre diferente, uno sin tantos fantasmas a cuestas, Violet Hamilton podría haber sido alguien para tener en cuenta; nadie más había traspasado su barrera emocional como lo había hecho ella, y en tan breves encuentros.

No obstante, con la muerte de su padre los tres habían sido libres, pero solo de su presencia aterradora y oscura. Más no de su recuerdo, ni de las marcas que ese hombre había grabado a fuego en los cuerpos y en las almas de cada uno de ellos. Bernard Whithe estaba muerto, pero no se había marchado de sus vidas.

No.

Como siempre después de pasar tiempo con su madre, y de intentar animarle con alguna anécdota y convencerla de asearse, alimentarse y salir aunque fuese al jardín, Ethan terminaba huyendo al Withe en busca de distracción, para

evadirse de su agobiante realidad. A él no le gustaba caer en reflexiones oscuras y sin sentido, puesto que no tenían ninguna utilidad más que atormentarle, y era enemigo del auto castigo. Ya bastante había padecido en su niñez y juventud. Por supuesto, él no bebía, odiaba cualquier tipo de licor, y los efectos a los que había visto reducir a hombres formidables. Algunos se transformaban en verdaderos demonios, y otros en completos desechos humanos, como el caballero que avistó ni bien traspasó las puertas del club.

—¡Vaya! No esperaba encontrarte aquí, Bladeston —dijo deteniéndose frente a la mesa del cabizbajo vizconde—. Estás hecho un estropajo. ¿Qué te sucedió? Creía que estarías en casa de los duques —continuó Ethan, dejándose caer frente a él.

—Me topé con una tormenta de camino hacia aquí —explicó desganado Bradford. Se veía realmente fatal, hundido y derrumbado. Como un hombre al que le han arrebatado todo, algo que no coincidía con la apariencia que debía tener, si se basaban en que la mujer que amaba seguía disponible. Sospechoso.

—Bueno, supongo por tu cara que no te has enterado los últimos acontecimientos —especuló el duque, reclinándose en su asiento.

Los ojos del vizconde volaron a la cara de Riverdan.

—¿De qué hablas? —inquirió Bradford, enderezándose y soltando el vaso que estaba por llevarse a los labios de golpe sobre la mesa de caoba. Sus ojos azules lo enfocaron, atentos, con un brillo esperanzado.

—Tu dama no se casó —anunció Ethan muy divertido. Había que ver lo que aquel ruin sentimiento hacia en las personas. Por fortuna, él nunca había sentido lo que era estar enamorado, siquiera encaprichado, ni lo haría.

Bradford abrió los ojos, estupefacto, se levantó y volvió a sentarse torpemente.

—Pero... ¿cómo?, ¿por qué? —preguntó incrédulo.

—Eso no sabría responderlo, solo supe que la boda se suspendió —contestó con ganas de sonreír. El vizconde se llevó las manos al cabello, impresionado. Se agitó en su asiento, y un segundo después se levantó con precipitación.

—Me marchó, debo saber qué sucedió —replicó, y se puso en movimiento con urgencia.

—Voy contigo. Esto promete ser interesante —respondió él con sorna, siguiéndole.

Después del breve cortejo de parte de sir West, el día de la boda de Daisy llegó.

Pero los que no llegaron a la iglesia fueron los novios. Steven había descendido del carruaje que estaba detenido frente a la iglesia y había interceptado a su esposa, a Rosie y a Violet, pidiéndoles que no entrasen al edificio y lo esperasen en la casa. Ellas habían obedecido tremendamente intrigadas y más que preocupadas, pero su hermano no les dio tiempo a retrucar. Así que se dirigieron de regreso a la mansión, cambiaron sus vestidos de gala por vestimenta de día, y bajaron al salón para esperar el regreso del conde con ansias, demasiado nerviosas como para especular siquiera. Hasta que por fin Steven apareció, y fue atacado a preguntas, principalmente provenientes de ella. Toda la familia se había quedado sorprendida con la noticia de que Daisy se había fugado de su propia boda, pero nadie lo lamentó, al contrario, se sentían aliviados de que su hermana hubiese decidido luchar por su felicidad.

—¿Creen que Daisy lo logrará? —preguntó Rosie cuando el conde terminó de relatar lo sucedido con su hermana.

—¡Claro! Mi hermano ama a mi cuñada, el amor que se tienen triunfará; estoy segura —afirmó Clarissa, que estaba apoyada contra su esposo y sonreía feliz.

—Bueno, solo queda esperar las noticias que llegarán de Costwold —acotó Violet con la mirada fija en la ventana del salón de visitas.

Estaba impresionada; realmente no habría imaginado jamás que su hermana mayor fuese capaz de tamaña hazaña, ni en sus más locos sueños. Y era que Daisy siempre había sido tan comedida, prudente y centrada. La voz de la razón, la sabiduría.

—Se armará un gran escándalo, ya debe estar esparcido por toda la ciudad el rumor de que se suspendió la boda —conjeturó Rosie con tranquilidad, pues a ninguno de ellos le importaba que su apellido fuera manchado, en realidad.

—Yo me encargué de avisar a todos los invitados que el enlace se suspendía.

Creo que todo hubiese sido peor si West hubiese estado allí, pero el muy canalla no se presentó tampoco. Menos mal que Daisy decidió marcharse, porque si no habría matado a ese tipejo por atreverse a plantar a mi hermana

—comentó molesto Stev.

—Eso es algo que no entiendo; me parece extraño que lord West no se haya presentado. Se notaba que deseaba casarse, y tenía aprecio por Daisy —dijo la condesa, pensativa.

—Tal vez presintió que Sissy lo dejaría plantado y quiso ahorrarse la humillación —especuló Rosie.

—No lo sé, cómo habría estado seguro de... —decía Violet, pero un escándalo en el pasillo la cortó.

Steven comenzó a levantarse con el ceño fruncido, cuando la puerta se abrió con estrépito y apareció un hombre seguido por el mayordomo.

—Lo siento, milord, no pude detenerlo —balbuceó el criado.

—¿Dónde está?! —gritó West, quien parecía fuera de sí.

Su aspecto era desastroso; su rostro estaba golpeado, su ropa arrugada y extrañamente vestía de gala.

—¿Qué pretendes, West? No puedes exigir nada —contestó con frialdad Stev, enfrentado al caballero.

—Hamilton... —pronunció él, llevando las manos a su cabeza con desesperación—. No lo entiendes... yo no dejé plantada a Daisy, me... me golpearon y me dejaron encerrado... —confesó Anthony, frenético.

Violet se alejó de la ventana y se acercó a su cuñada, pues esta ya se había puesto pálida. Rosie se posicionó del otro lado, y tomó la mano de Clarissa. Un escalofrío premonitorio la recorrió; tenía un muy mal presentimiento.

—¿Cómo? ¿Y por qué razón? ¿Quién? —preguntó Stev, perplejo.

—Primero dígame que ella está bien, no importa que no quiera verme, que piense que la humillé, solo necesito saber que está a salvo —replicó West con tono apremiante.

—Mi hermana debe estar llegando a Costwold ahora; yo no viajé con ella porque debía quedarme a dar explicaciones. Pero tampoco era necesario; el viaje es solo de una hora, y en casa de mi cuñado estará bien y vigilada —explicó el conde con inquietud.

—¡No! ¡Cómo la dejó ir sola! —vociferó pálido West—. Tengo que irme; es necesario comprobar que llegó bien —dijo, volteando hacia la puerta.

Ella dio un paso adelante, alarmada. ¡No se podía ir! Iba a detenerlo, pero por fortuna su hermano tomó las riendas.

—¡Un momento! No se irá, no hasta que me explique qué está pasando —lo amenazó Steven interponiéndose en su camino.

Su alivio no duró mucho, pues desde donde estaba vio aparecer por el umbral de la puerta, tras West, a lord Bradford, y a su lado estaba el duque de Riverdan.

El duque fijó sus ojos oscuros sobre ella luego de repasar rápidamente con la mirada el lugar, y Violet tragó saliva, sintiéndose intimidada por la profundidad del escrutinio al que él la sometió. Entonces vio al vizconde adelantarse, su cara estaba enrojecida y tenía una mueca feroz en su rostro usualmente inexpresivo, parecía que su objetivo era sir West.

—¡Daisy puede estar en peligro! —gritó West desencajado.

—¡Andrew, no! —gritó Clarissa, pero era tarde.

El cuerpo de West cayó estrepitosamente sobre la mesita de cristal al recibir el puñetazo que Bradford le asestó en la mandíbula.

Daisy había sido secuestrada. Después de que Steven y Riverdan lograron separar a los dos examigos, pudieron oír la versión del prometido de Daisy y llegaron a esa conclusión. Su hermana estaba en peligro.

Clarissa había sufrido un vahído, y tuvieron que llamar al médico, el cual le suministró unas gotas de láudano, y en ese momento se hallaba reposando en su cuarto, acompañada de Rosie. Steven, luego de asegurarse de que su esposa estaba bien, salió tras Bradford, West y Riverdan para tratar de alcanzar a los tres hombres que se hallaban buscando a Daisy. West tenía una pista sobre dónde podrían estar reteniendo a su hermana, y también de quién. Violet quiso ir con ellos para ayudar en lo que pudiese, pero Steven no quiso ni oír de aquello y la amenazó con casarla con el hijo del párroco del pueblo, un rechoncho hombre que la pretendía desde niños, amante de la bebida y las cebollas, si se le ocurría desobedecer y salir de la casa. Fue la tarde más larga y angustiante de su vida, ya que no podía hacer más que dar vueltas en el salón, tomando un vaso de oporto, sacado a escondidas del aparador de bebidas de su hermano, y mirar a cada segundo el reloj que estaba sobre la chimenea. Sus uñas estaban dañadas de tanto morderlas, mientras repetía en su mente una y otra vez una plegaria desesperada.

«Dios... Por favor, protege a mi hermana. Dios...»

El cuerpo le temblaba, y sentía un vacío en el estómago. En momentos como

aquellos era cuando uno recordaba cuánto quería a las personas que hacían su mundo maravilloso. Y ella amaba demasiado a Daisy, había sido su sostén, su guía y su consuelo luego de la pérdida de sus padres. Habían perdido a los condes el mismo día, siendo tan pequeñas, pero Daisy se había encargado de que nunca se sintieran solas, con miedo, o abandonadas. Ella y Steven, lo eran todo para Rosie y Violet.

Golpes resonaron en la puerta del salón, y ella autorizó la entrada con voz temblorosa, sintiendo el corazón en un puño. En el rellano apareció el mayordomo, el cual estaba tan preocupado como todos.

—Milady, un muchacho trajo esto; es para usted —le informó el sirviente, extendiendo hacia ella un pequeño papel doblado. Violet lo tomó y observó que no tenía sello, ni estaba lacrado.

—¿El mensajero espera respuesta? —inquirió, mientras abría la misiva con urgencia. Tal vez eran noticias de su hermana. Deseaba que lo fueran.

—No, milady, se marchó ni bien me entregó el mandado —oyó decir al criado, y solo asintió en respuesta, con los ojos puestos en la caligrafía elegante, alargada y desconocida—. Con permiso.

La puerta se cerró y Violet se dejó caer en uno de los sillones sin miramientos.

Su mano se posó en su corazón, que latía desbocado, y sin percatarse, una sonrisa iluminó su semblante antes demacrado.

Estimable «Demonio»:

No se preocupe, la encontraré. Prometo que su hermana estará de regreso, sana y salva antes del anochecer.

Eso sí, milady, queda usted en deuda conmigo.

Y pienso cobrarle el favor.

Hasta entonces.

Duque de Riverdan

CAPÍTULO 11

*Al amanecer te pensaré.
Al atardecer te anhelaré.
Al anochecer te seguiré.
He sido cautivada por tus aromas.
He sido conquistada por tus caricias.
Por tus miradas suspiro.
Por tus afectos yo vivo.
Cómo huir, ya no hay motivos.
Eres mi razón.
Eres mis latidos.
Eres mi corazón.
Cómo alejarme,
ya no hay caminos.*

Extracto del libro: Susurros en la noche

El duque de Riverdan cumplió con lo prometido, y esa misma noche Violet pudo abrazar hasta casi asfixiar a su hermana. Daisy estaba sana y salva, aunque un poco traumatizada, pues había sido testigo de la muerte de su secuestrador. El conde de Cavandish, Charles West, había sido abatido a manos de su propio hermano. Sir Anthony West había salvado la vida de su hermana. En ese momento sabían que el conde estaba tras los robos que habían sufrido ellos y otras familias nobles. Steven las había puesto al corriente de la investigación en la que él también estaba involucrado, y Violet sintió vergüenza al caer en la cuenta de que Riverdan no era ningún asesino. Lo

había juzgado mal; el duque era de los buenos.

El escándalo por la cancelación de la boda de Daisy, y posterior ruptura de compromiso, rodeaba a toda la familia. Por supuesto, nadie se atrevía a cerrar las puertas por completo a una de las familias más importantes de Inglaterra, que además estaba emparentada con el duque de Stanton, y por ende con el marqués de Arden y su hijo, el conde de Gauss, el conde de Lynn, que era Jeremy, aunque aún no estuviese al frente de su herencia, y que contaba con el apoyo del duque de Riverdan también. Aun así, las invitaciones a bailes y eventos a los que estaban invitadas las hermanas Hamilton habían mermado considerablemente.

Por todo aquello, Steven y lord Bradford decidieron que la pareja se casaría utilizando una licencia especial, y lo harían en dos semanas, que era lo que demoraban en salir las amonestaciones para el enlace.

Violet, estaba feliz de ver por fin a su hermana tan dichosa. Y en los posteriores días, mientras ayudaba en la organización del enlace, no pudo evitar pensar en la carta que el duque le había enviado. Estaba intrigada sobre la manera en la que el hombre pensaba cobrarse el favor, como había redactado. Y a pesar de no desearlo, el nombre del duque irrumpió en su mente más veces de las que estaba dispuesta a admitir.

Además, no olvidaba que la investigación seguía su curso, pues a escondidas había oído conversaciones que mantenían el prometido de Daisy y su hermano, y en estas se mencionaba que la misión de Riverdan continuaba. Violet ardía en deseos de enterarse qué había averiguado el duque. No obstante, en los últimos días no había tenido oportunidad de verlo, ya que Riverdan y los demás estaban en Costwold, muy ocupados buscando dilucidar las coordenadas del mapa. Mas no se quedaría de brazos cruzados; en cuanto tuviese oportunidad, saciaría su curiosidad.

Clarissa y ellas se habían quedado en la ciudad debido a los compromisos que tenían, y que amén de ser casi unas parias sociales, no podían declinar si pretendían que Rosie y ella consiguieran casarse, algo que a las gemelas les preocupaba poco y nada. Ella ya estaba aburrida de su debut social, pasaba cada noche refugiada en su habitación, recostada pensando en sus caballos y en las ganas de volver a montar, en la nota del duque, o practicando sus movimientos de defensa. Rosie parecía estar más sumergida en su mundo que

nunca, y prácticamente se dedicaba a leer y a nada más. Su cuñada todavía sentía los efectos de su estado de gravidez, y por eso habían asistido a los últimos bailes en compañía de lady Ashton, la tía de la duquesa de Stanton, que ejercía de carabina, hecho que agradecieron mucho, ya que nadie se atrevía a hacerles un desplante en presencia de la cascarrabias matrona.

Afortunadamente, el día de la boda llegó. Era una mañana de otoño atípica, el sol brillaba y un agradable clima les acompañaba, augurando un futuro prometedor. Violet estaba de un humor inmejorable ya que, a partir de ese día, podrían instalarse en Rissa Palace, y ya no tendría que soportar el agobiante ambiente de la ciudad.

Los novios habían escogido que la celebración fuera íntima y solo para la familia directa, y por supuesto, el duque de Riverdan, que continuaba investigando los robos y la fuga de lady Amelia Wallace, quien había resultado ser cómplice del conde fallecido, estaría presente. Solo se ausentaría lord Jeremy, debido a un viaje de urgencia que debió hacer a sus tierras de Surrey, pero su madre, la marquesa, estaría en la boda.

Daisy se veía más que bonita en su atuendo nupcial, que consistía en un sencillo pero precioso vestido de lino color crudo, las mangas y la falda tenían hilos de plata, tenía escote corazón, y dejaba la piel de sus omóplatos a la vista.

Era ajustado en el torso y luego caía sutilmente por sus caderas, dándole un efecto suave y delicado, nada ostentoso ni vaporoso. Su doncella le había colocado horquillas en la cabeza, para lograr sujetar una fina corona de pétalos blancos y amarillos, y una vez que lo logró, extendió su cabello rizado rojizo en sus hombros. El toque final era una fina cadena de plata y un poco de color en sus labios.

—¡Vaya, estás preciosa, Sissy! —suspiró Rosie, que la contemplaba desde la puerta junto a Violet. Daisy se volvió con una sonrisa y extendió los brazos con mirada llorosa. Ellas corrieron y se abrazaron a su hermana.

—Te extrañaremos, pero el saber que estarás bien y feliz compensará la añoranza —murmuró Ros, llorosa.

—Nos harás falta, demasiada. Solo espero que el zopenco del vizconde te cuide como mereces —agregó Violet, aclarando su garganta para intentar contener el nudo que se había instalado allí. No lloraría.

—Si no lo hace, aplicaré alguna de tus tácticas defensivas —bromeó Daisy, reteniendo las lágrimas, y dio un beso a cada gemela, que reían por su chiste.

Duraron largo rato abrazadas, rememorando momentos de su crianza, y sintiendo extraño el hecho de estar viviendo aquella experiencia por segunda vez, hasta que apareció en la puerta Steven y provocó que las tres rieran con su expresión enfurruñada y su aire de estar yendo a un velorio en vez de a una boda, —Vamos, es la hora. Partamos hacia Sweet Manor antes de que sea yo quien rapte a mi pequeña flor. No puedo creer que un bastardo se la lleve —dijo ofuscado el conde.

—Haré de cuenta que no llamaste así a mi hermano, Hamilton —ladró Clarissa desde el umbral. Una enorme sonrisa contradecía su tono irritado—.

Dejarás sin aliento a Andy, querida —aseguró burbujeante ella, besándola en la mejilla a Daisy—. ¿Lo ven? ¡El amor siempre triunfa!

La ceremonia fue absolutamente preciosa. Ni Violet, siendo poco predilecta a estas, pudo negarlo. Rosie no paraba de soltar lágrimas de emoción, mientras ella negaba con la cabeza y le pasaba su pañuelo de seda. El párroco que ofició el enlace no se veía conforme con estar realizando la boda en un parque pero, por lo que Violet supo, había sido el duque de Riverdan quien había conseguido que el religioso accediera a casarles ahí. Ella sentía curiosidad sobre los motivos que habría esgrimido el duque para lograrlo, y pensaba que definitivamente él era un hombre que escondía más de un misterio. La mañana dio paso a la tarde y ella, que se había negado a mirar en dirección al duque en todo momento, aunque eso no impidió sentir sus ojos sobre ella en más de una oportunidad, lo tuvo enfrente. La miraba con una de sus oscuras cejas arqueadas.

—¿Se le ha perdido algo, su Excelencia? —preguntó, estirándose en su silla con nulo recato.

Riverdan la estudió en silencio. El hombre se veía formidable en su traje de tres piezas negro. Su cabello había sido recortado, y desde donde se encontraba despedía una fragancia masculina tan exquisita que ella no pudo reprimir olfatear con placer.

—¿Acaso no baila usted? —retrucó él, con aquella voz gruesa y un brillo sardónico en sus ojos color café.

Violet se removió en su lugar, y encogió un hombro.

—No me apetece. No es divertido bailar con la familia.

El duque asintió y se giró parcialmente, como si estuviese por marcharse, pero no lo hizo, sino que se detuvo y, sin mirarla a la cara, carraspeó y dijo—: ¿me haría el honor, milady?

Violet abrió la boca, bastante asombrada. Dudó unos segundos, parpadeando y observando la mano enguantada del hombre extendida hacia ella. Él gruñó y la miró un poco molesto, y ella, reprimiendo su hilaridad, se puso en pie y aceptó su mano, justo cuando iniciaban las notas de un vals muy conocido.

Ethan guió a la dama hacia la pista, reprochándose la impulsividad que solo cuando estaba frente a Violet Hamilton parecía gobernarlo. Tomó la posición de arranque, sintiendo su estómago contraído, como si aquella fuese la primera vez que fuera a guiar a una mujer en un baile. Era ridículo, irrisorio, ilógico, imposible, pero real: estaba nervioso.

Los primeros minutos se limitaron a desplazarse por la pista en un completo mutismo. Él estaba tan tenso que, si alguien lo pinchaba, podría haberse quebrado en varias partes. La cercanía de la mocosa lo turbaba. Y sus ojos, rebeldes, no dejaban de examinar los rasgos tan perfectos de su cara angelical, deteniéndose largo rato en sus deseables descarados labios. Entonces su corazón, traicionero, parecía iniciar una carrera alocada dentro de su pecho. El aroma a violetas, tan dulce como penetrante, comenzaba a enloquecer a Ethan, que sin percatarse había ido acercando poco a poco la figura esbelta y seductora vestida de seda aguamarina contra su cuerpo. Y en ese momento sentía sus anatomías rozarse. Él se endurecía enfebrecido con cada acercamiento y se deshacía anhelante con cada distancia entre sus cuerpos.

A punto de enloquecer, Ethan recibió la última nota de la canción con tanto alivio que pareció un prisionero al que le abrían las rejas hacia la libertad después de cuatro décadas de encierro. Prácticamente huyó de la rubia, que lo miró confundida, sintiéndose como un completo inepto. Pero también como un sobreviviente, pues acababa de comprobar que aquella mujer no era del todo humana. Eran sus ojos; aquellos pozos verdes debían emitir un embrujo maligno sobre todo incauto que cometiera la insensatez de mirarla más de la cuenta. Y él lo había hecho, y mucho, la había devorado con los ojos desde que lo había visto salir por la puerta de la casa, caminando delante de la novia, junto a su hermana.

Era tan hermosa que causaba que su cuerpo se olvidara de ejecutar sus funciones vitales, su visión cautivaba tanto su sistema que hasta sus pulmones olvidaban cómo respirar.

—Cierre la boca, su Excelencia, o le entrarán cada una de las moscas del lugar —murmuró la viuda de Ashton, sentada a su derecha.

Él obedeció, y quiso decir algo para justificar el haber sido pescado desvistiendo con los ojos a una señorita respetable, pero echó un vistazo al gesto de sorna en la arrugada cara de Margaret Asher y claudicó, y suspirando concentró su atención en el vicario, que no dejaba de lanzarle miradas acusadoras. Él sonrió con disimulo, nada arrepentido de haber logrado que el rechoncho hombre de Dios casara a los nobles, insinuándole que tenía en su poder más de un pagaré por cobrar a nombre suyo. El jugador empedernido no tardó en mostrarse complaciente.

Amedrentado, molesto y más que irritado consigo mismo, fue a cumplir con la tradición de bailar con la flamante novia, para poder escapar de esa mansión embrujada. Tenía trabajo que hacer, y no podía perder el tiempo con demonios disfrazados de ángeles de luz.

La novia estaba radiante y sonreía de oreja a oreja. Ethan la guiaba al ritmo del minué, tratando de despejar de su cerebro cualquier pensamiento sobre la hermana menor de la dama.

—Bradford nos está observando fijamente, ¿no? —preguntó, mientras ejecutaban un giro. Lady Bradford espió por un costado con disimulo y luego asintió, elevando su cabeza hacia él.

—Sí, su Excelencia, y con su gesto de malhumor habitual —informó la vizcondesa, con la risa bailando en sus pupilas doradas.

—Lo sospechaba —comentó Ethan con burla—. Bradford es como un perro rabioso cuando de usted se trata.

—¿Así lo cree, milord? —preguntó intrigada y risueña.

—Pongámoslo a prueba, milady —le susurró al oído, provocando que la dama emitiera una carcajada.

Tres parpadeos después tuvieron a su lado a un irritado vizconde de Bradford.

Y por su expresión, estaba dispuesto a cargar en su hombro a su mujer, cual salvaje Highlander.

Aún se oían las risas de los invitados de la boda provocadas por la nada tradicional partida de los novios hacia la noche de bodas, cuando Ethan decidió ponerse en marcha también. Luego de saludar a los duques de Stanton y de prometer al duque y al cuñado de este, el conde de Baltimore, que los mantendría informados de sus avances en la investigación sobre el contrabando de obras de arte, pidió su carruaje y minutos después se dispuso a tomar asiento en el interior del amplio coche, el cual permanecía a oscuras, pues ya había comenzado a desaparecer la luz del atardecer. Entonces su cuerpo se paralizó, y sus sentidos se pusieron en alerta. Había alguien, un intruso, agazapado en el interior del carruaje. Su primera reacción fue retroceder para intentar descender y así impedir quedar a merced del intruso, pero el sonido metálico del arma siendo amartillada le impidió llevar a cabo el movimiento.

—Bien pensado, su Excelencia. Ahora cierre la puerta y de la orden al cochero de que ponga en marcha el coche —le ordenó desde el rincón el secuestrador, sin dejar de apuntarle. Su voz era peculiarmente ronca y parecía relajado, mientras el duque acataba su orden con rigidez y comenzaban a alejarse de la propiedad de campo de los Stanton.

—No sé qué pretende, pero no se saldrá con la suya. Baje esa arma y márchese, o aténgase a las consecuencias —le advirtió Ethan con su tono más letal. Entrecerrando los ojos, intentó vislumbrar alguno de los rasgos del hombre, quien además de permanecer en la penumbra, llevaba el rostro cubierto por un pañuelo oscuro y un sombrero en la cabeza.

—Muy valiente de su parte, milord, pero me temo que una vez más tendré que negarme a obedecer una de sus órdenes. No es personal, créame, aunque al parecer se ha vuelto una costumbre —dijo con fingido pesar el delincuente quien, comenzaba a darse cuenta, era demasiado elocuente para resultar ser un malhechor corriente de bajo fondo, y también excesivamente irritante. De hecho, su actitud le parecía bastante familiar.

—No entiendo de qué demonios está hablando. Mejor déjese de tonterías y dígame de una vez qué quiere —contestó impaciente e irritado porque, a pesar de que había tratado de distraerlo con la conversación, el intruso no había mermado el agarre sobre el arma ni corrido un milímetro la dirección del objetivo al que apuntaba, que no era otro que su propio pecho.

—¡Qué decepción su, excelencia, le creía más avisado! —se mofó el otro, y tras encoger un hombro, levantó su mano libre y corrió el pañuelo que le ocultaba el rostro, y el sombrero que había mantenido su cabeza cubierta siguió el camino del pedazo de tela.

—No... no puede ser... ¡usted! —balbuceó incrédulo, cuando la luz de la luna iluminó la cara de su interlocutor y, anonadado, solo pudo quedarse contemplando la expresión de burla de la última persona a la que esperaba ver.

No podía dar crédito a lo que veía, estaba siendo secuestrado por nada más y nada menos que el demonio Hamilton. La única mujer que detestaba tanto como deseaba poseer, y de la que al parecer no podría escapar.

CAPÍTULO 12

*Hay caminos largos,
caminos lejanos y caminos oscuros.
Yo creí conocer el mío,
ser el amo de mi propio destino.
Más en mi ignorancia olvidé
que también existían los caminos ineludibles,
aquellos que, aunque intentes esquivarlos,
terminan por atraparte
y hacerte perder en sus curvas y paisajes.
No quise tomarte,
pero tú me encontraste.
Tú eres mi camino.
Yo, tu destino.*

Extracto del libro: Susurros en la noche

Violet estaba pasándolo en grande. Ver la expresión atónita en el rostro del duque de Riverdan cuando se quitó el pañuelo que la ocultaba de sus ojos había sido lo mejor de la temporada. El hombre estaba estupefacto, y solo abría y cerraba la boca, respirando agitado, con la piel de su cara enrojecida. Pensándolo bien, quizá se le hubiese pasado la mano con aquella idea; él parecía estar a punto de colapsar. Pero él se lo había buscado, una y otra vez le había advertido que no descansaría hasta resolver el misterio de la muerte de ese hombre y la participación de Redmond, y el duque la había desdeñado y apartado en todo momento.

—Haga el favor de bajar esa arma —gruñó él, en tono mordaz.

—¿Teme que se me escapé un tiro, milord? No se preocupe, nunca me ha sucedido, ya debe saber que disparo tan bien como los caballeros más avezados de Londres —se jactó ella, haciendo girar la pistola entre sus dedos, demostrándole su habilidad con ella.

—Sí, su mala fama la precede —rebatió con sequedad Riverdan, siguiendo sus movimientos con gesto tenso—. Pero no me gusta que me apunten con una, y menos una mocosa descarada como usted. ¿Qué diablos piensa lograr con esta charada que se ha montado? Porque si piensa comprometerme, sepa que no pienso responder por su locura, no le daré mi nombre a una loca.

Violet enfundó la pistola y, sin perder la mueca de sorna, se echó hacia atrás en el asiento. Si pensaba que se sentiría ofendida por esa acusación, estaba muy equivocado.

—Nada que no le haya dicho antes: participar en la investigación. Tengo derecho; mi vida estuvo en peligro y quiero saber por qué y atrapar al asesino —espetó con calma, viendo cómo el duque se exasperaba más con cada palabra—.

Con respecto a su aseveración acerca de querer comprometerlo... —prosiguió, imprimiendo a su voz un tono socarrón—. Lamento decepcionarlo, pero casarme con usted es lo último que haría en mi vida. Como ya le dije, no tiene madera de marido; ni desquiciada me pondría en el terrible lugar de ser su propiedad. Y su nombre, puede quedárselo, me gusta más el mío.

—Ya está desquiciada, ¿no se ha dado cuenta? —masculló él, irritado—. Ya le he dicho que esto no es un juego y no puede entrometerse en asuntos de la Corona. No tiene idea del problema en el que se ha metido, y esta vez no haré nada para salvarla de la ira de su hermano. Usted se lo buscó.

Violet frunció el ceño y, cruzándose de brazos, lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Piensa acusarme? —siseó incrédula—. No lo creía tan pusilánime, su excelencia.

—¿Llama pusilánime a hacer lo correcto? —repuso con molestia—. Haciendo esta locura, no queda otra alternativa. Ha puesto usted en riesgo, no solo su vida, sino su reputación, y yo no voy a pagar por su insensatez. Lamentablemente no puedo hacer volver el carruaje en este instante como

quisiera porque debo ocuparme de algo urgente, pero ni bien termine con ese asunto, la llevaré de regreso a Rissa Place y la pondré en manos del conde. Espero que esta vez sí aplique sobre usted un escarmiento severo y efectivo.

—No es necesario; solo déjeme en las inmediaciones y yo entraré en la casa tal como salí —exigió, más que pidió. El duque endureció la mandíbula con aquel gesto que ponía cuando se obstinaba, y ella se apresuró a añadir, componiendo una mueca menos belicosa—: nadie en la casa notará mi ausencia; se retiraron ni bien se hubo marchado el último invitado de la boda. Estaban exhaustos, profundamente dormidos. —No parecía estar funcionando; él negó con la cabeza y apartó la vista por primera vez para posarla en el paisaje que transitaban. Violet se desesperó, no porque tuviera miedo de alguna represalia de Steven, sino porque se angustiarían al conocer sus malas costumbres. No quería hacerles pasar un mal momento. Ya bastante habían tenido con el secuestro de Daisy, y el de la propia Clarissa unos meses antes —. Además, ¿acaso cree que es la primera vez que hago algo parecido? Sé cuidarme, milord, y no necesito que vaya de cotilla con mi hermano. Creí que los hombres no perdían el tiempo así... y que los caballeros no daban golpes bajos.

Su último comentario sí causó efecto, porque Riverdan volteó hacia ella con gesto de cólera y, reclinándose hacia delante, la espetó en un murmullo lento y pausado—: justamente, milady. No es la primera vez. —Ella bufó y lo miró con desprecio—. Por eso, ya es hora de que este caballero haga lo correcto, y por fin le paren los pies.

Violet abrió la boca para manifestar su desacuerdo, pero el carruaje bajando la velocidad hasta detenerse se lo impidió. El duque se ajustó el abrigo, pues el pronto invierno comenzaba a hacerse sentir en las noches, y tomó la manija de la puerta, dedicándole una mirada autoritaria.

—Se quedará aquí, no se mostrará, ni abandonará el coche bajo ningún pretexto. En cuanto termine mi asunto, la regresaré a su casa y hablaré con Baltimore. —Y sin esperar su aceptación, descendió del carruaje, cerrando violentamente tras él.

Violet reprimió los insultos que le vinieron a la mente. Sabía de qué trataba aquel asunto, porque había seguido a su hermano hasta su estudio y oído la conversación entre Steven, el duque y su reciente cuñado, Bradford. Riverdan

estaba buscando a Amelia Wallace, pues estaban casi seguros de que esa mujer era el punto de conexión entre todos los hechos delictivos: los dos asesinatos, los robos y el contrabando. Por un momento, ella no comprendió a qué dos muertes se referían, pero el mismo duque lo aclaró, pues dijo tener una prueba que involucraba a la mujer en el asesinato de su padre. Y aquella noche un informante lo esperaría en una posada de camino, a unos veinte minutos de Costwold. Violet no se iba a quedar allí, no se había arriesgado tanto para finalmente quedarse encerrada como una niña regañada, perdiéndose toda la diversión. Además, el duque no era nadie como para que le diese órdenes.

Unos minutos después, se hallaba agazapada detrás del coche, con la pistola ajustada en la cadera y el sombrero bien calado, para ocultar su cabello recogido.

El largo y enorme abrigo negro la cubría hasta los tobillos, protegiendo así su figura de algún ojo curioso, que pudiese advertir algo extraño en lo que a simple vista era un delgado muchacho. Con alivio, comprobó que el cochero no estaba y pensó que de seguro debía estar en la parte trasera de la posada, o en el interior, bebiendo.

El lugar en general estaba en buenas condiciones, techado de madera, puertas y ventanas algo desvencijadas, y se oía un fuerte barullo de voces y risas provenientes del interior. Cuando Violet ingresó, las conversaciones cesaron; ella se detuvo unos segundos con la cabeza baja donde el pañuelo la cubría hasta los labios, y mantuvo las piernas abiertas y una postura lo más masculina posible.

Estaba nerviosa y agradeció que el sitio estuviese tan pobremente iluminado.

Pudo expulsar el aire contenido después de que reanudara el ruido y ya no tuvo decenas ojos puestas en ella.

Desde donde se había sentado, comprobó que no había rastros del duque. Solo vio hombres de diferentes estratos, algunos con ropas de viaje y otros vestidos como lugareños. También había dos mujeres de formas voluptuosas y ropajes gastados, falda y blusa sin mucha gracia, quienes se encargaban de servir las jarras de cerveza o vino a los clientes, bajo la atenta mirada de un enorme y calvo hombre, posicionado detrás de un largo mostrador. Debía ser el encargado del lugar.

Sopesaba su siguiente movimiento, cuando la puerta se abrió y apareció un hombre bajo el umbral. Su ropa delataba su pertenencia a la nobleza. Era alto y delgado, poco cabello color blanco. Destacaba el bigote en su cara, su larga nariz y el monóculo adherido a su ojo derecho. Ella no había visto antes a un caballero con uno que no fuese el usual, el que tenía montura y mango... hasta la noche de la mascarada. Aturdida, reprimió el jadeo que estuvo a punto de emitir, y advirtiéndole que su piel se había erizado, observó al recién llegado dirigirse hacia el posadero.

Estaba viendo un fantasma, o más bien un muerto viviente. Al supuesto hombre asesinado, la víctima del crimen del que había sido testigo involuntario, que le había llevado a conocer al duque más allá de los saludos formales en acontecimientos sociales aislados, y a que estuviese en aquella posada exponiéndose a múltiples peligros. Estaba vivo, vivo y subiendo la escalera que llevaban al piso superior. El misterio se acrecentaba. Y Violet no pensaba quedarse atrás.

Ethan se alejó de la chimenea encendida al oír el golpe en la puerta de la habitación que había pedido para tratar aquel asunto con la mayor discreción posible, no quería ningún oído indiscreto. Cuando abrió, vio en el umbral a la persona que estaba esperando. El hombre lo saludó con una inclinación de cabeza y aceptó su invitación tácita de ingresar y tomar asiento junto a la mesa en la que había encargado se sirviera la cena, todo para dar una coartada de normalidad al encuentro.

—Huyeron sin dejar rastros, Ross —rompió el silencio sir Archivald, usando el seudónimo que él utilizaba en sus trabajos para la Corona. Ethan removió el líquido en su vaso, vino rebajado, lo más cercano al alcohol que podía soportar, y observó fijamente al hombre mayor.

—No le estoy mintiendo —arguyó el otro, removiéndose incómodo en la silla—; mis hombres, los que tenía apostados fuera de la propiedad en la que se alojaba Redmond, no lograron ver nada. Solo vieron ingresar una figura delgada cubierta con un abrigo de pies a cabeza. Creen que era una mujer de buena posición.

—Amelia... —murmuró él, desviando sus ojos hacia la ventana, sin mirar en realidad la cortina que se movía bajo la suave brisa; su mente estaba funcionando a toda marcha.

Redmond había desaparecido primero, habían encontrado dónde se escondía, pero antes de poder hacer algo con aquella información, este volvía a esfumarse, solo que esa vez acompañado.

Tenía que ser ella, Amelia Wallace. En ese momento que su supuesto amante, el conde de Cavandish, estaba muerto y que el vizconde de Bradford la había rechazado para casarse con Daisy Hamilton, debía haber recurrido a Redmond, el cómplice de Cavandish, para buscar refugio, pues había quedado desprotegida ante la ley y seguro que tenía miedo. Miedo de la verdadera mente maestra tras los delitos. Ese hombre misterioso que Ethan no lograba descubrir. El misterioso jefe y as.

—Bueno, igualmente le conviene seguir escondido, Archivald. No sabemos qué puede suceder si Redmond o su jefe descubren que está vivo, y que el veneno que le facilité al primero para matarte no era más que agua mezclada con vino. La Corona cumplirá con lo que se le prometió siempre y cuando siga manteniendo silencio absoluto y cumpla con sus órdenes. Debería tomar a su esposa y marcharse al continente. Cuando todo se resuelva y ya no haya peligro para ustedes, se lo haré saber —contestó Ethan regresando la vista a su invitado.

—Creo que le haré caso. Redmond no dudó en echarme el supuesto veneno en la copa en aquella ocasión, por lo que quedó claro que no tiene escrúpulos a la hora de obedecer las órdenes de su jefe. —Ethan asintió, recordando que de igual manera habían asesinado a su padre—. Fue solo cuestión de negarme a permitir que usaran mi muelle para hacer pisar tierra a sus barcos para sacarme del medio. Si no hubiese sido porque usted estaba al tanto de sus amenazas e intenciones, y porque era un infiltrado del Estado...

—Estaría usted ya bajo tierra —tercio Ethan con sequedad—. Recuerde que tiene prohibido revelar mi participación en esta misión. La gente para la que trabajo tampoco dudará en silenciarlo para siempre esta vez —espetó con tranquilidad, pero su tono serio fue suficiente para hacer tragar saliva compulsivamente a su interlocutor—. Marchase cuanto antes. Y cuando esté establecido, envíeme su ubicación. Y no lo olvide: nada de sellos ni nombres en la misiva, solo envíe la dirección en donde estará a esta dirección postal —le indicó, extendiéndole un pequeño papel doblado.

Archivald lo desdobló, y pareció confundido cuando leyó las señas de una

granja en Surrey, mas Ethan no le dio explicación alguna. Se puso en pie y él interpretó correctamente sus intenciones, pues de inmediato lo siguió hacia la puerta que el duque tenía ya entreabierta.

Desde su posición agazapada en el balcón, Violet logró avistar a los caballeros abandonando la mesa, lo que lo tomó como la señal para regresar rápidamente al carruaje. Tenía decenas de preguntas bullendo en su cerebro y prácticamente ninguna respuesta. Por lo menos había confirmado que el hombre misterioso era el mismo que había creído ver muerto. Y que el duque le había salvado la vida, todo lo contrario a lo que había supuesto ella. Tal parecía que se había equivocado demasiado en sus presunciones sobre Riverdan. Estaba confundida y más intrigada si cabía esa posibilidad.

Con cuidado se impulsó y aterrizó en el balcón de la habitación contigua, por la que había accedido a la ventana de la que ocupaba el duque, sintiéndose afortunada porque pudo colarse luego de comprobar que el cuarto estaba sin ocupantes. Suponía que tenía tiempo de sobra para regresar al coche sin ser vista, puesto que Riverdan se quedaría un buen rato allí, a fin de no dejarse ver junto a sir Archivald, degustando la cena. Solo de pensarlo su estómago crujió; ella también tenía hambre.

La habitación seguía a oscuras. Violet se deslizó dentro y cerró con tiento la ventana. Se sacudió las rodillas y tomó el abrigo y el sombrero que había dejado en una silla para facilitarse el movimiento, guiándose con la luz de la luna. Pero entonces se paralizó en el acto de meter el brazo en el saco.

Había alguien en la cama.

Acababa de dar cuenta de la carne asada, que sabía bastante decente, cuando un agudo sonido rompió el silencio. Ethan se tensó y soltó los cubiertos, agudizando el oído. Otro grito, esta vez menos intenso. Extrañado, se dirigió hacia la puerta y la abrió un poco. Si era una discusión de pareja no podría inmiscuirse, pero si el tipo golpeaba a la mujer, intervendría; no le importaba terminar luego ante el magistrado, ya lo había hecho antes.

Era en la habitación de al lado. Se oían sonidos de lo que parecía una discusión más que acalorada, un fuerte estruendo, como de un mueble hecho añicos, y exclamaciones amortiguadas. Otro grito que pareció ser sofocado.

Luego silencio.

Ethan se debatió unos segundos sobre tratar de abrir o regresar, como

debería hacer, a su cuarto, o mejor volver al carruaje donde seguía la mocosa Hamilton.

Todo su cuerpo se sacudió. Le había sobrevenido un repentino presentimiento, un muy mal augurio. Y no podía darse vuelta sin comprobar que estuviese muy equivocado, que la terrible imagen que se había cruzado en su mente estuviese muy lejos de ser real.

La puerta no estaba trabada. Ethan la empujó sin fuerzas y el lugar se iluminó por la luz de las farolas del pasillo. El aire abandonó sus pulmones cuando estuvo ante aquel asqueante cuadro.

Un enorme hombre estaba sometiendo a una mujer. La delgada muchacha luchaba con todas sus fuerzas, pero él era cuatro veces más grande y más fuerte, y la había inmovilizado con una mano que aferraba sus muñecas y la otra cubriendo su boca, mientras no dejaba de besarle el cuello y de moverse contra su centro. Aunque él seguía aún vestido, con unos pantalones y una camisa abierta, a ella ya le había quitado la parte inferior de las prendas, tenía solo unas medias desgarradas y una ropa blanca abierta colgaba de su torso, que estaba tapado por el cuerpo del asqueroso hombre.

Ethan se enfureció, y contrario a lo que cualquier otro haría en su lugar, pues se metería en un grave problema por irrumpir en el acto de un matrimonio, en el que el esposo tenía derecho pleno a tomar a su mujer aunque fuese evidente, como en aquel caso, que ella no estaba dispuesta. O en el caso que no estuviesen casados, tampoco se acostumbraba a salvar a mujeres plebeyas de animales de clase superior. Se metió en la alcoba, y sin miramientos arrancó al hombretón de encima de la sollozante víctima. El tipo se enfureció cuando se recuperó de la sorpresa y levantó la cabeza para identificar al intruso, antes de lanzarse con un rugido contra Ethan, escupiendo todo tipo de improperios.

Ethan le dio una verdadera paliza. Tuvo que golpearlo repetidamente para lograr neutralizarlo, y recibió a su vez varios reveses dolorosos. Cuando el gigante cayó como un saco contra el suelo, por fin inconsciente, ya se había congregado una multitud de curiosos en la entrada de la habitación. Él miró la estancia destrozada, intentando recuperar el aire. Luego volteó hacia donde la mujer seguía paralizada, en completo aturdimiento, acurrucada en un rincón con las rodillas desnudas apretadas contra su cuerpo, tapado con una tela raída que se mantenía precariamente sobre sus senos. Su mundo se vino abajo

cuando sus ojos se encontraron con una mirada rota y un rostro que, aunque sangrante y magullado, reconoció al instante.

Violet Hamilton.

CAPÍTULO 13

*Y en el caos de mi tormento sentí tus brazos rodearme.
Estabas allí, tu voz susurrándome:
no temas, pequeña, estás a salvo.
Y te creí, te abracé muy fuerte.
Tú nunca volviste a irte.
Te enterraste muy dentro de mi pecho,
hiciste de mi corazón tu morada.
y de mi amor tu alimento.*

Extracto del libro: Susurros en la noche

Ethan solo pudo mirar a la figura frente a él en completo estupor. La ira dio paso al desasosiego, y luego a un sentimiento de aplastante abatimiento. Sintió su vista enrojecer y sus palpitaciones acelerarse cuando un tropel de imágenes cruzaron por su mente, mareándolo, aturdiéndolo y haciendo su estómago retorcerse más todavía.

Sangre, gritos, llanto, sangre, gritos...

Un sollozo quebrado y profundo se oyó de la mujer que yacía en el suelo, acurrucada y temblorosa, sacando a Ethan del torbellino emocional que amenazaba con hacerlo enloquecer tal vez definitivamente.

Con el alma en un puño, se agachó y con suprema lentitud extendió una mano y la posó en el rostro cubierto de cabello, lágrimas y heridas. Ella se sacudió temerosa ante ese simple toque, y él acarició su mejilla inflamada, con dedos temblorosos y el aire atorado en la garganta. La arrulló con un sonido suave, que buscaba transmitirle calma. Y cuando el terror disminuyó en ella y su

respiración ya no salía en un ruido agitado y forzado, él se inclinó y la tomó en brazos, apretándola contra su torso, hasta que ella comprendió su tácito mensaje. Estaba a salvo, estaba segura.

—Tranquila, te llevaré a casa —le susurró, sintiendo el llanto de ella amortiguado en su pecho.

Y giró llevando a la dama, dedicándole solo una mirada fría y airada a las decenas de personas que curioseaban en la puerta con expresiones escandalizadas. Ellos se atropellaron entre sí por las prisas de apartarse de sus ojos asesinos, y Ethan abandonó la habitación.

El viaje en carruaje fue rápido, y durante este ninguno atinó a decir nada.

Ethan solo observaba a la muchacha, que con su abrigo puesto y abrochado cubriendo las ropas masculinas hechas pedazos, permanecía inclinada con sus ojos abiertos fijos en la ventana. Parecía estar muy lejos, y su piel había perdido todo el color, al igual que sus ojos el brillo. No se movía, casi no pestañaba, y él reconoció esa imagen que ella proyectaba de inmediato. La había visto tantas veces; estaba viendo a una persona con el alma rota y la ilusión corrompida. Un corazón destruido.

En casa de los Hamilton las luces de la planta baja estaban encendidas, y no hizo falta que Ethan, que abría la marcha pues esta vez la dama había rechazado su ayuda para trasladarse e iba detrás de él a paso lento, hiciera ademán de llamar. El mayordomo abrió velozmente y, por su expresión, no los esperaba un buen recibimiento dentro.

Ethan se hizo a un lado para dejar que la rubia entrase primero, y no había puesto ella los dos pies en el interior cuando se oyó una exclamación y apareció una figura delgada corriendo por el pasillo. Había salido del despacho del conde.

La gemela de la dama, que al igual que el sirviente y Baltimore, que con expresión pétrea apareció en el vestíbulo, estaba vestida con ropa de dormir, se abalanzó sobre su hermana y la abrazó emitiendo un llanto histérico.

—¡Violet, por Dios santo, estás aquí! —exclamaba entre hipidos, apretando el cuerpo inmóvil de la otra—. Te vi, te vi en mi sueño. ¡Vi que estabas en peligro, sentí tu miedo y tu desesperación! Y desperté agitada y horrorizada, fue tan real, corrí a tu cuarto, y vi que no estabas. —La rubia de cabello lacio frunció el ceño y sacudió a su hermana, reclamando—: ¿dónde te habías

metido, casi enloquecimos de preocupación! Steven mandó a revisar toda la propiedad y los alrededores, y a por el magistrado.

Lady Violet no reaccionó, se dejó sacudir y permaneció con la vista baja y el cuerpo entumecido.

—A mi estudio —dijo entonces el conde, que se había detenido detrás de la gemela y estaba viendo con fijeza a Ethan, quien dudó en devolverle la mirada, nada inclinado a dejarse amilanar. Nadie se movió, así que con tono demandante y endurecido, el rubio ordenó—: ¡ahora!

El conde permaneció junto a la puerta de su despacho y con un ademán brusco tomó a Violet del brazo y la instó a cruzar el umbral. Ethan apretó la mandíbula, y tuvo que apretar los puños para evitar impedir ese acto. Con ira contenida se metió a la estancia, viendo cómo el conde cerraba con fuerza la puerta, dejando fuera a la otra gemela e ignorando su pedido suplicante de entrar.

Por unos minutos estuvieron en completo silencio. Los tres congelados y parados en medio del lugar. La joven, con la cabeza gacha, aún no había mirado a la cara a su hermano, mientras que él tampoco lo hacía, sino que no apartaba los ojos de Ethan. Parecía querer asesinarlo, pero antes torturarlo mucho tiempo.

Nunca lo había visto tan enojado.

—¿Y bien? —Rompió por fin el silencio Hamilton—. ¿Qué tienes que decir, Riverdan? ¿Algo para argumentar en tu defensa? ¿Alguna razón para no retarte ahora mismo y enfrentarnos en, déjame ver, seis horas?

Ethan apretó los dientes, y cuando el conde elevó una ceja, suspiró y dijo:

—No, ninguna.

Su respuesta sucinta ocasionó que la mujer a su lado despertará de su letargo y contuviera el aliento audiblemente. El conde profirió un juramento soez, y ella un quejido.

—Steven... —soltó con tono quebrado ella, dando un paso hacia su hermano.

—¡Cállate, Violet! —Tronó Hamilton, ya sí dejando salir su ira—. No te atrevas a decir nada, no quiero oírlo, no esta vez. ¡Te lo advertí! Te lo dije tantas veces, pero tú nunca quisiste hacer caso a nadie. Siempre rompiendo las reglas, siempre pensando en ti misma. En tus deseos y en tu desprecio por las normas y lo correcto. Rosie tuvo que ser atendida por el médico, pues se

asustó tanto con la premonición de su sueño que otra vez tuvo uno de sus episodios de convulsiones. Y Clarissa... le suministraron láudano, se puso tan nerviosa cuando pasaban las horas y no dábamos contigo, que empezó a sentir un fuerte dolor en el abdomen y sangro levemente. ¡Casi pierdo a mi hijo, Violet! Yo mismo he perdido diez años de vida hoy por tu travesura. Todo es mi culpa.

Nunca fui firme contigo, nunca te puse los límites necesarios. Te hice creer que eras libre de hacer lo que quieras con tu vida, aunque eso implicase ponerte en peligro, arruinarte, arruinar la familia. Te hice alguien egoísta. ¡Pero se acabó! —dijo, alejándose y sentándose detrás de su escritorio. Violet se sobresaltó ante su grito, lo que evidenciaba que no estaba acostumbrada a oír gritar a su hermano mayor.

—¿Hay testigos? —demandó dirigiéndose a Ethan.

—Lamentablemente, sí —contestó él sin apartar sus ojos del rostro airado del conde.

Se hizo una pausa tensa, en la que lo vieron rebuscar en su escritorio hasta sacar su sello y una hoja en blanco. Escribió algo con rapidez, y luego repitió la acción, una vez que hubo sellado y metido en dos sobres lacrados las misivas, las dejó en una bandeja, que era la que se solía usar para despachar correspondencia urgente, y volviendo a mirarlos con los ojos inyectados en sangre y una mueca de enojo y decepción, preguntó con firmeza y tono intransigente—: ¿y qué piensas hacer, Riverdan? —Y ante la exclamación de la rubia, elevó una mano, impidiéndole protestar.

Él cerró los ojos, y apretando los dientes, posó la vista en la temblorosa rubia y declaró:

—Me casaré con ella.

Violet reaccionó a la declaración del duque como si hubiese sido arrancada de una pesadilla eterna. Hasta el momento se había limitado a soportar el severo sermón de su hermano, derrotada y vencida. No tenía fuerzas ni argumentos de defensa. Steven tenía razón: ella no era más que una rebelde, presuntuosa, una altiva, una egoísta. Y en ese momento también, una mujer arruinada, maltrecha, mucho más que herida.

—No esperaba menos de ti, Riverdan. Confíe en ti, y te aprovechaste de mi hermana. ¡La has mancillado! —contestó con molestia y sequedad su hermano

—. Supongo que esta tontuela insensata te siguió hasta el pueblo, pero eso no justifica que la regreses tres horas después, en este estado, y seguro intentado dejarla aquí para que se metiese en su cuarto sin ser vista.

El duque guardó silencio, y ella no comprendió la razón de su mutismo, y menos de su aceptación de responsabilidad.

Mareada y con las rodillas aun temblorosas, se irguió sin animarse a mostrar su rostro todavía, y tragando saliva pronunció:

—No... no, Steven —dijo, tratando de que su voz sonase un poco menos destrozada—. Él... él no me hizo nada, no es culpable de nada. Por favor... Steven...

—Ya estabas tardando en abrir esa boca... —masculló irritado el conde—. No cederé, Violet. Esto es lo que sucede cuando se desobedece una y otra vez y se juega con el peligro. Te has arruinado tu solita; hay testigos que los vieron juntos y a solas, más la servidumbre. Mientras hablamos, ya debe estar esparciéndose el rumor. Se casarán, y es mi última palabra.

—No, Steven. —Se desesperó ella, sintiendo que el poco aire que tenía se iba, y que en cualquier momento su cuerpo se derrumbaría—. ¡No lo entiendes! ¡No es su culpa, él no me tocó! No lo hizo. ¡Él no, él no! —exclamó con quebranto, y finalmente se derrumbó, soltando un sollozo desgarrador.

Su hermano no tardó en llegar a ella, Violet sintió que él la sostenía justo en el momento en el que sus piernas cedían, impidiendo su caída.

—¡Violet... hermana! —Se horrorizó Steven, pero ella oyó su voz preocupada muy lejos, y segundos después la envolvió la penumbra.

—¡Por qué no me lo dijiste, Riverdan! Es mi hermana y la traté como basura.

Tendrías que haberme detenido, dicho lo que había sucedido. ¡Te pregunté si tenías algo que explicar! —susurraba con frenesí la voz que Violet desde su posición en la cama reconoció como la de Steven.

Se había desmayado y, al parecer, además de trasladarla a su habitación, la había atendido un médico, porque sentía su rostro mojado con lo que debía ser algún unguento cicatrizante; habían curado la herida de su labio y colocado una cataplasma en su abdomen y en sus costillas, pues el intenso ardor había disminuido. También habían reemplazado sus ropas hechas harapos por uno de sus gruesos camisones de algodón blanco.

—No me correspondía a mí decirte nada. No sabía cómo ibas a reaccionar, y

yo... no deseaba que castigaras más a la muchacha —alegó en tono brusco otro hombre, que identificó como el duque. Ambos se encontraban cerca de la puerta, y no se habían percatado de que ella ya había vuelto de la inconsciencia.

—¡La humillé igualmente! —Se lamentó abatido el conde—. Dios santo, Riverdan... le grité, a mi pequeña. Y ella estaba sufriendo. Soy un monstruo... mira cómo la dejó ese malnacido... ¡Con un demonio, quiero matarlo con mis propias manos! El médico dijo que todo su cuerpo presenta contusiones y cardenales... sus... sus muslos... él... —la voz del rubio se quebró.

—No pude ver si logró consumar el acto... solo se lo quité de encima y lo golpe hasta dejarlo hecho una masa sangrante. —Siguió Riverdan con crudeza—. Si sobrevive, quedará con más de una secuela. Dejé a mi lacayo vigilándolo hasta que uno de mis hombres llegara para llevarlo ante el magistrado. Tienen mis órdenes de apresarlos y darle una dura condena. Además, guardarán confidencialidad absoluta.

—No me importan ya los rumores, ni que los hayan visto varios nobles e invitados de la boda que iban a pasar allí la noche antes de proseguir viaje. No obligaré a Violet a nada, la apoyaré aunque eso signifique quedar arruinados, fuera de la sociedad. Tampoco exigiré que tomes una responsabilidad que no te corresponde, Riverdan. Todo lo contrario —pronuncio Steven compungido, con la voz quebrada—, tienes mi gratitud eterna y mi lealtad incondicional. Trajiste a Violet a casa. Sabe Dios qué hubiese pasado si no hubieses intervenido y salvado de esa escoria.

—Tengo responsabilidad, Hamilton. Debí traerla de regreso en el mismo instante en el que la descubrí en mi coche. Pero me dejé llevar por el enojo y quise enseñarle una lección de sensatez. Además, lo quiera o no, mi nombre está involucrado en lo sucedido. Los testigos me vieron dentro de la habitación y saliendo con tu hermana en brazos. No sé qué estarán diciendo con respecto al atacante, pero seguro especularán con que el hombre se coló en la habitación en la que ella me esperaba, intentó propasarse, y yo reaccioné con ira —rebatió el duque, dejando momentáneamente a su hermano sin palabras.

La puerta sonó y se oyó la voz de Rosie diciendo que Clarissa había despertado y solicitaba ver a Stev. Luego solo hubo silencio. Violet suspiró,

tratando de permanecer lo más quieta posible, pues cada movimiento repercutía en un latigazo de dolor por cada rincón de su anatomía.

—Trate de no hacer movimientos bruscos. —La sorprendió el duque, haciéndole emitir un jadeo asustado, pues creía que ambos hombres habían abandonado el cuarto. La figura del caballero se acercó, deteniéndose en la punta de la cama sobre la que yacía Violet. La vela junto a la cabecera de esta estaba encendida, así que ella pudo ver el rostro anguloso del duque, y sus ojos oscuros escrutándola con seriedad—. Tiene usted una contusión en las costillas y un tobillo inflamado, además de un bulto considerable en la cabeza, sobre la nuca.

¿Me dirá qué sucedió? ¿Le han lastimado irreversiblemente? Por favor, puede confiar en mí. No la juzgaré, lo prometo.

Violet no respondió; la invadían imágenes de ese hombre golpeándola, de ella tratando de defenderse propinándole golpes certeros que parecían caricias para un contrincante brutal con cuatro veces el peso de ella. No pudo defenderse; él se había abalanzado sobre ella asestándole un puñetazo en la mandíbula que la envió de un impulso hacia la pared, y la dejó atontada y adolorida. Luego ya lo tuvo encima y no fue capaz de quitárselo de arriba, cuando otro puñetazo impactó en su labio; otro le alcanzó el estómago, quitándole el aire de sopetón, y ya no pudo moverse. La aplastó con brutalidad, inmovilizándole por completo con sus manos y piernas; la besó con saña, la mordió y, cuando ella volvió a gritar, le cubrió la boca con una de sus manazas. Después pasó sus manos por todo su cuerpo, pellizcando y apretando con violencia. Le arrancó de un solo tirón las calzas, y hundió sus dedos en su intimidad con alevosía, riendo en su oído y dejándole la piel empapada con su sudor y saliva. Su camisa fue desgarrada, y el dolor fue insoportable cuando él atacó sus senos expuestos. No dejó de debatirse, de intentar luchar, pero era inútil: él era superior en fuerza y tamaño. El horror, el terror y el desasosiego la sofocaron, las náuseas la ahogaron. La iban a deshorrar, iban a violarla. Por su culpa, por su insensatez e impulsividad, su terquedad y obstinación. Había sido una estúpida por creer que por saber tácticas de defensa y disparar un arma podría ser rival para un hombre.

El arma había salido volando con el primer golpe, y el malhechor solo se había reído y pateado lejos la pistola. No lo era; era débil e indefensa. Era un

objeto, apaleado y mancillado.

—Lady Violet... —vaciló Riverdan, acercándose de improviso y tomando una de sus manos inertes y frías.

—No me casaré con usted, su Excelencia, no sería justo. Usted no hizo más que salvarme; llegó justo a tiempo, pero a la vez demasiado tarde —Le interrumpió ella con tono apagado, posando la vista en el dosel blanco de su cama—. No sé por qué ha intervenido en mi defensa ante Steven, pero no es necesario. Se lo agradezco, de todos modos. Ahora, solo quiero estar sola.

Váyase, por favor.

—Sabe tan bien como yo que eso es mentira. Sí es necesaria mi intervención.

De lo contrario, solo habría una posibilidad de salvar su honor, y sería que se casara con esa basura que la atacó tan vilmente —replicó con tono bajo y tenso el duque—. ¿Eso es lo que quiere? O tal vez está pensando en excluirse aquí de por vida. Es una alternativa, pero sería a precio de arruinar rotundamente las posibilidades de adquirir matrimonio de su hermana, y de que el resto de su familia sea rechazada por toda la aristocracia. Nadie más recibirá en su casa a un Hamilton, sus sobrinos por nacer estarán condenados al ostracismo también. A las mujeres no se les perdona esta clase de errores, y serán implacables.

Violet quitó la mano del agarre del hombre y trató de ocultar las náuseas y el horror que le invadieron de solo pensar en verse unida a aquel animal de la posada. Lo que decía el duque era totalmente cierto. No tenía muchas más alternativas que las que él había planteado. Aunque no quisiera casarse con aquel noble inflexible y despectivo, lo prefería a verse en manos de su atacante. Antes de eso se quitaría ella misma la vida. Sin embargo, eso nunca pasaría; sabía que Steven jamás lo permitiría, ni mucho menos lo sugeriría. Aceptaría perder su posición en la nobleza, sus negocios y conexiones, y el futuro de su descendencia, solo por no repudiarla, por protegerla. Él la amaba, y no dudaría en tomar esa postura. No podía hacerle eso a su familia, no cuando lo que había sucedido era solo su culpa.

—¿Por qué está haciendo esto? —inquirió con incredulidad ella, volviendo a fijar sus ojos apagados sobre el duque, que la veía con un gesto sombrío—. Creí que jamás me daría su nombre, y que me detestaba.

—Ya se lo dije a su hermano. También soy responsable; debí traerla de regreso y haber puesto al corriente a Hamilton de sus andanzas desde la noche de la mascarada —afirmó tras unos segundos de silencio. Luego retrocedió, y esbozado una mueca inescrutable, volteó y de camino a la puerta agregó—: asumiré mi cuota de culpabilidad, además de acallar los rumores que sin duda me involucrarán. —Violet siguió su retirada en completa estupefacción, y desde el umbral Riverdan le dedicó una última mirada—: descanse, recuperé fuerzas, las necesitará. Nos veremos en dos días, en el altar, milady.

CAPÍTULO 14

*Y ahora que te tengo frente a mí,
con la luz de la luna como único testigo,
puedo comprender que aquello
que hacia acelerar mis latidos,
despertar mis sentidos,
encender mis deseos, e
ras simplemente tú.
Solamente tú la brújula de mi camino.
Solamente tú la dueña de mi destino.
Tú la hechicera, yo el cautivo.
Prisionero de tus amores.
Amo y señor de tus pasiones,
Dos corazones, una unión.
Ilusiones de amor.*

Extracto del libro: Susurros en la noche

Violet fue incapaz de dormir esa noche, y las siguientes. Cada vez que cerraba los ojos la imagen del hombre que tan vilmente la había ultrajado aparecía, atormentándola. Y por eso se forzaba a permanecer despierta, mas cuando el cansancio y sueño terminaban por vencerla, despertaba a los pocos minutos, gritando y sacudiéndose en el colchón.

Rosie había estado a su lado todo el tiempo, obligándola a alimentarse, a asearse, consolándola, cantándole alguna canción de cuna, leyéndole su libro favorito, o simplemente en silencio acariciando su pelo. No le había hecho ni

una pregunta, pues ella siempre había tenido un extraño don de saber las cosas antes que cualquiera, y desde que nacieron compartían un vínculo único, en el que cada una sabía lo que la otra sentía o pensaba a la perfección, sin necesidad de decirlo. También percibían cuando alguna estaba en peligro y cada uno de los estados de ánimo de la otra, aunque se encontraran separadas por cientos de leguas. Era mágico y maravilloso. Lo único malo era que, en el caso de Rosie, ella tenía intensas premoniciones y sueños tormentosos plagados de visiones que la hacían alterarse hasta el punto de su cuerpo entrar en colapso. Hacía mucho tiempo que su hermana no experimentaba uno de esos episodios peligrosos, y Violet se sentía culpable de haber provocado su regreso.

Steven había enviado a la gaceta el anuncio de la boda, y con la licencia especial que obtuvo el duque de Riverdan, el día de la boda llegó. La familia cercana de ambos había recibido la invitación pertinente. Clarissa no quiso escuchar los argumentos de que no había tiempo para organizar un acontecimiento portentoso y, con las escasas horas disponibles, se encargó de dejar el salón de baile de la casa exquisitamente decorado, con cientos de arreglos florales, cortinados en color borgoña, dorado y crudo, y un gran banquete dispuesto en una larga mesa, cuyos manteles dorados, altos candelabros y flores colocadas sobre esta le daban un toque magnífico.

Violet no fue consciente de casi nada de lo que acontecía. Se sentía destrozada y perdida. La mañana de la boda abrió los ojos cuando oyó que tocaban la puerta. Allí estaba su cortejo. La duquesa viuda de Stanton, lady Honoria, su nuera lady Elizabeth, duquesa de Stanton, Clarissa y Rosie. Solo Rosie y su cuñada se acercaron y la instaron a levantarse para comenzar el ritual de la novia. Entre todas la ayudaron a vestirse, dejaron que su doncella peinara su ondulado cabello en un moño alto y colocara una diadema de diamantes e intentará ocultar su palidez, las ojeras y los cardenales con cremas, polvo de arroz, colorete y cera para sus labios reseca. Como no habían contado con tiempo para encargarse un vestido de novia, Clarissa insistió en cederle un atuendo de gala que tenía sin estrenar y, como ambas eran de altura y contextura similar, solo hubo que hacerle un par de retoques, sobre todo en el corpiño en forma de corazón, pues la condesa era un poco más grande en el busto que ella. Se trataba de una hermosa creación de seda,

tafetán, organza y tul color dorada y crema, con mucha tela en la falda y una cintura ajustada que dejaba la parte de sus omóplatos descubierta, realizada por dos tiras cruzadas en forma de x. Lo cierto era que, por ser perteneciente a Clarissa, resultaba un poco atrevido para una novia, pero en aquellas circunstancias nadie se detendría en aquel detalle.

—Estás preciosa, Lottie —suspiró Rosie una vez estuvo lista, y las demás asintieron conformes.

—¿Verdad que sí? Parece un ángel —exclamó conmovida Clarissa.

Violet solo asintió, y mientras las mujeres iniciaban una conversación sobre sus respectivas bodas y atuendos nupciales, ella desanimada volteó hacia la ventana de su cuarto y observó la fila de carruajes que se detenían en la puerta de la mansión y de los que comenzaban a descender los invitados al evento. Se casaría en una hora, y no sentía absolutamente nada. Solo desdicha y temor, verdadero temor. Ya que, a pesar de estar por cumplir en semanas dieciocho años, nada sabía de lo que acontecía en un matrimonio puertas adentro de sus aposentos. Por supuesto que estaba al tanto de que debían consumar la unión con un acto íntimo, pero no los pormenores de este.

Violet había visto en varias oportunidades a sus caballos apareándose, y recordaba haberse sentido asqueada y confusa ante el pensamiento de que los seres humanos desearan hacer algo así repetidamente. No era tan ingenua para no saber que por lo menos los hombres gozaban de esos intercambios, pues más de una vez había, a escondidas de Steven y Daisy, leído poemas que rendían alabanzas a los llamados placeres carnales. Y luego, cuando recibió los besos del duque, pensó que después de todo no era tan desagradable como había imaginado, si el resto del acto era similar. Ella nunca había imaginado que estuviese tan errada. Pero la noche del ataque, había comprendido hasta qué punto lo estaba. Era un acto brutal, doloroso y aterrador. Y de solo pensar en que debería repetirlo con el duque, y esta vez llevarlo hasta el final, temblaba; las náuseas la ahogaban y deseaba morir. Si no fuese por su familia, que ya había sufrido lo suficiente, y porque Riverdan se vería afectado en su honor, hacía rato hubiese huido para evitar unirse en matrimonio con el duque.

Si antes nunca había deseado casarse, en ese momento la aterrizzaba hacerlo.

Lamentaba atarse a un hombre y lamentaba condenar al duque a una vida

junto a ella. Su matrimonio estaba destinado a fracasar, de eso no tenía dudas.

Ethan arribó a Rissa Place acompañado de Blair y de su madre, Rachel. Ellas eran las únicas invitadas de parte del duque, pues como su padre, el fallecido duque, y la duquesa viuda habían sido hijos únicos, Blair y él no tenían más familia.

Ambas habían recibido la noticia de sus esponsales con la pequeña de las Hamilton como si se tratara de una herencia inesperada. Rachel estaba tan animada que su rostro, a menudo surcado por un rictus severo y amargo, estaba sonriente, y no había dejado de hablar acerca de lo feliz que le hacía saber que él por fin se había decidido a cumplir con sus obligaciones de cabeza de familia.

Por su parte, Blair le propinó un inquisitivo interrogatorio, y cuando él reveló que se había visto en una situación comprometida con su futura esposa, y, de ahí que tuviesen que casarse inmediatamente, Blair solo lo miró con sospecha, pero no preguntó más y lo felicitó. Seguramente debió achacar su nueva personalidad impulsiva y arrebató pasional como un recién adquirido sentimiento de afecto hacia Lady Violet, después de todo su hermana era una romántica, y como todas las mujeres, le gustaba inventarse historias de amor irreales.

Ethan no estaba enamorado de Violet Hamilton, y no creía poder desarrollar ese sentimiento por nadie, jamás. Si estaba tomando su lugar en el altar, delante del sacerdote al que habían tenido que buscar y convencer de casarlos como a los Bradford, dando esta vez una jugosa colaboración a las arcas de su iglesia, era porque se sentía responsable de la pesadilla que la muchacha había tenido que sufrir a manos de aquel perro.

Él tendría que haber ordenado al carruaje volver en cuanto vio aparecer las facciones de la mujer. Si la rubia había estado expuesta a peligros, era porque él no había hecho lo correcto; había dado por supuesto que ella alguna vez obedecería una orden. Había sido también su error y asumiría las consecuencias.

Además, él sabía que lady Violet no sería la clase de esposa demandante e invasiva sentimental, necesitada de cariño y atención. Sabía que a ella le interesaba menos que a él cargar con un marido, y por eso estaba seguro de que podría cumplir con lo que su madre y la sociedad esperaba de un hombre

de su posición y a la vez seguir con su vida tal y como hasta el momento.

Violet no tendría de qué preocuparse: a su lado no le faltaría nada y, además de salvar su reputación, tendría libertad y paz. El matrimonio de ellos sería provechoso, un acuerdo perfecto.

La ceremonia transcurrió como en un sueño para Violet. Repitió sus votos casi como una autómatas, prometiendo cuidar, obedecer y ser fiel a su esposo, y el duque hizo lo propio. Antes de que pudiese parpadear tres veces, se encontró con un anillo con una gran esmeralda colocado en el dedo anular, y los labios de Riverdan rozando los suyos en un toque efímero que duró un segundo. El banquete se hizo eterno, los invitados, que eran alrededor de cincuenta personas, comieron, bebieron y disfrutaron de la música de los violines que habían dispuesto en un rincón del salón. Violet no fue capaz de pasar bocado a pesar de que, como se esperaba de un marido solícito, el duque le sirvió de todo un poco en su plato. Se dedicó a beber de su copa de champán, y cuando extendió la copa vacía número cuatro hacia un lacayo para que se la rellenara, los dedos largos y fuertes de Riverdan aferraron su brazo contrario, para llamar su atención. Ella esperó hasta tener el líquido servido, y luego volteó hacia su flamante esposo.

No lo había mirado a la cara ni una sola vez, ni él a ella. Ambos se ignoraban y permanecían cerca uno del otro como dos extraños que coinciden en una diligencia.

Riverdan se veía increíblemente apuesto, para ser sincera. Llevaba un elegante e impoluto traje gris claro, y un pañuelo de seda del mismo color con arabescos plateados; su camisa y chaleco eran blancos, y los gemelos de plata con incrustaciones de piedras preciosas. Su cabello oscuro, que era rizado en las puntas y abundante, estaba peinado con pulcritud hacia atrás, lo que destacaba su frente despejada y los rasgos de su cara afilada. Él la estaba mirando a su vez con un brillo indescifrable en su mirada chocolate y el ceño fruncido.

—¿Por qué estás bebiendo de esa manera? Tienes el estómago vacío, y tanta ingesta de alcohol junta puede subirse a la cabeza —murmuró él en su oído, con un evidente tono reprobador.

—¿Ahora me tutea, milord? Y... no sabe nada de mí, apenas me conoce; tal vez soy una borracha empedernida... —rebató con tono sardónico ella.

—Estamos casados; eso me habilita a dirigirme a ti como me apetezca. Y también a ordenarte que termines ya de beber como una alcohólica. No soporto a la gente que se empina sin decoro ni autocontrol —respondió Riverdan apretando los dientes.

—Acaba de jurar ante el altar y ya está ejerciendo sus derechos de esposo. Y yo que creí que esto sería un mero acuerdo y no tendría que soportar a un hombre autoritario incordiando todo el día —se lamentó ella con fingido pesar y, sin apartar la vista de los ojos relampagueantes de su esposo, le dedicó un saludo burlesco con su copa y la llevó a sus labios para vaciarla por completo —. No se equivoque, su excelencia, puede haberse convertido en mi esposo, pero a mí nadie me da órdenes. Y que usted no disfrute la bebida no significa que yo no pueda hacerlo.

Riverdan gruñó y apartó la vista de ella, como si no soportará verla. Violet se encogió de hombros y borró su sonrisa. Lo cierto era que en algo tenía razón el duque, ella nunca había bebido así en su vida. Y ya estaba mareada, acalorada y con los sentidos alterados. Pero no le importaba; necesitaba aquello porque era la única manera de no pensar en lo que estaba sucediendo, lo que había soportado hacia solo dos noches y lo que debía tolerar esta vez a manos de su esposo o se derrumbaría y caería en un pozo de dolor tan profundo que nunca sería capaz de volver de la desidia. Era preferible tomar champán y fingir que su boda era algo que había deseado y aceptado. Él no la comprendía.

Veinte minutos después no podía para de reír, y después de bailar el vals tradicional de los novios, se había dedicado a aceptar la petición de todos los hombres que le solicitaron una pieza. A algunos no los reconocía; debían ser los vecinos de su hermano, que habían sido invitados por cortesía. Uno en particular era bastante invasivo y no dejaba de intentar acercarla hacia su cuerpo más de lo debido, pero Violet, que parecía una muñeca desmañada en sus brazos, no era capaz de ver que estaban llamando la atención de los demás. Solo podía reír y dejarse apretar.

—Suéltala, y márchate de esta casa ahora mismo —gruñó con agresividad apenas contenida una voz masculina muy cerca.

El hombre rubio que la sostenía no tardó en empalidecer, y tras soltar una excusa ininteligible, la liberó y puso los pies en polvorosa. Violet rio y se

tambaleó levemente, debido a la repentina pérdida de sujeción.

—Me estás avergonzando, Violet, para ya —le ordenó con tono duro.

—Siempre lo ha avergonzado mi manera de ser, mis actitudes, mis aficiones, no entiendo para qué se casó conmigo. Hubiese sido mejor que me dejara en la puerta y se marchara a seguir con su vida perfecta. Usted, que es tan correcto y recto, tan inflexible y altivo —replicó ella, y en su borrachera no se percató del dolor que transmitían sus palabras, ni de que sus pupilas se mojaban.

—No sabes lo que dices, mi vida jamás fue perfecta. Y sí, me casé contigo, porque era lo correcto, y podrías valorar ese gesto, evitando dejarme en ridículo a la primera oportunidad —contestó Riverdan con tono mordaz.

—Tiene razón, soy una malagradecida por no valorar que se haya usted sacrificado para dar su nombre a una mujer ultrajada como yo —murmuró con voz rota después de unos segundos en los que solo se dejó llevar del brazo por el duque.

Ni siquiera se había podido despedir de su familia. Pero mejor, ellos también la reprenderían por excederse con la bebida. El duque suspiró como respuesta y aflojó un poco su agarre, instándola a subir al carruaje que los esperaba en la puerta. El sol estaba bajando cuando ellos emprendieron el viaje hacia rumbo desconocido para Violet, pues ni eso sabía; no había tenido el pensamiento de preguntarle a Riverdan dónde pasarían sus primeros meses de casados, ni dónde vivirían después. No había tenido cabeza para nada.

Cuando el coche emprendió viaje, Violet se acurrucó en un rincón y cerró los ojos, sintiendo que el sueño acumulado, más el licor, comenzaban a pasarle cuentas.

Despertó cuando sintió que su cuerpo era separado del asiento sobre el que había dormido, y luego cargado en unos brazos fuertes que la apretaron contra un pecho duro. Sentía la boca seca y las náuseas subir por la garganta, así que permaneció inmóvil, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la curva de la garganta del duque. No tenía dudas de que se trataba de él, pues ya le era familiar su fragancia mezcla de sándalo y madera.

Oyó voces a su alrededor, dos puertas abrirse y cerrarse. Fue puesta sobre una superficie blanda, y luego nada. Él se había marchado, y ella en el acto se tensó, pues no tenía el cerebro tan atrofiado como para no darse cuenta de que, estando a solas en un cuarto con el duque, este no tardaría en exigir sus

derechos maritales, y ella no podría negarse.

Las náuseas reaparecieron, sofocándola, haciéndole enderezarse en el colchón y abrir los ojos de golpe. Estaba en un cuarto inmenso, decorado con mobiliario en madera de cerezo y preciosos cortinados ocres a juego con el papel tapiz de las paredes; la alfombra mullida era color verde malva, al igual que las sábanas y el cortinado de la cama. Además de un juego de sillones junto a un gran ventanal, por el que se colaba la luz crepuscular, había un ropero enorme, un escritorio, y un tocador que tenía diversos accesorios masculinos pulcramente ordenados.

Una puerta que Violet no había visto se abrió, sobresaltándola, y por ella apareció su flamante marido, con el cabello húmedo y una bata de terciopelo negra, que apenas se mantenía cerrada en un moño flojo en sus estrechas caderas. Ella abrió los ojos avergonzada, y se quedó obnubilada por la visión que componía el cuerpo fuerte y esbelto del duque, aún mojado a juzgar por la piel bastante tostada que dejaba ver el cuello abierto de su bata.

Él se detuvo al verla despierta, pero no le echó más que una mirada efímera y procedió a acercarse a la mesa que sostenía una jarra de agua para servirse un poco en un vaso de vidrio. En un tenso silencio, Violet lo observó beber dos veces, y luego apoyar el mismo con fuerza. El nerviosismo la embargó, y con dedos crispados sostuvo el abrigo que él debía haberle colocado contra su torso, sin apartar la vista de la espalda ancha del duque.

Segundos después, él respiró hondo y se giró hacia ella, le hizo un ademán ofreciéndole agua, y cuando ella negó, se acercó y se detuvo a los pies de la cama. Sus ojos la escrutaron con intensidad, quedándose sus pupilas sobre los labios de ella.

—Sabes que debemos consumir el matrimonio, ¿no? —fue lo que dijo con tono calmo, y gesto inquisidor.

Violet tragó saliva, y tembló nuevamente. No fue capaz de emitir una aceptación, por lo que solo asintió sin mucha convicción.

—Bien. Porque de lo contrario nuestra unión no sería válida. ¿Estás dispuesta a hacerlo? Teniendo en cuenta lo que te... —inquirió con vacilación él.

—Sí —lo interrumpió ella tensa; no quería que terminara esa frase, ni mucho menos traerlo a colación justo en aquel momento—, sé que es parte de mis

obligaciones como esposa; no prestaré resistencia, milord.

Riverdan apretó los labios y endureció el gesto al oírla. Y hasta ella misma se encogió, aquello había soñado muy mal, como si fuese él un verdugo y ella la condenada. Pues bien, aún no estaba del todo sobria y estaba excesivamente nerviosa. El duque emitió una risa seca negando con su cabeza repetidamente y se apoyó en una de las columnas, con los brazos cruzados y la vista clavada en ella.

Violet lo estudió, confundida, esperando que el hombre se quitara lo que tenía puesto y procediera a desnudarla a ella sin delicadeza ni paciencia, como había hecho aquel animal, pero él no hizo nada. Solo la observaba en silencio. Después de un minuto de mutua contemplación, su esposo la llamó con su dedo índice.

Ella se envaró y consideró cuán plausible era la posibilidad de escapar de aquella situación y evitar enfrentarla. Su marido arqueó una ceja, y Violet se resignó y se movió hasta ponerse en pie para acercarse a Riverdan con rodillas temblorosas y el estómago en la garganta.

—Más cerca, por favor —dijo él con tono divertido cuando ella se quedó a dos cuerpos de distancia. Ella gruñó y se acercó un paso hasta quedar separados por un dedo.

—Más —repitió, esta vez en un ronco susurro.

Violet vaciló, atemorizada, pero no tuvo más opción que obedecer, atraída por el brillo de sus ojos, que no cesaban de verla. Sus cuerpos quedaron pegados de pies a cabeza.

—Estás temblando como una hoja, mocosa... —susurró Riverdan, con el aliento tan agitado como el suyo propio—. Haremos una cosa, te propondré algo: si después de hacerlo decides que aún no estás preparada para consumir el matrimonio, te daré el tiempo que me pidas. ¿Estás de acuerdo? —Ella sintió renacer la esperanza, y tratando de ignorar la extraña sensación que invadía su cuerpo al sentir al duque tan cerca, asintió agradecida—. Excelente... —Sin previo aviso, el abrigo que le cubría cayó a sus pies, sus manos se demoraron en la piel expuesta de su espalda, acariciando con suavidad, provocando un estremecimiento en ella, que no pudo camuflar, y que él advirtió esbozando una sonrisa ladeada.

—¿Recuerdas aquella nota, en la que te advertía que algún día me cobraría

aquel favor? —Esperó su asentimiento, que ella le concedió con recelo, y con tono ecuánime y una mirada ardorosa, declaró—: bueno, ese día llegó, y debes pagarme, querida. —Su voz bajó, y con tono ronco pronunció—: quiero un beso, esposa. Un beso tuyo, voluntario y apasionado.

A la mañana siguiente, Violet despertó un poco sobresaltada. Había dormido toda la noche plácidamente y sin pesadillas, lo que no dejó de asombrarle.

Mientras se incorporaba en la cama, refregando sus ojos algo hinchados, cayó en la cuenta de que estaba en un cuarto desconocido. No era la misma habitación en la que habían consumado el matrimonio, sino una estancia decorada en colores claros, aguamarina, verde y dorado. Los muebles estilo Luis XVII eran de color blanco, y le sorprendió ver que todas sus pertenencias de aseo ya estaban ordenadas sobre un precioso tocador labrado que hacía juego con el espejo de cuerpo entero ovalado colocado junto al biombo. Dos grandes ventanales iluminaban el lugar ampliamente, y regalaban de un lado la hermosa imagen de verdes e interminables prados y del otro un jardín repleto de plantas, flores y setos recortados. Por supuesto, se trataba de la alcoba que le correspondía por ser la nueva duquesa de Riverdan, claro, era una duquesa, no terminaba de asumirlo.

Ella, la menos indicada para ocupar aquel estatus, pensó con una sonrisa traviesa.

Lo curioso era que había, además de la entrada principal, dos puertas más.

Una tenía claro que llevaba al aposento de Riverdan, por la que seguramente él la había trasladado luego de que ella cayera rendida, pues no recordaba cómo había terminado en aquella cama. Pero la restante puerta le causaba curiosidad, y se levantó dispuesta a averiguar qué había del otro lado. No pudo dar dos pasos, pues se paralizó al notar que estaba completamente desnuda, instintivamente sus manos intentaron cubrir su cuerpo. Necesitaba hablar con su esposo para que le concediera una doncella personal, ya que la que la había atendido siempre se había quedado en Rissa Place, debido a que también se ocupaba de Rosie, y esta seguiría necesitando de sus servicios.

La puerta se abrió de golpe, y soltado una exclamación, Violet arrancó la sábana de la cama y se cubrió a toda prisa con ella. La mujer que había entrado era una criada de cabello castaño, algo regordeta, de alegres ojos avellana, parecía tener alrededor de treinta años.

—Buenos días, su Excelencia —la saludó, haciendo una reverencia ignorante del bochorno que Violet estaba experimentando, después de depositar en la mesa ubicada debajo de la ventana que daba al jardín una bandeja de desayuno repleta—. Mi nombre es Anne, y soy la doncella que su esposo ha asignado para ocuparse de su cuidado, y de cualquier cosa que necesite. Le doy la bienvenida a su casa. Felicidades por sus esponsales —terminó con formalidad.

Violet asintió, tratando de que su rubor remitiera, e imitando a su nueva doncella, se dirigió a la mesa aferrando la sábana contra su cuerpo, aparentando que su aspecto era inmejorable.

—Gracias, Anne, quisiera para empezar ponerme el vestido turquesa, el que tiene el encaje blanco en las mangas y el pecho. Estoy ansiosa por salir fuera para aprovechar los pocos días de sol que quedan —le indicó, estudiando el contenido de la bandeja. Había de todo un poco, seguramente debido a que no sabían sus preferencias—. En las mañanas no me gusta ingerir demasiada comida, así que puedes indicarle a la cocinera que en el desayuno me sirva tostadas, un poco de jamón y café, nada más.

—Sí, milady, se lo diré. —Asintió la sirvienta, que ya estaba rebuscando en sus baúles, sacando los atuendos y estirándolos sobre la cama para después encargarse de acomodarlos en el enorme ropero que ocupaba una de las paredes.

Violet comió en silencio, pensativa. No podía evitar preguntarse dónde se encontraría Riverdan. Pensó que, por ser su primer día de casados, al menos desayunarían juntos. No obstante, debía ya ser cerca de mediodía, y no sabía por qué, pero intuía que el duque era la clase de persona que siempre madrugaba, no importaba la circunstancia. Lo sospechaba porque ella, que era un alma inquieta y rara vez soportaba estar en cama después de las nueve de la mañana, reconocía un espíritu afín en su esposo.

No importaba, no era que ella fuese la clase de esposa que le demandaría a Riverdan atención y tiempo. Ella podía encontrar por sí misma en qué mantenerse entretenida. Si su esposo no quería pasar momentos con ella, no se rebajaría a pedirlo, ni mucho menos le obligaría.

Aunque en su mente no dejaban de aparecer retazos de lo sucedido la noche anterior. Finalmente, no había sido tan terrible el acto sexual, ni remotamente

parecido a lo que había sufrido en la posada. Tampoco se trataba de un hecho frío y rápido como ella siempre había imaginado. No es que hubiera pensado largamente en la intimidad conyugal, pero no esperaba que esta incluyese besos, caricias tan invasivas como placenteras, y aquella sensación de inexplicable dicha que su cuerpo había sentido.

Riverdan era un amante perfecto, lo había comprobado; uno que se tomaba su tiempo, y más que desvirgarla, la había adorado en cuerpo y alma. Porque Violet pudo sentir cada roce muy dentro, a niveles tan escondidos y perdidos de su ser, que ni siquiera sabía existían. Sin embargo, con la luz de la mañana, una sensación predominaba sobre todas las vividas en su noche de bodas: el miedo.

Miedo a lo que su esposo podía lograr con tan solo unas cuantas caricias.

Miedo de lo fácil que su mente y su corazón se habían rendido. Miedo a volverse dependiente de aquellas sensaciones por primera vez experimentadas, dependientes de un hombre que no sentía lo mismo que ella. Miedo a sufrir, como había sufrido un día su padre. Miedo a perder su identidad, su independencia y sus ganas de vivir por culpa de un hombre, que a todos los efectos, se había visto obligado a casarse con ella, y que en realidad no era más que un desconocido con el que debía aprender a convivir.

Una vez estuvo vestida y peinada con un moño flojo, Violet decidió emprender un recorrido por la que sería su casa las próximas semanas. Su doncella estaba trasteando por la habitación, y ella se detuvo antes de cruzar el umbral, con una repentina incógnita en la cabeza.

—Una pregunta —dijo para captar la atención de la criada—. ¿En qué parte de Inglaterra nos encontramos?

La castaña abrió los ojos y la miró como si su señora estuviese loca, y tras carraspear, respondió:

—En Surrey, su Excelencia. Es una propiedad que el duque adquirió no hace mucho y que visita pocas veces al año. De hecho, es usted la primera persona a la que el señor trae.

Ella asimiló esa información, y tras asentir, abandonó el cuarto.

Por unos minutos, Violet solo dio vueltas, perdida entre los innumerables y desiertos pasillos. Sabía por la altura que avistó desde la ventana, que la casa tenía al menos tres plantas. Y ella se encontraba en la del medio, a juzgar por

la escalera circular con la que se topó, y que subía al último nivel. El segundo piso contenía las habitaciones principales. En el ala este había cuatro, que debían ser para huéspedes, cada una decorada sobria y elegantemente, en colores neutros.

En el sector oeste solo estaban las habitaciones de Riverdan y de ella, lo que le pareció peculiar. Intrigada, subió por la escalera, para encontrarse con otro pasillo alfombrado. Había más cuartos, solo que tres de ellos eran de proporciones más pequeñas, y Violet supuso que serían alcobas infantiles; las dos restantes, ubicadas al final, dedujo eran las que ocuparía una niñera o institutriz, y la del ama de llaves, si es que el duque tenía una.

También había una última puerta, en el extremo contrario, y ella, que no pudo con su genio, trató de abrirla. Estaba cerrada, y Violet frunció el ceño, pensando que era la primera estancia que estaba con llave. Sin duda allí había un misterio, un espacio que por algún motivo Riverdan mantenía aislado de segundos. Tal vez guardara dentro material referente a las investigaciones, encumbró emocionada. Y no había nada que motivara más a Violet que un misterio.

Con nueva energía, se apresuró hacia su propia habitación y la halló de nuevo vacía: Anne se había retirado. Rápidamente rebuscó en el tocador, hasta encontrar lo que necesitaba. No le pasó desapercibido que su diadema, la que había usado en la boda, estaba en su joyero. Y pensó que, o su esposo había ido a buscarla y al no encontrarla había guardado él mismo la diadema o se la había entregado a su criada en la mañana. En todo caso, no podría ya saberlo.

No le llevó más de un minuto de forcejeo, con la bien aceiteada cerradura y su horquilla, lograr que resonaran los resortes y ver la puerta de roble abrirse.

Después de enderezarse y meter la horquilla en el escote cuadrado del vestido, cruzó el umbral, agarrando con ansiedad el picaporte. El lugar estaba a oscuras, debido a que las pesadas cortinas de terciopelo borgoña se encontraban cerradas.

Pero no estaba en una estancia en desuso, pues al correrlas no se desprendió polvo, ni se sentía en el ambiente el aroma que tenían las habitaciones cuando estaban cerradas por mucho tiempo.

Una vez hubo dejado que la luz entrara a raudales, se giró y lo que vio la dejó en completa estupefacción. Era... era una sala de costura. Había decenas

de vestidos, y atuendos masculinos también, a medio hacer o ya confeccionados.

Telas por doquier, máquinas de coser antiguas y más nuevas, tijeras, agujas, retazos. Y en un rincón una larga mesa repleta de hojas, lápices y rollos de papel.

—Pero... qué rayos... —balbuceó incrédula, acercándose a la mesa y tomando en sus manos los bocetos de modelos, algunos terminados y otros incompletos, con multitud de garabatos en ellos—. Esta letra...

La reconocía. Era del duque.

Su esposo... era, además de espía... ¿modista?

CAPÍTULO 15

*Por la noche, tú viniste a mi encuentro.
Tus ojos me miraron repletos de promesas y misterios.
Quise apartarme, mas fue tarde,
me hallaba hipnotizada en tus amores y palabras susurrantes.
Tus manos temblorosas me guiaron por la oscuridad de mis temores,
hasta la luz de mis placeres.
Fui adorada en cuerpo y alma.
Fui marcada en lo más profundo.
Mi ser conquistado por tu deseo,
mi corazón asolado por tu designio.
A partir de entonces soy tuya.
Tuya para amarte, tuya para salvarte.
Tuya para jamás olvidarte.*

Extracto del libro: Susurros en la noche

Violet no tuvo noticias de su esposo hasta la hora de la cena. Después de salir de aquella habitación misteriosa, había pasado el resto del día familiarizándose con la casa y conociendo al personal, el cual no era muy numeroso: tres doncellas, dos lacayos, una cocinera, un jardinero y su ayudante, un mozo de cuadra y un ama de llaves.

El duque había enviado a su doncella para comunicarle que cenarían a las siete en punto y ella, que había estado paseando por los jardines, decidió regresar al cuarto para asearse. Cuando ingresó al comedor, pasado unos cuantos minutos de la hora indicada, Riverdan ya estaba sentado en un extremo

de la larga mesa, y se puso en pie al verla ingresar. Ella se detuvo después de cruzar el umbral, indecisa sobre qué procedía hacer: saludarlo con una reverencia o tomar el lugar que por la disposición de la vajilla le correspondía. Pero su esposo resolvió su disyuntiva, acercándose y depositando un beso en los nudillos de su mano derecha.

—Buenas noches, querida —le dijo, con sus ojos oscuros fijos en los suyos, y Violet asintió en respuesta. Luego él no tuvo reparos en repasar con su vista el cuerpo de Violet, embutido en un vestido de terciopelo ámbar, que estaba estrenando aquella noche como parte de su nuevo guardarropa de duquesa, obsequio de su cuñada Clarissa, ya que lo intempestivo de su boda no le había permitido encargarse de un ajuar propio. La mirada oscura del duque se demoró en su escote bastante osado una fracción de segundo, y ella reaccionó a su escrutinio ardiente estremeciéndose—. Valió la pena la espera —pronunció Riverdan, elevando hacia ella sus ojos, y sonrió levemente cuando ella no pudo evitar sonrojarse.

Su esposo lucía desestructurado, con su camisa clara, chaleco gris, pantalón y sacó del mismo color, pero sin pañuelo. Cenaron entre una conversación amena y algunos silencios cómodos, al contrario de lo que Violet había esperado. Ella le daba vueltas a la posibilidad de mencionar que había encontrado el taller que mantenía bajo llave, pero no se atrevía a sacarlo a colación, pues temía que su esposo se enfadara al enterarse de que había violado su privacidad, lo que no sería reprochable de parte de él, y por ello decidió no abrir la boca a ese respecto. Aunque no dejaba de pensar en lo que había visto, los bocetos de modelos de ropa con la letra del duque, nombres de telas, medidas, etc. Lo observaba con detenimiento y no lograba encajar con él una afición por la moda, no se arreglaba en exceso, ni vestía con pompa, tampoco era dado a conversar sobre el tema, ni se veía como esos dandis exageradamente ataviados. A pesar de que siempre su aspecto era impoluto y elegante, no parecía estar interesado en ir a la vanguardia, realmente estaba intrigada y desconcertada.

El duque comentó que estaba muy atareado con los asuntos de las tierras que rodeaban la mansión y los arrendatarios que se ocupaban de la misma, y que le llevaría un par de semanas ponerse al día con las cuentas de la casa, para poder dejar todo en orden antes de regresar a la ciudad.

—¿Pasaremos el invierno en Londres? —se atrevió a preguntar Violet, sintiéndose decepcionada, pues tenía la esperanza de poder, al menos durante lo que duraba el receso invernal, librarse del aire contaminado de Londres.

Riverdan se detuvo en el movimiento de cortar su carne asada y la estudió unos segundos.

—¿No te gusta Londres? —inquirió confundido.

Podía entender su postura, seguro nunca se había topado con una mujer joven que no amara el brillo de la capital y los divertimentos que la ciudad ofrecía. No obstante, ella era la excepción a la regla.

—No —contestó con sinceridad—, me siento asfixiada entre tanta gente atareada, los carruajes y carretas, los sonidos estridentes y vendedores ambulantes. El aire pesado y el aroma apestoso no ayudan, y el cielo nublado a toda hora tampoco.

Ethan se quedó mirándola, incrédulo, y luego soltó una carcajada potente que sorprendió a Violet, pues era la primera vez que oía una proveniente de él.

Riverdan siguió riendo largo rato, y Violet no pudo evitar contagiarse y reír entre dientes, sacudiendo su cabeza.

—¿Se puede saber qué es tan divertido, su Excelencia? —interrogó ella, fingiendo estar ofendida. Su esposo hizo un esfuerzo por volver a la calma, retomando la ingesta de su plato.

—Tú —contestó luego de tragar. Bebió de su copa un corto sorbo, y dedicándole una profunda mirada, agregó—: estoy cayendo en la cuenta de que eres, además de insensata, testaruda, loca, descarada, desesperante, bella y seductora, muy divertida.

Violet no supo si sentirse halagada u ofendida y abrió la boca dispuesta a pedirle que fuera más específico, pero la entrada de los lacayos que venían a retirar los platos y servirles el postre, que consistía en un flan acaramelado, se lo impidió.

—Mi madre y mi hermana pasan el invierno en Gloucester, que es la propiedad de retiro principal de la familia. Yo no suelo estar allí más de un par de días, pero luego de que solucione mis asuntos aquí, puedes instalarte con ellas; yo seguiré viaje a Londres y luego te alcanzaré. Mi madre y Blair estarán felices de tenerte en la mansión. Están deseando poder conocerte bien, porque en la boda no hubo tiempo —le propuso Riverdan mientras los criados

trabajaban.

Violet lo consideró y llegó a la conclusión de que no era mala idea. Esa ciudad quedaba muy cerca de Costwold, donde se ubicaba Rissa Place, por lo que podría visitar a sus hermanos. Además, si el duque estaba tan ocupado, no tenía sentido que ella lo acompañase a Londres. No tenía muchas amistades; se aburriría soberanamente. Lo mejor sería instalarse en Gloucester, y así evitaría soportar más tiempo en la ciudad.

—Me gustaría instalarme allí entonces, milord —aceptó, al tiempo que los lacayos volvían a dejarles solos.

Riverdan arqueó una ceja y depositó la cuchara de plata en la mesa. Ya se había devorado el postre y ella aún no lo tocaba.

—¿Hasta cuándo seguirás tratándome con tanta formalidad? Ya te he dicho que estamos casados y puedes prescindir de ella. Eres muy joven, y hablándome así me haces sentir como si fuese un duque anciano y achacado, que se ha conseguido una esposa cuarenta años menor —le dijo él con una mueca de sorna.

Violet contuvo la risa, y por poco se atraganta con el bocado de flan que se había llevado a la boca.

—¿Cuántos años tiene? —le interrogó antes de poder reprimir su curiosidad, usando la servilleta para limpiar sus comisuras.

El duque se echó un poco hacia atrás en su silla y la escrudiñó con los párpados entrecerrados, sosteniendo su copa y moviendo la misma entre sus dedos con parsimonia.

—Muchos más que tú, mocosa —fue lo que respondió sardónico, con sus ojos brillando bajo la luz de los candelabros que adornaban la mesa.

Ella contuvo el aliento. Sintiendo su boca reseca, tomó su copa de vino y bebió todo el contenido.

—Eso seguro —asintió, con indiferencia aparente, notando que el duque no se perdía el movimiento que habían hecho sus labios al beber—. Si hasta aparenta unos cincuenta, podría ser mi padre, milord —añadió con un gesto de ensayado espanto.

Riverdan se atragantó con su bebida, y mirándola de hito en hito, se apoyó en el borde de la mesa, y se puso en pie con ojos relampagueantes.

—Oh, sí... —gruñó después de una pausa—. Y todo este tiempo he sido un

padre demasiado benevolente con una niña muy díscola y rebelde —prosiguió con un tono bajo y paternal que sonó muy falso—. Y como buen padre, ha llegado la hora de castigar a mi pequeña, para ver si así aprende a ser una niña buena.

Violet soltó un jadeo al oírle y, antes de poder parpadear, tuvo a su esposo frente a ella. Dos segundos después era llevada cual costal de papas sobre el hombro de Riverdan quien, haciendo caso omiso a sus chillidos, amenazas e improperios, abandonó el comedor ignorando los rostros escandalizados de los empleados y se dirigió al piso superior con prisas y una sonrisa enorme adornando su cara.

Para Violet Hamilton la palabra castigo era un conjunto de letras desconocidas. Jamás había sido castigada en su vida, y no porque no hubiese sido merecedora de más de uno sino porque, habiendo perdido a sus progenitores tan pequeña, Steven había sido un sustituto en extremo paciente y benévolo con ella. Lo que desencadenó en una personalidad bastante impetuosa, rebelde y belicosa. Steven, además, tenía un carácter afable, del tipo que, como Rosie, siempre estaba alegre y optimista, no era fácil hacerle perder la paciencia o la compostura, a menos que se tratara de su seguridad. Allí Steven era inflexible, y si Violet no acataba sus indicaciones era reprendida.

Así que aquello de ser castigada por su supuesto mal comportamiento era una novedad y, para ser sincera, le encantaba. Ya estaba planeando nuevas maneras de molestar a su esposo para poder ser tratada como la noche anterior lo más seguido posible. Riverdan le había mostrado una faceta absolutamente desconocida y fascinante de su personalidad. Se comportó con ella de manera juguetona, traviesa, apasionada y perversa. Y la mantuvo despierta hasta altas horas de la madrugada. Fue implacable con ella, que a cada orden no dudaba en llevarle la contraria, y él, con los ojos brillando de lujuria, parecía estar frente a un tesoro recién descubierto. Solo cuando los ojos comenzaron a cerrársele tuvo piedad de ella y la levantó en sus brazos para llevarla otra vez a sus aposentos.

Pensando en por qué él no deseaba dormir con ella, y sintiendo una inexplicable desazón, Violet lo observó arrojarla y darle un corto beso en los labios. Sus párpados se cerraron entonces, y antes de caer en el sueño,

percibió los dedos del duque acariciando sus cabellos alborotados, arrancándole un suspiro.

Durmió plácidamente, y cuando despertó, ya estaba su doncella ocupada con sus ropas. Violet se desperezó y pensó en qué podría hacer para mantenerse entretenida aquel día. No podía hacer nada en la casa, pues la señora Levin llevaba a la perfección la rutina diaria. El servicio trabajaba muy bien, y no pretendía ir a modificar su trabajo. Estaba más que encantada con el personal, todos amables y eficientes, aunque le había llamado la atención algo: cada uno de los empleados tenía un aspecto o característica peculiar.

El ama de llaves era, según le dijeron, sorda de un oído, la doncella del piso superior tenía extrañas manchas en el rostro, la del inferior usaba cofias a pesar de ser joven, pues tenía falta de cabello. Los lacayos no parecían muchachos nacidos de padres que les hubiesen instruido en el servicio de casa nobles como solía ser, sino que por su falta de dientes en uno y los tatuajes en el cuello del otro, parecían exmarineros; la cocinera no hablaba su idioma y, por sus rasgos, ella juraría que era de tierras orientales, y el jardinero parecía más bien un exmilitar.

—Buenos días, Anne —saludó Violet, sonriendo al ver que su doncella se había sobresaltado. Ella no tenía nada fuera de lo normal en su apariencia y, a diferencia de las demás doncellas, sus modales eran impecables, lo que generaba curiosidad en Violet, pues por lo que había notado, su esposo tenía un gusto particular a la hora de contratar a su personal.

—Buenos días, su Excelencia —respondió ella, soltando una de sus capas para hacerle una reverencia—. Mandaré a subir su desayuno, milady —continuó Anne, volteando hacia la puerta.

—No, espera —la detuvo, incorporándose en la cama y levantándose de un salto, llena de energía. Gracias a Dios, aquella vez el duque le había colocado su camión de dormir antes de llevarla a su habitación—. Quiero bajar hasta donde están las casas de los arrendatarios y presentarme, comeré por el camino. Pídele a la señora Long que me prepare una canasta y, si puede, que ponga dentro panes y dulces. Me pondré el traje de montar azul.

Anne asintió, y con una sonrisa rebuscó en su ropero hasta dar con la pieza.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo con la voz amortiguada Violet, pues le estaba pasando por la cabeza su camisola.

—Ya la está haciendo, milady —fue lo que respondió con rapidez la doncella, y luego abrió los ojos y se ruborizó. Al parecer había respondido sin pensar, algo que a Violet le sucedía a menudo, así que no pudo evitar soltar una carcajada, que solo provocó que la mujer enrojeciera más aún y balbuceara—: lo siento, su Excelencia, por favor, disculpe mi atrevimiento. Puedo responder cualquier consulta.

—No te preocupes, me ha hecho mucha gracia. Y puedes llamarme lady Violet, eso de su Excelencia no combina conmigo; puedes reservar ese trato para mi esposo —la tranquilizó ella; hizo una pausa para permitir que la criada la ayudase a prender la falda de terciopelo y la chaqueta con botones forrados que hacia juego—. Me he dado cuenta de que cada uno de los empleados de mi esposo tiene alguna característica poco usual, pero no logró ver la tuya, ¿tienes una? Si no deseas decirme, no estás obligada.

Anne la miró boquiabierta. Tal vez nunca una persona de la posición de ella se había molestado en hacerle una pregunta tan personal, y por qué no decir, indiscreta. Pues bien, no era que se viera bien confraternizar con la servidumbre, pero esas cosas nunca le habían importado a Violet.

—No me importa decirle, milady —contestó después de una pausa Anne, agachándose para ayudarla a ponerse uno de sus botines de montar, acordonados de cuero—. Conocí a su excelencia en Londres hace varios años. Yo estaba en un... una posada, digamos, pidiendo limosnas junto a las puertas —comenzó a relatar, mientras procedía a desenredar su cabello, que cómo no, no llevaba debidamente trenzado como las damas en general. Su tono de voz se volvió neutro y sus ojos se perdieron en un punto fijo entre su nuca y el suelo—. El guardia me estaba golpeando para obligarme a correrme de la entrada, según él, pero en realidad se estaba ensañando conmigo por haberlo rechazado, y pretendía tomarme a la fuerza. Lord Riverdan me lo quitó de encima, lo noqueó y luego me ayudó a recomponerme. Creí que se limitaría a darme media vuelta o tal vez a dejarme alguna moneda; varias veces algunos nobles me habían tenido lástima, pero nada más que eso. Sin embargo, su esposo me miró largo rato y luego me dio una tarjeta, me dijo que tenía una propuesta para hacerme y que, si estaba dispuesta a dejar la ciudad, lo contactara. Yo estaba desesperada, así que a la mañana siguiente fui a primera hora a la dirección que me había dado. Tenía el temor de que él quisiese

contratarme para... para... ya sabe... Pero no pensaba negarme si era el caso, pues hacía días que no comía, y por lo menos él me había parecido un hombre amable y limpio, además claro de... de atractivo. Su excelencia me propuso trabajar en una de sus casas como fregona; me dijo que sería un puesto permanente y que la paga era buena. Si aceptaba, podría empezar en el momento y me trasladarían a una propiedad en Bath, que aún no era suya, pero lo sería a su mayoría de edad. Creí que era una broma y lo miré incrédula, pero no, era real. Dios me había mandado un ángel. Su esposo se apiadó de una casi niña, demacrada, desnutrida y embarazada. Me salvó de una muerte segura, al contrario del noble que me había preñado y luego desechado como un perro callejero.

Violet oyó todo el relato con el corazón en un puño. Pocas cosas lograban emocionarla, y aquella nueva faceta que estaba conociendo de su esposo lo hacía con creces. Se daba cuenta de que no sabía mucho acerca del duque, a quien había creído una persona seria, estricta y recta. Pero que con cada cosa nueva que descubría quedaba más y más impresionada y admirada.

—¿Y el bebé? —inquirió, tras carraspear conmovida, con el corazón latiendo acelerado en su pecho.

—Oh... —suspiró Anne, y sus ojos se encontraron en el espejo, los de ella brillaron unos segundos, y sus mejillas algo pecosas se colorearon de dicha—. El bebé es un muchacho fuerte, y bueno, gracias a Dios. Ya lo conocerá; Robert es el ayudante de jardinería, y también está estudiando para ser un día un eficaz administrador. El jardinero, el señor Miller, es mi esposo.

Violet abandonó el cuarto con muchas cosas dándole vueltas en la cabeza, sintiendo unas repentinas y sorprendidas ansias de ver a su esposo. En el vestíbulo la esperaba la señora Levin, con una sonrisa afable y la canasta que había pedido.

—Buenos días, su excelencia. Hace un día espléndido para pasear, pero le recomiendo llevar un sombrero —le dijo la mujer delgada, que debía rondar los cuarenta años, al notar que llevaba el cabello recogido en un moño en la nuca.

—Hoy prescindiré del sombrero, buenos días —respondió ella alzando un poco su voz para que la mujer le oyera—. ¿Sabe usted dónde se encuentra lord Riverdan? —preguntó al tiempo que la mujer le seguía al exterior, y tras ellas

el lacayo con la pesada canasta.

—Su excelencia se encuentra con los trabajadores viendo una cerca que se rompió debido a las lluvias nocturnas —le informó el ama de llaves.

Violet observó los caballos, que estaban en sus cubículos como correspondía, con ojo crítico. Estaban bien cuidados, pero se notaba que hacía mucho no se los usaba. El mozo de cuadra se acercó presuroso y le ofreció una yegua preciosa de pelaje color caramelo. Ella la miró poco entusiasmada, parecía demasiado lenta y dócil para ser su elección. Entonces se oyó un estruendo provocado por unos cascos de caballo golpeando la madera del cubículo ubicado al final. Curiosa, ella se acercó y quedó embelesada con el ejemplar que corcoveaba ofuscado. Un corcel magnífico color caoba, enorme y brioso. Ansiosa, tiró de la manija de la puerta, pero el sirviente que se encargaba del establo se interpuso.

—Su Excelencia, es el caballo del señor —dijo nervioso—. No permite que nadie más lo monté. Solo lord Riverdan —agregó, limpiando el sudor de su frente con un pañuelo ennegrecido.

Violet le echó una mirada al caballo y de nuevo al empleado, que por el color de su piel era gitano; el arete en su oreja izquierda lo confirmaba. Ella había tratado con algunos gitanos en el pasado y sabía que no se dejaría engatusar por una mujer. Eran sagaces y bastante mandones con las féminas.

—De acuerdo, ensílleme la yegua color caramelo. —Accedió, retrocediendo un paso—. Señora Levin, ¿puede enviar a Tom con la canasta por delante? —le solicitó al ama de llaves, que la veía con desconfianza, al parecer había adivinado rápidamente su poca inclinación a seguir las reglas. El lacayo se apresuró a preparar él mismo su montura.

Violet sonrió por el entusiasmo del muchacho y regresó la vista al zaino color noche.

—Ya verá como Miel le gusta, milady, es una... —Se escuchó que el mozo decía, mientras aparecía llevando a la yegua de la correa con la silla de mujer ya colocada—... chica buena y... —El gitano se detuvo desconcertado—. ¿Y su excelencia? —preguntó a su jefa, que ya se alejaba para la casa casi corriendo en busca del otro lacayo.

—Serás inocente, Roque... ¡Mira! —Le señaló la mujer con el rostro pálido y sin detenerse—. ¡Iré a por Jason, para que vaya a avisar al señor!

—¡Qué diablos, esa mujer ha perdido la chaveta! —exclamó con los ojos abiertos como platos el moreno—. ¡Milady, vuelva! ¡El caballo no está entrenado, la botará de la silla!

Pero era demasiado tarde; la duquesa se alejaba montando al corcel como un relámpago, con los cabellos al viento y las faldas alzando vuelo como una estela.

CAPÍTULO 16

*La brisa despeinó sus cabellos.
El sol le rindió pleitesía.
Todos los poemas son inspirados en ella.
Todas las canciones creadas por su belleza.
Toda alma cae rendida ante una de sus miradas.
Tiene en su poder la suerte de los que sienten.
Ella es la dueña de mis suspiros.
Por ella vivo.
Por ella muero.
Por ella renazco.
Por ella amo.*

Extracto del libro: Susurros en la noche

—Su excelencia, ¿colocamos la cerca? —Ethan miró el rostro desconcertado de uno de sus arrendatarios, que aguardaba sosteniendo con esfuerzo el tablón de madera en las manos. Borró la tonta sonrisa que tenía plasmada en la cara y se quitó de en medio para darle paso al hombre, que lo hizo mirándole de reojo con gesto de extrañeza, al igual que el resto de los trabajadores.

No podía concentrarse en nada desde que había puesto un pie fuera de la cama. Estaba con la mente en cualquier lado, o mejor dicho, en una diablesa de cabellos rubios y cuerpo de sirena. No podía seguir negándolo: la mocosa lo traía loco; se comportaba como un jovenzuelo cuando tenía cerca a su esposa.

Hacía tan solo dos días que estaban casados y ya lo tenía bailando al son de

su dedo pequeño. Lo cierto era que Ethan se sentía extraño, y bastante inquieto. Su matrimonio no estaba funcionando como había pensado, ni mucho menos esperado. Sentía que había juzgado muy mal a la joven, pues había esperado que la convivencia con ella fuese bastante complicada: berrinches, discusiones, caprichos, escándalos y dolores de cabeza. Y nada de eso había sucedido. Todo lo contrario: era demasiado pletórico y perfecto. Se sentía a gusto a su lado, ansioso por estar con ella, por conversar, molestarla con algún comentario, simplemente admirarla, verla dormida u ocupada en algo.

Se estaba volviendo dependiente de esos momentos, y cada vez le pesaban más las horas que no la tenía cerca, algo que nunca jamás le había sucedido con nadie, ni con su hermana a la que tanto quería.

Eso de sentirse dependiente y necesitado por una persona era un sentimiento completamente nuevo para Ethan y era aterrador. No quería sentirse de aquella manera; no creía que fuese sano ni bueno para él ya que, a pesar de que, a medida que conocía más a su esposa, se sorprendía de facetas de su personalidad que no hubiese imaginado tuviera, había también comprobado que ella era una persona volátil e impetuosa. Violet era un torbellino, no paraba nunca, y nada mantenía su atención el tiempo suficiente. Lo que lo hacía temer que, aunque en ese momento ella pareciese a gusto a su lado, y muy contenta, de un momento a otro podría simplemente decidir que estaba aburrida, o hastiada, y desecharlo, apartarlo. Y eso lo acabaría, lo devastaría.

Debía ir con extremo cuidado en todo a lo que su mujer se refería. No quería volverse loco por ella. Terminaría muy mal, siendo solo un desecho de hombre si le entregaba algo más que su apellido y protección y ella luego lo botaba. Por eso procuraba mantenerse ocupado y lejos de ella durante el día, pero por las noches ya no lograba contenerse y sabía que estaba mostrándose ante ella como un necesitado y un adicto. Aunque, por suerte, aún mantenía sus secretos, sus fantasmas y demonios escondidos y a buen recaudo. Ni siquiera se permitía pasar una noche entera a su lado. No podía arriesgarse a que ella viese más allá y que no le gustara lo que descubriera; la perdería antes de parpadear dos veces.

Estaba avergonzado por su muestra de emociones, poca elegancia e incapacidad de cumplir con su trato inicial, que era el ser un matrimonio convencional. La noche anterior se había excedido. Nada de lo que le había

hecho cabría dentro de lo que un esposo decente hacía con su esposa. La estaba corrompiendo. Él era mucho mayor, debería ser la voz de la contención y la prudencia, pero era mirarla y que todos sus instintos de posesión y perversión se activaran. No era capaz de contenerse o mostrarse distante cuando la tenía entre sus brazos, lo que tarde o temprano le jugaría en contra, pues la muchacha no había manifestado querer traspasar los límites de un matrimonio acordado. Y no podría reprochárselo; demasiado bien se estaba comportando, como una duquesa perfecta. Y él que la había prejuzgado tanto como una cabeza hueca, insensata y descarada. Cuán equivocado había estado, su esposa era todo una señora, una dama de pies a cabeza, era un... ¡demonio!

Soltando un juramento, Ethan se alejó un paso de los hombres, que también se habían paralizado, y observó boquiabierto la figura vestida de azul que pasó a todo galope varias yardas más lejos y se perdió detrás de una línea de árboles.

¡Por lo más sagrado, era Violet, esa vez sí la mataría!

Desconcertado, giró la cabeza al oír el ruido de otros cascos de caballo acercándose, y corrió al encuentro del lacayo que venía cabalgando como si le persiguiese una legión.

—¡Su Excelencia! —exclamaba el criado sin aliento, deteniendo su montura que sudaba tanto como él.

—¿Qué está pasando, Jason, era esa la duquesa? —preguntó incrédulo e impaciente.

—Sí, milord... la señora, es decir... la señora, quiso... ella salió a dar un paseo, y parece que no entendió lo que... es decir... por supuesto que Roque se lo advirtió... Pero no creo que milady haya comprendido, de lo contrario, su Excelencia, no hubiese tenido el atrevimiento de... —tartamudeaba el lacayo, con su rostro enrojecido y las riendas en un puño.

—Jason... —lo calló Ethan con tono tan severo y una mueca temible en su rostro endurecido, que provocó que todos los hombres se encogieran, pues nunca le habían visto enfadado de aquella manera—. ¿Ha montado mi semental, no? —demandó en un gruñido, diciéndole con la cara que no intentase defenderla, como evidentemente había pretendido hacer. Al parecer la mocosa ya se había ganado a todo el personal y los tenía engatusados.

—Su Excelencia... —balbuceó incómodo el sirviente. Ethan gruñó y, sin

esperar respuesta, se subió de un salto al caballo que lo había llevado hasta allí y salió tras su esposa.

—Le voy a la señora... —dijo después de una pausa el viejo Jack, llamando la atención de los otros, que seguían con la vista la marcha del joven lord. Y entre risas, las apuestas comenzaron, dando por ganadora a la rubia duquesa, la debilidad de lord Riverdan.

Ethan no tuvo que buscar demasiado a su esposa, ni bien traspasó la zona frondosa, la vio detenida en lo alto de una colina. Sus ojos se entrecerraron, estudiando con resquemor y el ceño fruncido la situación. Ella no parecía haber sufrido daño alguno, a pesar de que Darius era un caballo salvaje y violento, por lo que respiró aliviado y aminoró el ritmo de su caballo. Por su postura, debía estar esperándolo. Lo miraba con una mueca sardónica que no se perdió detalle del repaso visual que él le hizo a sus largas piernas embutidas en medias de seda, que estaban al aire libre, pues montaba a horcajadas en una silla de hombre.

Su boca se secó de inmediato, era una provocadora. Estaba por llamarla, ordenarle que no se moviera, no quería que pusiera más a prueba su suerte y algún movimiento provocase que el semental la tirase de la silla. Pero no tuvo oportunidad, ya que ella se dio vuelta sin más, le echó una mirada desafiante por encima de su hombro derecho, y salió a todo galope. Ethan maldijo en voz alta y la siguió sin dilación.

No podía alcanzarla. Su montura era mucho más lenta, no era rival para Darius, ni para la pericia de su jinete. Él había oído que era muy buena cabalgando, pero nunca pensó cuánto. Estaba sobre un maldito caballo salvaje, uno que ni él mismo había podido montar más de un minuto sin terminar en el suelo comiendo polvo.

Recorrieron las praderas a todo galope, sintiendo la adrenalina a tope, y una sensación de libertad y felicidad desbordante.

Él no lo entendía. ¿Cómo lo había hecho? Era una hechicera de caballos, era una amazona mítica, una encantadora de bestias salvajes. Mientras la perseguía, escuchando su risa cristalina resonar por las colinas, se embebió de la exquisita visión que componían sus cabellos dorados flotando en el viento y su cuerpo dominando con maestría a su caballo, Ethan lo supo: estaba enamorado de ella.

No tuvo tiempo para detenerse a meditar en su reciente revelación, pues desde donde avistaba a su esposa fue testigo de cómo ella y su montura desaparecían colina abajo a alta velocidad. Un desasosiego lo embargó y apuró a su montura, intentando acelerar el ritmo despiadado que ya llevaba el pobre animal. Cuando alcanzó la cima de la colina, vio detenido a Darius a varios metros, mas no había rastros de Violet. Su corazón se detuvo y el pánico lo embargó. Sacudió las riendas y clavó con más ahínco los talones en los flancos del corcel.

Al llegar a la altura de Darius, la vio y sintió un alivio tan grande que hasta tuvo que afirmarse sobre la silla por el mareo que le invadió. Su esposa estaba tendida sobre la hierba, con las manos detrás de su nuca, los tobillos cruzados, y parte de sus pantorrillas aún a la vista. Su mirada de suficiencia y picardía desarmó al duque, que tuvo que hacer grandes esfuerzos para no romper a reír y conservar el ceño y la apariencia disgustada que esbozaba. Paró al caballo junto al otro, que pastaba milagrosamente tranquilo, bajó y se acercó a la joven despacio.

Lo cierto era que ya extrañaba la versión rebelde de su mujer, la que no había visto desde el episodio en la posada, y que había temido ya nunca apareciera otra vez, pues el trauma vivido tenía que haber sido muy fuerte para ella. Y aunque en un principio lo había irritado su manera de ser, había terminado cautivado por su personalidad única. Ethan no deseaba que ella se transformara en una dama usual, como las que abundaban, como lo había sido su madre; no quería una esposa sumisa, obediente y reprimida. No quería que cambiara para nada. Le gustaba su esposa así, altanera, insensata, alocada y salvaje. Sin embargo, no se lo iba a dejar saber, hacerlo sería un suicidio, y contraproducente; tampoco quería fomentar su imprudencia y que ella terminase herida algún día.

Sin decir una palabra se detuvo frente a ella y la observó con las manos en las caderas y el pecho subiendo y bajando aún agitado. Bajo su escrutinio severo, Violet comenzó a inquietarse y a removerse, echándole miradas cautas. Bien, ya no había una mueca de jactancia en su rostro de ángel. Si le parecía bella bajo la luz de las velas, bajo los rayos del sol bañando su cara y con el viento jugando con las hebras doradas de su cabello, le quitaba el aliento. «No te dejes distraer, Ethan...».

—Ponte de pie —le ordenó con tono brusco.

Ella borró del todo su sonrisa, dudo unos segundos y luego obedeció. Sus ojos verdes parecían refulgir rodeados de vegetación, y sus mejillas, que estaban ya rojas por estar expuestas al sol, estaban ruborizadas. Ethan sabía que él también causaba un efecto similar en su esposa, porque su mirada se desviaba hacia los pectorales que su camisa blanca algo mojada por el ejercicio transparentaba. No llevan más prendas encima que la camisa, las calzas y las botas negras.

—¿Qué tienes para decir en tu defensa? —prosiguió él, en un tono mordaz.

Su esposa regresó la vista a sus ojos, lo estudio un segundo y tragó saliva, pero no se dejó avasallar, sino que elevó la barbilla. Definitivamente el demonio Hamilton estaba de vuelta. Ethan estaba encantando, y su cuerpo también.

—¿Defensa? Que yo sepa, no cometí ningún delito, milord. ¿De qué se me acusa? —argumentó ella, con gesto ecuánime.

Él la miró con incredulidad, jamás le dejaba de sorprender su descaro. Si no fuera porque no podía negar que amaba a aquella mujer, la ahorcaría con sus propias manos.

—No te estoy acusando; te estoy informando de que estás condenada, querida.

Y la lista de tus pecados es numerosa. Vamos a ver: engañaste al personal, robaste mi caballo a sabiendas de que está prohibido su uso, expusiste tu vida montando un animal que podría haberte matado antes de que siquiera parpadearas y le enseñaste tus piernas a todo mis hombres. Ese es el más grave de tus delitos, y solo por eso no te tendré misericordia —enumeró Ethan, acercándose un paso con cada palabra, hasta tener a su mujer arrinconada entre el tronco del árbol y su cuerpo, sus muñecas atrapadas entre sus manos con los brazos en alto y su cuerpo encajado entre sus caderas.

Ella jadeó cuando él se presionó contra ella, y lo miró agitada y boquiabierta.

—No le tengo miedo, su Excelencia —dijo, tratando de zafarse, con una carcajada contenida.

—Pues deberías, mocosa... —gruñó en su oído, y sintió cómo se estremecía—. Te gusta provocarme, te encanta enloquecerme, ¿verdad? Y se te da

maravillosamente, mira, ¿puedes sentir cómo me afectas? —siguió murmurando con voz ronca, comenzando a besar la piel tras su oreja y el lateral de su fino cuello, hasta que la sintió temblar—. Me vuelves loco, esposa, y te voy a demostrar cuánto —gimió él en su boca, y tomó posesión de esos labios carnosos.

La besó con ferocidad y hambre. Ella jadeó sorprendida, pero no tardó en darle acceso al interior de su boca e imitarlo con ardor y entrega.

—¿Qué llevas debajo de la falda? —preguntó después de besarse de manera desquiciada, haciendo una pausa con las manos puestas en el trasero de su esposa, para mantenerla bien cerca, ambos luchando por recuperar el aliento.

—Nada, solo las medias y la camisola, mucha tela es incómoda para cabalgar —respondió ella desconcertada, observándolo con ojos dilatados, y su preciosa boca inflamada de pasión.

—Oh, sí... estoy de acuerdo —jadeó él, sintiéndose más como un animal que como un hombre maduro—. Rodéame con las piernas... —le ordenó demasiado agitado, apremiando a sus muslos a abarcar sus enfebrecidas caderas.

—Pero... pero... estamos en medio de un prado... es decir... la gente... po...

—tartamudeó Violet, echando un vistazo al páramo desierto. Él la silencio con un beso demandante e intenso que de seguro le arrancó hasta el último pensamiento, mientras maniobraba con la abertura de sus pantalones y la falda de ella.

—Shh... silencio, Demonio, soy tu amo y señor, y este es tu castigo —espetó en tono bajo Ethan, desprendiendo de un tirón la chaqueta de ella y procediendo a besar el valle de sus senos realzados por el corsé—. Aprenderás que con el Diablo no se juega... —murmuró, y bebió el gemido que brotó de ella cuando se sumergió en su interior sin más preámbulos.

Y la guio con su cuerpo, su voz y corazón, hasta que juntos explotaron en un descomunal éxtasis.

—Eres hermosa... maravillosa... me fascinas —le susurró Ethan cuando pudo hilvanar una palabra. Ella yacía exhausta, apoyada en él sin fuerzas. Así se quedaron un momento, hasta que él se apartó de su cuerpo cálido y tentador.

La ayudó a decentarse, y él hizo lo propio, un poco avergonzado de haberla

tomado de manera salvaje y poco considerada. Arrepentido la observó llevarse las manos, que tenía cubiertas por unos guantes de cuero, a su cabeza y tratar de recomponer sus cabellos enredados. No parecía sentirse contrariada o que la hubiese lastimado con sus atenciones impetuosas; por el contrario, tenía una gran sonrisa en la cara y parecía relajada y satisfecha.

No obstante, Ethan se sentía mortificado por haberse mostrado como un loco salvaje y se acercó a su esposa para ayudarla a montar el caballo de pelaje blanco. La subió con delicadeza, y cuando estuvo bien sujeta a la silla y las espuelas, tomó una de sus manos y depósito allí un beso. Ella solo le sonrió y meneó la cabeza, mirándolo subirse a Darius, que se puso tenso al sentir su peso sobre su lomo, y corcoveó enojado. Ethan lo dominó con algo de dificultad, y demoró unos segundos en conseguir que el semental lo obedeciera y comenzara a trotar para llegar a la altura de su esposa, que se alejaba con una mueca de sorna en su cara.

Él solo maldijo para sus adentros y siguió luchando con Darius todo el trayecto hasta la zona en donde los arrendatarios tenían sus casas, que era hacia donde Violet, que abría la marcha dominando a la perfección su montura, se dirigía.

Tom, el lacayo más joven que tenía a su servicio, se encontraba en el inicio del camino, con una gran canasta a su lado, y estaba apoyado en un olmo, conversando muy relajado con una muchacha, que se ruborizó hasta la coronilla al verlos llegar, y se escabulló después de hacer una reverencia. El criado la imitó, también enrojecido, y tras entregarle a él la canasta, regresó a la mansión.

Ethan siguió a su esposa, mientras ella iba visitando cada pequeña casa de adobe y madera. Él permaneció a su espalda en silencio, entregando los panes a la señal de ella, viéndola encandilar a cada mujer, anciano y niño con el que se iban encontrando, y sintiéndose tan cautivado como ellos.

Su esposa era una persona relajada, poco ceremonial y nada remilgada que hacía sentir a las familias de los hombres, que en este momento estaban todos ausentes ocupados en el trabajo de la tierra, como si estuviesen tratando con una más de ellos, y no con una duquesa, noble y distinguida, lo que era en realidad.

Ethan la veía conversar, reír, aceptar presentes, comer con auténtico disfrute,

halagar la disposición de los humildes muebles, o a las austeras construcciones de techo de paja. Y no podía evitar quedarse aún más prendado de ella.

Cuando el sol de la tarde caía, él le dijo al oído que debían regresar. Ella asintió y se despidió de la anciana Jones, prometiendo volver a visitarla. Al salir, vieron a lo lejos una pequeña casa que les faltaba visitar, pero debido a la hora, Ethan volteó hacia donde habían atado a los caballos. Podrían volver en otra ocasión. Pero entonces un agudo grito rompió el silencio y, antes de que él pudiese reaccionar, su esposa ya corría en dirección a la lejana construcción de tejado bajo. Él la siguió sin dudar, y cuando arribaron a la puerta de madera algo astillada, se miraron indecisos, hasta que otro grito desgarrador les hizo erizarse y empujar al unísono la puerta.

Dentro hallaron a una joven mujer. Estaba tendida en una cama apostada en un rincón, y sollozaba sosteniendo su vientre abultado. Él se paralizó de inmediato bajo el dintel. Había sangre, las sábanas de tosco algodón estaban empapadas de un líquido transparente, y repletas de manchas rojas.

—Tranquila, soy lady Violet, y este es el duque de Riverdan, ya lo debe conocer —le dijo su esposa, que a diferencia suya, se adentró con prisas en la casa y tomó un trapo que colgaba de una silla, se acercó a la mujer jadeante y le limpió el sudor de la cara y el cuello—. Iremos por ayuda, no se preocupe, ahora regresamos. —Siguió diciendo su esposa y volteó hacia la salida, pero la mujer sollozó más fuerte y la retuvo de un brazo.

—No... no, por... por favor, no hay tiempo... mi bebé... ya está aquí —resolló la mujer, de cabello castaño claro, lanzando luego otra exclamación de dolor, y agitada prosiguió—: mire, mire si está por salir... ¡ah!

Violet y él se miraron con los ojos desorbitados. Ella le quitó las sábanas manchadas, y con manos temblorosas, levantó el camisón que la mujer tenía puesto. Ethan vio en medio de sus piernas abiertas la carne de su vagina inflamada y florecida y una masa de pelos ensangrentados asomando a través de su abertura, y tuvo que aferrarse a la puerta cerrando los ojos con fuerza.

—¡Ah! —exclamó espantada Violet; la mujer lloró atemorizada, y su esposa carraspeó, y con tono más seguro pero tembloroso, le dijo—: calma, calma. Todo está bien, efectivamente la criatura está preparada para salir. Lo está haciendo muy bien, ¿cómo es su nombre?

—Sa... Sarah, milady —balbuceó entre gemidos la mujer—. Mi esposo es el señor Robinson; trabaja en la parte este de la propiedad. Él sabe dónde vive la partera, ella está... está en el pueblo, pues hoy debía atender otro nacimiento. El mío se ha adelantado.

—No hay problema, Sarah. Escúcheme, iré a buscar a su esposo. —La tranquilizó Violet, pero la embarazada solo lloró con más intensidad—. Pero no tenga miedo, el duque se quedará con usted; no estará sola. Él está acostumbrado a situaciones de esta naturaleza, y cuidará de usted. En unos pocos minutos regresaré con el señor Robinson y con la partera. —le aseguró, y tras apretar su mano; se alejó hacia donde Ethan permanecía paralizado.

—Quédese con ella y traté de que respire pausadamente, para mitigar el dolor y retrasar el alumbramiento hasta que yo regrese con la partera —le susurró cuando llegó hasta él, poniendo el trapo manchado en sus manos.

Ethan empalideció más aún, y con la mandíbula desencajada, frenó su salida intempestiva.

—¿Estás loca?! ¡No puedo hacer tal cosa! —contestó en un murmullo frenético él—. ¡Quédate tú y yo iré por Robinson, ni siquiera lo conoces para identificarlo!

—Tardaría demasiado si va con el semental blanco, es muy lento. Y no se moleste, pero Darius lo lanzará de la silla si intenta cabalgarlo a velocidad.

Apenas se sostenía usted encima en el trayecto que hicimos hasta aquí, y no se crea que no vi que casi lo derriba tres veces —terció su esposa, con un evidente tono de mofa, divertida por la mueca de indignación de él—. Debo ir yo. Usted quédese aquí y asista a la pobre mujer en lo que pueda. No tardaré.

—¡No, no puedo! ¡¡Violet!! —siseó con horror, pero su esposa ya corría hacia Darius.

Sudando frío, y con el estómago en la garganta, vio la espalda de su esposa alejándose a todo galope. Luego un grito de agonía le hizo voltear de nuevo hacia la parturienta, y acercarse hacia esta con las rodillas temblorosas, y un ruego a todos los santos en los labios.

CAPÍTULO 17

*Sino que cada uno es tentado cuando es llevado
y seducido por su propia pasión.*

Santiago 1:14

No hubo tiempo para esperar a la partera.

La mujer comenzó a gritar y a maldecir en otro idioma, que Ethan creyó identificar como irlandés, y tiró de la mano que él le había apoyado en un hombro a regañadientes y lo acercó hasta que casi se tocaron sus narices.

—Milord... —siseó agitada, con sus ojos enrojecidos fuera de órbitas y los rasgos de su cara deformados—, tiene que recibir al bebé; no puedo ya retenerle dentro.

Ethan empalideció más todavía, y solo fue capaz de negar con su cabeza con expresión de pavor. Maldita Violet...

—¡Ahora, milord! —vociferó la parturienta, sudando profusamente, y lo soltó emitiendo un aullido ensordecedor, su cara congestionada mientras pujaba.

Ethan salió de su estupor y se ubicó frente a sus piernas abiertas, reprimiendo las náuseas que sintió al ver la masa de pelos, más visible en ese momento, la cual se contraía cada vez que la mujer hacía fuerzas para expulsarla. Atontado se quedó ahí, mirando con horror la vagina destrozada de la mujer. Y cuando ella chilló tan fuerte que casi lo dejó sordo, la criatura salió eyectada de su cuerpo.

Ethan jadeó y se lanzó hacia adelante con las manos en alto, alcanzando a coger a la criatura antes de que se estrellara en el suelo. Era una bola

ensangrentada, mojada, peluda y resbaladiza.

—Mi bebé... mi bebé... déjeme verlo, su excelencia... ¿está bien? — balbuceó la madre con tono exhausto, dejándose caer en el colchón, extendiendo sus brazos hacia él.

Ethan observó a la criatura, y pensó que debía tener frío, porque por supuesto estaba desnuda. La envolvió con la sábana, pero no pudo hacerlo bien, pues aún seguía conectada a la madre por una especie de cuerda gruesa y viscosa. Una vez que logró cubrirlo, examinó al bulto. Tenía el rostro cubierto de sangre y parecía hinchado. Con lentitud y temor, tocó uno de sus mofletes, y entonces el bebé emitió un llanto agudo, removiéndose bajo la tela. Él se sobresaltó y, tomándolo con sumo cuidado, se lo colocó a la mujer en el pecho.

—Sí, señora. Es un niño sano. Lo ha hecho usted muy bien —le informó y, con el corazón estrujado, fue testigo del encuentro.

Unos minutos después, la puerta se abrió bruscamente golpeando la pared, y en el umbral apareció un hombre alto y de gran porte, el cual barrió la pequeña habitación con la mirada, y al ver a la mujer recostada, con el niño amamantando bajo las sábanas que los cubrían, se acercó corriendo y conmovido abrazó a su mujer y a su vástago. Detrás de él aparecieron Violet y una mujer muy pequeña y delgada, la cual les ordenó salir de inmediato, y procedió ocuparse del asunto.

Violet miraba a Ethan con los ojos abiertos de par en par, y él solo veía el suelo, aún conmovido.

Ella estaba sorprendida, evidentemente, habían llegado tarde, y su esposo había hecho todo el trabajo. Era asombroso, admirable, y bien, seguro bochornoso y traumático para el duque, o para cualquier hombre, para el caso.

Ella casi se desmayó cuando vio la cabeza del bebé asomando por la abertura de la mujer. No se creía capaz de asistir el parto. Afortunadamente, todo parecía haber salido bien.

Unos minutos después, la anciana que ejercía de partera abrió la puerta, y Violet se dio cuenta de que su esposo tenía intención de despedirse de su trabajador, al que ya había dado la enhorabuena después de que el robusto hombre se deshiciera en agradecimientos hacia su persona y también hacia ella, pero no tuvo oportunidad, debido a que la reciente madre pidió verlos.

Dentro encontraron un cuadro totalmente nuevo. La parturienta yacía peinada, aseada y sonriente, recostada sobre sábanas limpias, sosteniendo a su pequeño hijo en sus brazos, envuelto en una manta tejida color celeste. Y parecía brillar más que el sol que ya estaba cayendo.

—Su Excelencia, por favor déjeme expresarle mi eterna gratitud —comenzó la castaña, con tono dulce y emocionado.

—No es necesario, señora Robinson. Usted hizo todo el trabajo —desechó su esposo, deteniéndose lejos de la cama, con Violet a su lado.

Ella nunca había visto un bebé, ni mucho menos estado en una situación similar. Y a decir verdad, pocas veces había interactuado con niños. No era común tratar con ellos en su círculo social. Y solo lo había hecho con niños del pueblo cercano a su casa de campo, cuando salía a cabalgar o en ocasiones con los hijos de los criados. Pero nunca había tenido a un bebé en sus brazos. Por eso cuando Sarah la invitó a acercarse con su mano, ella lo hizo con duda y nerviosa recibió el pequeño bulto de mejillas sonrosadas.

—No sea humilde, milord. Si no fuese por usted, no podría haberlo hecho —decía la madre, mientras Violet sostenía al bebé y se quedaba prendida de sus rasgos de ángel. Era una preciosura diminuta. Un milagro de la vida, algo perfecto.

Emocionada, elevó la vista hacia su esposo, y lo encontró mirándola con el rostro lívido y los labios contraídos en una delgada línea. Algo se alertó en su interior y observó al duque con un gesto de interrogación, pero él solo la veía con mueca sombría y, antes de que ella pudiese reaccionar, se encontró abandonando la casa detrás del paso rápido del duque.

Riverdan estaba muy extraño. Ya Violet no tenía dudas; se estaba comportando de manera distante y fría con ella. Por lo menos durante el día ya no compartían momentos, no conversaban, ni paseaban, ni siquiera lo veía hasta la cena, que no siempre compartían juntos, pues a veces él encontraba alguna excusa, y ella terminaba haciendo a solas la comida. Por las noches todo cambiaba, él esperaba a que ella apagase las velas y estuviese recostada en su cama, y aparecía en su alcoba, y sin muchas palabras, la hacía suya. Eran instantes mágicos, únicos, increíbles y pasionales, pero nada más. Apenas concluían, el duque se levantaba como un resorte, le daba un último beso en la frente y se marchaba a sus aposentos. Al otro día la rutina se repetía.

Él la evitaba, y pasaba largas horas fuera de casa con los trabajadores, el resto del tiempo lo repartía encerrándose en su despacho con los libros de cuentas, o en el taller de costura, lo que intrigaba cada vez más a Violet y confirmaba que, como mínimo, los bocetos sí pertenecían a su esposo, porque había observado que después de abandonar la habitación, sus dedos estaban manchados con el carboncillo. Estaba desconcertada, y no solo por el misterioso cuarto de costura y la actividad que allí realizaba, sino por su comportamiento en general.

Algo que no sabía definir había cambiado en su matrimonio. Y lo cierto era que ella se sentía cada vez más apesadumbrada, y por qué no, utilizada. Su esposo parecía recordar su existencia solo por las noches, pero durante el día simplemente la ignoraba y rehuía. Violet se devanaba los sesos tratando de llegar a alguna conclusión, al motivo, razón o hecho que hubiera desencadenado tamaña afrenta. Pero nada venía a su mente. Pensaba que tal vez el duque estuviese molesto con ella por alguna acción o equivocación que pudiese haber cometido sin darse cuenta. Sin embargo, él no parecía enojado; la trataba con cordialidad y frío afecto.

Se estaba volviendo loca, y también impacientándose. Algo que no era bueno, pues si perdía la paciencia, podría cometer alguna de sus locuras y arruinar definitivamente su matrimonio. Violet no quería perder la complicidad, camaradería y amistad que se había formado entre Riverdan y ella. Extrañaba sus conversaciones, sus bromas, y simplemente ver a su marido.

Así que aquel día se levantó dispuesta a solucionar aquella extraña situación y recuperar la atención y afecto que sabía el duque aún sentía por ella. Estaba decidida a buscar a Riverdan y confrontarlo. Averiguar qué estaba sucediendo con él a como diera lugar. Y para eso, decidió que era mejor recurrir a otros métodos porque, considerando el carácter del duque, enfrentarlo podría ser contraproducente.

Entonces su humor mejoró después de días de estar ensombrecido; tenía una estrategia que sabía no podía fallar.

Seduciría al duque de Riverdan.

El plan estaba en marcha. Una nota de su puño y letra había sido enviada al duque, invitándolo a cenar con ella esa noche. Algo un poco ridículo, tener

que invitarle por escrito, pero dadas las circunstancias no tenía más opción si es que quería asegurarse de que su esposo no se saltara otra vez la última comida del día.

El comedor había sido decorado con flores, rosas rojas y blancas, algo no muy usual, pero eran las flores que más abundaban en el jardín, y a las que Riverdan siempre se quedaba mirando más tiempo cuando paseaban.

Había mandado a servir la comida anticipadamente, pues quería intimidad y no tener a los lacayos yendo y viniendo, por lo que cenarían platos que se ingerían fríos y el postre favorito de Riverdan también. Y había rebajado la luz de los candelabros. Aquello se le había ocurrido a último momento, pues no sabía si a plena iluminación sería capaz de seguir el plan.

Hubiese sido mejor hacer todo aquello en sus aposentos, pero no quería ser tan evidente, y además su esposo podría sospechar algo y dejarla plantada, puesto que si había alguien astuto y en extremo sagaz, ese era el duque.

Solo quedaba lo más importante para garantizar el éxito de su estratagema: ella misma.

Le tomó cerca de una hora decidirse por un atuendo para lucir en la cena. Su pobre doncella había tenido que armarse de paciencia, pues a ella nada le convenía, y prácticamente vaciaron el ropero y los baúles. Violet deseaba ponerse algo nuevo, algo que le hiciera sentirse devastadoramente bella, y sus vestidos no reunían esas características.

—Este modelo es muy hermoso, lady Violet —le dijo Anne poniendo en alto uno de sus atuendos color borgoña.

Violet lo examinó desanimada. Era de terciopelo, con una falda no muy amplia y cintura ajustada. El encaje del escote y los brazos se ceñía en el cuello y los codos y también cubrían la abertura de la espalda en forma de V invertida, hasta la altura de las costillas. Muy cerrado; el encaje dejaría traslucir su piel, pero de manera muy sutil y apenas perceptible. Suspiró, empezando a negar con su cabeza, pero una idea cruzó por su mente, y entusiasmada se quitó el montón de vestidos que la rodeaban, y se puso en pie para tomar el atuendo borgoña con los ojos iluminados.

—Trae unas tijeras—le pidió a la muchacha, concentrada en el modelo. Su doncella la miró con horror, y ella riendo insistió—: ¡vamos, Anne, rápido! Tengo una idea.

Una vez que la criada regresó con lo que le había pedido, le puso el vestido en los brazos y procedió a cortar todo el encaje hasta dejar un vestido abierto, ante la expresión estupefacta de la mujer.

Las campanadas del reloj que adornaba el salón principal dieron las siete, y fue la señal para que Violet se dirigiera al comedor. Inexplicablemente, estaba nerviosa. Lo que sucedía era que ella nunca había sentido la necesidad de mostrar sus atributos, de acentuar su feminidad o de hacer gala de sus encantos.

Mucho menos había tratado de comportarse seductora en su vida. Y podría ser que su plan tuviese allí un gran fallo, pues no sabía cómo hacerlo.

Violet no tenía problema en presumir de sus habilidades y jactarse de sus virtudes, el problema era que no le servían en aquel asunto, porque no le serían útiles sus cualidades de equitación, puntería o esgrima. Temía que haría el ridículo, pero ya no podía dar marcha atrás; estaba frente a las puertas cerradas del comedor, lo que indicaba que el duque ya se encontraba allí. Los lacayos le sonrieron y abrieron las puertas para ella dirigiéndole miradas disimuladas a su figura. Ella sonrió, pensando que al menos sí se veía atractiva, y les hizo una seña para que se retiraran, después de traspasar el umbral.

Su esposo estaba de pie junto a una de las ventanas, con la mirada fija en una rosa que sostenía entre sus dedos. Cuando oyó sus pasos, levantó la cabeza y se quedó viéndola demudado. Ella se ruborizó, para su pesar, cuando fue testigo de la reacción del duque, que cuadro la mandíbula, tragó saliva y dejó vagar sus ojos oscuros por toda su anatomía. Desde el recogido alto de su cabello, sus labios destacados con un bálsamo color cereza oscuro, su cuello adornado por una fina gargantilla de rubíes, el escote profundo que enseñaba sus senos; se detuvo ahí varios segundos y regresó su vista oscurecida hacia sus ojos.

—Vaya... —pronunció con voz ronca, acercándose a paso lento. Ella tembló un poco y tomó aire con dificultad. Su esposo se veía muy apuesto con un traje de tres piezas color verde oscuro y el cabello ébano bastante desordenado dándole un toque indómito. Él llegó a su altura y la sorprendió colocando la rosa en su oreja derecha—. Estás preciosa, demasiado, diría yo. La impresión casi puede conmigo. Recuerda que tengo mis años y, si no quieres matarme, la

próxima vez avísame que piensas deslumbrarme, para preparar con tiempo a mi corazón —siguió, y depositó un beso en sus manos enguantadas, añadiendo —.

Buenas noches, esposa.

—Buenas noches, milord —correspondió ella, ejecutando una reverencia, que le provocó una sonrisa a su marido.

—Que terca eres, mujer. No sé qué tendré que hacer para lograr que algún día me trates sin esa formalidad —se lamentó su esposo sin dejar de sonreír, tirando de ella hacia la mesa.

Violet no dijo nada, y se dejó llevar, sintiendo los nervios a flor de piel. Al menos ya tenía de nuevo la atención del duque, tenía que aprovechar y sacar a relucir sus artes de seducción, que debía sacar a la fuerza.

—Déjame decirte que estoy gratamente sorprendido. ¿Es tu aniversario? —preguntó Riverdan una vez que estuvieron sentados, examinando la estancia y volviendo a mirarla curioso, pues ella se había sentado junto a su costado izquierdo, y no el otro extremo de la mesa como dictaba el protocolo— El mío no es, cumplo años en el verano.

Violet se encogió de hombros y, sabiendo que su esposo no se perdía ninguno de sus movimientos, comenzó a quitarse con extrema lentitud sus guantes, sonriendo para sus adentros cuando por el rabillo del ojo vio que el duque dejaba caer la mandíbula, y sus cejas se elevaban por la sorpresa.

—No es el mío tampoco, cumplo en febrero. ¿Y usted cuántos años tiene, su Excelencia? —inquirió ella, quitando la tapa de acero que cubría la bandeja de pescado. Se inclinó hacia adelante todo lo que pudo, y sirvió un poco en el plato de su esposo, percibiendo el cambio brusco en la respiración del hombre. Añadió puré y ensalada, y se volvió a sentar, dedicándole una caída de párpados al duque.

Riverdan carraspeó, y aferró con fuerza sus cubiertos.

—Ya te dije que muchos más que tú, mocosa. Te diré cuántos el día que sienta que no te marcharás a ningún lugar, tras brazos más jóvenes —respondió con la voz un poco ahogada.

Violet negó y, tratando de que no se notase el temblor de sus manos, cortó un pequeño bocado de carne, y con extrema lentitud se lo llevo a los labios, demorándose en la acción de abrir la boca y morder la comida. No sabía qué

estaba haciendo, pero se estaba dejando llevar por el instinto, y la dirección en la que su esposo se quedaba observando con las pupilas oscurecidas.

La nuez de Adán de él se movió cuando Riverdan tragó repetidamente, con la boca al parecer seca, luego procedió a tomar su copa y beber el contenido de una vez. Comieron por unos minutos en silencio. Y cuando llegó el momento del postre, Violet contuvo la emoción por lo que vendría.

El rostro de su esposo se iluminó cuando los arándanos rojos quedaron a la vista. Ella tomó uno y se lo llevó a la boca, lamiendo la baya con deleite, sin apartar la mirada de las pupilas oscuras del duque, que tragó la suya con dificultad. El jugo de la fruta mojó sus comisuras y su barbilla, ella lo secó con un dedo, y procedió a limpiar los restos de su índice con los labios.

—Maldita sea... —explotó de repente Riverdan, y se levantó abruptamente, mirándola enardecido.

Violet soltó la fruta, algo sorprendida por su reacción impetuosa, y antes de que pudiese alcanzar una servilleta para limpiarse, se vio izada como si se tratase de una muñeca, y sentada sobre la mesa.

—¿Qué clase de juego es este, mujer? —le reprochó su esposo, aferrando su barbilla para que no pudiese evitar enfrentarle—. Si te proponías volverme loco de deseo, te tengo una noticia —continuó con un gruñido bajo y ronco, tomando la rosa y procediendo a acariciar con sus pétalos el cuello de ella, hasta tocar el nacimiento de sus senos que se elevaban con cada respiración agitada—: lo has logrado con creces. Estoy ardiendo en deseos de poseerte, y nada me detendrá, te haré mía ya mismo.

Ella quiso protestar, porque la servidumbre podría decidir entrar en cualquier momento. Pero la boca impetuosa de su esposo abordó la suya con desbordante fogosidad, impidiéndole emitir una palabra.

El duque la besó con abrasadora lentitud, sumergiéndose en las profundidades de su cavidad y arrasando todo a su paso, hasta que ella se sintió mareada y solo pudo atinar a corresponder su ardor y aferrarse a su cuello en busca de más contacto. Las manos de Riverdan no tardaron en abarcar cada fragmento de su torso y, tras crisparse en su espalda, acariciando su piel desnuda con hambre, ella sintió un fuerte sonido de desgarramiento, y la tela del vestido cayendo desecha en sus caderas. Un gemido de aturdimiento escapó de su garganta al tiempo que su marido rompía el beso y procedía a

besar cada porción de piel a la vista, arrancándole jadeos y gemidos necesitados.

—Preciosa, única —le susurraba el duque enfebrecido lamiendo su pecho, mientras sus manos ya se aferraban a sus caderas desnudas, y la acercaban contra si para entrar en ella plenamente y llevarla a la locura—. Mi hechicera, mi demonio particular.

Más tarde, ambos yacían somnolientos y relajados dentro de una bañera, en el cuarto que comunicaba con las dos habitaciones correspondientes a cada uno de ellos, que Violet había descubierto que estaba tras la tercera puerta misteriosa.

Era un cuarto de baño que contenía una enorme bañera de acero y mármol, conectada a unos grifos que mantenían el agua caliente. Además de un biombo y un mueble que contenía esencias, sales, jabones y un estante con toallas y batas.

Era algo increíble y novedoso para Violet, que nunca había usado una de esas bañeras, ya que en su familia utilizaban a los criados para subir recipientes con agua caliente a su cuarto, donde colocaban frente a la chimenea una bañera cada vez que deseaban bañarse el cuerpo entero. Pero aquello era un lujo, y algo poco usual todavía entre la nobleza.

Riverdan estaba sentado con la espalda apoyada contra el mármol, y ella apoyada en su pecho de espaldas a él. El duque le aclaraba el cabello con el agua, mientras ella suspiraba. Estaba tan a gusto que por poco olvidó su intención de saber el motivo de la actitud esquiva de su esposo en los últimos días. Pero el hecho de que Riverdan se hubiese negado a quitarse la camisa y que se metiese en la tina con ella puesta la hizo poner en alerta nuevamente.

Estaba cayendo en la cuenta de que en realidad nunca había visto al hombre desnudo con claridad. Siempre que tenían intimidad estaban a oscuras o con poca iluminación, y él se mantenía frente a ella, no le daba la espalda, ni le permitía que ella le acariciara el torso demasiado.

Otro misterio que sumar a su intrigante esposo y más para agregar a sus sospechas. No obstante, había sido tan perfecto el momento en el comedor y lo posterior que contradictoriamente se debatía entre sacar o no a colación sus dudas y preguntas, por temor a arruinar el ambiente.

—Deberíamos salir, querida, el agua ya se enfrió —le dijo Riverdan tras

depositar un beso lánguido en su nuca.

Violet asintió, removiéndose sobre él y decidiendo que dejaría el interrogatorio para cuando estuviesen secos.

—De acuerdo. Le traeré una toalla.

Temblando, salió y se envolvió en la tela, acercándose luego a él, que ya estaba en pie y chorreaba agua. Tratando de no quedarse observando su pelvis y sus piernas desnudas le tendió la toalla, que él aceptó y usó para rodear sus caderas.

—Hoy fui a visitar a la señora Robinson y al pequeño —le contó, más para llenar el silencio que otra cosa, mientras ambos secaban sus cabellos cerca de la chimenea encendida del cuarto de Violet—. El bebé es un encanto. Y la mujer dijo que han decidido bautizar al niño con su nombre, milord. Están muy agradecidos con usted, y la madre no dejó de deshacerse en elogios por su colaboración —relató sonriente.

El duque no contestó, desapareció un momento en su cuarto, reapareció luciendo una bata gruesa color gris y se acercó a la mesa que sostenía la jarra de agua para servirse un vaso.

Violet siguió pasando el cepillo por su cabello húmedo, estudiando el perfil serio del duque, y un poco tímida acotó:

—Hablando de eso, no me ha dicho si preferiría llamar a su hijo, en caso de que concibiésemos un varón primero, también con su nombre o tal vez el de su padre. Debe estar ansioso por tener ya un heredero, debido a su avanzada edad —bromeó, pero su sonrisa no tardó en borrarse, para ser reemplazada por una mueca de extrañeza.

El silencio fue abrumador y, peor aún, la transformación que experimentó la cara de su esposo. Estaba pálido.

—No habrá ningún heredero, Violet —dijo con calma, soltando el vaso sobre la mesilla para volverse completamente hacia ella.

—¿Cómo? Yo... No le comprendo... —inquirió confundida, paralizando sus movimientos.

—Lo que oíste, no concebiremos hijos —repitió con tono tenso, sosteniendo su mirada perpleja.

—Pero... pero... es decir, usted... me ha visitado en mi lecho a diario... —balbuceó Violet, desorientada y consternada. No comprendía lo que su esposo

quería decir. Se suponía que si él hacía el acto sexual con ella, su vientre podría concebir un hijo producto de ello. Eso era lo que le habían enseñado—. Ya podría... quiero decir, yo ya podría estar encinta —terminó sonrojada.

Riverdan se llevó las manos a la cara y suspiro frustrado, desconcertándola más todavía. ¿Qué le sucedía? ¿Acaso estaba arrepentido de haberse casado con ella, o de lo que habían hecho repetidas veces? No tenía sentido.

—No —zanjó el duque, bajando sus brazos para verla con su mirada apagada y los dientes apretados—. No estás embarazada, ni lo estarás. Yo no he depositado mi simiente en tu interior, Violet, y por eso no es posible que concibas.

Ella contuvo un jadeo, cayendo en la cuenta de que aquel líquido que siempre debía limpiarse era la simiente de su esposo... sus hijos.

—Pero... pero por qué... no lo entiendo —pronunció desencajada.

—Está más que claro, esposa. No quiero tener hijos, no deseo tener descendencia. Y no la tendré. —Sentenció en tono duro—. Buenas noches, descansa. Mañana, antes del mediodía, partiremos hacia Gloucester. —Y sin más, dio media vuelta y abandonó la habitación.

CAPÍTULO 18

*Dije de la risa: es locura; y del placer:
¿Qué logra esto?*

Eclesiastés 2:2

El viaje hacia Gloucester fue tenso y olvidable para Violet.

Su esposo intentó entablar conversación con ella en repetidas oportunidades, sacando a colación algún tema banal o broma casual, pero en cada una de ellas se encontró con una nula respuesta de parte de ella, que se limitó a hablar lo indispensable y corresponder con algún que otro monosílabo.

Sin embargo, su comportamiento no pasó de ser meramente cordial, ya que no quería demostrarle a su esposo lo que en realidad pasaba puertas adentro de su corazón. Ya bastante había hecho el ridículo.

No iba a negar lo innegable: lo sucedido la noche anterior le había afectado considerablemente. Y no solo por el hecho de haberse enterado de tan mal modo que su esposo no estaba dispuesto a concebir hijos, sino porque se sentía utilizada y engañada, aparte de tonta, por haberse inventado sueños de amor en su cabeza, que hasta antes de Riverdan, siempre había sido cuerda y cabal.

No sabía en qué momento, pero había sucedido: su peor temor se había vuelto realidad. Tenía sentimientos por Ethan Withe y, conociendo lo que albergaba el alma de su esposo, se sentía profundamente dolida, decepcionada y traicionada.

En el fondo, sabía que no era justo su sentir, pues el duque jamás le había hecho promesa alguna, ni regalado los oídos con falsos juramentos de amor.

Pero su parte irracional y sensible, que estaba descubriendo que después de todo sí tenía, se negaba a darle esa concesión, y le estaba guardando un importante rencor en ese momento.

Estaba de acuerdo en que, para hacer honor a la verdad, ella no deseaba ni un esposo ni mucho menos una familia hasta hacía escasas semanas; no obstante, en algún momento entre el primer beso que Riverdan le había dado y el día en el que ayudaron a la parturienta, sus expectativas de la vida habían mutado, cambiado, transformado. Ya no tenía los mismos anhelos de llevar una existencia libre y relajada con sus caballos; no se conformaba con imaginar un futuro en el que solo la soledad sería su compañera y en el que se consolaría con mimar a sus sobrinos, porque ella también había cambiado; ella no era la misma. Ella se había enamorado.

Por esas razones, su ánimo no podía estar más caído, y era inevitable caer en pensamientos derrotistas y de desengaño. El duque jamás le había dado a entender que deseaba una vida a su lado, una gran familia, pero ella había dado por sentado que los hijos vendrían con su unión y con la intimidad, aunque mantuvieran un matrimonio de conveniencia. Después de todo, era lo que hacían la mayoría de los matrimonios de la nobleza. No comprendía los motivos que podría albergar su esposo para negarse de manera tan rotunda a tener descendencia, pero estaba decidida a averiguarlo.

Riverdan estaba muy equivocado si pensaba que ella se quedaría conforme con solo una negativa intransigente. Ella no era una mujer a la que se le podía imponer absolutamente nada. Siempre había sido ama de su destino y, por más enamorada que estuviese, así seguiría. No viviría en amargura y frustración solo porque su esposo lo había decidido así, sin tenerla a ella para nada en cuenta, ni consideración.

Era consciente de que, al aceptar llevar el apellido de un hombre, de inmediato se volvía de su propiedad y no tenía voz ni voto en ningún ámbito, y que si un marido se negaba a embarazarse a su mujer, esta nada podía hacer, ni siquiera podía reprochar. Pero a ella no le interesaban las normas sociales, o legales; estaba dispuesta a luchar por su felicidad y por la de su esposo, pues algo en su corazón le decía que Riverdan tenía una buena razón para estar tan cerrado a formar una familia con ella, y que aquello que le impedía llevar una vida plena era una prisión que solo le acarrearía tormento y desolación.

Violet lo liberaría, pelearía hasta caer muerta si era necesario. Porque el hombre con el que se había casado en un principio obligada lo merecía; era merecedor de un sacrificio de amor, y de muchos más.

La propiedad de retiro de la familia White era una enorme edificación de piedra caliza y vistosos tejados. Contaba con cuatro jardines, dos invernaderos, seis terrazas, cuatro pisos, dos caballerizas, un extenso parque rodeado de vegetación y una gran laguna. Era majestuosa, y dejó a Violet sin aliento. Su humor mejoró considerablemente cuando, ya en el ocaso, sintió al carruaje aminorar la marcha y por la ventana pudo ver a una mujer aguardando junto a las puertas de roble abiertas.

Los lacayos se apresuraron a extender la escalera y abrieron la puerta del coche. El duque descendió primero y se volvió hacia ella para asistirle en el descenso, con una expresión sería en su anguloso rostro. Al parecer no estaba tan a gusto llegando al hogar de su infancia. Ella caminó aferrada al brazo de él y observó a la dama que aguardaba en el pórtico, con mueca afable y una sonrisa de bienvenida.

Se trataba de la hermana menor de su esposo, con la que había coincidido en bailes y acontecimientos sociales, pues ambas habían sido presentadas en sociedad aquel año y se habían saludado brevemente durante la ceremonia nupcial. Era una mujer delgada aunque algo ancha de caderas, bastante más baja que Violet. Sus rasgos óseos eran delicados y suaves, su cabello rizado y abundante de un color castaño claro, y sus ojos verdes jade. Era bonita pero de una manera serena y sutil.

—Bienvenidos. Ethan, estoy feliz de tenerte aquí, y a usted, su Excelencia, también, por supuesto. Espero esté a gusto —les dijo con alegría genuina, aceptando el breve abrazo que su esposo le dio, y haciéndole una reverencia a ella.

—Gracias, estoy también emocionada de conocer su hogar. Por favor, llámame Violet, somos casi de la misma edad —le dijo ella, adelantándose un paso y tomando la mano de su cuñada.

La joven abrió un poco los ojos, al parecer sorprendía por su desparpajo; miró de reojo a su hermano y luego regresó la vista a ella.

—En ese caso, tú puedes llamarme Blair. Estaré encantada de prescindir de los formalismos. Aunque dudo que tengamos la misma edad, yo tengo varios

más, querida —contestó con la mirada iluminada la castaña, y ante la mueca de desconcierto que Violet esbozaba, acotó—: fui presentada en sociedad con retraso por diversas razones; es una larga historia. Pero entren, ya está comenzando a refrescar.

El mayordomo, que aguardaba pacientemente del otro lado del umbral, los recibió servicial. Dio una cálida bienvenida a su señor, y les felicitó por sus recientes nupcias, presentándole a ella al personal de la casa que también estaba presente. Era un hombre enjuto, de escaso cabello y postura imponente, en el que destacaba una mirada inteligente y sabía.

—¿Y madre? —interrogó Riverdan una vez estuvieron sentados en los sillones de un amplio salón de visitas.

El rostro de Blair se crispó y, tomándose un momento para depositar la taza de té en el platillo, desvió la vista y contestó—: pidió que no la molestaran, tiene una jaqueca.

La información no causó en el duque la reacción que cabría esperar. En lugar de parecer preocupado, su esposo negó con la cabeza y apretó los labios en una fina línea. Blair regresó la vista a su hermano y, tras intercambiar una mirada con él que Violet no supo descifrar, suspiró y les informó de la distribución que había establecido para su instalación en la casa.

Estaba claro que la que ejercía de señora de la casa no era su suegra, sino su cuñada, lo que no era usual y solo provocaba más curiosidad en Violet. Blair les dijo que los aposentos que correspondían a los duques ya habían sido preparados previamente a su llegada, y solo debían subir e instalarse. Ellos asintieron y subieron al segundo piso, que era donde se encontraban las habitaciones principales.

Ellos ocuparían el ala oeste de la mansión, la cual, al igual que el resto de la casa, estaba decorada con alfombras Axminster color verde, gris y crudo.

Intricados tapices en las paredes, cortinas de pesado terciopelo gris, muebles de cerezo, cuadros y obras de arte diversas, jarrones chinos, piezas de cristal y marcos de puertas de oro. El cuarto de la duquesa era más grande que el de Surrey y estaba revestido en colores obispo, blanco y plateado. El mobiliario era blanco, y las vistas daban a las terrazas traseras. Era una preciosidad; destilaba elegancia como toda aquella mansión. Lo único que decepcionaba era que allí no había cuarto de baño, a juzgar por la única puerta

que debía comunicar al interior de la habitación del duque.

Después de disfrutar de una cena en compañía de su cuñada y de su esposo, lo que no dejó de llamarle la atención, Violet se disculpó con los hermanos y, comunicando que deseaba descansar, se retiró. Estaba más que agotada por el largo viaje y decidida a dormir todas las horas que su cabeza sobrecargada le permitiese.

Anne había viajado con ellos y el ayuda de cámara de su esposo, que era un hombre intimidante que jamás podría pasar por un criado común, pues su presencia férrea y aguerrida, delataba un pasado militar. Y cuando abrió la puerta de la alcoba, la halló esperándola para asistirle con el vestido y su camisón. Una hora más tarde se hallaba ya recostada dormitando, cuando oyó que la manija de la puerta interior de la alcoba estaba siendo movida.

De inmediato se sentó y esperó con una sonrisa perversa a que su marido cayese en la cuenta de lo que estaba pasando.

—Violet, ¿estás despierta? La puerta está con llave. —Se escuchó la voz amortiguada de Riverdan. Ella se rio para sus adentros y guardó silencio—.

Violet, ¿me escuchas? Sé que estás despierta, puedo ver que no has apagado las velas; te has olvidado de quitar el cerrojo —insistió él con notoria impaciencia—. Abre.

Ella negó con su cabeza, y se sobresaltó por los repentinos golpes que los nudillos de su esposo dieron a la puerta. El hombre era insistente, así que tendría que darle una contestación, si quería que se detuviera.

Sin prisas bajó del colchón, y se acercó a la puerta. Pegó la cara a la madera y en voz alta y tono ecuánime le respondió:

—No abriré, milord, no he olvidado nada. Simplemente no deseo compañía esta noche.

Un silencio siguió a sus palabras. Ella reprimió la risa.

—¿No quieres que visite tu cama? —interrogó con incredulidad patente su esposo.

—No, milord, no me apetece, pero gracias. Está noche no deseo concederle mis favores. Cuando sienta la necesidad, se lo haré saber. Buenas noches —se despidió ella, aparentando desinterés y aburrimiento, apretando sus dedos contra sus labios para impedir que la risa la delatara.

Otro denso silencio recibió a su afirmación. Se oyeron maldiciones

sofocadas y al duque carraspear.

—Muy bien, a pesar de que estoy en mi derecho de exigir que me des lugar en tu lecho, no te impondré mis favores, como los llamaste —dijo después de unos segundos, en tono irónico—. Te veré en una semana, ya que como te había anticipado, debo seguir viaje a Londres. Estaré de regreso antes de Nochebuena.

Hasta entonces, mocosa, que tu orgullo te sirva de cobija.

Violet emitió una exclamación ofendida y, mordiéndose los labios, reprimió el impulso de llamarlo y ceder a la necesidad que su cuerpo y su corazón sentían por el duque. Debía ser fuerte y seguir con el plan que había trazado. Averiguaría qué escondía su marido para ayudarlo a librarse de sus fantasmas.

Su matrimonio, su futuro y la felicidad de ambos estaban en juego y dependían del éxito de su nueva misión.

A la mañana siguiente, Violet decidió madrugar para poder comenzar con su misión cuanto antes. Su doncella la ayudó a colocarse su traje de montar color gris pardo y, como no quería asustar a su recién adquirida familia política, le pidió que también preparase su sombrero de terciopelo y le recogiera el cabello en un moño ajustado.

Animada, tomó el sombrero y la fusta de mano de Anne y bajó rumbo al comedor. Desde el vestíbulo, donde fue cruzándose con algunos criados a los que saludó con una inclinación de cabeza, le llegó el agradable aroma de café y pan recién horneado. Dentro del salón, estaba ya sentada en la mesa su cuñada, comiendo con el periódico extendido y la vista fija en el papel. No había rastros de su esposo, por lo que Violet presumió que había partido hacia la ciudad seguramente al alba. Se sentía extraña pensando en que el duque no estaba bajo su mismo techo, pues se había acostumbrado asombrosamente rápido a tener al hombre cerca. Su cuñada levantó la cabeza al notar su presencia, sonrió gentilmente y dobló el periódico, invitándola a sentarse con un ademán.

—Buenos días, Violet. No te esperaba tan temprano —le dijo algo sorprendida.

—Me gusta madrugar. En mi hogar siempre era la única en hacerlo. Mi hermano es un dormilón, mis hermanas también, y a mí me encanta levantarme temprano para poder salir antes de que el sol esté en su apogeo —contestó

ecuánime.

—Vaya, no puedo negar que me sorprende, pero me alegra también, ya que siempre hago las comidas en solitario, y ahora tendré con quien conversar. — Blair la estudio con curiosidad, y cuando el lacayo se acercó, le preguntó—: ¿té o café?

—Café, gracias —respondió Violet, aceptando la taza que le habían servido—. ¿Puedo preguntarte por qué te sorprendes? —siguió, mirando con detenimiento el rostro pequeño de la castaña. Sus gestos eran dulces y femeninos, pero su mirada despierta y astuta.

—Bueno, ¿cómo explicarlo? —empezó Blair, depositando su taza en el platillo y sonriendo con gesto pensativo—. Verás, me gusta observar a la gente, así en general, estudiar sus expresiones y el modo de proceder más allá de lo que dicen, formar una opinión de cómo podría ser la naturaleza de su carácter y personalidad. A ti te había visto varias veces, y me había hecho una idea de otra clase de mujer.

Violet escuchó atentamente, y se asombró de sus palabras. Puesto que ella, por su parte, no recordaba haberse cruzado con la joven más que un par de veces.

Pero al parecer Blair sí que la había visto a ella.

—No te sientas mal, suelo pasar desapercibida; es un arte que se adquiere cuando las personas te menosprecian o rechazan repetidamente, sobre todo cuando se quiere evitar burlas o comentarios malintencionados —le aclaró Blair, con tono desenfadado, removiéndose en su asiento para enseñarle a medias su pierna colocada en un banquillo, que debía cumplir la función de mantener su extremidad extendida para evitar el agarrotamiento.

Violet tragó el pedazo de pan que se había llevado a la boca y carraspeó algo incómoda. Por un lado le encantaba encontrar a una persona que hablase con tanta franqueza como lo hacía ella misma, pero por otra parte no sabía qué responder a ese comentario, si debía intentar consolarla o animarle. Por supuesto preguntarle qué le había sucedido y por el origen de su marcada cojera, estaba descartado.

—No te preocupes, ya no me siento mal por eso; por el contrario, he aprendido mucho desde el rincón, mirando a los demás interactuar.

Se encogió de hombros.

Violet asintió, y tras vaciar su taza, apoyó su barbilla en su mano, y miró a su cuñada más interesada.

—¿Y qué clase de mujer pensabas que era? —preguntó, elevando sus cejas.

Blair se reclinó un poco en su silla y la miró con picardía.

—Creí que eras una beldad, una dama sofisticada de ciudad. Ese tipo de mujer que no mueve un dedo y disfruta de los divertimentos de la clase noble. Pero ya veo que me he equivocado mucho con mis conjeturas —respondió frunciendo un poco el ceño. Sus ojos verdes relampaguearon cuando añadió —. Ahora entiendo por qué mi hermano está tan loco por ti, lo debes haber desconcertado tanto como a mí, algo que es en exceso difícil, pues Ethan es tan observador como yo y rara vez yerra a la hora de juzgar a las personas.

Violet se ruborizó, y no pudo evitar sentir un ramalazo de emoción ante la mención de que el duque pudiese sentirse así con respecto a ella.

—Yo... —vaciló cuando se percató de que estaba sonriendo como boba—. No soy para nada así, todo lo contrario. Padecí cada velada de mi presentación en sociedad. No me interesa la cháchara social, no tengo nada en común con las damitas que por ahí pululan. Ni siquiera me gusta bailar, y menos pasar horas acicalándome. Lo único que disfruto es estar con mis caballos, a los que espero poder trasladar una vez nos hayamos establecido con tu hermano en alguna residencia. Estoy rogando por que sea en alguna alejada de la ciudad, el encierro me agobia y el aire contaminado me descompone.

—Ethan viaja mucho, y no se queda en un lugar demasiado tiempo, pero pasa mayor tiempo en Surrey o en la casa de Londres —le informó.

—Entonces espero que decida instalarse en Surrey; me gustó mucho la mansión y el personal. Estaría feliz de instalarme allí todo el año. Las cuadras son un lujo para mis ejemplares, y hay muchísimo terreno. —Se entusiasmó Violet.

Blair la escuchó encantada. Hicieron una pausa, en la que los lacayos levantaron los restos del desayuno, y luego su cuñada le dirigió una mirada suspicaz e inquirió:

—Ya entiendo, entonces, ¿el apodo por el que te llamaban en los chismorreos no se debe a todos los corazones masculinos que rompías?

Violet soltó una carcajada y negó con la cabeza, muy divertida:

—Claro que no, si me llamaban «Demonio Hamilton» es por los egos que lastimé, más bien. No soportaba la falsedad de muchas mujeres, y menos a los caballeros pagados de sí mismos. Y bueno... no dudaba en dejárselos en claro — respondió risueña.

Blair también rio y abrió la boca para seguir la conversación, pero el ruido de un fuerte estruendo la interrumpió, seguido de unos gritos que parecían provenir del piso superior. Su rostro entró en tensión, y trató de levantarse con torpeza, haciendo una mueca de dolor cuando bajo la pierna del taburete con prisas.

—Lo siento, por favor, discúlpame —le dijo consternada, y tomando un bastón que estaba apoyado en una silla, abandonó cojeando el comedor.

Violet se quedó allí, desconcertada y alarmada, y sin pensar se puso en pie y siguió a Blair despacio, para evitar que se percatara de su presencia.

Su cuñada subió la escalera del vestíbulo con algo de dificultad, y una vez que llegó al rellano, se dirigió hacia el ala opuesta de la que ocupaban Riverdan y ella. Transito varios pasillos, acelerando el paso todo lo que su cojera le permitía, hasta detenerse en una puerta entreabierta y abrir precipitadamente, desapareciendo en el interior. A medida que se habían acercado aumentaban los gritos, alaridos y el llanto de una mujer, y ella se asomó con cautela, y miró por un costado de la puerta.

La habitación estaba en la semioscuridad, la luz matinal se asomaba apenas entre las cortinas cerradas. Blair estaba junto a otra mujer que, por la vestimenta era parte del servicio, tratando de calmar a la persona que se retorció sollozando sobre el colchón de la gran cama de dosel, sábanas y cortinas plateadas. Entre su cuñada y la que debía ser una enfermera, lograron calmar a la mujer mayor lo suficiente como para poder suministrarle un líquido que debía ser láudano y esta, después de resistirse y temblar unos segundos más, cayó rendida en el colchón, quedando inmóvil.

Violet no podía vislumbrar algún rasgo de su cara, pues la escasa iluminación no le permitía ver más allá de sus cabellos claros enredados y un camisón blanco, pero dedujo que se trataría de la duquesa viuda, teniendo en cuenta la opulencia del cuarto, y la manera cariñosa en la que Blair acomodó su cabello y la arropó sin dejar de susurrarle.

Impresionada, retrocedió, y con sigilo se retiró.

Al parecer su suegra padecía algún trastorno. No creía que fuese alguna enfermedad en su cuerpo, ya que en la boda lady Riverdan le había parecido una persona sana, más allá de su palidez y ojeras bastante pronunciadas. Debía tratarse de algún mal que afectaba su estado de ánimo y humores o algún padecimiento que la hacía tener terribles pesadillas y que repercutía en sus fuerzas para salir de la cama. Ella reconocía esos síntomas porque tanto Rosie como su madre padecían algo similar.

Pensativa, regresó al comedor para tomar su sombrero y la fusta. Salió de la casa y enfiló hacia donde había visto desde las ventanas se encontraban las cuadras.

Comprendía las razones por las que la duquesa no hacía vida social en la temporada ni se había presentado para darles la bienvenida. Estaba segura de que podía servir de ayuda a la madre de su esposo. Tenía experiencia en esas situaciones, pero no sabía cómo hacerle saber a su cuñada sin parecer una entrometida. Además, tenía pendiente descubrir todo lo que pudiese acerca de su marido, y la duquesa podía serle de gran utilidad a su vez.

Varias ideas pululaban por su mente, y después de pasar la mañana cabalgando y de almorzar bajo un árbol, regresó a la mansión, subió al segundo piso y, tras mirar en rededor, abrió la puerta del cuarto de su suegra con cautela.

La figura de la mujer seguía recostada, dormía bocarriba. Violet se acercó lentamente, y tras echar una mirada a la estancia, que en ese momento estaba iluminada parcialmente, dejando entrar una leve brisa por una de las ventanas, se quedó sorprendida al ver en un rincón una antigua máquina de coser. Curiosa, se acercó y tocó con los dedos la máquina. Se notaba que no había sido usada en mucho tiempo, pero que era de gran valor.

—Pertenece a mi madre —dijo de repente una voz algo áspera.

Ella se sobresaltó y se volvió hacia la cama. Lady Riverdan estaba con los ojos abiertos, fijos en ella. El parecido con Blair era asombroso. La dama le había heredado todos sus genes a su hija, pero no al duque, que debía ser el retrato de su difunto padre.

—Yo... lo siento, milady. No quería irrumpir así en su alcoba, pero vi la puerta entreabierta y...

—No te preocupes, me alegra poder conversar con la mujer que logró

conquistar el corazón de mi hijo —desechó la mujer, incorporándose un poco en la cama, y prorrumpiendo en un ataque de tos intenso.

Ella olvidó su consternación y se apresuró a acercarse a la cómoda que estaba junto a la cama; sirvió en un vaso un poco de agua, para luego alcanzárselo a la mujer, que lo aceptó agradecida y bebió temblorosa y bastante debilitada.

—Debo confesarle que no creí que mi hijo fuese a sentar cabeza. Ya me había resignado, de hecho, y de repente Ethan apareció con la noticia de que se casaba en dos días —le comentó la mujer después de una breve pausa—. Fue una sorpresa y una alegría saber que por fin mi hijo se había rendido ante el amor.

No es que él me lo dijese con esas palabras, pero una madre sabe percibir esas cosas y además era la única manera en la que Ethan hubiese decidido renunciar a su férrea intención de permanecer soltero.

Violet se atragantó con su saliva y se aclaró la garganta para decir:

—Lady Riverdan, me alegra al fin poder conversar con usted; puede hablarme de tú, si le apetece. Pero debe saber que su hijo no siente nada parecido. Él, es decir, nuestro matrimonio fue un acuerdo; nos casamos para evitar un escándalo, y nada más. Créame que su hijo no estaba nada contento con la situación y, aunque nos terminamos por llevar bien, no hay sentimientos de su parte involucrados.

La duquesa la miró con ternura y, tras hacerle una seña para que se sentara junto a ella, respondió:

—Has dicho: «por su parte». Lo que quiere decir que por tu lado sí hay afecto hacia mi hijo. —Violet se sonrojó por el desliz que había cometido, y quiso negarlo, pero no lo hizo porque ya se había puesto en evidencia—. Mire, querida, sé que el duque puede mostrarse un poco duro e inaccesible más allá de su cortesía, pero hay algo que debes tener muy presente: si mi hijo se casó contigo, es porque él así lo quiso, porque te quería a su lado, y no por ninguna obligación social. Mi hijo no es un hombre al que se le pueda obligar a hacer nada que no desee. Y al margen de aquello, solo fue cuestión de ver cómo te miraba en la boda para saber, sin ningún atisbo de duda, que es un hombre enamorado. Ethan te ama, querida, tanto que rompió un juramento hecho hace más de veinte años, lo suficiente como para olvidar que se suponía que jamás

se casaría.

Violet contuvo el aliento y sintió su pecho arder. Necesitaba saber más, para así poder desentrañar el misterio que significaba el duque de Riverdan.

CAPÍTULO 19

*Dirigí mi corazón a conocer,
a investigar y a buscar la sabiduría y la razón,
y a reconocer la maldad de la insensatez
y la necedad de la locura.*

Eclesiastés 7:25

Lady Rachel, como la madre de su esposo le pidió que la llamase, resultó ser una persona repleta de sabiduría y anécdotas. Violet pasaba las tardes a su lado, viéndola tejer y conversando.

A veces se les sumaba Blair, pero no a diario, pues era evidente que algo no fluía del todo en la relación entre ellas, pues la duquesa viuda perdía su faceta elocuente cuando Blair aparecía, y su estado de ánimo decaía, tornándose taciturno y melancólico.

Por Blair y la señora Collins, la enfermera de la dama, Violet supo que lady Rachel no solía aventurarse fuera de la casa y pasaba los días encerrada en sus aposentos, a veces en completa oscuridad. No podía dormir sin ser medicada, pues sufría de espantosas pesadillas. Pero Violet le propuso día tras día salir a tomar un poco de aire, hasta que una tarde la mujer la sorprendió aceptando.

Mientras bajaban, no pasó desapercibida la reacción del personal, que miraban asombrados a su señora, vestida elegantemente y con una leve sonrisa adornando su rostro delgado.

A partir de allí, paseaban a menudo, y lady Rachel no se reprimía ya a la hora de soltar alguna confidencia ni caía en aquellos silencios prolongados.

—Hacía años que no me aventuraba por esta zona de la propiedad. Todo está igual... —suspiró la mujer, deteniendo sus pasos junto a un enorme y antiguo Nogal. Su mano enguantada se posó sobre el recio tronco y, esbozando una sonrisa melancólica, miró a Violet, que estaba observándola un poco alejada —.

Hubo un tiempo en el que fui muy feliz en este lugar, donde me sentía a salvo y plena.

Violet estudió las facciones algo demacradas y las canas que salpicaban sus cabellos claros en las sienes, debajo de la papalina color durazno. Se debatió entre hacer o no la pregunta que constantemente había tenido en la punta de la lengua cada vez que su suegra mencionaba algo del pasado, de sus vidas antes de que aquella familia que formaban la duquesa y sus hijos se convirtiera en una unión fragmentada: tres componentes tan distanciados como conectados, unidos pero aislados unos de otros, separados por palabras que callaban, que pretendían olvidar para hacer de cuenta que jamás existieron.

Se acercó un paso, y cogiendo valor murmuró:

—¿Qué cambió aquello? —La duquesa viuda se paralizó y, desviando la vista, retiró su mano del tronco para abrazarse a sí misma con la cabeza gacha —. ¿Qué ocasionó que dejase de sentirse así?

Rachel no respondió de inmediato; giró sobre sus pies y sin decir nada se encaminó hacia un banco de piedra que estaba a corta distancia. Ella la siguió con cautela y se sentó a su lado, escrutando los rasgos que miraban hacia el frente; sus manos apretadas en su regazo temblaron cuando inhaló aire con fuerza y dijo:

—Creo que la pregunta correcta sería quién, no qué. —Una mueca amarga apareció en su cara, y su voz se tiñó de aspereza—. Cuando me casé, lo hice muy enamorada. Yo me sentía afortunada de que un hombre como Bernard Withe, maduro, respetado, honorable, importante, poderoso y muy apuesto se hubiese fijado en mí, una simple señorita de campo, la hija de un granjero sin un céntimo, hijo tercero de un barón. No entendía qué había visto un caballero de su rango y posición en una joven casi plebeya. Pero no se me cruzó por la mente rechazar semejante oportunidad; me sentí bendecida.

—Los primeros años de casados no vi mucho a mi esposo; él viajaba constantemente, ocupándose de los asuntos del ducado. Aunque pasaba el

tiempo suficiente aquí, y cuando lo hacía, visitaba mi lecho a diario. Quería tener un heredero con ahínco; era como una obsesión para él. El problema era que yo no concebía, y luego perdí tres criaturas, simplemente despertaba y las sábanas estaban empapadas en sangre. Bernard, que de por sí tenía un genio irascible — algo que descubrí cuando, después de tres años de casados, perdí mi primer bebé y él me culpó de inmediato y me arrió una bofetada—, comenzó a beber con más frecuencia y a volverse más agresivo. Por fortuna logré quedar encinta de Ethan, y durante ese tiempo, después del nacimiento del niño, él pareció volver a ser ese hombre caballeroso que me había conquistado; se lo veía radiante y apegado al pequeño. Pero eso no duró lo suficiente. Cuando quedé encinta de nuevo él esperaba tener otro niño, decía que debía asegurar su legado, y que un varón no alcanzaría, mas aquella vez di a luz a una niña, que además no estaba fuerte, sino que parecía un pequeño bulto poco desarrollado. Él la detestó desde el primer instante en que la vio. A medida que la niña crecía, él la despreciaba más. Como ella, al contrario de Ethan, que era su vivo retrato, no se parecía en nada a él, empezó a desvariar, y cada vez que se emborrachaba despotricaba diciendo que ese engendro débil no era de él, que no llevaba su sangre. Sus desvaríos fueron mutando y llegó a la conclusión de que yo lo había engañado y que Blair era fruto de una aventura, resultado de mi inmoralidad.

»La primera paliza que me dio fue cuando Ethan cumplía su octavo aniversario, y Blair solo tenía un año. Ellos presenciaron todo, por más que le supliqué que permitiese a la niñera retirarlos. Cada vez que bebía, su ira se descontrolaba y terminaba vociferando que yo era una ramera, que por mi culpa la perpetuidad del título peligraba y que mataría a Blair. Él... él instigaba a Ethan para que compartiera su odio, pero no lo lograba y eso lo enfurecía. El niño amaba a su pequeña hermana y no tardó en enfrentarlo para defenderla de sus agravios y maltratos. También me defendía a mí, y eso multiplicaba su violencia. Bernard se había convertido en un monstruo, y yo no sabía cómo escapar; no tenía ya familia con vida y temía que, si lograba huir, él nos encontrara y cumpliera su promesa de asesinar a mi hija y separarme para siempre de Ethan. Yo no tenía donde ir, ni recursos, ni una esperanza; solo podía resistir e intentar sobrevivir. Estaba a su merced. Mi esposo controlaba todo, cada cosa y detalle de nuestras vidas. Sabía que yo no podía

sentir por él más que desprecio y temor, así que se vengaba de eso prohibiéndome hacer lo único que me gustaba, que era coser. Continué haciéndolo a sus espaldas durante un tiempo. La servidumbre me tenía compasión y me ayudaba, pero Bernard terminó por descubrirlo y se aseguró de que nunca más me atreviera a hacerlo de una manera brutal.

»Vivíamos en una constante pesadilla, temblando cada vez que Bernard se encerraba en su despacho con la licorera, pues sabíamos que su locura y demencia solo se agrandaría una vez vaciara la botella. No había lugar donde esconderse, donde evitar lo que vendría; él siempre nos encontraba. Yo solo rogaba día y noche por que muriese, porque tuviese que embarcarse en algún viaje. Creí que moriría en sus manos, que en alguna de las palizas a las que me sometía terminaría por perecer, hasta que una noche todo cambió. Ethan, que ya estaba en el internado para Lores, regresó antes y lo encontró abusando de mí, mientras obligaba a Blair, que tan solo tenía ocho años, a verlo todo. Ella había intentado defenderme y yacía sollozando de dolor porque la había lanzado contra una de las paredes. Nunca vi a mi hijo tan fuera de sí. Pude ver cómo el odio y la sed de venganza deformaban sus rasgos juveniles. Toda la impotencia, la rabia y el dolor de su infancia se perpetraron en aquel instante y finalmente explotó. Lo quitó de encima de mí, y con la fuerza impetuosa que le daba ser un joven, abatió a su borracho padre, lo golpeó tanto que su rostro quedó irreconocible, hasta que cayó inconsciente, y aún entonces Ethan no podía detenerse. Esa noche nos marchamos, tomamos unas pocas cosas y huimos.

—Ethan ya tenía conexiones y pudimos mantenernos y sobrevivir escondidos.

Desgraciadamente, mi hijo tuvo que volver a verlo, porque no nos convenía que él renunciara a la herencia, muchas personas dependían de esa fortuna. Pero nosotras ya no tuvimos que estar en su poder; no sé cómo lo hizo, pero Ethan logró mantenernos lejos de esa bestia. Jamás volvimos, hasta que hace dos años recibimos la noticia de la muerte de Bernard. Él ya no existía y nada nos impedía volver a nuestro hogar. Blair y yo regresamos, pero Ethan no; él no soporta estar en este lugar más que dos noches, a lo sumo. Y lo entiendo, porque a menudo las pesadillas me atacan y me siento sofocada aquí. Mi mente se pierde a veces y no recuerda que ya no estamos en manos de ese

animal. —La voz de Rachel se quebró, y ella no pudo continuar hablando.

Aquella confesión dejó devastada a Violet que, con las lágrimas cayendo como lluvia por sus mejillas, solo atinó a extender una mano y apretar con cariño las manos de la mujer que sollozaba, quebrada. Nunca creyó que su esposo tuviese tan atroz pasado. Intuía que escondía algo oscuro y triste, pero no había imaginado algo como aquello. Un escalofrío la recorrió al pensar que lo que había relatado lady Rachel era solo una parte. Estaba segura de que había mucho más en aquel tortuoso pasado. Cosas que su suegra se callaba porque correspondía que ella las supiese de boca de los involucrados, de Ethan y de Blair. Estaba impactada y desolada. Furiosa al saber que un padre podría ser tan cruel con su propia familia, que un alma pudiese albergar tanta maldad. En ese momento entendía demasiado y comprendía bastante mejor muchas de las actitudes del duque. Había mucho que reparar, que sanar y reconstruir. No solo en el corazón de su marido, sino también en los de su madre y su hermana.

Violet estaba determinada a intentarlo, aunque muchos lo considerasen insensatez, necedad o locura, mas ella estaba dispuesta a todo. Sería el mayor desafío de su vida.

Los días siguientes fueron evocadores para las tres habitantes de Riverdan Manor, como se llamaba la propiedad.

Fue cuestión de mostrar un leve interés en la máquina de coser que lady Rachel tenía semicubierta en un rincón de su cuarto para que la mujer, con algo de titubeo inicial, terminase por soltarse y contarle que hacía más de una década que no tocaba una. A Violet no le interesaba particularmente la costura, ni nada que tuviese que ver con la moda, pero el hecho de ver cómo su suegra se iluminaba al responder sus preguntas acerca del tema y parecía transformarse en una persona llena de vitalidad bastó para saber que esa sería la clave para sacar del duelo emocional a la duquesa viuda.

La confesión sobre el pasado de lady Rachel había sido el preámbulo, y lo que seguiría al arranque definitivo para ahuyentar los fantasmas de aquella familia, a la que en poco tiempo había aprendido a querer como propia. Después de todo, los Hamilton tenían experiencia con pasados trágicos, y sabían que solo el amor genuino y desinteresado era capaz de cicatrizar cualquier herida.

—Quiero aprender —había dicho una mañana, mientras aguardaba a que su suegra terminase de vestirse, tocando el mármol de la máquina de coser.

Lady Rachel se paralizó y mandó a salir a su doncella, sin despegar la vista de la de Violet, que la miraba serena.

—No sé si soy capaz de enseñarte, querida —dudó la duquesa viuda, enfocando la máquina con expresión pesarosa—. Ni siquiera sé si aún puedo coser un calcetín, siquiera —siguió, moviendo los dedos de su mano derecha con gesto lúgubre—. No, definitivamente no me atrevo.

Violet suspiró y se acercó a la mujer hasta detenerse frente a frente. Apoyó las manos sobre los hombros de su desconcertada suegra y con solemnidad declaró:

—¿Por qué no? ¿Qué te lo impide? —Lady Rachel tembló y aspiró aire con fuerza—. Él está muerto, ya no tiene control sobre ti. Entiérralo definitivamente tú también, destiérralo verdaderamente de tu vida. Y ámate, atrévete a ser lo que quieras ser. Eres libre, Rachel.

Ethan regresó a Gloucester la noche anterior a Navidad.

La mansión dormía cuando entró; mandó a descansar al somnoliento lacayo y se quitó él mismo su abrigo y el sombrero. También había despedido a Morrison, diciéndole que ya se desvestiría por su cuenta. El ayuda de cámara había protestado, diciendo que el cuarto no debía estar en condiciones, pues no lo esperaban hasta la Nochebuena, pero él dijo que solo necesitaba una cama y nada más, y subió la escalinata con paso cansado. En realidad, había una sola cosa que había necesitado durante los días en los que había estado ausente, con tanta intensidad que estaba apabullado, y era a su mujer. La había extrañado como un condenado a la libertad, teniéndola presente en todo momento, evocando su cara de ángel y su descarado de demonio. Sabía que ella debía seguir molesta con él por su negativa a tener hijos, pues él había enviado dos misivas en su ausencia y ninguna había obtenido respuesta por su parte.

No obstante, no daría su brazo a torcer en aquel asunto; no cedería de ningún modo. La amaba lo suficiente como para protegerla a cualquier costo, inclusive de sí mismo. Como esperaba, ella no había cerrado su cuarto con llave y, después de haberse quitado el polvo del camino y vestido con su bata de terciopelo, pudo deslizarse con sigilo en su habitación, que estaba en la

casi en penumbras, iluminada por las llamas de la chimenea, que mitigaban el frío del invierno.

Por unos segundos se quedó hipnotizado por la visión que ella componía.

Estaba recostada de lado, y la luz plateada de la luna bañaba sus rasgos, dándole una apariencia etérea y mágica. Era tan hermosa, que no importaba las veces que la contemplase, siempre le quitaba el aliento y le arrebatava el corazón. Muy despacio, se despojó de su bata y se metió bajo las sábanas, junto a ella.

Como era más de medianoche, aquello no alteró su sueño profundo, y él suspiró feliz cuando, inconscientemente, su esposa fue atraída por su calor y se apretó contra su costado. Él contuvo el aliento al sentir las deliciosas curvas de su cuerpo rozando su costado y el aliento de ella erizando la piel de su cuello. Su dulce fragancia de violetas le nubló la razón, y aspiró de su cabello como famélico, sintiendo que volvía a la vida solo entonces.

Con cuidado, la envolvió con su brazo izquierdo y la pegó más contra su cuerpo, cerrando los ojos y acariciando con reverencia su cintura, el hueso de su cadera, el contorno de su seno, en una lenta cadencia.

Aún dormida, Violet se removió gimiendo y él se paralizó, no queriendo despertarla por temor a que lo echase de su lado. Aquella noche anhelaba su contacto demasiado, y se conformaría con solo poder yacer junto a ella y sentirla cerca. Su esposa suspiró y levantó su cabeza, estirándose hasta que sus bocas se juntaron. Ethan no reaccionó, pensando que no debía ser consciente de lo que hacía, más se tensó por la fuerza que tuvo que esgrimir para reprimir el ardor y las ansias que tenía de tomar su boca con fiereza.

Violet volvió a gemir y se apretó contra su cuerpo, deslizando su lengua y acariciando su labio inferior. Jadeante, él abrió su boca y se besaron con locura y pasión. Sus brazos se cerraron alrededor del cuerpo femenino, la izó con desesperada ansia y la colocó sobre su cuerpo, que ya estaba preparado para enterrarse en su calor, absorbiendo con su boca el jadeo de sorpresa y placer que ella emitió.

La amó con un frenesí y anhelo desbordante. Cuánto la había extrañado. Ella era su hogar, su paz, era su todo.

Cuando abrió los ojos el sol ya estaba en su esplendor. Un poco avergonzado, cayó en la cuenta de que había dormido hasta entrada la mañana

y debían estar cerca del mediodía. Se levantó con brío y, después de que su criado lo asistiera con el traje de montar claro, abandonó sus aposentos con la idea de buscar a su esposa para invitarla a montar con él; estaba seguro de que no lo rechazaría. Ella adoraba cabalgar, y él le había traído un regalo de bodas que le encantaría. Se lo debía y para sí mismo podía reconocer que esperaba ganarse sus afectos con aquella sorpresa. Para su desconcierto no halló a su mujer en el comedor, donde hizo una rápida ingesta, ni en ninguna de las estancias que revisó. En el vestíbulo se cruzó con el señor Stiller, y lo detuvo para preguntarle el paradero de Violet.

—Buen día, su Excelencia —lo saludó el mayordomo, ejecutando una reverencia y le informó—: la duquesa se encuentra en el salón de costura, milord.

Ethan se extrañó. ¿Su esposa en el salón de costura?! Era inaudito. Intrigado, se desplazó hacia donde recordaba funcionaba hacía años la sala de estar, donde su madre solía coser. No recordaba cuándo había sido la última vez que Rachel había tocado una máquina. No por lo menos desde que su padre se había encargado de negarle ese placer. Sus manos se crisparon al atacar su mente una profusión de recuerdos, tortuosas imágenes que mantenía durante el día a raya, pero que por las noches a menudo le agolpaban.

El sonido de voces y risas femeninas le llegó cuando tomó el último recodo hacia el salón de costura. Y también el ruido que sin dudas reconoció como el de la máquina de coser. Aturdido abrió sin llamar la puerta y se quedó congelado.

Había telas por todas partes, hilos, bordados, botones, y más. Vestidos a medio hacer, y otros acabados. Blair estaba riendo subida a un taburete, mientras su esposa le colocaba unos alfileres a un modelo de seda verde que llevaba colocado precariamente sobre su cuerpo. Su madre sonreía inclinada sobre la máquina, con sus rasgos animados.

Ninguna se percató de su presencia; Ethan se aferró al pomo, afectado por la impresión y un extraño sentimiento de felicidad. ¿Qué era lo que estaba sucediendo? ¿Cómo había logrado Violet, porque no cabía duda de que aquello era obra suya, que Blair riese feliz y su madre estuviese fuera de su desolador encierro, cosiendo? Cosiendo de nuevo.

Aspiró, conmovido, y abrió la boca para hacerse notar, cuando sus ojos

recayeron en un rincón de la estancia. En una mesa junto a la entrada, yacían varios papeles, pero su atención quedó atrapada sobre los que estaban colocados con cuidado de manera que quedasen exhibidos, eran dos bocetos de atuendos de ciudad, uno de gala y el otro de calle.

Empalideció; un escalofrío le recorrió de pies a cabeza, y sintió las náuseas subir por su garganta. Sus dibujos...

Con el rostro lívido, se adentró en la habitación, y sin ver ni oír nada tomó con manos temblorosas los bocetos, tratando de entender cómo era que aquellos papeles estaban allí. En completo pasmo se volvió hacia la voz que lo llamaba con desconcierto. Ella estaba a su espalda, con los ojos abiertos de par en par.

—Ethan... —balbuceó con una expresión de súplica. Sus ojos verdes bañados de inquietud.

Él la miró rígido y trastocado. Arrugó en su puño los dibujos, e incapaz de hablar, dio media vuelta y abandonó el lugar como un vendaval desatado.

CAPÍTULO 20

*Tú, que me has hecho ver muchas angustias y males,
volverás a darme vida,
y de nuevo me levantarás de los abismos de la tierra.*

Salmos 71:20

Violet le observó pasmada abandonar iracundo la sala de costura. Angustiada, miró a las dos damas que estaban tan pálidas como su marido y, dirigiéndoles una mueca de disculpa, tomó el borde de su falda y salió tras el duque.

Los segundos que había perdido ocasionaron que no alcanzara a impedir su salida de la casa. Trastabillando varias veces, corrió todo lo que el vestido le permitió y logró interceptarlo cuando se disponía a montar su caballo.

—Riverdan... deténgase —le dijo, frenando a su espalda, respirando con dificultad.

Su esposo no demostró haberla escuchado, aunque su postura envarada lo delataba; tomó de manos del mozo de cuadra los elementos para montar y terminó el mismo de ajustar la silla.

—Por favor... yo... no quise... es decir... —tartamudeó nerviosa.

Podía comprender su enojo; ella había robado sus diseños del cuarto que mantenía bajo llave en Surrey y los había traído consigo sin su consentimiento.

Pero lo había hecho con buena intención. Deseaba que Rachel pudiese confeccionarlos y darle una sorpresa al duque. No había dicho a nadie que los dibujos eran de él, pero en la mirada de su suegra había visto reconocimiento a pesar de que la mujer guardó silencio. Debía explicarle.

Una risa seca proveniente de Riverdan resonó, y ella tragó saliva.

—Ahora te quedas sin palabras, esposa —habló finalmente él con tono duro, haciendo un ademán brusco al criado, que con cara de circunstancias abandonó el establo—. ¿Tú, qué? ¿Tú no pudiste mantenerte al margen? ¿Tú no fuiste capaz de respetar una puerta cerrada con llave? ¿Tú no pensaste en que te estabas metiendo donde nadie te llamaba? —Su voz se cortó debido a la ira cruda que transmitían sus palabras—. Por una vez, solo cállate. —terminó con un murmullo áspero. De un impulso montó a Darius, y sin mirarla salió de las cuadras.

Violet se quedó allí, con el aire atorado en la garganta y los ojos picando. Él se había mostrado furioso, pero ella, que no sabía cómo, estaba conectada a su esposo de un modo trascendental, casi mágico, pudo percibir bajo su ira, el dolor y el miedo que embargaban su alma.

Repentinamente, un trueno rompió el silencio, y ella se sobresaltó y corrió hacia la entrada para asomarse y comprobar que sus sospechas eran ciertas.

Estaba por desatarse una fuerte tormenta, y su esposo había salido como alma que lleva el diablo, tan ciego que podía terminar lastimado y a merced de la inclemencia del tiempo.

Sin pensarlo más, sacó de su cubículo a un semental precioso color blanco que no había visto antes, y que era el único que tenía la silla puesta, y se subió ayudada por un banquillo. En segundos estuvo galopando aferrada al cuello del caballo, en dirección a donde había visto desaparecer a Riverdan. Los truenos se sucedían, y comenzaba a caer una fina llovizna, cuando a lo lejos Violet avistó al duque. Se alejaba a una velocidad demencial, en dirección al frondoso bosque que ocupaba el este de la propiedad.

Ella clavó los talones en su montura y lo instó a redoblar el ritmo, sosteniéndose con dificultad sobre la silla. Varios minutos de vertiginosa carrera, Violet se acercó lo suficiente como para poder llamar a su esposo. Al segundo grito desesperado de ella, el duque mermó apenas la velocidad del animal, que ya alcanzaba la línea de árboles.

Él volteó y pareció disgustado y asombrado de verla allí, pero comenzó a dar las órdenes a su caballo de detenerse igualmente. Violet soltó el aire aliviada y tiró de las riendas para instar a su propio caballo a pasar al trote, cuando de pronto una fuerte luz cegadora golpeó el suelo a su lado.

La tierra tembló, el semental relinchó y se encabritó, parándose sobre sus cuartos traseros en un movimiento tan brusco y violento que nada pudo impedir que ella saliese despedida hacia atrás y, con un golpe seco de su cuerpo sobre la hierba, todo a su alrededor se tornase negro. El eco de su nombre gritado con agónico sufrimiento fue lo último de lo que fue consciente.

Volvió a la conciencia, cuando sintió a su dolorida espalda siendo depositada en una superficie blanda.

—Por Dios santo... por favor... —repetía como una letanía una voz quebrada, que Violet reconoció de inmediato, mientras unas manos la tocaban con cuidado por todas partes, comprobando el estado de sus huesos y palpando su cabeza—.

¡Despierta, Violet, por favor, no te mueras!

Ella, aún en su aturdimiento, esbozó una sonrisa. Y abrió los párpados solo un poco, encontrándose con la cara de Riverdan inclinada sobre la suya. Su mueca era de absoluta desolación y auténtico pánico.

—Estoy bien —dijo con esfuerzo, añadiendo—: no se libraré de mí tan fácil, milord.

Su esposo abrió los ojos y los subió hasta encontrar su mirada todavía nublada. Fue visible el alivio que experimentó, y también la cólera que le hizo soltar la mano que aferraba y retroceder con mueca airada.

—¿Cómo se te ocurre seguirme, hacerlo a esa velocidad y a lomos de un caballo que nunca montaste? ¡Estás loca; eres una mocosa insufrible! —le reclamó él, elevando la voz a final.

Violet se incorporó despacio, tratando de disimular el gozo que sentía. Él la había llamado «Mocosa», estaba preocupado por ella. No todo estaba perdido.

—No terminé en el suelo por esas razones —respondió, sentándose en la cama pequeña en la que yacía, examinando el sitio al que su esposo la había llevado, seguramente para resguardarlos de la profusa tormenta que azotaba los cristales sucios de la destartada cabaña en la que se encontraban. La cual, además de la cama, solo tenía una mesa y una silla astilladas. Regresó la vista a su marido, que estaba tan empapado como ella, y bajando los pies al piso de tablas dañadas, añadió—: un rayo cayó junto a los pies del caballo.

Él no le discutió, pues seguro había visto lo sucedido, sino que negó con su

cabeza y salió de la cabaña. Ella se quedó allí tiritando, hasta que Riverdan regresó, llevando un montón de pedazos de madera seca, que no tenía idea de dónde había sacado. Sin mediar palabra, él estuvo unos minutos abocado a la tarea de encender la frugal chimenea. Cuando lo hubo logrado, comenzó a quitarse sus ropas con movimientos bruscos.

—Quítate ese vestido antes de que enfermes —le dijo, acercando la mesa para proceder a colocar las prendas que se iba sacando, extendiéndolas frente a las llamas.

Violet observó sus movimientos, notando que él no se quitaba la camisa, sino que se limitaba a desprenderla y estrujarla. Cuando un estornudo la atacó, se apresuró a deshacerse del vestido de terciopelo azul, que por suerte se prendía por delante, al igual que el corsé. Una vez estuvo solo con la camisola y las medias que casi no se habían mojado, ella dejó estirada sobre la mesa la prenda, y se acercó a su esposo, que permanecía de espaldas a ella con los ojos fijos en las llamas.

—Lo siento —musitó, deteniéndose detrás a solo un paso. Riverdan apretó sus manos en puños, pero no emitió sonido. Ella carraspeó y compungida, agregó—: no quise violar su intimidad, ni exponerlo; solo pensé que lo haría feliz con lo que estaba haciendo, con llevar a la realidad sus diseños. Entiendo su molestia; actué impulsivamente, pero juro que solo deseaba hacerlo feliz.

El duque suspiró y sin volverse replicó:

—No lo entiendes, Violet. No puedes comprender. —Su voz se quebró entonces, y con dificultad, pero con aspereza prosiguió—. Esos dibujos no son lo que crees, no me pertenecen. Te has equivocado con esa conjetura.

Violet lo miró boquiabierta y confusa.

—Milord... sé que son suyos, reconocí la letra en los bordes. Tal vez piense que es algo de lo que avergonzarse, pero no es así, tiene un verdadero talento, los diseños son... —rebatía vacilante, pero el golpe fuerte que Riverdan dio con la palma en el borde de la mesa, la silenció.

—¡Te dije que no son míos! —gritó sobresaltándola; su espalda parecía hecha de piedra y todo su cuerpo tembló cuando siguió—. No son míos, yo no dibujo, y menos esas... esas porquerías para afeminados. No son míos, ¿lo comprendes? No son míos.

Violet calló angustiada, incapaz de decir algo que aliviase el dolor que sabía

que estaba padeciendo. Su silencio pareció ser una especie de catapulta emocional, pues emitiendo un alarido, el duque se llevó las manos a la cabeza y exclamó con voz quebrada:

—Él... mi padre odiaba que yo mostrara interés por esa clase de labores, pero yo no podía evitarlo; era algo más fuerte que yo. Me fascinaba todo lo referente a la moda y dibujar bocetos era como una compulsión. Desde muy pequeño pasaba horas viendo a mi madre coser. Ella comenzó a enseñarme, y fui feliz aprendiendo. Mi padre se dio cuenta. Aquella vez solo me advirtió que me mantuviese alejado de la sala de costura, alegando que eso era indigno de un futuro duque e impropio en un macho, y golpeó a mi madre cuando protestó.

Pero yo no fui capaz de obedecerle y, cuando él viajaba, continuaba con mi aprendizaje. Sabía que no podía dedicarme a ser sastre fuera de las paredes de ese cuarto, pero soñando y aprendiendo me daba por satisfecho. Por un tiempo lo seguimos haciendo, hasta que el duque nos descubrió. Él estaba borracho, como de costumbre, y era cuando más cruel, peligroso y sádico se volvía. Aquella fue la primera paliza real que me propinó. Me obligó a jurar que jamás volvería a tocar un lápiz, y menos una aguja, y yo que ya era un crío terco accedí luego de que me apalease con su bastón hasta casi desvanecerme. La peor parte se la llevó mi madre, a la que intenté defender pero no podía mover un músculo, él le quebró los dedos de su mano derecha, y le prohibió volver a coser en su vida.

Mandó a destruir todo lo que había en el cuarto de costura. Solo se salvó la máquina que había pertenecido a su madre, porque los sirvientes no la tiraron, la escondieron en el desván. Nos tenían cariño y compasión.

—A partir de ahí, mi padre me vigilaba de cerca, y cada vez que me veía mirar más de la cuenta una tela o garabatear sobre alguna superficie, aunque fuese con mis dedos, me volvía a apalear. Por sentido de supervivencia, terminé por acatar sus órdenes. Me esforcé en olvidar todo lo referente a aquel tema, hasta me convencí de que él tenía razón. Que había algo malo en mí por sentir fascinación por cosas de índole femenina. Me sentía un desviado, y que mi padre hacía bien en enderezarme, que era su obligación hacer de mí un hombre y un noble digno de mi posición. Años después logramos salir de esa casa, dejarlo atrás. Y entonces, con el tiempo, yo comencé a ceder al deseo de

dibujar. Lo he hecho a escondidas, en mis momentos de ocio, y nadie lo ha sabido jamás. Ni siquiera mi madre. He mantenido esa parte de mi vida escondida de los ojos del mundo porque mi padre tenía razón en muchas cosas. Si alguien supiese de mi devoción, sería muy mal visto. Me creerían afeminado o loco. Sería la comidilla de la sociedad, la burla de mis pares; perdería conexiones y negocios. Además de que es inconcebible que un duque haga un trabajo de plebeyos, es indigno.

Por eso te pido que olvides lo que has visto, y todo lo que te he contado. No quiero saber nada del tema, nunca más. ¿Lo puedes comprender? —Su voz se apagó hasta quedar solo el sonido del crepitar de las llamas.

Violet sentía las lágrimas picando en sus ojos, pero no quería ceder al llanto, pues sabía que su esposo lo interpretaría como compasión, y no creía que fuese un sentimiento que él aceptase con agrado. Observó como si sus ojos pudiesen traspasar la tela de su camisa, imaginando las cicatrices que debían marcar su espalda, y entendiendo su renuencia a quitársela. Eran marcas que lo avergonzaban, porque le recordaban el pasado que aún le atormentaba.

Así que tragó saliva compulsivamente, y haciendo acopio de fuerzas contestó:

—Sí, lo comprendo, pero no lo comparto —murmuró, obviando el bufido que él emitió, siguió—: su padre no tenía razón en nada. Cada persona es libre de ser lo que prefiera ser, y no hay que avergonzarse por ello. Ni renunciar a lo que nos hace feliz simplemente por la opinión de gente que no nos aprecia y vive de la vida de los demás. El duque fue un ser despreciable, un monstruo, un animal, y nunca podría estar de acuerdo con él. En nada.

Riverdan la escuchó con los hombros caídos, negando con su cabeza repetidamente.

—Lo que dices es una utopía, una realidad de fantasía, en un mundo ideal.

Vivimos en un mundo real, donde se aplasta al más débil y se mata por sobrevivir, donde perdura el más fuerte, el que se amolda, el que se resigna a lo inevitable —dijo el duque, después de emitir un profundo suspiro, agregó—: no te pido que lo compartas, entonces, ni siquiera que lo comprendas; solo te pido que lo respetes. Nada más.

Ella bajó la vista, parpadeando decepcionada porque aquel hombre que consideraba tan valiente y honorable se rindiera tan fácil. Él no comprendía

que su petición derivaba en que su padre siguiese saliéndose con la suya; le daba la victoria.

—De acuerdo —atinó a decir al tiempo que un fuerte relámpago alumbraba la habitación por unos segundos, y los truenos resonaban en la lejanía. Ella se estremeció y se rodeó a sí misma con los brazos, sopesando la prudencia de dejar salir lo que rondaba su mente. Tomó valor y dijo—. Pero tengo una condición.

Riverdan bufó desganado, y como guardo silencio, ella continuó con determinación:

—Que me cuente por qué no quiere tener hijos.

Un silencio ensordecedor siguió a su declaración, y ella fue testigo del desasosiego y la tensión que le sobrevinía. Estuvo a punto de desdecirse, pero no lo hizo; su futuro, el de ambos, dependían de aquel crucial momento. Él permaneció callado lo suficiente como para, además de acrecentar su nerviosismo, creer que todo estaba perdido para ellos, mas él la sorprendió carraspeando, reclinándose para avivar las llamas que comenzaban a consumirse, y contestando en tono serio:

—Es muy simple: no puedo tener hijos porque llevo su sangre, los genes malditos del hombre que más odié en esta tierra corren por mis venas. Heredé absolutamente todo de mi padre. Su apariencia, su carácter y su personalidad. Y por eso no puedo arriesgarme a traer criaturas a este mundo, que seguramente sufrirán lo que yo. Mi padre se trastornó después de mi nacimiento. No puedo correr el riesgo de que, teniendo su sangre en mí, me pase lo mismo y pierda la cabeza. He visto casos parecidos, en los que la locura se pasa de padres a hijos.

Es una enfermedad incurable, además. Y, por todo eso, jamás tendré un hijo.

Violet se atragantó con su propia saliva al oír tamaña necedad. Era inconcebible que Riverdan tuviese un mínimo de la personalidad de su progenitor. Él no se parecía en nada a ese animal. Y ella también lo había comprobado. Quién más que ella, que lo había llevado al límite en incontables ocasiones, que le había provocado, insultado, humillado, burlado y hasta golpeado, para dar fe de que él era un ser paciente, pacífico e inofensivo. Pero si hasta conocía a numerosos hombres que, sin necesidad de tener una herencia de locura, le habrían propinado una buena bofetada con solo la mitad de las

cosas que este hombre había soportado de su parte. ¡Es que hasta le había disparado!

—Lo que he escuchado es la mayor estupidez que jamás he oído —espetó Violet incapaz de refrenarse—. Usted no tiene nada que ver con su progenitor.

No puede pensar que se va a parecer alguna vez a él, y no hay ningún tipo de señal de locura en usted.

—Violet... basta... No discutiré más este tema conti... —le cortó el duque impaciente, haciendo alemán de alejarse.

Ella se envaró y, perdiendo la paciencia, arremetió contra él y le asestó un golpe en la espalda con toda la fuerza que pudo. Riverdan trastabilló y por fin la enfrentó, mirándola a la cara con expresión atónita. Abrió la boca para decir algo, pero el golpe de puño que ella lanzó con el objetivo de dar en su mandíbula se lo impidió. Él esquivó la maniobra, y gruñendo aferró sus brazos contra el cuerpo de ella, moviéndose para evitar la patada que ella ya estaba dirigiendo a sus partes nobles, a la vez que gritaba improperios y se removía con furia.

—¡Basta! —forcejeó su esposo, hasta que no tuvo más remedio que apretarla contra una de las paredes para mantenerla inmovilizada con su cuerpo, mientras ella no dejaba de luchar, intentando alcanzarle de algún modo. Sus ojos la fulminaron con rabia, y enajenado gritó—: ¡detente, maldición, te harás daño! ¿Qué diablos te pasa? ¡Cálmate, mujer, no quiero lastimarte!

Ella lo oyó y rápidamente se quedó inmóvil, y le devolvió la mirada con sus ojos encendidos.

—¡Lo ve! —espetó triunfalmente, tratando de recuperar el aliento, al igual que él—. Si fuese como su padre, yo estaría sangrando. ¿O acaso él toleraría que una mujer, o cualquiera para el caso, lo golpeará o insultara? ¡Usted no es como él, y nunca lo será! Es un cabezota, un déspota, engreído y altivo, pero no es un hombre violento. Es honorable, un verdadero caballero, un ser bueno. Solo hay bondad en sus venas, me ha protegido desde que comenzó esta aventura; me salvó de peligros y de los brazos de un violador. Me rescató de la desidia social y de la soledad que me esperaba. Ha ayudado a mucha gente de manera desinteresada, por más que intente camuflar su buen corazón bajo falsos pretextos. Siempre protegió a su madre y a su hermana. Ellas me lo contaron todo. Sé que nunca fue capaz de volverles la espalda, que recibió

castigos por ellas, que sufrió palizas solo por defenderlas. Sé que ni siquiera bebe, que se niega a consumir una gota por su temor a parecerse a ese hombre. Pero su miedo es infundado, porque tengo plena certeza y fe absoluta en que usted nunca haría daño a nadie. Solo hay que ver cómo se ha dedicado a reclutar almas perdidas y rechazadas, escorias para los demás, y les ha dado un techo, una razón de vivir, les dio dignidad, respeto. ¿Eso lo habría hecho el hombre al que dice ser igual?

—Su discurso había ido bajando de intensidad, hasta que en un murmullo, con sus ojos conectados como un imán, viéndose reflejada en sus pupilas oscuras teñidas de vulnerabilidad y multitud de sentimientos, el rostro a un palmo del suyo, y una mano acariciando su mejilla, susurró—: eres bueno, Ethan, de no ser así yo jamás podría amarte como lo hago. Porque te amo. Te amo con cada fibra de mi ser, por todo lo que eres y por lo que no puedes ser. Te amo de manera tal que me siento completa, a salvo, dichosa, solo por sentir esto aquí dentro.

Las lágrimas que valientemente había estado reteniendo desde que le había visto salir de la casa, por fin cayeron acompañando a su sentida confesión.

Palabras que había dicho sin pensar, sin intentar adornar o reprimir su veracidad.

Porque ya no podía ocultar ni negar el amor que albergaba por ese hombre complejo y maravilloso.

Su esposo la miró de hito en hito. Su pulso latió desbocado en su cuello y en su pecho tan atronadoramente que ella lo sintió. Entonces él emitió un sonido amortiguado que bien pudo ser un sollozo, un lamento, o un gemido anhelante, pero no lo pudo saber, porque Ethan bajó la cabeza y tomó su boca en un beso abrasador. Ella jadeó, aún llorando, y se aferró al cuello de su marido, abriendo sus labios para permitirle entrar y encontrar todo aquello que estuviese buscando: consuelo, aceptación, amor, liberación, pasión. Y todo lo entregó con rendición plena.

No tardó en estar recostada en la cama, desprovista de la camisola, sintiendo las caricias ávidas del duque en cada rincón de su cuerpo, arqueándose ante su exploración, ante su pasión desatada. Ardiendo con cada beso y sensación, desesperada por tocarlo y sentirlo más íntimamente, sin barreras, desnudos en todos los sentidos.

Él la complació, y con los ojos fijos en ella, se alejó y para su sorpresa se quitó la camisa y quedó expuesto, respirando agitado. Ella sintió que volaba cuando pudo acariciarlo a placer y venerar cada parte de su anatomía, besó cada marca y lamió cada cicatriz, incluso la de la bala que ella había disparado, arrancándole jadeos de placer, que fueron música para sus oídos.

Ambos temblaron cuando sus cuerpos se fundieron en uno solo, y juntos cabalaron a la cima del placer, conectados en cuerpo y alma. Anclados uno al otro, consumidos por las llamas de su deseo, de su entrega y de su amor, besándose con desesperación y tomando con frenesí todo lo que pudieron. El éxtasis les sobrevino con tanta fuerza como el trueno que rompió el silencio impregnado de sus gemidos.

Minutos después, yacían enredados, agotados y dichosos. Abrazados, dándose el calor que ya echaban de menos. Violet cerró sus ojos, suspirando feliz mientras sentía la respiración pausada de su marido bajo su oreja hasta caer en un plácido sueño.

Ethan aspiró su aroma, besó la sien de su esposa. Salió de su interior tratando de no despertarla y, apretándola más contra su pecho, susurró:

—Te amo, Violet, más que a mi vida. Más que a nada en este mundo. Te amo como jamás imaginé que fuese capaz de amar. —Ella se removió como si pudiese escucharlo, y él sonriendo, añadió—: tú me salvaste, mi estimable demonio. Me rescataste del abismo. Tu amor me ha hecho un hombre nuevo.

CAPÍTULO 21

*Hay camino que al hombre le parece derecho,
pero al final, es camino de muerte.*

Proverbios 14:12

Las fiestas de Navidad de aquel año fueron memorables para Violet, que desde que había perdido a sus padres no era devota de aquella celebración, pues sentía melancolía y tristeza en su corazón recordando la época en la que los condes vivían y eran una familia completa. Sin embargo, en aquella ocasión no hubo un sentimiento de desazón. Disfrutó de la semana navideña en compañía de su esposo, su suegra, su cuñada Clarissa, sus dos hermanos, y de toda la familia que se hacía cada vez más grande.

La celebración de la cena de Navidad se realizó en la casa de los duques de Stanton, donde lady Elizabeth organizó, además de una exquisita comida, muchos divertimentos. Su estado de gravidez era ya muy avanzado, pero aquello no le impidió lucir hermosa y jovial junto al duque, que la seguía de cerca asistiéndola en todo momento, hasta que la duquesa se exasperaba y lo echaba de su lado.

Solo se ausentaron el marqués de Arden y padre de la duquesa, que estaba pasando la fiesta en la ciudad con lady Amanda Asher, la marquesa de Landon y su hijo Jeremy Asher, pues esperaban la llegada inminente de la hija de la mujer, Emily Albrighth, condesa de Gauss, quien se había casado con el hijo del marqués recientemente. Y, por supuesto, Daisy y el conde de Bradford, que continuaban en su viaje de novios.

Fueron días idílicos y perfectos para Violet, que sentía que estaba viviendo

un sueño de amor desde el día en el que había abierto por primera vez en su existencia su corazón y confesado sus sentimientos al hombre que la había desposado. Desde entonces, tenía la sensación de ser libre, plena y dichosa. Sin importar que el duque no hubiera verbalizado lo que sentía por ella, Violet sabía que su esposo albergaba un afecto sincero y poderoso hacia ella. Lo percibía cuando sus miradas se encontraban y quedaban de inmediato prendadas una de la otra, en su manera de tocarla y protegerla, en sus besos y caricias, y en las noches en las que, después de amarse largamente, amanecían uno en los brazos del otro. Él ya no la había apartado ni vuelto a ocupar sus aposentos por las noches, desde aquel día dormía con ella.

No había sido necesario que Ethan le dijese que había evitado compartir la cama con ella por temor a dañarla en alguna de sus atormentadoras pesadillas, las cuales le atacaban de imprevisto, y que afortunadamente eran cada vez menos frecuentes. Cuando ocurrían, se limitaba a abrazarlo fuertemente, acariciando su espalda lentamente, hasta que sus temblores cesaban, y el cansancio volvía a adormecerlo.

Su vida había cambiado por completo desde que se sabía enamorada de su marido, y la del duque también. A menudo pensaba que, aunque no volvería a pasar por el horror que había padecido en aquella posada, sí que valía la pena haberse arriesgado tan temiblemente, porque había terminado unida con un hombre que valía cualquier sufrimiento. Estaba agradecida.

La primera nevada ya había pasado cuando, una tarde en la que Ethan y ella se hallaban merendando en el comedor, llegó a Riverdan Manor una carta que tenía a su esposo como destinatario.

Ethan despidió al mayordomo en cuanto constató la procedencia del sobre, que provenía de Surrey, y no llevaba remitente ni sello. Una vez a solas, él abrió la misiva y leyó con rapidez el contenido. Violet aguardó con curiosidad ante el cambio en la expresión del duque, que había pasado de relajado a alerta en un parpadeo.

—Debo partir hacia Londres ahora mismo, antes de que oscurezca, pues por la noche, con la caída de nieve, los caminos quedarán inaccesibles —le informó poniéndose de pie con prisa, guardando en el bolsillo de su levita el papel arrugado, y abandonando el comedor con ella siguiéndole los pasos.

—¿Es por la investigación? —le susurró Violet, mientras subían la escalera

hacia su alcoba. Su corazón se había disparado al oír las palabras de su esposo.

Prácticamente había olvidado que su marido se dedicaba a trabajar para la Corona, y que aún continuaba investigando una red de robos, y a un asesino que continuaba suelto.

—Violet... —resopló Ethan con tono de advertencia, al tiempo que ingresaba en su habitación y tiraba del cordón para llamar a su ayuda de cámara, quien prepararía todo lo inherente al viaje. Sus ojos volvieron hacia ella y la observaron con severidad—. No puedo decirte nada, y no quiero que te entrometas en esto. No viajarás conmigo, ¿está claro?

Ella se envaró y, conteniendo su enojo, se cruzó de brazos y elevó la barbilla.

—No puedes imponerme nada, Ethan. Quiero acompañarte —terció con su ceño fruncido—. Si no me llevas, solo lograrás que vaya por mi cuenta. Soy tan capaz como tú de participar en la misión, puedo ser útil, y lo sabes.

Su esposo suspiró, y soltando la prenda que estaba colocando sobre la cama, se acercó hasta donde ella permanecía rígida y tomó con suavidad su barbilla, para instarla a mirarlo a la cara. Sus ojos la examinaron con inquietud y una sombra de temor, que silenció la protesta que ya estaba emitiendo.

—Violet... —dijo con voz queda, acariciando sus mejillas con sus pulgares—. —

Sé que eres capaz, audaz, inteligente y valiente. Pero es muy peligroso; pueden volver a hacerte daño, y yo no podría soportarlo, no podría perdonarme si algo malo te sucediera. Por eso te pido, no te impongo ni exijo, que te quedes aquí y aguardes mi regreso. Será solo cuestión de unos días. En una semana probablemente estaré de nuevo en casa. —Su voz se tiñó de súplica cuando tragó saliva y añadió—: por favor, hazlo por mí, y porque cabe la posibilidad de que ya lleves un niño en tu vientre. Por favor...

Violet lo miró de hito en hito, leyendo en su expresión todos los sentimientos que su esposo no decía en voz alta, pero que despedía hasta por sus poros. Él la quería y temía por ella. El problema era que ella también tenía pavor de que lo lastimaran, un terror extremo a perderlo sacudía también su corazón. Y con el estómago hecho un nudo, ella apartó la vista de sus ojos suplicantes y emitiendo un gruñido se abrazó a él con fuerza.

—De acuerdo —resopló, y de inmediato Ethan dejó escapar el aire que estaba conteniendo y la rodeó con sus brazos, apretándola contra su cuerpo, evidenciando el alivio que le embargaba—. Me quedaré.

De todos modos no podía irse en aquel momento; estaba comprometida en el proyecto en el que estaba trabajando junto a Rachel y Blair, y no podía abandonarlas. Se estaban esforzando mucho para lograr un objetivo que, de alcanzarse, llenaría el corazón de su esposo. Y ella no pararía hasta verlo hecho realidad.

El duque se apartó un poco, y buscando su mirada, replicó:

—¿Me das tu palabra de honor de que no me seguirás para inmiscuirte en la investigación, milady?

Violet bufó, y arqueando una ceja, inquirió:

—¿Ahora sí tenemos sentido del honor las féminas? ¿Acaso no pregonan ustedes que las mujeres somos seres volubles y sentimentales, que carecen de dicha virtud, pues cambiamos de criterio más rápido que de pololos?

Ethan soltó una potente carcajada, y ella volvió a gruñir, ocultando su diversión.

—Creo que me abstendré de responder. Es sin dudas una pregunta con trampa.

No olvides que tengo una madre y una hermana. Pero puedo decirte que, en todo caso, tú no eres una mujer del montón, tú eres... tú... y sé que harías honor a una promesa. Solo así podré partir tranquilo. Por eso no me iré sin obtener tu palabra —rebatió con hilaridad.

Ella fingió pensarlo y, afianzando su agarre en la nuca de él, se puso de puntillas, pegó sus bocas, y sonriendo por la rápida tensión que se apoderó del cuerpo masculino, murmuró:

—Tiene mi palabra, su Excelencia.

—Así me gusta —asintió Ethan con sus párpados entrecerrados, un brillo lujurioso en sus ojos y la mandíbula apretada. Sus manos bajaron hasta posarse debajo de sus nalgas, y sin previo aviso la levantó y se dirigió como un vendaval hacia la puerta que comunicaba con el cuarto de ella.

—¿Qué estás haciendo? —jadeó Violet, cuando su esposo cerró utilizando su pie, observándolo confundida, pues creía que tenía urgencia por marcharse.

Ethan la apoyó contra la puerta cerrada con la fuerza suficiente para hacerle

jadear y acalorarse al sentir su duro cuerpo aprisionándola contra la madera y a sus dedos acariciar sus senos cubiertos por un vestido de terciopelo azul con lentitud y una mueca de voraz deseo.

Sus labios dibujaron un rastro ardiente desde su escote hasta la piel debajo de su oreja derecha, donde con voz ronca susurró:

—Despedirme de mi mocosa.

Ethan divisó a las dos personas que estaba buscando ni bien traspasó las puertas del White's. Con paso rápido, se encaminó hacia la mesa que ellos ocupaban y le estrechó la mano a ambos. Tomó asiento, y miró al más alto, que lucía la piel bronceada y el cabello aclarado, seguramente por las horas expuestas al sol.

Estaba claro que su nueva condición y el largo viaje acompañado de la exdama negra le habían sentado de maravilla.

—Pero miren a quién tenemos aquí, al recién desposado duque de Riverdan —se mofó el rubio, y Ethan solo gruñó; sabía lo que le esperaba con su amigo, al que había conocido hacia una década, en una de las misiones que la Corona le había encomendado. Sébastien solía trabajar para el Gobierno como rastreador, pero se había retirado antes de casarse, luego de que su padre quedara involucrado en una conspiración contra el príncipe regente y tuviese que defenderlo hasta probar la inocencia del marqués de Arden—. Llego a Londres después de meses fuera y me encuentro con que el reacio y contrario al matrimonio Ethan Withe ha contraído nupcias, y no con cualquier mujer, sino con nada menos que con el demonio Hamilton.

—Yo también me alegro de verte, Gauss —espetó Ethan, echándose hacia atrás con el ceño fruncido—. Y no sé a qué se debe tal sorpresa, tampoco tú eras el más devoto seguidor del matrimonio, y te casaste hace unos meses. Es más, prácticamente obligaste a tu mujer a aceptarte.

Sébastien arqueó una ceja y miró de reojo al hombre que tenía sentado al lado con las mejillas ligeramente ruborizadas.

Ethan reprimió la risa ante la evidente contención que su amigo estaba esgrimiendo, pues no podía hablar libremente de la mujer por la que siempre había estado cautivado y con la que había mantenido una conflictiva relación, que derivó en su posterior casamiento, debido a la presencia del hermano de esta, Jeremy Asher, que los veía con seriedad y su habitual enmudecimiento.

—Pero yo jamás dije que no me casaría o que determinado tipo de mujer me repelía —rebatí Gauss, con sus ojos violetas centellando divertidos—.

Recuerdo cuando viste a tu esposa por primera vez. Dijiste que era una mocosa descarada, con la que el conde de Baltimore había hecho un muy mal trabajo.

Que le faltaba educación de una dama y que sentías lástima del pobre diablo que terminara casado con ella.

Fue el turno de Ethan de sonrojarse y enmudecer. Gauss soltó una carcajada, y hasta Lynn se rio a su costa. Él lo miró sintiéndose traicionado, y el joven solo elevó sus hombros, como dando a entender que la situación era demasiado hilarante.

—Pues cambié de opinión, y estoy más que feliz de ser ese afortunado pobre diablo. Lo último que diré es que no cambiaría nada de mi esposa, porque así es perfecta —admitió finalmente, provocando más risas—. Pero mejor vayamos al motivo por el que los cité aquí —carraspeó, metiendo la mano en su levita para sacar la carta que había recibido dos días atrás—. Es de sir Archivald, llegó a Riverdan Manor.

Ambos condes se inclinaron sobre el papel extendido y leyeron las letras escritas. Las palabras parecían haberse redactado con prisa y con trazo tembloroso, como si las hubiesen garabateado con rapidez. Lynn examinaba la carta con fijeza, y ante esto su cuñado le puso una mano en el brazo y leyó en voz alta:

Ross:

Tengo información de crucial importancia.

Si quiere saber la identidad de la persona que está detrás de los robos y el asesinato del duque de Riverdan y las demás víctimas, encuéntreme en la dirección que figura debajo, en una semana.

Venga solo, a...

—Nadie firma, ¿cómo sabes que la envía sir Archivald? —se interrumpió confundido Gauss, regresándole la hoja.

—Porque fue enviada a una dirección postal que tengo en Surrey. Solo

Archivald tenía esas señas; yo mismo se las di en caso de que necesitara comunicarse conmigo. Pero le dejé claro que me escribiera solo cuando estuviera instalado en su nuevo lugar de residencia. Él tenía que abandonar Inglaterra. Las personas a las que investigo lo creen muerto; no podía seguir aquí. Por eso me extraña que me haya contactado informándome de que sigue en la ciudad, hace más de un mes me dijo que partiría de inmediato.

—Además, utilizó tu otra identidad para dirigirse a ti. No la conocen muchas personas. —Cabeceó Gauss, con gesto pensativo—. Está claro que no salió hacia el continente. Si lo hubiese hecho, no habría dado tiempo a enviarte nada.

¿Cómo quedó involucrado en la investigación Archivald? Si mal no recuerdo, es un noble que rara vez se aventura a la ciudad y lleva una vida apacible en su propiedad de campo.

—Así es —asintió Ethan—. Ya sabes que yo no estaba enterado de la existencia de esta banda delictiva hasta que mi padre apareció muerto y encontré entre sus pertenencias de su despacho correspondencia que mantenía con una persona que responde al nombre de Blane —relató mientras Gauss bebía de su vaso y él procedía a encender un cigarro, que el lacayo que les servía había dejado preparado sobre una bandeja de plata. Aspiró, y soltando el humo, prosiguió—: en esta quedaba claro que mi padre estaba involucrado en los robos de las obras de arte; él era quien les pasaba los datos sobre dónde hallar las obras y en poder de qué noble se encontraban. Luego, Bernard se puso codicioso y comenzó a pedir a Blane más y más dinero por cada dato que les daba, y cuando este se negó a pagarle más, mi padre amenazó con delatarlos, abrir la boca ante las autoridades y contar todo. Entonces lo asesinaron. Me dirigí al magistrado con toda la información recabada, y Seinfeld me dio la autorización para hacerme cargo de la investigación. Empecé escribiendo a la dirección del tal Blane, diciendo que deseaba participar y seguir haciendo la tarea que mi padre desempeñaba, siempre y cuando me diesen una jugosa tajada. No obtuve respuesta de inmediato, pero unas semanas después, en una velada, me interceptó un tipo que nunca había visto; venía de parte de Blane y tenía una tarea para mí. Por supuesto, me probaron al principio, y cuando gané su confianza, comenzaron a dejarme saber más. Allí descubrí que eran los responsables de todos los robos sufridos

en los últimos meses, incluido el de Baltimore, y que el encargado de ayudar a salir las piezas sustraídas era el conde de Cavandish; él ya está muerto. Lo mató su propio hermano, Anthony West, cuando secuestró a la hermana de Baltimore, Daisy Hamilton, con la finalidad de adueñarse de una pieza que los abuelos de ambas familias habían robado y escondido en la propiedad de campo de los Hamilton. Además, tanto en la muerte de mi padre como en la de otros nobles, incluido el duque de Essex, está involucrada una mujer, la viuda de Essex, Amelia Wallace. Ella mantenía una relación con Cavandish, con mi padre y otros hombres que resultaron muertos.

—¿Y qué tiene que ver sir Archivald? —interrogó Gauss, ante el gesto que hizo Lynn, señalando la carta que yacía sobre la mesa.

—Una de sus propiedades tiene un muelle que, por alguna razón, era indispensable para la operación delictiva, el cual utilizaba la banda para hacer tocar tierra a la mercancía que traían de fuera o para enviar la que robaban aquí hacia otras partes. Las obras son vendidas por sumas exorbitantes a coleccionistas extranjeros. Archivald los descubrió, y se negó a seguir permitiendo que usaran el muelle. Amenazó con denunciarlos. Y de hecho lo hizo, habló con Seinfeld en la mascarada de los duques de Malloren. Redmond, con ese nombre se presentó el tipo que me contactó de parte de Blane, me dijo que esa noche se desharía de Archivald, por orden de su jefe. Iban a matarlo utilizando a la mujer; ella coquetearía con Archivald, pondría veneno en su bebida, y lo convencería de salir al jardín para tener un supuesto encuentro íntimo. Una vez el noble cayera inconsciente, Redmond se desharía del cadáver.

Me ofrecí a hacerlo con la excusa de que Archivald era fiel a su esposa y no caería en el engaño. Redmond accedió a regañadientes y dijo que me encontraría en un punto del laberinto, que llevara al hombre allí. No tuve más remedio que develar mi identidad a Archivald, y decirle lo que estaba sucediendo.

Comprendió y permitió que lo desmayara de un golpe, fue fuerte, y cuando Redmond apareció, el viejo parecía muerto, y el otro no se detuvo a comprobar su pulso. Finalmente, cuando estábamos los tres allí, apareció una persona y Redmond salió a perseguirla. Cuando volví a encontrarlo, me dijo que volvió por el cadáver de Archivald y ya no estaba, y yo simplemente le

dije que me había deshecho del cuerpo. Lo creyó. No tenía razones para sospechar de mí.

—Vaya. —Silbó Gauss, entrecerrando sus ojos, seguramente su mente estaba asimilando lo escuchado y analizando a toda marcha—. ¿Y qué pasó con el tal Redmond y la mujer? Ese nombre me resulta conocido, pero no recuerdo de dónde.

—Desaparecieron, yo tuve que dejar la ciudad para asistir a la boda de Bradford con la hermana de Baltimore, y luego no pude regresar hasta después de mi propio enlace. Fue antes de casarme cuando me encontré con Archivald en una posada, y él me dijo que Redmond y Amelia Wallace habían desaparecido.

Los hombres que dejé vigilando a Redmond confirmaron la información —contestó Ethan, apagando los restos del cigarro.

—¿Y los robos se detuvieron, la actividad en el muelle de Archivald también? —preguntó Gauss, llevando una mano a su barbilla.

—Sí, no volvieron a actuar. Creo que por la pérdida de Cavandish, y que la mujer quedase expuesta, debieron verse obligados a detenerse y mantenerse en el anonimato un tiempo, hasta que las aguas se calmen, al menos. No han vuelto a contactarme para pedirme nuevos datos sobre alguna pieza, tampoco —conjeturó Ethan.

—Uhm... —murmuró el rubio, posando la vista en el tapiz verde que decoraba las paredes, y miró de nuevo a Ethan, y dijo—: creo que hay algo que se nos está escapando, algo crucial, pero no logró deducir qué.

Ethan suspiró muy de acuerdo con Gauss. Había algo que no terminaba de cerrar en aquella cuestión; además de la verdadera identidad del jefe de la banda, porque dudaba que su nombre real fuese Blane, seguramente se tratara de su seudónimo, y detrás de él, había alguien con conexiones importantes. Y mucho dinero. Pero no ostentaba un título, no era parte de la nobleza. Esto era obvio, porque de pertenecer, no hubiese necesitado recurrir a Cavandish, a Redmond, o incluso a su mismo padre.

Lynn se aclaró la garganta y le hizo un gesto para que le entregase la misiva y, una vez él lo hizo, le señaló la fecha de emisión que tenía.

Ethan intercambió una mirada con Gauss, que dijo:

—Siete días, hoy se cumple una semana desde que fue enviada la nota.

Él asintió y se llevó las manos a la cabeza. No tenía alternativa; Archivald decía que tenía información crucial, y no podía dejar pasar esa oportunidad.

Podría significar la llave para resolver todo aquel misterio, el final de meses de investigación.

El problema era que no lo citaba en cualquier lugar, sino en uno que le podría acarrear muchos dolores de cabeza. Abatido, bajó las manos, y miró a sus acompañantes.

—A mí no me veas, no puedo acompañarte. Si dejo a Emily para asistir a un evento de esos, me rebana las pelotas —se justificó Gauss con expresión impotente.

—¿Y tú, Lynn? —preguntó, sonriendo, al ver la incomodidad del muchacho, que negó repetidamente.

—Aún no tiene acompañante para llevar, si va solo podría levantar sospechas, teniendo en cuenta que se va con pareja —intervino Gauss, y con sorna, añadió —: ¿y tú a quién llevarás? Ya todos deben estar enterados de que te has casado, aunque no creo que, para determinada viuda, eso suponga algún inconveniente.

Ethan gruñó, y agradeció que hubiera podido convencer a Violet de quedarse en casa y no estaría presente para ver lo que no tenía más remedio que hacer. De lo contrario, ya podía verse con otra bala incrustada en la parte de su anatomía que más apreciaba.

CAPÍTULO 22

*Así que no les tengan miedo,
porque nada hay encubierto que no haya de ser revelado,
ni oculto que no haya de saberse.*

Mateo 10:26

—Una puntada más, y... —dijo Lady Rachel, inclinada sobre un vestido en el que había estado trabajando varias horas—... ¡Listo! —exclamó con satisfacción, alejándose varios pasos para posicionarse junto a Blair y Violet, que examinaron cada modelo expuesto con entusiasmo contenido y aplaudieron provocando que su suegra riese nerviosa.

Ella se acercó y estudió las creaciones. Eran exquisitas. Vestidos de gala, de día y de noche, elegantes y femeninos, nada exagerados. Trajes formales y de calle, de corte impecable y sobrios. Sobre todo había tres atuendos que destacaban por su originalidad y elegancia. Apenas creía que, después de semanas, hubiesen acabado con todos los modelos.

—Son increíbles —halagó Blair, presionando la mano de su madre, quien había hecho prácticamente todo el trabajo.

—Fantásticos, y hay de todos los tamaños, eso es muy inteligente si... —comenzó a decir Violet, pero guardó silencio cuando una idea cruzó por su mente.

—No lo podría haber hecho sin ustedes, muchas gracias —suspiró Rachel, su mirada era brillante, y estaba sonrojada.

—Bueno, supongo que la aventura terminó, ¿qué haremos con ellos? —inquirió Blair, acariciando la falda de un vestido de terciopelo verde

esmeralda.

—No sé... tal vez ajustarlos a sus medidas, así pueden lucirlos... —propuso Rachel, ajustando la casaca del traje color burdeos.

—No es mala idea, ¿tú qué opinas, Violet? —le preguntó Blair mirándola expectante.

Violet no respondió de inmediato. Siguió con la vista fija en los atuendos, con su mente trabajando a toda marcha. Las dos damas se miraron entre ellas, y luego a la rubia con curiosidad.

—Yo opino... —inició Violet volviéndose hacia ellas, esbozado una sonrisa — ... que estos atuendos deberían ser vistos por otras personas, ver la luz fuera de estas paredes. De lo contrario, tanto esfuerzo no habrá valido la pena. No tiene sentido desperdiciar tanta belleza para almorzar dentro de esta casa.

Rachel se tornó nerviosa al oírle, y su cuñada solo asintió con gesto reflexivo.

—Eso que dices es muy coherente. —Cabeceó Blair.

—Pero... pero —balbuceó su suegra, retorciendo sus manos, y negando, añadió—: No hay manera en la que eso suceda. Nadie sabe que realizo esta actividad, y de saberlo, no creo que fuese bien visto que una mujer de mi posición se dedique a tal trabajo. Además, cómo los mostraría de todos modos.

No es que pueda enviar invitaciones a tomar el té, y decir: «¿Les interesaría ver una colección de vestidos?»

—Es cierto, eso no sería viable —le dio la razón Violet. Se alejó unos pasos, tomó el vestido de gala dorado, se lo colocó contra su cuerpo, admirando la belleza de la tela y los delicados hilos de seda, y tras dar una vuelta con él, miró a las mujeres, y declaró, emocionada—: y por eso, no traeremos las personas aquí, sino que llevaremos los modelos a ellas. ¡Los expondremos en Londres!

Cuando el carruaje se detuvo por fin, luego de un viaje algo accidentado debido a los baches que la nieve dejaba en los caminos, las tres mujeres se miraron, y luego a su lugar de destino, con diferentes expresiones.

Violet sabía que su suegra estaba experimentando un gran nerviosismo, y también aprensión, y que Blair no estaba del todo convencida de la conveniencia de su propuesta, pero ella pensaba que estaban en el lugar

perfecto, y además correcto. Era el momento preciso para poner su granito de arena, para que más de un sueño se hiciese realidad.

Sabía que había prometido a su esposo quedarse en casa, y pensaba hacer honor a su palabra, solo que ella había especificado que no seguiría a Ethan para entrometerse en la misión; nunca dijo que no haría un rápido viaje a la ciudad para otros fines. Sería una diligencia veloz, y estarían incluso de vuelta en Riverdan Manor antes de que anocheciese. Ethan ni se enteraría de su excursión en Londres.

A pesar de su certidumbre, la ansiedad por que tuviesen éxito en su misión la invadió cuando en silencio se decidieron a bajar. Ella guiaba la marcha apretando el cuaderno de bocetos contra su pecho, y no tardaron en estar sentadas, aguardando ser atendidas.

La mujer de edad madura, apariencia perfecta, tan distinguida como la más refinada de las damas aristocráticas, apareció frente a ellas y las miró con una sonrisa de bienvenida.

—Buenos días —habló Madam Antua, dedicándoles una regia inclinación de cabeza—. Bienvenidas a mi boutique.

Violet y las otras correspondieron, mientras observaban el lugar decorado en tonos pastel, blanco y plateado. Las vitrinas repletas de accesorios, las telas expuestas en estantes con infinidad de géneros y colores, los atuendos exhibidos, y los escasos muebles de exquisito gusto que decoraban el pequeño despacho de la mujer francesa, a donde las invitó a pasar después de que Violet pidiese hablar con más privacidad.

Ella había estado en la casa de modas de la mejor modista de Londres en varias oportunidades, pero Rachel y Blair no. Así que les presentó a ambas damas, y después de aceptar y beber las tazas de té que una asistente de la Madam les ofreció, Violet carraspeó y se preparó para poner en palabras lo que en su mente había.

Una hora después, se despedían de Madam Antua con grandes sonrisas y felicidad desbordante. Fueron guiadas a la salida y, cuando pasaron hacia la parte delantera de la tienda, en donde se atendía al público, Rachel pidió ver un conjunto de telas que procedían de oriente. Ellas accedieron y decidieron acercarse a un estante repleto de sombreros, uno más encantador que otro.

A su hermana Daisy le hubieran encantado aquellos modelos; ella era una

aficionada de los sombreros, y de hecho solía hacerse los que usaba, utilizando flores de su jardín. No sería mala idea hablar con ella y hacerle una propuesta para sumar a su colección.

Violet tomó una papalina con cinta de raso caoba y se la colocó, observándose en el espejo ovalado de cuerpo entero que había cerca. Un alboroto proveniente de detrás de unas telas oscuras, que separaban al salón de la parte en donde las damas se tomaban las medidas y se probaban los vestidos que comprarían, resonó llamando su atención y la de Blair, que estaba a su lado.

Eran risas femeninas, y murmullos que se oían a la perfección desde su posición.

—¡No puedes estar hablando en serio, Jocelyn! —exclamó una voz con un deje ronco y fuerte acento que Violet no tuvo problemas en distinguir. Pertenece a una mujer que desde hacía dos temporadas era la comidilla de la alta sociedad.

Una viuda proveniente de España, que era tan bella y exótica como rica y descarada.

La dama, que había estado casada con un anciano duque inglés, no paraba de provocar escándalos con sus estafalarios comentarios y actitudes insolentes.

Violet se la había cruzado en diversas veladas y le había causado una contradictoria impresión: la mujer no le desagradaba, pero era demasiado altiva y prepotente para caerle en gracia.

—No estoy mintiendo, Elena, ¡lo juro! La invitación llegó ayer por la tarde — terció con tono cortante y agudo otra persona—. Por eso te pedí que me acompañaras. Debo lucir perfecta esta noche. He estado esperando esta oportunidad desde hace meses, y no la pienso desaprovechar.

Violet y Blair se miraron con gestos de aburrimiento y comenzaron a voltear para ir en busca de su suegra, pero la respuesta de la viuda, emitida con tono reprobatorio, las paralizó unos pocos pasos después.

—Mira, Joyce, porque eras mi cuñada te diré lo siguiente: no creo que sea conveniente aceptar la invitación del duque de Riverdan. Su matrimonio es muy reciente, y se rumorea que su esposa está preñada y que a eso se debió la boda precipitada. Podrías esperar al menos un poco antes de dejarte ver en compañía del caballero, o sería bastante malo para tu reputación. Ya todos

saben que eras su protegida hasta hace no mucho.

Ella contuvo el aliento, y sintió un repentino mareo. Su mente aturdida no dejaba de repetir las palabras, y se turbó de tal manera, que no fue consiente de la fuerza que empleó para liberarse del agarre de Blair, que con gesto preocupado insistía en llevarla lejos de allí.

Con la cara pálida, agudizó el oído y esperó a escuchar la respuesta de la mujer, que en ese momento había identificado, Jocelyn Truman, condesa de Harrington, una viuda joven de apariencia exultante: cabello rojizo rizado y sedoso, ojos azules semejantes a zafiros, nariz perfecta y silueta de sirena. Solía dejar a todo caballero con el que se cruzaba boquiabierto ante su belleza, y al parecer era, hasta al menos unas semanas, la querida de su esposo.

—No me importa para nada la mocosa estúpida con la que se casó Ethan — rebatió la condesa con tono despectivo—. Era obvio que terminaría casándose con una niña como esa. Tan poco femenina, con aires de marimacho, rebelde y grotesca. Además, si me ha invitado a asistir a la fiesta en El Halcón, es porque sigue deseándome y no está feliz con lo que tiene en casa. Sería una tonta si desperdiciara la chance de volver a tener en mi cama a semejante hombre. No lo haré. Ya he contestado que me fascinó el ramo de flores que me envió y que puede pasar por mí a la hora indicada. Esta noche recuperaré a mi hombre, y que los demás digan lo que les plazca. No tengo miedo; el placer que me dará vale cualquier consecuencia.

El Halcón estaba a rebosar cuando Ethan y su acompañante hicieron acto de presencia.

Fue fácil mezclarse con las parejas que iban ingresando a la fastuosa mansión gótica y entretenerse con el espectáculo que se desarrollaba en la tarima, mientras aguardaba a que diese la hora para dirigirse al lugar donde lo había citado Archibald. No entendía por qué lo había hecho en tal lugar, pero comprendía que, si su intención era encontrar un marco seguro, entre esa multitud podía encontrarlo. Todo el mundo, bueno, más bien los hombres de su círculo, sabían que otrora había sido asiduo a aquellas fiestas, y su presencia no levantaría sospechas.

Sabía que, si ningún miembro del club deseaba ser expulsado, no se filtraría su asistencia fuera de esas paredes, y por eso estaba tranquilo al respecto. Las

reglas del sitio eran muy claras, y no solían ser benevolentes con las personas que las infringían.

Lo único malo, era que Jocelyn, la viuda que llevaba pegada al brazo, estaba importunándole con sus atenciones indeseadas.

Ethan se lamentaba, como lo había hecho desde el mismo instante en el que había garabateado la nota que le había enviado, haber tenido que volver a relacionarse con aquella dama. Pero no había tenido más opción: la invitación especificaba traer acompañante, y estaba claro que era imposible meter a su esposa en aquel antro. Y no solo porque no quería que ella estuviese expuesta a ningún peligro, sino porque simplemente allí no entraban damas decentes, solo casquivanas y mujeres de vida alegre. Resultaba inconcebible que una mujer casada acudiera abiertamente a una de esas veladas impúdicas, y menos con su esposo.

Solo los matrimonios que deseaban dejar claro que estaban abiertos a las infidelidades se dejaban ver por allí. Y él prefería morir antes que compartir a Violet. Oh, no, su mujercita estaba mejor a salvo en su casa, y en su cama, esperándolo.

Él ansiaba regresar a su lado, pero no podía hacerlo hasta dejar finiquitado el asunto de la investigación. Luego de eso, pensaba hablar con Seinfeld; quería retirarse del servicio. Había dedicado sus mejores años a servir a la Corona, y en ese momento sentía que era momento de centrarse en la familia que había empezado cuando desposó a Violet. Impensada, sí, pero no menos real, era la emoción y la ansiedad que le amargaban cada vez que pensaba en los años que le esperaban junto a su mujer. La amaba, cómo no, como un loco, así la quería.

—Querido, ¿me estás escuchando? —La voz aguda de Jocelyn se filtró en su oreja, y él apartó la vista del escenario, en este se deslizaban sinuosamente mujeres vestidas como antiguas romanas, a las que no había prestado en realidad atención, y miró a la pelirroja, que tras su máscara carmesí lo miraba molesta—. Estás muy distraído, ¿por qué no bailamos?

No tuvo más remedio que guiarla hacia la pista e iniciar un baile lento, en el que la mujer aprovechó para apretarse contra su torso. Jocelyn Clark era sin dudas una belleza despampanante. Su cabello rubio rojizo recogido en lo alto de su cabeza relucía aún con la tenue iluminación de las velas. Su cuerpo era

el de una sirena perfecta, y sus ojos, tan azules, no habían dejado de mirarlo con deseo.

Estaba claro que ella creía que él tenía la intención de retomar la relación que habían mantenido hasta hacía unos meses. Ethan la había conocido siendo la esposa de uno de los hombres que solía trabajar también bajo las órdenes del magistrado, un aristócrata que había muerto en una de las misiones, y fue él el encargado de darle la noticia de su deceso.

Empezó consolando a la afligida viuda, y terminó iniciando una tórrida aventura, la cual se prolongó durante un par de años. Ethan la veía ocasionalmente. Lo prefería así porque no perdía tiempo cortejando a nuevas mujeres, y porque Jocelyn era una experta a la hora de las lides amorosas. Sin embargo, terminó por aburrirse de la dama, que había pasado de ser complaciente a demandante. Él no toleraba que lo atosigaran, y menos cuando había dejado claro desde un principio que lo suyo era algo transitorio, sin compromisos de ningún tipo.

Así que, con la excusa de que la investigación le demandaría todo su tiempo, le dijo que no volvería verla y que era libre de iniciar relaciones con quien le pareciese. Y no la había vuelto a ver, a pesar de que ella le envió varias cartas, las cuales tiró sin abrir siquiera, en reiteradas oportunidades, hasta que debió enterarse de sus nupcias, y las misivas cesaron.

—Jocelyn... —advirtió con tono impaciente, cuando ella empezó a acariciar su nuca.

—¿Qué sucede? Te noto tenso, milord —insistió ella, y continuó el masaje no pedido, acariciando su espalda y omóplato—, sé de algo que es efectivo para las contracturas y que te dejará muy relajado. ¿Por qué no vamos a un lugar en donde estemos solo tú y yo? —insinuó con tono sensual, poniéndose de puntillas para hablarle al oído.

—Ya hemos hablado de esto, para ya... —le espetó Ethan, tenso, retrocediendo todo lo que el baile le permitía, apartando la vista de sus ojos seductores con incomodidad—. No hagas que deba repetirte, te dije que...

Lo que fuera que iba a decir quedó atorado en su garganta cuando de repente su cuerpo se erizó y, sin entender cómo, sus ojos se dirigieron hacia la entrada del salón. Una criatura magnífica estaba detenida cerca de la puerta. Erguida y altanera, paseaba su mirada por el sitio sin detenerse a mirar a nadie en

particular. Manteniendo sus rasgos ocultos tras una máscara blanca con bordes dorados, y plumas carmesí, las cuales destacaban al igual que el color de sus labios carnosos.

Él solo pudo tragar saliva y admirar la belleza de aquella mujer misteriosa, la cual era sublime. Su cuerpo, que llevaba embutido en un vestido dorado de seda y encaje, y que a tono con los atuendos más descarados de las demás, dejaba ver sus senos excesivamente, y la vista de una de sus largas y sinuosas piernas le quitó el aliento. Y de inmediato se sintió mal por estar ardiendo y comiéndose con los ojos a una mujer que no era su esposa.

Compungido, apartó la vista a la vez que veía cómo varios hombres dejaban tiradas a sus acompañantes sin miramientos para acercarse a la rubia aparición, y que esta los rechazaba con un ademán digno de una reina.

Pensó que sin dudas su esposa, que para él era la mujer más bella que había visto nunca, no tenía nada que envidiarle a la desconocida enmascarada. Pero Violet ostentaba una belleza que no avasallaba, porque no era consciente de su propio atractivo. En cambio, esta mujer rezumaba sensualidad, y de no ser porque jamás podría tocar a nadie que no fuera su duquesa, él estaría abordándola y no se detendría hasta tenerla entre sus sábanas. Mortificado, se reprendió por estar teniendo pensamientos de esa índole, un poco incrédulo de descubrir que otra mujer podía despertar el deseo salvaje que hasta el momento solo había sentido por Violet.

Era mejor concentrarse en la misión y dejarse de estupideces. Faltaban solo unos minutos para el encuentro con Archibald.

El Halcón no era un club corriente, sino una enorme mansión de estilo gótico. La clientela era muy exclusiva y restrictiva, solo se admitían caballeros de élite, y debían ser miembros de este.

Desde su posición dentro del carruaje que Blair y ella habían alquilado — luego de pasar el día en la casa que la familia Hamilton, en su antiguo cuarto, donde se dedicaron a modificar lo más que pudieron los atuendos que Rachel había terminado, para hacerlos más atrevidos y lograr pasar desapercibidas dentro de la fiesta—, observaron la fachada del lugar. Había decenas de parejas ingresando, y junto a la puerta se podía ver un gran letrero que versaba: «El Halcón... Noche de placeres prohibidos...».

Les había costado lograr que Rachel les permitirse salir de la casa, pero

después de ver el entusiasmo de ambas por lucir los vestidos en una velada a la que Violet había inventado que asistirían, la mujer claudicó y se retiró después de cenar. Las tres habían coincidido en que era mejor que fueran a aquella casa, para evitar que Ethan se enterase de su presencia en la ciudad. A la mañana siguiente regresarían a Riverdan Manor.

Violet había tenido sus reticencias en dejar que su cuñada le acompañase, después de todo, era una dama soltera, pero Blair le prometió que se quedaría en un lugar donde estaría a salvo de miradas, y que esperaría hasta que ella terminase con el asunto que la había llevado hasta allí. Se la veía tan entusiasmada que ella no fue capaz de rechazar sus súplicas y acabado cediendo.

Y cuando la vio lista para partir, pudo respirar más tranquila, pues ciertamente Blair estaba irreconocible vestida de aquella manera, con aquel vestido verde esmeralda ceñido a su cuerpo, y la espalda descubierta. Sus rizos habían sido estirados hasta dejarlos lacios y cayendo en algunos mechones sueltos alrededor de su nuca, y su cara apenas se adivinaba detrás de su máscara dorada con ribetes verdes. Se veía hermosa, lástima que no pudiera adoptar aquel estilo para los salones. Sin duda conseguiría más de un pretendiente.

Finalmente, descendieron del coche y se sumaron a las personas que caminaban por el sendero de entrada. Las mujeres que asistían a ese sitio eran, en su mayoría, damas de sociedad. Mujeres que podrías encontrar en un salón de cualquier velada noble. Algunas, casadas; otras, viudas. Todas, escondiendo su identidad tras elegantes máscaras, asistían para departir en esas mórbidas fiestas.

Con disimulo rodearon la casa y, cuando estuvieron lejos de la vista del guardia que custodiaba la puerta principal, Violet comenzó a comprobar las puertas y ventanas con las que se iban encontrando.

No podían acceder al interior como todos los demás, pues además de no contar con invitación, se debía asistir en pareja, y ellas estaban solas. Esto lo sabía porque habían logrado sonsacar la información a una de sus doncellas que tenía un pariente trabajando en el lugar. Blair se había quedado de una pieza cuando ella le relató que hacía unos meses su cuñada Clarissa, lady Stanton y lady Gauss se habían colado dentro de la mansión, siendo

confundidas con un grupo de bailarinas exóticas. Fue la primera vez que había visto reír a carcajadas a Blair.

Después de probar suerte en varios accesos, logró dar con una puerta que parecía no tener puesta la traba interior y, en menos de un minuto de maniobra con una horquilla, la cerradura cedió, y ella sonrió oyendo los aplausos de Blair, que por los guantes que ambas llevaban no resonaron.

Del otro lado había un pasillo escasamente iluminado, y ellas siguieron el estruendo de música, risas y conversaciones. Y pronto se encontraron con una puerta, que estaba vez no tenía la llave puesta, así que Violet la abrió con tiento, se asomó apenas, y vio que daba a un vestíbulo elegante. Amoblado con muebles de cerezo y estatuas griegas bastante escandalosas, alfombras persas verde oscuro y paredes tapizadas. Blair asintió hacia ella, diciendo que se quedaría allí aguardándola, y Violet apretó su mano y salió al pasillo en cuanto pudo.

Al ingresar al salón, se sorprendió al ver lo que en otras circunstancias le habría parecido una velada de sociedad común. Solo a primera vista, porque rápidamente pudo vislumbrar las más que sutiles diferencias. La iluminación era muy tenue, y la música, que una banda que no pudo ver por ningún sitio tocaba, era una melodía sensual y magnética. Eso sin contar los pasos de baile nada convencionales que las parejas ejecutaban en la pista. Todos apretaban a su compañera indecentemente. Algunos se besaban con descaro, y otros reían con estrépito, acariciándose con íntimo contacto.

Tampoco podía pasar por alto que, en general, ningún caballero estaba totalmente vestido, sino que llevaban solo sus pantalones y camisas, algunos conservaban sus chalecos, pero habían prescindido de sus sacos, pañuelos y guantes. Y, por supuesto, las damas correspondían luciendo escandalosos y expuestos atuendos.

Cualquiera que asistiera a una de aquellas fiestas debía atenerse a las tres reglas únicas que allí regían: «No quitarse las máscaras ni revelar la verdadera identidad. No mencionar nada concerniente del club a terceros. Y estar abierto a experimentar el placer, siempre dentro del club».

Apenas cruzó el umbral fue consciente de que muchas cabezas se volvían en su dirección. Estaba nerviosa, deseando que haber ido hasta allí fuese en vano, rogando no encontrar a su esposo en ese lugar, y que las palabras de esa mujer

fueran solo mentiras maliciosas.

Pero algo en su interior le decía que Ethan estaba allí; había sentido su presencia desde que el carruaje se había detenido. Sabía a ciencia cierta que el duque estaba bajo aquel techo, y como le había dicho a Blair, solo tenía intención de verlo con sus propios ojos, pues no quería sacar conclusiones precipitadas y volver a juzgar mal a su esposo. Aunque tampoco podía simplemente ir y preguntarle si era verdad que se veía con la viuda, pues dudaba que un hombre que pensaba hacer algo como eso lo admitiera.

No, era mejor comprobar por sí misma que Ethan estaba engañándola, y si así era, sabía que no podía hacer más que aceptarlo como la mayoría de las esposas de su entorno. Pero eso sí, el duque vería de lo que era capaz. Le daría una lección que no olvidaría, y luego se arrancaría del alma el amor que sentía por él.

Jamás volvería a verlo como antes. Lo odiaría y lo despreciaría con la misma fuerza que lo amaba.

Ella no era afable, ni un alma benigna.

CAPÍTULO 23

*La oscuridad me rodeaba. La muerte me acechaba.
Tu amor, la llama que me mantenía encendida.
Amarte, el fuego que me consumiría.
Supe que la eternidad existía solo en tu mirada.
Y que solo en tus brazos podría revivir de mis cenizas.*

Extracto del libro: Susurros en la noche

No obstante, seguía albergando la esperanza de que todo aquello fuese un malentendido. Que Ethan no le hubiese mentido y traicionado.

Ilusiones que se vieron despedazadas cuando sintió un escalofrío y una mirada intensa y diferente sobre ella. Volteó hacia esa dirección, y su alma cayó a sus pies.

Allí estaba Riverdan, vestido completamente de negro, con su cabello oscuro peinado hacia atrás, y esa mujer abrazada a él, que rodeaba su cintura con una de sus manos, sin guantes.

Él se veía más atractivo de lo que recordaba, con su cuerpo fuerte envarado y su mirada oscura fija en ella. La estaba desnudando con la vista, y aquello solo incrementó su furia. Era un vil asno, que ni siquiera con su amante frente a él lograba contener su libido.

Fingió no verlo y desvió la vista por el lugar, con el corazón latiendo agónicamente. Ethan estaba con otra mujer. La estaba tocando, la estaba rodeando con sus brazos, y sabía Dios cuántas cosas más ya le había hecho.

Un frío se instaló en su pecho, y cuando vio a tres hombres acercarse, los despachó con un gesto despectivo, girando parcialmente hacia un lacayo, que

solícito le ofreció una copa. Bebió todo el contenido de sopetón, y estiró la mano para que le diese otra. No reconoció el licor, pero le fue agradable al paladar, aunque un poco dulce.

Ya estaba confirmado: su matrimonio había resultado ser una farsa. Y sentía su corazón desgarrarse al pensar que todo lo que había creído que el duque sentía por ella no existía. Le había dado todo de sí a aquel hombre, y él lo había pisoteado.

Si no hubiese sido tan estúpida como para enamorarse, no estaría sufriendo en ese momento, pero no había cómo negarlo: amaba a Ethan y sentía una ira colosal al imaginar que estaría con otra mujer, que la besaría como a ella.

No.

Si el duque de Riverdan creía que se quedaría de brazos cruzados, viendo cómo la humillaba y se enredaba con una cualquiera, estaba muy equivocado. Él había hecho votos, se había casado con ella, y maldición si permitía que otra que no fuese ella lo tocara.

No entendía por qué, si las pruebas de su vileza estaban frente a ella, pero algo muy profundo dentro de su corazón se negaba a creer que Ethan pudiese haber fingido todo lo que habían vivido los días pasados. Ella había sentido su amor, lo había sentido unido a ella en cuerpo y alma. Y no permitiría que nadie se lo arrebatara, no sin luchar antes. Batallaría con uñas y dientes, y trataría de comprender los motivos que lo habían llevado a alejarse de su lado para ir en busca de otros brazos. Y luego dejaría que él decidiese si realmente deseaba tirar por la borda todo lo que habían construido.

Pero, primero, le daría beber de su propia medicina.

Una sonrisa maliciosa se plantó en su cara, y tras terminar su bebida, depositó la copa vacía en una mesa cercana y, cuando un sexto hombre se acercó, no lo rechazó. Al contrario, lo cogió por las solapas de su saco y lo arrastró a la pista.

Ethan ya no había vuelto a mirarla, por lo que tuvo que arreglarse para que el desconocido de ojos miel, alto y musculoso, que la estaba apretando contra su cuerpo mientras se deslizaban al son de la música, la guiara hasta posicionarse junto a la pareja.

Sus dientes se apretaron al ver cómo la mujer de vestido azul medianoche, de piel cremosa y pálida, le susurraba algo a su esposo, apretando sin

disimulo sus senos contra el pecho de él.

Ethan solo negó dos veces y miró en derredor, colisionando su mirada café con la de ella. Se miraron fijamente, siguiendo los pasos de baile como autómatas, prendados uno del otro. Su respiración se había cortado, y cuando él, que tenía la boca entreabierta y las pupilas oscurecidas, frunció el ceño, ella sonrió con pereza, subiendo sus manos por los brazos del desconocido, que no había cesado de murmurarle palabras que ni había oído.

El caballero besó la piel de su cuello, y ella, sin apartar la mirada de Ethan, echó su garganta hacia atrás. Y entonces lo notó, vio cómo el reconocimiento y la duda teñían la mirada de su esposo.

Una ira visceral deformó su cara y ella, sin inmutarse, aceptó el brazo que su acompañante le extendió y se dejó llevar hacia las escaleras que daban a las habitaciones privadas. No quiso mirar hacia atrás, pero no le hizo falta, sabía que Ethan había salido detrás de ellos, dejando a la viuda boquiabierta e indignada.

Sonrió con malicia. El juego comenzaba.

Pocas veces en su vida, o a decir verdad, jamás, Ethan había sentido tanta ira como cuando percibió aquel perfume flotando en el aire... Violetas....

Sus ojos habían volteado en esa dirección, topándose con una mirada clara, perturbadora y familiar al mismo tiempo. En esa ocasión no se distrajo con otros pensamientos. Observó con detenimiento a la mujer, la que había visto ingresar hacía unos minutos, y a la que se negó a continuar mirando por temor a caer en la tentación.

Su corazón comenzó a acelerarse, al tiempo que la tensión se apoderaba de él; no quería creer que pudiese ser quien parecía. Estaba con un hombre, el cual la estaba tocando, hablándole al oído, mientras ella recibía sus atenciones con sensualidad.

Ethan comenzó a temblar, siendo apenas consciente de lo que sucedía a su alrededor, ni siquiera notaba la presencia de la viuda, ni la música. Solo tenía ojos para la rubia, que en ese momento fue besada en el cuello por el tipo de cabello castaño claro y, lejos de apartarlo, echó su cabeza hacia atrás, como si estuviese ávida y anhelara más.

Una furia abrasadora lo sacudió. Había visto ese movimiento tantas veces, en su cama, en la mujer que era suya y que en ese momento lo miraba en

brazos de otro, con sus ojos verdes brillando desafiantes.

Era Violet. Estaba seguro de que era ella.

No supo cómo, pero un segundo después estaba caminando detrás de la pareja, con la ira amenazando con hacerle cometer más de una locura. No le importó dejar plantada en plena pista a Jocelyn, ni sus reclamos, ni llevarse puestas a las personas que se interponían entre la escalera por la que ya iban subiendo.

Tampoco recordó que no restaba mucho para la medianoche, hora en la que debía buscar a Archibald, ni se molestó en disimular su mueca feroz, o sus prisas, aunque estuviese llamando la atención.

Solo quería comprobar que era su esposa, a pesar de que predominaba la certeza. Se negaba a admitirlo hasta que no pudiese arrancarle aquella máscara.

Y si se trataba de Violet... que Dios lo amparase, porque estaba tan fuera de sí que no sabía cómo reaccionaría.

Maldijo innumerables veces cuando, por culpa de algunas mujeres que se cruzaban delante, intentando coquetear, y a las que quitaba sin miramiento para seguir el ascenso, perdió de vista a la pareja. Iracundo apresuró sus pasos y accedió al largo vestíbulo, en el que había desplegadas a cada lado las puertas de las habitaciones privadas.

Estaba desierto, y él debía adivinar en qué cuarto habían entrado. Una profusión de imágenes tórridas, en las que ella era seducida y tomada de maneras impronunciadas, aparecieron en su mente y prácticamente comenzó a abrir y cerrar las puertas como un completo desquiciado.

Encontró cuartos vacíos, o a amantes en diferentes etapas de intimidad, que gritaban sobresaltados y le miraban desencajados. Ninguna era la que buscaba.

Hasta que una risa resonó detrás de una puerta que se disponía a abrir, y se paralizó, apretando con fiereza el picaporte. Era su risa. Reconoció aquel sonido ronco y musical a la vez.

Violet estaba nerviosa, ansiosa y un poco temerosa. Pero no se echaría atrás. Su esposo debía comprender que lo que había hecho la lastimaba, y que ella no sería la clase de esposa que tolerase las infidelidades en su marido con resignación. Si él pensaba tener amantes, ella no se quedaría en casa llorando. La verdad era que estaba furiosa, además de herida y decepcionada.

Aun así, no por ello se rebajaría a meterse con cualquier hombre, porque ella se valoraba lo suficiente como para hacer algo así, y tampoco se expondría a riesgos innecesarios, ya había aprendido la lección.

La idea era solo aceptar una invitación a bailar, para que su esposo la reconociese y supiese que estaba allí y que lo había descubierto, dejarse tocar un poco, para que él sintiese lo mismo que ella. Era lo justo.

Sin embargo, la suerte estaba de su parte, porque cuando el hombre castaño que la había abordado se acercó y besó su cuello, ella le prestó atención unos segundos y lo reconoció. Casi rio cuando cayó en la cuenta de quién era.

Patrick Wynne.

Cómo no lo había notado antes. Su antifaz no era lo suficientemente grande como para ocultar del todo el rostro elegante y delgado de su primo. Llevaba el cabello castaño claro peinado igual que siempre, y era tan correcto que, a pesar de estar en un lugar como ese, no se había quitado el chaleco, ni el saco.

Nunca hubiese imaginado encontrar en El Halcón a Wynne y estaba más que sorprendida, pero no se detuvo a pensar mucho en aquel detalle, sino que decidió aprovechar que su primo lejano no la había reconocido y que sabía podía alentarle lo que quisiese, que él nunca se propasaría o le haría daño. Así que, muy divertida, acompañó a su primo al piso superior, conteniendo la risa ante los comentarios subidos de tono que él le hacía y la manera en la que su mano buscaba tocarla y que ella esquivaba con disimulo.

Al parecer estaba algo achispado, y ella también. Lo que era extraño, porque no creía que dos copas de ponche pudiesen provocar que una se sintiese mareada, acalorada y ansiosa. Tal vez se debiera solo a la adrenalina de saber que estaba comportándose muy mal, y que su esposo la estaba siguiendo. O tal vez no era ponche lo que había tomado; desde luego parecía alguna clase de bebida exótica.

Wynne se detuvo frente a una de las habitaciones y, después de abrir, le hizo una seña caballerosa para que ella entrase. Violet obedeció y, apenas él hubo cerrado, lo tomó del brazo y lo llevó hacia un diván que había debajo de una ventana.

—Vaya, preciosura, sí que estás deseosa —comentó él, dejándose hacer, con evidente asombro. Subió los brazos para acercarla, pero ella se escabulló y se alejó un poco—. Oh, así que quieres jugar, bonita.

Violet negó, y se carcajeó cuando él intentó inclinarse para atraparla y se cayó de cara al suelo. Negando, se acercó a su primo y se agachó para tomarlo por los hombros y así ayudarlo a ponerse en pie, pero él aprovechó para tirar de ella, provocando que Violet aterrizara sobre él.

Estaba por decirle que era ella, y que solo debían estar dentro del cuarto un rato, y luego ella volvería a casa, no sin comprobar que Ethan la viese salir del brazo de su supuesto amante, cuando la puerta se abrió violentamente, y ambos se sobresaltaron.

Patrick con las manos en su cintura, y ella con las palmas apoyadas en el pecho de su primo, que se había quitado el saco y abierto su chaleco.

Ethan ingresó como un vendaval, y antes de que pudiese parpadear dos veces, fue elevada y lanzada sobre la cama. Su primo solo había atinado a intentar enderezarse y emitir una protesta ofendida, yacía inconsciente por el brutal golpe que su esposo le propinó con la punta de su bota, justo en la mandíbula.

Él estaba fuera de sí, y se proponía machacar a su pobre familiar, así que ella se levantó y corrió hacia el duque para retener su brazo demoledor antes de que aquello terminase en tragedia.

—¡Ethan, detente! —exclamó nerviosa, jadeando por el esfuerzo de retener la extremidad de su esposo, que en ese momento parecía hecha de piedra.

Él estaba tenso y se sacudió su mano de encima, soltó el cuerpo de Patrick con asco, y retrocedió varios pasos, llevándose ambas manos a la cabeza.

Ambos respiraban agitados, y estuvieron en un silencio incómodo unos segundos, hasta que Ethan se volvió y la miró fijamente. Detrás de su antifaz sus ojos parecían despedir una furia demencial.

—Ethan... —inició Violet, cruzándose de brazos temblorosa.

—No quiero escucharlo, Violet, no quiero escuchar nada. Si continúo teniéndote enfrente dos segundos más, soy capaz de cometer una locura —siseó el duque con tono tenebroso, girando hacia la salida—. No puedo verte ahora mismo... solo márchate, vete ya a casa—ordenó.

Violet lo miró boquiabierta, sintiendo su indignación crecer y crecer.

—Disculpa, ¿tú no me puedes ver a mí? —inquirió incrédula.

—Escucha, Violet, estoy cansado de tus insensateces y de tu inmadurez. Me diste tu palabra de que no me seguirías, y estás aquí. Pero es mi culpa por

creer que una niña impulsiva e irracional tendría palabra. Ya lograste lo que querías, hacerme pagar por haberte ocultado que estaría aquí esta noche. Ahora solo vete.

No quiero verte. —La cortó Ethan con tono frío y la mandíbula apretada—. No me obligues a sacarte de aquí a la fuerza. Vete.

—Así que su excelencia está cansada... —murmuró con sarcasmo ella—.

¿Quieres que me vaya para así poder disfrutar con tu amante? —agregó, y al ver que el solo se la quedaba mirando, perdió la calma—. ¡Eres un desgraciado! ¡Un vil mentiroso, falso y traidor! —le recriminó furiosa, empujándolo por el pecho.

—Detente... —le ordenó molesto, tratando de reducirla y recibiendo de su parte varios codazos—. Mocosa del demonio...

Airada, comenzó a propinarle puñetazos en el cuerpo, que su esposo esquivaba, y cuando ella intentó patearlo, la levantó en el aire y la apoyó con fuerza contra una de las paredes, aprisionándola con su cuerpo y frenando sus movimientos, al tiempo que tomaba sus muñecas y las ponía por encima de su cabeza.

—¡Basta! ¡Detente, estás loca! —le repitió con ira—. ¡No tengo ninguna amante! —gritó y solo así ella se paralizó y lo miró con la cara roja a causa del enojo y el peinado deshecho, tratando ambos de recuperar el aliento. Él bufó y se quitó el antifaz con la mano libre, y luego le arrancó la máscara a ella, la cara de él denotaba su molestia como nunca antes—. Lo de la mujer con la que me viste tiene una explicación. Pero tú... te dejaste tocar por ese hombre, lo alentaste, subiste aquí, y estaban por... ¡Por un demonio, Violet, por qué!

Ella sostuvo su mirada desencajada, viéndole de hito en hito. Y tragando saliva susurró:

—Quería que sintieras lo mismo que yo. Y también demostrarte que no toleraré que me mientas y engañes. Tú no confías en mí, Ethan. Y yo no merezco este trato.

Su esposo suspiró y soltó sus muñecas, pero no se alejó, todo lo contrario, se pegó aún más, hasta que sus frentes quedaron pegadas.

—Claro que confío en ti, mujer, ¿es que acaso no lo ves? Yo daría todo por ti, todo sin dudarle un segundo. ¿No sientes cómo revivo cada vez que mis

ojos te ven? ¿No notas cuánto te amo? —murmuró Ethan con rotundidad, sus pupilas oscuras desbordando multitud de sentimientos—. Te amo hace tanto, creo que desde la primera vez que te vi en aquel parque reduciendo a tu pobre mozo de cuadra, con pantalones y camisa masculinas, ya entonces mi corazón fue tuyo.

Te amo más allá de cualquier lógica, con mi alma y corazón, Violet. Te pertenezco por completo, y jamás podría engañarte. No existe nadie más en esta tierra capaz de ocupar un sitio en mi interior, porque tú te has apoderado de mí por completo. Vivo para amarte, porque has devuelto el sentido a mi vida; me enseñaste a amar, a ser yo mismo sin temor a nada. Tu amor me ha devuelto la alegría y la paz. Creí que lo sabías, maldita mocosa....

Ethan no pudo continuar porque Violet, que lo escuchaba absolutamente conmocionada, se lanzó sobre su boca y lo besó con fiera pasión. Su esposo gimió sorprendido, pero no tardó en aferrarla por el cuello y la mandíbula, devolviéndole el beso con igual ansia.

Ella se pegó a su cuerpo, y Ethan la recompensó apretándola contra sí y llevando una mano al tajo de su vestido, donde comenzó una caricia ardiente en la piel que iba encontrando. Luego la elevó, y sin dejar de saquear su cavidad, la instó a rodear sus caderas con sus piernas para que sintiese todo su deseo contra el centro de su cuerpo. Violet jadeó, y cuando Ethan separó sus bocas y descendió hacia su cuello y su escote, ella se removió, buscando más de él.

Ethan tiró de su falda hacia arriba con necesidad desbordante, y cuando estaba apartando las enaguas de ella, un fuerte gemido dolorido se oyó a sus espaldas.

Ambos se paralizaron. Se miraron, bastante contrariados, ruborizados, y agitados.

—No es lo que parece, no lo mates —susurró suplicante Violet con gesto apenado, viendo sobre el hombro de su esposo a su primo sentarse despacio, con evidente gesto de dolor y confusión.

Ethan volvió a bufar y la liberó. Ella arregló como pudo el desastre que era su aspecto, y se agachó para tomar las máscaras de ambos, las cuales se colocaron sin dejar de mirarse.

—Estoy aquí por la investigación, Violet. Lady Belmonte, la mujer con la

que me viste bailando, es parte de la misión —susurró con prisas él, sabiendo que si no le dejaba las cosas claras, empeoraría la situación. En ese momento lo entendía—. Ella y su esposo han sido parte del servicio de espías de la Corona desde hace mucho tiempo. Y no es la primera vez que coincidimos en una operación. Sus tareas suelen ser servir de acompañante para ayudar a mantener una coartada creíble a los espías infiltrados, y también recabar información útil.

Antes la asignaban a su marido, pero después de que este falleciera, ha sido asignada a diferentes hombres, incluido yo.

Violet estaba patidifusa, y vacilando afirmó:

—Pero ustedes se conocen íntimamente.

—No te voy a mentir, la he frecuentado durante largo tiempo. Y teníamos un acuerdo que nos servía a ambos, bastante satisfactorio. Pero no la he visto desde antes de casarme contigo. Ella es pasado —asintió su esposo con tono incómodo.

—Yo vine aquí porque la escuché decirle a otra mujer que tú le habías enviado flores, y que retomarían su relación —dijo ella con mosqueo y reproche.

—No sé dónde la oíste, pero yo no le envié flores; solo una nota donde la avisaba de la operación. —Se encogió de hombros su marido—. De todas formas, es parte de la coartada para esta noche, en la que debía justificar mi presencia aquí, y en la que no podía acudir solo o sin acompañante, dejar caer aquí y allá sobre una posible reconciliación entre ella y yo.

Violet gruñó, pensando que era muy ingenuo de parte del duque creer que la viuda no tenía segundas intenciones con él. Estaba claro que la dama buscaba aprovechar la misión para retomar su relación. Quería quitarle a su marido, y ella no lo iba a permitir. Ya vería esa descarada.

—¿Y la misión? —prefirió preguntar para lograr calmar sus ansias de venganza.

—Estoy en plena operación, Violet, y por eso tú debes marcharte; es muy peligroso. Espérame en casa: prometiste no inmiscuirte, cumple tu promesa.

Anda —la apremió Ethan aún en murmullos, y se giró hacia el hombre que ya se estaba poniendo de pie, algo tambaleante.

—Qué diablos me sucedió... —balbuceaba el castaño con las manos en la

cabeza.

—Que estuve a punto de mandarlo al Hades, eso —le contestó, deteniéndose a su lado con postura amenazante. Su voz se redujo a un gruñido letal cuando añadió—: esa mujer que ve allí, es mía, si la vuelve a tocar aunque sea con un dedo meñique, le arrancaré el corazón con mis propias manos.

El hombre parpadeó, y miró de su esposa hacia él, con patente desorientación.

—¿Y quién le dijo que yo tengo corazón, eh? —se burló con tono pastoso el otro y Riverdan se tensó.

—Ethan, es mi primo, Patrick Wynne. Y está borracho, no le hagas caso —intervino Violet, y el alto castaño abrió los ojos como platos, y avanzó con dificultad hacia ella.

—¡Qué diablos, Violet! —exclamó aturdido.

Ethan los miró estupefacto, y abrió la boca para decir algo, pero en ese instante sonaron las campanadas de medianoche, y él se puso alerta.

—Wynne, llévese a mi esposa de aquí. Y a menos que quiera que le raje la garganta, asegúrese de que abandone la mansión —ordenó Ethan dirigiéndose apresurado hacia la puerta.

—Espera, Ethan, ¿dónde vas? —preguntó siguiéndolo.

—Regresa a casa, Violet. Te veré allí, en cuanto termine aquí mi asunto —le contestó, y tras depositar un beso breve en sus labios, abandonó el cuarto. No sin lanzarle una mirada de advertencia al noble que los observaba curioso.

—¿Y ahora de dónde diablos saco otra mujer que se vea tan bien como tú? —murmuró quejumbroso su primo.

Violet rodó los ojos, exasperada, y le instó a salir de la habitación. Por lo menos sabía que su esposo no solo no la engañaba, sino que la amaba.

Solo por eso, había valido la pena acudir a aquel lugar.

CAPÍTULO 24

*Desde que me amas, las mañanas son más brillantes.
Desde que me amas, las noches son menos solitarias.
Desde que me amas, el sol brilla más fuerte.
Desde que me amas, las flores son más bonitas.
Desde que te amo, siento que tengo alas.
Desde que te amo, siento que respiro.
Desde que te amo, siento que estoy vivo.
Desde que te amo, siento que no hay frío.
Por amarte daría lo que fuera.
Por amarte pelearía la peor batalla.
Por amarte cruzaría el cielo.
Por amarte lo entregaría todo.
Por tu amor, moriría.
Por tu amor, no dudaría.
Por tu amor, no olvidaría.
Pues puedo sentirte, aún en la eterna oscuridad.
Y con mis ojos cerrados,
mi cuerpo elevado,
mi corazón sigue amándote.*

Extracto del libro: Susurros en la noche

Ethan pudo respirar tranquilo cuando la puerta finalmente se cerró detrás de su esposa. No creía que le obedecería y aceptaría su pedido dócilmente, pero Violet lo sorprendió una vez más. Debía aprender a recordar de una vez que su

mujer era impredecible, porque ella siempre encontraría la manera de sorprenderle y volverle loco.

Si hubiese sabido que las palabras clave para domar a la bestia que gobernaba a su esposa eran «te amo», hubiese confesado lo que sentía por ella hacía mucho.

Ese pensamiento le hizo sonreír a su reflejo en el espejo, al que se había acercado para acomodar su ropa. La hora de su encuentro con Archibald había llegado, y él abandonó el cuarto con paso moderado.

No sabía si Violet ya había abandonado la casa, pero por las dudas decidió no arriesgarse a que su vena insensata despertara, y al verlo pasar, lo siguiera, o lo hiciese cualquier otro ojo curioso, para el caso. Así que no se dirigió hacia la escalera principal que bajaba al vestíbulo, sino que rotó a la derecha y caminó hacia la puerta que estaba al final del largo pasillo.

Había usado aquella mansión como base de operación en innumerables ocasiones, así que conocía la casa de cabo a rabo. El personal que la regentaba era el cúmulo de la discreción, y su dueño, a quien pocos conocían, pero que se sabía era un hombre que se había hecho de abajo hasta llegar a ser dueño de aquel negocio más que rentable, los dejaba utilizar sus dominios, siempre y cuando cumpliesen depositando los pagos periódicos.

Una vez estuvo dentro de la habitación, se dirigió a la salida secreta que este escondía detrás de un ropero empotrado contra la pared, y recorrió el pasadizo que bordeaba todo el segundo piso, hasta terminar en una escalera angosta que descendía a su vez a otro oscuro pasillo de servicio. Desde allí no le fue difícil salir al jardín trasero de la casa, y recorrer los caminos empedrados hasta donde lo esperaba lord Archibald.

—Así que te has casado con el duque de Riverdan. —Empezó Patrick cuando iniciaron el descenso por la enorme escalinata de mármol y piedra—. No estaba enterado; he llegado a Londres hace un par de días. Creí que nunca te casarías, o eso siempre has pregonado.

Violet miró a su primo y le alegró verlo de nuevo. Hacía más de un año que no sabían mucho sobre él, más de que estaba fuera de Inglaterra ocupado en uno de sus peregrinajes educativos.

—Lo sé. —Se encogió de hombros, dando un apretón al brazo por el que Patrick la guiaba—. Pero las circunstancias me obligaron.

Él se detuvo unos segundos para mirarla incrédulo detrás de su máscara de terciopelo blanca, y luego emitió una carcajada ronca.

—¿Obligada? ¿Tú? —dijo sin aliento, negando con su cabeza muy divertido—. No esperarás que crea eso, ¿verdad? Cierto que he estado fuera de la familia por bastante tiempo, pero hay cosas que jamás cambian, como el hecho de que nadie puede obligarte a hacer algo que tú no quieras. Antes hubieses huido a América que contraer nupcias obligada por las circunstancias.

Violet gruñó, y dándole un pellizco disimulado, le instó a proseguir la marcha.

—Pues siempre hay una primera vez para todo —murmuró con sequedad—.

Y de todos modos, no es que me obligaron, yo decidí que no tenía más opción, y cedí.

—Eso ya es otro cantar, prima. Pero sigo sin creer que ahora seas una mujer casada. ¡Una duquesa! —asintió él, con su sonrisa cálida tan parecida a la de Steven y Rosie.

Tenía los ojos miel, dorados, pertenecientes a los Hamilton, la altura y simpatía, también. Luego, nadie diría que eran parientes, puesto que su primo era un poco más moreno que ella y sus hermanos, y de cabello castaño claro, en vez de rojizo, como la rama paterna. Patrick había heredado el color de piel y cabello de su madre, una encantadora y preciosa dama, que era conocida por sus obras benéficas.

—Entonces prepárate, porque esa no es la única novedad. —Se jactó ella, guiándolo hacia el pasillo en donde había dejado aguardando a Blair.

Debía ir por ella antes de retirarse, una de las razones por las que había aceptado obediente la orden de Ethan, ya que si se le hubiese ocurrido que debían volver a su casa juntos, quedaría en la obligación de confesarle que había permitido a su hermana pequeña asistir a aquel club de perdición. Y si eso sucedía, no sabía cómo reaccionaría el duque, pero no quería averiguarlo.

—Steven también se ha casado —soltó, y su primo se tropezó con sus propios pies, y volteó hacia ella estupefacto—. Y no, nadie lo coaccionó. El caballero con el encanto más legendario de Londres renunció a su soltería por amor. — Continuó riendo por su expresión, y tiró para que siguiesen adelante—. Y no es el único, Daisy también se sumó y dio el sí hace poco. Te has perdido de tres bodas, primito.

—Con lo mucho que me gustan los banquetes nupciales —se lamentó Patrick cuando llegaban a la habitación en donde rogaba continuase a salvo Blair—.

Espera, creí que seguiríamos hacia la salida, ¿por qué te detienes aquí? —preguntó con desconfianza.

Violet le hizo un gesto para que guardase silencio, ya que al momento de tomar el picaporte oyó el sonido de una fuerte discusión del otro lado de la puerta.

De inmediato se tensó. No era la voz de Blair la que sollozaba y rogaba. Esta era mucho más fina y casi felina. Pero había dejado a su cuñada allí, no creía que ella hubiese abandonado el cuarto, pues por su cojera no podía ponerse a la vista de los invitados, o correría el riesgo de ser reconocida por alguien que la viese caminar. Patrick la veía desorientado, pero ella no le prestó atención, pegó la oreja a la madera.

—Ya cállate zorra, es demasiado tarde para echarte atrás —espetaba una voz gruesa con ese deje que denotaba que la persona no pertenecía a la nobleza, y quizás era alguien que trataba con la clase acomodada pero no un caballero.

—Por favor, Jackson, te lo suplico... no puedo hacerlo... por fa... —decía quebrada la mujer, pero se interrumpió soltando un grito de dolor.

—No me hagas repetirlo, o haces lo que el jefe te encomendó o ya sabes quién pagará las consecuencias —gritó el hombre, y resonaron los sollozos cuando añadió—: estoy esperando que eso suceda, a ti no te he podido tocar porque eres la furcia del gran jefe, pero a esa ricura hace rato que le tengo ganas...

—¡No! ¡No lo harás, solo tiene tres años, depravado, asqueroso, cer...! —Un golpe secó silenció a la mujer, lo que se oyó como una fuerte bofetada.

—Así es como más me gustan, y si no obedeces, lo haré. Estoy deseando que te pongas rebelde, entonces Blake se cansará de ti y te entregará para que te tomemos delante de tu amado Redmond. ¡Adelante, niégate! —tronó el asqueroso cobarde.

Violet, que sentía las náuseas subir por su garganta, abrió sus ojos cuando el tal Jackson nombró a Redmond.

¡Redmond! No podía haber oído mal, y no creía que se tratara de otra persona, sería demasiada casualidad. Tenía que tratarse del hombre que estaba

implicado en la banda delictiva, el caballero del baile, el que había mandado a matar a sir Archibald, y a quien había seguido y oído consolar a una mujer con la que era obvio mantenía una relación.

Un pensamiento repentino le golpeó, y sintió un escalofrío recorrer su columna. La voz de la mujer le había parecido familiar, y si era la amante de Redmond, entonces esa mujer era la misma de la fiesta, y era quien había huido con él.

Era Amelia, y estaba allí para dañar a Ethan, como había hecho con el padre de su esposo y con su propio marido. Aunque sospechaba que lo hacía coaccionada, no podía asegurarlo. El hecho era que dudaba que sir Archibald estuviera allí, sino que se trataba de una trampa, y Blake, el verdadero jefe, planeaba asesinar a Ethan. Impactada, sacudió la cabeza ante la llamada preocupada de su primo, y entonces notó que la conversación cesaba y pasos se acercaban.

De un tirón alejó a Patrick de la puerta, justo a tiempo para alcanzar a fingir que estaban entregados a un impúdico abrazo contra la puerta de la habitación de enfrente, al momento de que la pareja de cómplices salió al vestíbulo.

—Camina, Ross debe estar ya en el punto de encuentro, en el jardín —le ordenó el hombre, que estaba con antifaz, pero su atuendo no demostraba un buen pasar económico, sino todo lo contrario.

Abrazada a su primo, ella espió con disimulo, y confirmó su teoría. La mujer era lady Essex; su cabello rubio casi blanco era inconfundible.

A la enorme figura masculina que tiraba de ella sin consideración no logró identificarla, pero tenía un nombre, eso era algo.

Una vez que ellos estuvieron a una distancia prudencial, Violet se separó de su pasmado primo, cruzó el pasillo y abrió la puerta del cuarto con precipitación.

Sus temores se confirmaron, Blair no estaba.

—Violet, ¿qué está sucediendo? —la interrogó Patrick al verla tan pálida y preocupada.

—En este momento no puedo explicártelo, pero necesito que me hagas un favor. Ve fuera y averigua si una mujer vestida de color esmeralda abandonó la mansión en un carruaje de alquiler. Te esperaré en el jardín, tengo que hablar con mi esposo antes de partir —le dijo con apuro, corriendo hacia la salida,

siguiendo a la pareja que se alejaba.

—Pero... —empezó consternado él.

Violet no se quedó a escucharlo, se alejó a pasó rápido, el corazón pendíéndole de un hilo. La vida de Ethan corría en peligro. Debía ponerle sobre aviso, y en el caso de llegar tarde, hacer lo imposible por mantener a su esposo a salvo. Nadie arrebataría al amor de su vida de su lado, no si ella podía impedirlo.

Y lo haría.

Ethan aguardaba la llegada de sir Archibald con impaciencia. No estaba seguro del motivo, pero en cuanto llegó al punto de encuentro, comenzó a sentir un extraño mal presentimiento. Y de no ser porque solo Archibald tenía la dirección postal a la que le habían enviado el mensaje, se hubiese inclinado a pensar que aquella cita era una posible emboscada. Aun así, por supuesto estaba con cada uno de sus sentidos alerta; tenía su arma colocada en su tobillo, lista para usarla de ser necesario. Nunca la precaución nunca estaría de más.

El jardín interior, que estaba ubicado al fondo de la enorme extensión verde del jardín principal, quedaba oculto a simple vista tras una puerta cubierta de madreselva y enredadera. Dentro había diferentes tipos de arbustos, árboles y flores nocturnas. También había una hamaca de madera sostenida por dos cuerdas y un largo banco de piedra semicircular.

Se ubicó junto a la puerta, apretándose contra los arbustos para observar a quien entrara sin ser visto. Archibald se había retrasado varios minutos, y él comenzó a ponerse ansioso. Le urgía saber los pormenores de la información que el caballero había obtenido para trasladarlos a su jefe y dejar aquel asunto de la investigación en manos de Seinfeld, y poder por fin retirarse.

La puerta de hierro resonó repentinamente cuando alguien tiró de ella, y él se enderezó alerta. Una figura ingresó con paso cauteloso, y él abrió los ojos desconcertado.

No se trataba de Archibald, definitivamente. El caballero no vestía satén plateado, ni tenía aquella silueta de reloj de arena y un cabello de oro blanco.

Podía reconocerla porque se había quitado la máscara y la llevaba colgada de su fina muñeca.

La cuestión era qué hacía esa mujer allí; no podía ser casualidad. Sin

embargo, esperaría a conocer sus intenciones antes de reducirla y llevársela al magistrado, sabía que Seinfeld llevaba detrás de ella varios meses. Lo más probable era que Archibald no se presentara, o que lo mantuvieran retenido.

—Lady Essex... —murmuró a la espalda de la mujer, saliendo de las sombras, sobresaltando a la dama, que había estado repasando el lugar con la mirada—.

La creía muy lejos de Londres...

—¿Disculpe?... —pronunció ella con evidente nerviosismo, enfrentándole y quedándose estática en medio del lugar—. ¿Me conoce? No recuerdo haber sido presentada, señor.

—No en un salón de baile, milady —concordó él, y comenzó a caminar alrededor de ella mientras la rubia lo seguía con la mirada. Parecía estar tensa pero ya no denotaba nervios, sino absoluta frialdad—. Pero he oído hablar mucho de usted. No tiene caso que intente hacerme creer que no sabe quién soy.

La vi con Redmond, en varias oportunidades. ¿Dónde está él? Estábamos trabajando juntos, y de repente desapareció. Todavía no he recibido mi pago por mi participación. ¿Acaso Redmond se quedó con mi parte? —siguió tratando de leer algo en sus expresiones, pero fue en vano. Que él supiera, ella no sabía quién era él en realidad. Ella solo era cómplice de Redmond, su amante.

—Ciertamente, se marchó sin dejar rastro —asintió ella, y tras una pausa se dio vuelta y se encaminó al banco de piedra, donde se sentó con movimiento sinuoso. Ethan tuvo la impresión de que buscaba tentarlo, por la postura en la que se ubicó y la manera en la que pasaba las manos por su escote y su cuello, tratando de que pareciera un toque inconsciente.

—¿Y usted ha quedado sin protector, está buscando un nuevo benefactor para ocupar el puesto de Redmond? —respondió con sarcasmo calculado, acercándose lentamente a ella, que lo veía con los párpados entrecerrados.

Estaba claro que si Redmond había huido, ella no tenía más opción que buscarse un nuevo amante. Pero no creía que los eligiese libremente, sino que el jefe de aquella banda delictiva era quien lo hacía; buscaba hombres que sirviesen a sus intereses, como había sucedido con su propio padre, el anterior duque de Riverdan, y también con el fallecido esposo de la mujer. ¿Aquello

significaba que el jefe sospechaba de él y había mandado a Amelia a seducirlo? Era plausible.

—¿Por qué lo pregunta, señor? Está interesado en la respuesta —insinuó ella, inclinándose lo suficiente, dejando expuestos sus senos plenos y maduros.

—¿Dónde está sir Archibald, lady Essex? —rebatía Ethan sin picar el anzuelo. Los ojos celestes de ella se abrieron levemente por su inesperado cambio de tema.

—No sé de quién me habla —repuso recuperándose con rapidez, pero sus dedos que aferraban con fuerza su falda la delataron.

—Ambos sabemos que eso es mentira. Solo Percy Archibald poseía la dirección a la que me llegó una nota citándome aquí esta noche. Si usted ha ocupado su lugar, es porque alguien más lo ha planeado. Y en ese caso, no tiene sentido fingir que no me han descubierto y que no saben que no soy precisamente de su bando —apuntó con tono seco.

—En eso tiene razón, Ross. Ya sabemos que es usted un espía de la Corona.

De hecho, sabemos todo. Que fue usted quien frustró los robos de las obras de arte que lord Cavandish lideraba, y quien quitó del medio al Diablo y a su banda de contrabandistas. Ahora está metiendo sus narices en la nueva operación que nos hará ricos, y no podemos permitirlo. Su padre, lord Riverdan, podría dar fe de que mi jefe no se toma nada bien las amenazas a sus negocios. Ya sabe cómo terminó. Pero en algo se equivoca, sir Archibald no era el único en saber la ubicación de su granja en Surrey, lo cierto es que no he vuelto a ver al inservible hombre desde que lo creímos muerto en ese jardín —espetó Amelia con una ceja arqueada, su voz fría.

Ethan estaba conmocionado. Sospechaba que habían descubierto su verdadera identidad, pero no que estuviesen al tanto de que había ayudado al conde de Gauss a apresarse a Diablo, conocido también como el marqués Loco, un asesino y contrabandista; y a descubrir que el conde de Cavandish era quien se encargaba de robar las obras de arte, que había fallecido a manos de su hermano, Antony West, en ese momento nuevo conde de Cavandish. Entonces... todos esos hechos estaban relacionados...

—Eso es imposible, no había nadie más con nosotros la noche que le di las señas a Archibald, solo mi... —empezó a rebatir, pero el sonido de un arma siendo amartillada a su espalda le silenció.

Su vello se erizó y se quedó paralizado viendo fijamente el rostro pálido de lady Amelia, con el cuerpo tensionado. Ella había cerrado sus ojos, y su gesto altivo se tornó sombrío cuando aquella voz se escuchó.

—Solo su fiera de cabellos rubios y deliciosos pezones rosados... y yo —siseó con malicia el hombre. Aunque no pudo reconocer su voz, le pareció familiar a pesar de su procedencia de clase baja—. Levante ambas manos —ordenó. Ethan dudó, intentando hallar de prisa la manera de salir de allí—.

¡Ahora! —tronó la voz, y él obedeció con la mandíbula apretada.

—Muy bien hecho, Jackson —declaró de pronto otra persona, su tono educado denotaba buena cuna, y Ethan, que ya estaba preparado para golpear a su atacante y tratar de esquivar el disparo, se congeló.

Su corazón dejó de latir un segundo, y luego una furia desgarradora lo sacudió con fuerza.

—¡Maldito hijo de... —exclamó con odio, pero la patada del tipo que cargaba el arma impactó en su rodilla, y cayó hacia delante en la hierba.

—Así me llaman a mis espaldas, sí —siguió diciendo, y poniéndose en cuclillas a su lado. Le aferró la barbilla, mirándolo con esos ojos grises a los que había mirado tantas veces, creyendo ver a un hombre de bien, un hombre justo, a un mentor, casi a un segundo padre—. Créeme que no deseaba llegar a esta circunstancia, pero no me dejaste más remedio, Riverdan. Te dije que dejarás correr el asunto del contrabando, que olvidaras la investigación, pero una vez más pudo más tu obcecación. Te estabas acercando demasiado, y no lo puedo permitir, son años de trabajo.

—¿Trabajo? Te refieres a años de delinquir, de mentir, de estafar y traicionar —escupió con desdén, liberando su mandíbula con un movimiento—. ¿Por qué te vendiste, Seinfeld? ¡Cómo pudiste!

—Por dinero, por supuesto. ¿O acaso crees justo tener que conformarme con el miserable sueldo por mi trabajo como magistrado? Toda una vida dedicada al servicio de la Corona, dos guerras, innumerables veces en las que arriesgue mi vida. ¿Y qué obtuve a cambio? ¡Nada! Una miserable felicitación del príncipe y unas pocas monedas. ¿Pero que podrías saber tú, que por ser duque y prestar tus servicios han duplicado tus rentas y mermado tus tributos? Tanto tú como Gauss, y el resto, se han enriquecido todos estos años.

—John Seinfeld, el magistrado, el hombre de confianza del príncipe, Gauss

confía en ti, Stanton también, todos confiábamos en ti. Eres un maldito bastardo... Mataste a mi padre, a lord Essex, ¿y a cuántos más? —le acusó.

—A muchos otros. Tu padre era solo una rata inútil, demasiado codicioso para su propio bien; no tuvo remordimientos a la hora de aceptar comprarme los servicios de Amelia, ni de tomarla a la fuerza las veces que se le antojó. No era ningún santo, ¿no es cierto? ¿Acaso no recuerdas cómo llegaste a mí después de escapar de su lado, y cómo dejó a tu pequeña hermana, la coja? No era mejor que yo, y murió por atreverse a amenazarme. El infeliz pretendía quedarse con Amelia, y esa obsesión lo mató. Al igual que a Moussett, que quiso quedarse con lady Stanton, y el Diablo con lady Asher. Las mujeres siempre lo complican todo, y terminan por hacernos caer. Como te sucedió a ti, que por defender a tu mujercita aquella noche en la posada, no caíste en la cuenta de que Jackson estaba en el cuarto continuo, y que logró interceptar a Archibald y quitarle el papel que le diste sin problemas. Por suerte para mí, sé darles el lugar que merecen, ser las furcias que deben complacernos, y cuando no colaboran, enseñarles sumisión —contestó poniéndose en pie y acercándose a Amelia, que permanecía sentada con los parpados bajos y las manos apretadas. Pero cuando él acarició el nacimiento de sus pechos, ella se encogió y se retiró con brusquedad, ocasionando que Seinfeld frunciera el ceño y aferrara su brazo de manera brutal, y cuando ella siseó de dolor, la soltó despectivamente.

—Entonces siempre has sido tú, desde el principio, tal como yo pensaba que había alguien más, detrás de Moussett, de Cavandish y del mismo Diablo. Tú eres Blake, eres quien manda, el jefe de la banda, los demás eran simples peones, distracciones —lo acusó con los dientes apretados, conteniendo su ira al saber que el cómplice del magistrado era quien había intentado violar a Violet. Con razón su voz le había parecido familiar; era el mismo hombre que había sido la mano derecha del Diablo, y a quien él había interrogado en la cárcel, antes de que el sirviente se fugase de Newgate.

—Así es, siempre estuviste en lo cierto. Pero no creí que llegaras tan lejos cuando no tuve más remedio que ordenarte acercarte a Redmond. Era la única manera de mantenerte vigilado, controlar qué descubrías y hasta dónde llegabas a investigar. Pero te has vuelto demasiado incisivo y peligroso, Riverdan, y como comprenderás, no puedo arriesgarme.

—¿Y qué piensas hacer, matarme en este jardín? Sabes que no pasarán por alto mi muerte. Investigarán, y cuando eso pase, sé que mis amigos no se detendrán hasta llegar a la verdad. Como sea caerás, Seinfeld, así que adelante, ¡mátame, maldito! —se burló Ethan, adoptando una mueca despectiva.

—Sabes tan bien como yo que ni Stanton ni Gauss sospecharán de mí. Y sobre lo otro, lamento decepcionarte, pero yo nunca me ensucio las manos, para eso tengo a Jackson —repuso con malicia Seinfeld. Mirando detrás de Ethan, ordenó —: levántalo. —Bajó la vista hacia él, y mientras su secuaz lo empujaba para instarle a ponerse en pie, agregó—: lo lamento, Riverdan, hubiera deseado que fueras de los míos. Es una lástima. Acaba con él, Jackson —terminó con tono desapasionado, apuntándole con un arma a su vez, para asegurarse de que no intentara nada.

Hubo una pausa, el silencio resonó entre los presentes.

Y a continuación se desató el caos.

Ethan se zafó del agarre del sirviente, y al tiempo que giraba velozmente con la pistola amartillada —que había sacado de su tobillo mientras había estado en el suelo— y apuntaba al pecho de su atacante, se oyó un grito desgarrador; entonces vio con horror aparecer a Violet detrás de Seinfeld.

Tres disparos resonaron en la oscura noche.

Un hombre cayó muerto. Un llanto desconsolado cubrió cada recoveco del jardín.

Los disparos fueron simultáneos. Violet apretó el gatillo cuando vio a Seinfeld dispuesto a herir a su esposo. La bala traspasó el cuerpo del hombre, que después de esbozar una mueca de sorpresa y dolor, cayó como un saco, golpeando con fuerza el suelo. El disparo del cómplice, dirigido a Ethan, impactó en el suelo cuando el duque se adelantó y logró alcanzarlo con su arma antes.

—¡No! —gritó con voz desgarrada Amelia, y se precipitó hacia el magistrado, aferrando la ropa ensangrentada de su pecho y sacudiéndolo, sollozando con desesperación—: no puedes morir. Dime donde está, lo prometiste, hice todo lo que me dijiste. ¡Por Dios, dime dónde está mi hijo, dónde!

Violet soltó la pequeña pistola que había tenido la precaución de llevar

escondida temblando violentamente, y en un parpadeo tuvo a su esposo frente a ella, quien la cubrió con su cuerpo y volteó hacia el cómplice del magistrado, que había recibido un disparo ejecutado por su esposo. El hombre, al que no le costó reconocer como su atacante en la posada, resultó herido en el hombro izquierdo, pero aun así tomó el arma de la mano sin vida del magistrado, y sin dejar de apuntarles, aferró a Amelia de un brazo. Ella trató de aferrarse al cuerpo muerto de Seinfeld, repitiendo entre llantos que le devolviese a su pequeño, pero terminó por ceder al brusco tirón de Jackson, y salieron del lugar.

Violet pensó en que debían perseguirlos. Se estaban escapando frente a sus narices, pero sus armas habían quedado inservibles, ya que estaban creadas para ejecutar un único disparo, y sabía que el duque no se arriesgaría a intentar nada estando ella allí.

—No lo hagas, Violet. No llegarán muy lejos, ya no les queda nada. Su jefe ha muerto y no tardarán en caer —le advirtió mientras giraba hacia ella, su cara era una máscara tensa y pálida. Sus manos tomaron el rostro de ella y se quedó mirándola unos segundos con fijeza.

Violet tragó saliva. Estaba preparada para la repercusión de lo que había hecho. Había desobedecido a la expresa orden de su esposo, y sabía que debía estar en ese momento enfurecido con ella.

—Ethan... yo... lo sien... —El voraz beso de su esposo silenció sus palabras compungidas.

Violet jadeó, pero no tardó en aferrarse a su levita para devolverle el beso con igual ardor. Había tenido tanto miedo, tanto terror de perder al hombre al que había aprendido a conocer y a amar que en ese instante su boca trató de recuperar la certeza de que él estaba allí, y que estaría a su lado para siempre.

—Te amo, Violet —susurró Ethan separando apenas sus labios, volvió a tomarlos, y después se apartó un poco para mirarla con increíble dulzura—: gracias, no solo has salvado mi vida esta noche, has salvado a mi corazón, y no tengo palabras para expresar cuán importante eres para mí. Tan solo debes saber que eres todo lo que me importa en este mundo.

—Te amo también, Ethan. ¡Dios, te amo demasiado! —jadeó ella, y se puso sobre las puntas de sus pies para apresar los labios de su esposo en un beso de anhelo y placer.

—Bien, ustedes continúen con lo vuestro, revisaré al herido. Tu pajarito esmeralda, por lo que sé, ya está en su madriguera, Violet —dijo de repente una voz. Ethan se tensó y quiso retroceder, pero Violet no se lo permitió, rompió el contacto apenas para acariciarle—: mi primo es médico, tranquilo.

—Así es, continúen, continúen, yo me ocupo de esto. —Oyeron decir a Patrick, que ya revisaba el cuerpo de Seinfeld—. De acuerdo, no hay mucho que hacer, está muerto. Esto no es lo que imaginé cuando me dijeron que en El Halcón pasaban cosas excitantes... —siguió quejándose.

Violet rompió a reír, y el duque apretó las manos que rodeaban su cintura y luego aflojó el agarre, separando sus torsos sin soltarla del todo. Sus pupilas oscuras bailaban con sorna, cuando sin dejar de observarla, se inclinó y le susurró—: vamos a casa, esposa. —Ella amplió su sonrisa y asintió, pero se estremeció de placer cuando la boca de Ethan rozó la sensible piel de su oreja, y con tono bajo y seductor añadió—: por cierto, estás castigada, mocosa.

CAPÍTULO 25

*Y en mi profunda oscuridad,
fue tu luz la que ahuyentó mis fantasmas.
Fuiste mía cada noche,
fui tuyo en cada luna.
Nuestro destino fue encontrarnos,
entregarnos y amarnos.
Misterioso designio el que unió nuestros caminos.
Misteriosa pasión, la que perpetuó nuestro amor.*

Extracto del libro: Susurros en la noche

Tiempo después...

*V*auxhall Garden, Londres.

Violet estaba nerviosa, se acercaba la hora indicada, y ella no podía estarse quieta, se revolvía constantemente en el asiento acolchado, mirando fijamente hacia la entrada.

—Debe estar por llegar, querida, ya sabes que le gusta la puntualidad —la tranquilizó lady Rachel, inclinándose y tomando la copa de sidra. Ella asintió, pero no pudo dejar de sentirse inquieta.

Tal vez él no había recibido la nota que le había enviado. Tal vez algo lo había retenido en la casa. Tal vez, no se sintió tan intrigado para acudir.

Tal vez...

Blair, que estaba sentada a su lado, tocó su mano, y con una sonrisa, dijo:

—Allí está.

Violet regresó la vista hacia las grandes puertas de hierro y lo vio.

Como siempre, su corazón se saltó varios latidos y la respiración se le atoró en la garganta.

Ethan...

Se veía más apuesto que de costumbre. Ya que habían pasado aquellos meses recluidos en Surrey, y ella acostumbrada a verlo llevando solo la camisa y para la cena el chaleco; había olvidado lo bien que le sentaba un traje de tres piezas, color gris oscuro y un pañuelo de seda plateado.

Devastador y elegante.

Su esposo la estaba buscando y ella, respirando hondo, dio la señal a la mujer que esperaba apostada detrás de los reservados que eran solo para el uso de las familias aristocráticas, que solían rentar para cenar en los jardines. Ella asintió y se movió para dejar que las personas que aguardaban su orden comenzaran con lo acordado.

Violet se puso en pie y lentamente cruzó el lugar, bordeando la pista en donde bailaban nobles, esquivando las personas que caminaban por los caminos principales exclusivos de la gente de su círculo y viendo que los caminos secundarios que estaban abiertos a la plebe que pudiese permitirse pagar la entrada también estaban repletos aquella noche.

Su esposo se había quedado observando una obra de teatro representada por actores itinerantes, y sonreía de costado. *La fierecilla domada*, del popular Shakespeare. Una mujer indomable, y rebelde, siendo cortejada a la fuerza por un noble tan arrogante como enamorado, decidido a desposarla y domarla.

Supo el momento exacto en el que el duque la vio. Sintió el peso de su mirada oscura sobre ella, y apartó la vista de los actores para fijarse en él.

Con la pequeña tarima entre ellos, el sonido de la música, las carcajadas y las voces de los actores; ellos se perdieron el uno en el otro. Los ojos oscuros de Ethan escudriñaron su cara, y comenzaron a descender por su cuello y el resto de su anatomía.

Violet no se perdió detalle de sus expresiones cuando por fin cayó en la cuenta de lo que llevaba puesto. Su mueca de reconocimiento y absoluto pasmo fue cómica. Ella amplió su sonrisa, y pasó la mano enguantada por su vestido.

Era atrevido, seductor y transgresor. Una profusión de seda carmesí oscura, que caía hasta sus pies, y por encima un corsé negro forrado en encaje realzaba su cintura.

Ethan subió los ojos de nuevo hasta los suyos, sin ocultar su conmoción, y su gesto de interrogación. Cómo, cuándo... Parecía decirle.

Violet encogió un hombro y sonrió misteriosamente en el momento en el que las parejas se detuvieron a su lado. Más de una docena de damas ataviadas de manera espectacular, llevadas por caballeros igual de elegantes. Vestidos, trajes, sombreros, pañuelos y guantes. Las parejas iniciaron una caminata por uno de los caminos, conversando entre ellos, como cualquiera de los presentes, y pasaron por un lado de un aturdido duque, que no dejaba de verlos con extremo estupor.

Cuando el último de ellos se mezcló con la multitud, desapareciendo de la vista de ambos, Violet tragó saliva y esperó.

Ethan jamás había sentido tamaña mezcla de sensaciones como en el momento en el que se percató de que, además de lucir tan sublimemente hermosa, Violet llevaba puesto uno de sus diseños. Y no solo ella, su madre y su hermana, que los miraban desde la carpa, vestían otros de sus modelos. Las parejas, ellos... Eran sus bocetos, su creación materializada, su sueño hecho realidad.

Tan poderosa fue la manera en la que sintió su corazón conmoverse, que para su vergüenza una lágrima cayó por su mejilla, y él, impotente, no fue capaz de retenerla en su interior a tiempo.

Era un hombre conmovido, y sí, estaba llorando, pero era en ese instante el hombre más feliz sobre la tierra, y todo se lo debía a ella. Su esposa sabía que su sueño era un imposible, y a pesar de ello, había encontrado la manera de hacerlo de real de algún modo; posible, aunque nadie supiese la verdad, quizás nunca.

Cómo lo había hecho, cómo.

Violet...

Los aplausos que indicaban el final de la actuación de los artistas lo sacaron de su ensoñación, devolviéndolo al momento con un estremecimiento.

Sus pies cubrieron en segundos la distancia que lo separaba de su esposa, impulsados por una acuciante necesidad, y se encontraron en medio de toda

aquella gente. Se detuvieron al unísono, frente a frente, ambos respirando airadamente, los dos desbordando emociones impronunciadas.

Ethan avanzó dos pasos hasta estar a un suspiro de tocar a la mujer que jamás hubiese soñado querer tanto, sentir tanto, deberle tanto. Ella lo miraba con sus preciosos ojos verdes, brillantes e iluminados. En aquel momento la deseo tanto que le dolió todo el cuerpo y tuvo que apretar los puños para no ceder al deseo de besarla allí mismo, en medio de la multitud.

Ella pareció comprenderlo, sonrió con picardía y, metiendo la mano en su escote, extrajo un pequeño papel, que extendió para él con aparente gesto inocente.

Él arqueó una ceja y lo aceptó, no sin aprovechar el momento para acariciar su mano íntimamente, satisfecho al ver sus mejillas ruborizarse. Violet carraspeó y dio media vuelta, dejándolo sin más, con los ojos puestos en la nota.

Cuando de la medianoche, en el camino de los enamorados, usted y yo junto a la fuente de los deseos, ¿se atreve?

Leyó con el cuerpo enardecido, y un grave problema entre las piernas.

Por suerte sonaron las campanadas que indicaban que la hora indicada había llegado, por lo que se apresuró hacia el lugar, rodeando a un grupo de malabaristas que divertían a los transeúntes con los que se iban topando. El camino estaba relativamente cerca, y no tan atestado, pues aventurarse a pisarlo requería ser valiente y arriesgar la reputación si de parejas solteras o amantes clandestinos se trataba.

La fuente rebosaba agua y parecía solitaria a primera vista. Él se ubicó junto a esta, y cerró los ojos tratando de contener sus ansias. Deseaba tanto tener a su esposa entre sus brazos. Aquella noche más que nunca se sentía agradecido de haber decidido hacerla su mujer.

Una mano se posó sobre su hombro súbitamente, y Ethan se volteó sonriente.

Su cara debió transmitir su sorpresa, y luego su contrariedad, porque la mujer soltó su extremidad con gesto vacilante.

—Jocelyn... ¿Qué haces aquí?

—Estoy cenando junto a unas amistades, querido, y te he visto pasar — contestó ella, sacando su abanico y comenzando a darse aire coquetamente.

Ethan suspiró, pensando con frenesí una manera de deshacerse de la viuda,

antes de que su esposa apareciera.

—Bueno, fue un gusto verla, seguro la deben estar esperando y debe tener prisa... —dijo retrocediendo.

—Para nada, su Excelencia —negó la mujer, y se acercó con descaro hasta que su torso envuelto en vestido de muselina verde quedó apretado contra su pecho—. Por el contrario, llevo mucho tiempo esperando estar de nuevo así, con usted. ¿Qué le parece si aprovechamos la coincidencia y retomamos lo que dejamos en pausa, milord? Supe que su esposa está preñada, y entiendo que por fin ha podido dejarla en el campo, para regresar al placer que le espera en mis brazos —ronroneó, subiendo su mano cubierta por un guante negro, para pasarla alrededor de su nuca y acercar sus caras.

—Jocelyn, no... —espetó con brusquedad Ethan, y tomó su muñeca con la intención de alejarla.

—No niegues que me desees, Riverdan. No hace demasiado desde que me tomabas con salvajismo en mi cama... ¿lo recuerdas? Esa niña grosera no es rival para mí, y lo sabes —lo interrumpió Jocelyn estirando su cuello, que estaba despejado debido a que llevaba su cabello rubio rojizo recogido en lo alto de su cabeza, para acercar sus labios—. Vamos cariño, tócame, hazme gritar otra vez.

—Deseo concedido —tronó una voz a la espalda de la viuda.

Luego Jocelyn salió disparada hacia atrás, lejos de los brazos de Ethan.

Él abrió los ojos como platos, viendo a su esposa arrastrar sin miramientos a la viuda, aferrándola por el cabello, mientras ella gritaba y se debatía intentando liberarse. Violet no se inmutó, y sin mediar más palabras continuó tirando de ella implacablemente hasta que pisaron el camino de piedras, y allí su esposa soltó con brusquedad a la mujer, que aterrizó con fuerza sobre su trasero y un alarido de dolor e indignación.

—¡Loca! ¡Salvaje! ¿Acaso no sabe que yo soy la mujer que debe proporcionar placer a Riverdan? Usted solo sirve para llevar su heredero y quedarse en casa como cualquier dama educada haría —siseó la viuda poniéndose en pie con dificultad. Su cabello era un desastre, y su vestido había quedado manchado y arruinado.

Violet, que la había estado observando con los brazos cruzados, se acercó con una mueca diabólica en su cara, hasta arrinconar a la aterrorizada mujer

contra un árbol.

—¿Y acaso usted no sabe que el duque de Riverdan me pertenece? Y no solo porque soy su duquesa y la madre de su futuro hijo, sino porque, además de llevar su nombre, soy la dueña de su placer, de su deseo y de su cuerpo. Y no, no soy una dama, soy un demonio, y si la vuelvo a ver cerca de mi hombre, le arrancaré las entrañas y las cenaré en mi comedor, vestida con mi disfraz de dama.

Los ojos azules de Jocelyn casi se salieron de sus órbitas, tanto por el tono sombrío y peligroso con el que Violet habló como por el cuchillo afilado que ella dejó girar convenientemente entre sus dedos. Después de eso solo quedó el polvo que levantó la precipitada huida de la mujer en dirección a la multitud.

Ethan parpadeó, tragó saliva y caminó hacia su esposa con paso dubitativo.

—Violet, no es... —quiso explicar, pero la mano que ella levantó le indicó que no deseaba oírlo, así que carraspeó y trató de tocarla, pero ella se lo impidió dando media vuelta con postura envarada y dirigiéndose hacia la salida principal.

Violet estaba demasiado furiosa como para dejarse conmover por los ojos de perro apaleado con los que no había dejado de mirarla su esposo durante lo que duró el viaje hasta la mansión de la ciudad. No quería que aquella noche, que había planeado con tanto esmero, se viera arruinada por la intervención de aquella mujerzuela, pero no podía evitar sentirse molesta y bastante desquiciada.

Maldito Riverdan, se había dejado tocar por esa cualquiera. Si hubiera podido, le habría arrancado los dedos.

—Violet... —la llamó Ethan en cuanto le entregaron sus abrigos al mayordomo, y la vio enfilarse hacia las escaleras.

Ella lo ignoró y prosiguió el ascenso, sintiendo aún su cuerpo temblar de pura ira.

—Espera, necesitamos hablar —insistió el duque, pero ella no dio muestras de escucharlo y abrió la puerta de su cuarto, en lugar de la habitación de él, que era la que siempre ocupaban.

—Mujer, ¿me estás oyendo? —se impacientó Riverdan y la siguió dentro de su alcoba, interponiendo un pie para impedir que ella le cerrase la puerta en

las narices.

Ella forcejeó un poco, intentando dejarlo fuera, y gritó frustrada cuando se vio superada en fuerzas y terminó con la espalda contra la pared y el cuerpo de su esposo sujetándola.

Ethan la observó intentando recuperar el aliento, y viendo que no estaba dispuesta a hacer las paces, decidió distraerla de una manera más que elocuente.

Inspiró y se esforzó en recordar las líneas que había estado escuchando recitar a los actores —y que como todo caballero había estudiado en su juventud—, decidiendo hacer una conveniente adaptación.

— Violet de mi corazón, quiero que escuches lo que tengo que decirte.

Habiendo oído en toda las ciudades que he atravesado alabar tu dulzura, celebrar tus virtudes y proclamar tu hermosura, por cierto, que mucho menos todo de lo que mereces, me he sentido inclinado a buscarte para hacer de ti mi esposa. [1]

Violet detuvo sus movimientos, y lo vio con confusión y la boca abierta. Pero no tardó en recuperarse, y con los ojos entrecerrados, rebatió:

—¿Inclinado? ¡Qué te parece! Pues bien; que el que os ha inclinado que os enderece. Nada más veros he comprendido que erais algo que se inclina, se endereza, se maneja... Vamos, ¡un mueble!

Ethan disimuló su regocijo, y sintiendo su corazón aletear de anticipación, contestó:

—¡Magnífico! Pero ¿qué es un mueble?

—Digamos, un taburete.

—¡Exacto! Ven, pues, a sentarte sobre mí, Violet.

Su esposa se ruborizó, y volviendo a removerse entre sus brazos, espetó:

—Quisierais llevarme, ¿verdad? No me extraña; para llevar se han hecho los asnos.

—Habiendo sido hechas las mujeres para llevar también —*hizo señas refiriéndose al embarazo*—, aplícate lo mismo.

— Si yo tuviese que llevar y soportar, jamás sería a un mostrenco de vuestra especie.

—¡Mi dulce Violet! ¿No sabes que me esforzaré en no ser para ti una carga pesada, sabiéndote tan joven, tan frágil...?

Ethan reprimió la risa al oír su jadeó indignado, pero no tardó en mirarla fulminante ante su contestación.

—Demasiado frágil y ligera, bien que pese lo suficiente, como para que un patán como vos no pueda cargar conmigo.

—Eso lo veremos bien, tanto más cuanto que veo te ciernes a maravilla.

—¿Cerner? No está mal para haberlo dicho un viejo carcamán.

—¡Por San Jorge!, bien veo que soy demasiado joven para ti.

—Nadie lo diría, viendo vuestras arrugas.

—¡Pesas sobre mí tantos cuidados!

—Cosa que a mí me tiene perfectamente sin cuidado.

—Ea, escúchame... Inútil todo forcejeo, no me escaparás.

—¡Suéltame o te arrancaré los ojos!

—¡Por nada del mundo! Te encuentro adorable. Me habían dicho que eras brusca, tristonza, desagradable, y veo que todo esto fue pura mentira. Eres, por el contrario, deliciosa, alegre, amable como ninguna. ¡Vamos a la cama, esposa!

—Vete a dar órdenes a tus servidores, ¡imbécil!

—¿No tienen ingenio, calor, mis palabras?

—Apenas para que no te enfríes.

—¡Pardiez!, más caliente estaré en tu cama, adorable Violet. ¡Allí allí es donde quiero calentarme! Conque dejemos aparte toda palabrería y hablemos claro. Eres mi esposa, y deseo que me escuches. Por favor, sabes que no existe nadie más para mí, me ha vuelto loco de deseo verte defender lo que te pertenece, porque sí, soy tuyo. Y me has hecho el hombre más feliz del mundo, déjame corresponderte adorándote esta noche y todas las demás, durante el resto de nuestras vidas.

Violet lo miró con atención, percibiendo su arrepentimiento por la manera en la que se había desvirtuado su noche mágica, y asintió, aflojando su cuerpo para instarle a que la liberara. Ethan la dejó hacer, y se giró para verla acercarse a la jarra de agua que estaba en una mesa junto a la cama. Se sirvió, tomó del vaso, y luego caminó hasta la mesilla en donde habían dispuesto una bandeja con frutas.

Se volvió hacia el mordisqueando una uva y con mueca picará recitó:

—¿Y no probaría Vuestra Excelencia estas exquisitas frutas en dulce?

—No me hartéis, pues, con tanta «Señoría» y «Excelencia». Pero, vamos a ver, ¿es que queréis volverme loco? ¿Es que acaso no soy tu marido? El que te abraza por las noches, el que te desea, el que te acaricia.

Su voz se había reducido a un ronco murmullo mientras la veía a su esposa degustar el fruto.

—¡Que el cielo libre a Vuestra Señoría de la triste chifladura de la que es víctima! ¿Cómo es posible que señor tan poderoso, de tan elevada cuna, dueño de tan cuantiosa fortuna y de tan altísima consideración sea víctima de tan insensata manía?

—Mi manía tiene rostro de ángel, y cuerpo de demonio... —*insinuó acalorado él, acercándose con lentitud.*

—¡Ay!, eso es lo que hace gemir a vuestra esposa —*balbuceó Violet, retrocediendo*—. ¿Te gustaría oír música? Escucha. El propio Apolo toca, y veinte ruiseñores enjaulados cantan. ¿Prefieres, acaso, dormir? Si es así, te conduciremos a un lecho más suave y mullido. ¿Es que acaso deseas pasearte? Si así es, cubriremos el camino de alfombras. ¿Te placen los cuadros? Si es así, al punto te traeremos uno que representa a Adonis al borde de un arroyo. Eres un gran señor y tan solo un gran señor.

La huida de Violet la llevó a terminar rozando una de las columnas de la cama, y allí Ethan la rodeó con su brazo y la pegó a él sin demora provocando que ella soltara una exclamación.

— ¿Que si le hace el amor? ¡No se ha hecho! Me ahorquen si no cumplo lo que prometo. ¿Para qué he venido aquí, sino con este objeto? ¿Creéis que un poco de escándalo puede espantar mis oídos?

—¿Quién dijo miedo, mi Señor?

La mano libre del duque subió hasta su cara, la acarició con reverencia, y susurró con embeleso:

—¿De veras soy un gran señor? ¿Tengo, en verdad, una hermosa mujer? Pero ¿es que sueño o, por el contrario, es hasta ahora cuando he estado soñando?

Sin embargo, no estoy dormido, puesto que veo, oigo y hablo. Como huelo perfumes deliciosos y toco objetos delicados. ¿Dónde está mi mujer?

—*Aquí, noble señor, yo soy. ¿Qué me ordenáis?* —inquirió, cautivada por la fascinación con la que él la miraba.

—¿Eres mi mujer y no me llamas tu marido? Bueno que estos me llamen

«señoría», pero para ti soy tu hombre.

—Mi marido y señor, mi señor y mi esposo. Y, yo vuestra mujer toda obediente — asintió con gesto travieso, provocando que Ethan riese.

—¿Cómo debo llamarte?

—Señora.

—Señora mi dama: dicen que he soñado y dormido durante quince años y tal vez más.

—¡Ay!, quince años que me han parecido treinta a causa de haber estado todo este tiempo ausente de vuestro lecho. ¿Puedes al fin decir con sinceridad cuantos? —recitó Violet, y elevó sus cejas para desafiarle a que por fin le dijese su edad, la curiosidad era mucha, y aparte de aquello, ya no había secretos entre ellos.

—*Largo tiempo, en efecto...* —vaciló Ethan, luego se mojó los labios, pegó sus frentes y la acarició con su nariz con tanto ardor, que ella se erizó y vibró de necesidad—. *Tres décadas y tres años más, mi mocosa. Señora, desnúdate y acostémonos enseguida.*

La boca de su esposo tomó la suya y la besó con lentitud y sensual exploración. Sus manos comenzaron a subir por su cuerpo y con tirones demandantes desató su corsé y se deshizo de la prenda. El vestido siguió el mismo destino, y cada una de sus ropas hasta que la tuvo desnuda y agitada frente a él. Luego retrocedió y, sin apartar sus ojos oscuros y penetrantes de ella, se despojó de su vestimenta.

Cuando estuvo tan expuesto como ella, con su necesidad a la vista de su mirada ansiosa, la tomó de la mano y dijo con voz ronca:

—Bien. Ahora lo veremos. Señora mi mujer, siéntate a mi lado y dejemos que el mundo siga dando vueltas. Jamás seremos más jóvenes que ahora.

Violet obedeció, pero en lugar de sentarse sobre la mullida cama, lo hizo sobre las piernas de su marido, de tal manera que quedó en posición de amazona. La respiración de ambos se crispó, y quedó claro que la obra de teatro llegaría a su fin, pero aún Violet se sentía con ánimos de jugar, así que contoneándose hasta quedar encajada en la pelvis de su esposo, continuó:

—Pero una palabra aún, os lo ruego. Aunque hasta ahora la propia naturaleza de nuestra rivalidad no nos ha permitido conversar largamente, paréceme, tras haberlo pensado bien que, si queremos poder acercarnos aún y

pretender, como rivales felices, el amor, tenemos ambos el mayor interés en realizar una cosa.

—*¿Qué cosa? Os escucho* —gruñó Ethan, agarrando con fuerza su cintura y comenzando a dejar un camino de fuego en la piel de su cuello y pecho con su boca.

—*¡Pardiez, señor mío! Encontrar un marido para este demonio* —jadeó Violet, aferrando los hombros del duque y apretándose contra él con necesidad.

—¿Un marido? Pues yo digo un diablo. Porque ¿es que creéis, que habrá en el mundo un hombre tan loco como para casarse con ese infierno de mujer?

—Puede ser, si sabe del amor que arde en ella hacia él. Aunque no niego que conquistar su corazón ha sido un trabajo arduo.

—Por seguro que es un trabajo hábilmente hecho, ¿eh, señora mi mujer? Pero yo preferiría que hubiese acabado.

—Oh, sí, ha logrado conquistarla, y hacerla suya sin reparo —*asintió Violet*. Ethan la recostó, y tras pasar sus manos con reverencia por su torso, se apoyó en sus brazos y sin dejar de admirarla murmuró:

—En cuanto a mí, esclavo quiero hacerme tan solo por conseguir a esa joven, cuya sola vista tan súbitamente ha cautivado, hiriéndolos, a mis pobres ojos.

—Bonitas palabras para algún cuento de misterio y pasión, esposo —respondió ella y lo atrajo para abordar su boca con ansias.

Ethan la complació y saqueó su cavidad hasta que ambos sintieron sus cuerpos arder y se movieron con deseo desbocado necesitando más el uno del otro.

—Es una especie de historia. Una que nos trajo hasta aquí, y que no deseo *termine jamás* —dijo Riverdan.

La miro con desbordante amor y aferrando sus manos para entrelazar sus dedos, unió sus cuerpos íntimamente hasta que no quedó distancia entre ellos.

—Excelencia, esta empieza apenas —*aseguró Violet con solemnidad*.

Y se abrazó su marido, dispuesta a demostrarle los misterios de la pasión que guardaba en su interior.

EPÍLOGO

*Y al final no hubo rastro de dudas,
ni lugar para la intriga.
Nos envolvió el misterio de la seducción.
Caímos presos del juego del deseo.
La noche fue testigo de nuestra pasión.
Y en el silencio sellamos nuestra unión.
Dulce el misterio, eterno el amor.*

Extracto del libro: Susurros en la noche

Londres, octubre de 1838

Regent Street colapsaba de transeúntes, coches y vendedores aquella soleada mañana de primavera.

El joven muchacho que corría esquivando los obstáculos que se interponían entre él y su destino deseaba tener la capacidad de volar para así poder llegar más a rápido y aprovechar el tiempo que tendría, antes de que su padre fuese a buscarlo.

Cuando por fin estuvo frente a la puerta de vidrio, sonrió emocionado y empujó el cristal para adentrarse al elegante y al mismo tiempo anticuado sitio.

Las mujeres que se encargaban de recibir a los visitantes levantaron su cabeza al oír la puerta tintinear, debido a los cascabeles que llevaba colgados, y lo saludaron con la cabeza al reconocerlo para seguir luego con sus tareas. Él les correspondió, y se encaminó a la habitación del fondo, la cual estaba ubicada detrás de una pared que la ocultaba de la vista de los clientes. Entró

sin llamar, mirando a su alrededor y comprobando que, junto a la larga mesa de trabajo empotrado en un rincón, habían colocado material nuevo. Solo de verlo sintió el entusiasmo burbujear en su estómago.

—Buenos días, Dereck —lo saludó sin levantar la vista la única persona presente. Sus ojos estaban concentrados en la labor que estaba llevando a cabo, y él se quedó hipnotizado viendo su mano delgada y bastante agrietada pasar el lápiz sobre una gran hoja en blanco—. ¿La tienda está vacía? —le preguntó ajustando sus lentes y arremangando un poco más los puños de la camisa blanca que llevaba debajo de un chaleco oscuro.

—Sí, señor. Buenos días —contestó acercándose despacio, temiendo romper su concentración.

—Bien, llegaste un poco antes. Espera unos segundos y retomaremos la clase donde la dejamos la semana pasada. ¿De acuerdo? —le preguntó el anciano.

Él asintió y se dirigió a la mesa para tomar asiento y prepararse para la lección de esa semana. Quería aprovechar el tiempo, pues las horas que pasaba dentro de ese taller, escuchando a su abuelo explicar las técnicas de diseño y aprendiendo sobre telas, patrones, costura y confección eran los momentos más felices de sus días. Solo allí se sentía vivo y capaz de ver un futuro que valiese la pena.

Después, debía regresar a la realidad, volver a su rutina diaria y soportar la pesada carga que significaba para él ser quien era.

Sabía que no podía eludir sus responsabilidades ni el destino que le había tocado. Desde pequeño lo habían educado para que, llegado el día, estuviese listo para asumir su lugar: el de cabeza de familia, el de conde y futuro marqués.

Lo sabía, y trataba de resignarse a la idea. Si tan solo pudiera.

—Dereck, no le des más vueltas, hijo mío. Lo que tiene que ser, será. Cuando se tiene un don como el que tú tienes, créeme que el destino se encargará de que lo vuelvas realidad. No podrás ocultarlo para siempre —le dijo el anciano, que se había detenido a su lado, apoyando una mano en su hombro con afecto.

—Pero, abuelo... —dudó Derek, mirando el rostro marcado por el paso del tiempo, al hombre que a pesar de sus arrugas conservaba su vitalidad, el carácter en su postura y la inteligencia en sus ojos—. Mi padre, él no... Él

espera de mí otra cosa —logró carraspear con un nudo en la garganta. Sus ojos púrpuras se mojaron cuando vio la compasión y comprensión en la mirada oscura de su abuelo.

—Gauss lo entenderá, no te preocupes. Durante un tiempo también yo me convencí de que no podría ser duque y llevar este oficio. Me importaba demasiado lo que la sociedad podía decir, los convencionalismos. Por fortuna, tuve a mi lado a una mujer increíble que me enseñó que la vida vale la pena solo si se la vive amando con un corazón sincero, haciendo todo cuanto hagamos con pasión y no con resignación. Me enseñó que los sueños se pueden hacer realidad si los deseamos lo suficiente como para luchar por ellos y no dejarnos vencer hasta el final. —La voz de su abuelo se tiñó de sentimiento cuando dijo aquello y, tras hacer una pausa, se aclaró la garganta y regresó su vista a la cara de su nieto.

—¿Y si no lo comprende, si no me permite ser sastre? No creo que muchos condes se dediquen a esto —preguntó temeroso.

—Entonces, hablaré con Arden. Sigue siendo mi mejor amigo, y estoy seguro de que Bastien le dará un buen tirón de orejas a su hijo. —Se encogió de hombros su abuelo.

Dereck rio, y mientras el anciano comenzaba a explicarle el procedimiento para lograr un ajuste perfecto en una levita, se permitió tener una esperanza. Tal vez lograr su sueño sí era posible, tal vez podía atreverse a ser lo que siempre había deseado. Después de todo, el abuelo Ethan lo había logrado.

Ciertamente, si entre ellos no lograban convencer a su padre, siempre podía recurrir a sus abuelas. Dudaba que su padre osara enfrentar a la abuela Violet o a la abuela Emily, y atreverse a llevarles la contraria. Era sabido por todos que, en su tiempo, ambas manejaban una pistola mejor que el más avezado tirador de Londres. Y el hombro de su abuelo era testigo de ello.

Yo soy de mi amado y mi amado es mío...

Cantares 6:3

Serie Dulce Londres

GLOSARIO DE PERSONAJES PRINCIPALES

Y SECUNDARIOS RECURRENTES

Dulce enemistad

LIBRO I

Nicholas Bladeston, duque de Stanton.

Elizabeth Albright, duquesa de Stanton.

Dulce atracción

LIBRO II

Clarissa Bladeston, condesa de Baltimore.

Steven Hamilton, conde de Baltimore.

Dulce promesa

LIBRO III

Sébastien Albright, conde de Gauss.

Emily Asher, condesa de Gauss.

Dulce aventura

LIBRO IV

Andrew Bladeston, vizconde de Bradford.

Daisy Hamilton, vizcondesa de Bradford.

Dulce misterio

LIBRO V

Violet Hamilton, duquesa de Riverdan.

Ethan White, duque de Riverdan.

Dulce destino

LIBRO VI

Rosie Hamilton, marquesa de Landon.

Jeremy Asher, marqués de Landon, conde de Slade.

Dulce pacto

LIBRO VII

Blair Withe, condesa de Cavandish.

Anthony West, conde de Cavandish.

PERSONAJES SECUNDARIOS

William Albrigh, marqués de Arden.

Amanda Asher.

Margot Asthon.

Honoría Bladeston, duquesa viuda de Stanton.

Rachel Withe, duquesa viuda de Riverdan.

Jason Redmond, conde de Lesterley.

Amelia Wallace, duquesa viuda de Essex.

John Seinfeld, magistrado.

Patrick Wayne, médico.

Brandon Hamilton.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dedicar esta novela a mis queridas lectoras, las cuales esperaron mucho tiempo por ella, y me animaron con sus comentarios y críticas valiosas.

A mi esposo e hijos, que comprenden mis momentos creativos y me brindan su apoyo y cariño incondicional.

Y finalmente, pero no menos importante, a la fuente de mi inspiración que es Jesús, mi amigo fiel, mi paz.

Gracias a todos por ser mis compañeros de aventura y estar en cada paso del camino.

Los abraza a la distancia.

Eva

Adelanto del próximo libro:

Dulce destino

La mansión campestre de los duques de Stanton era un hervidero de gente cuando Violet y Ethan hicieron acto de presencia. El mayordomo, que usualmente era la viva imagen de la imperturbabilidad, parecía a punto de colapsar.

Ella y su esposo se miraron divertidos y siguieron al criado hacia la sala de estar, desde la que se oía el murmullo de voces. Dentro estaba prácticamente toda la familia; todos habían acudido para conocer al primer vástago del matrimonio ducal, o dicho de manera menos elocuente, lady Elizabeth estaba pariendo, y los allegados aguardando noticias.

Sus dos hermanos, con sus parejas, conversaban en un rincón; la duquesa viuda, lady Honoria, estaba sentada junto a la anciana lady Ashton y lady Amanda Asher; y por último, en el rincón contrario, estaban el duque y dueño de casa, lord Stanton, lord Gauss y su padre, lord Arden.

Pero la mirada de Violet se quedó fija en su hermana Rosie, que permanecía aislada mirando hacia la ventana; y haciendo lo mismo, pero con un libro entre sus manos, Jeremy Asher se hallaba en el rincón opuesto del lugar.

—Bienvenidos, pasen—los saludó lady Honoria, y ellos asintieron después del saludo formal—. Parece que estaremos aquí bastante tiempo, pues mi nuera lleva horas en labor de parto, solo Emily se ha quedado a darle apoyo, el duque fue expulsado por Elizabeth en cuanto comenzó a caminar sin cesar y a darle ideas para acelerar el alumbramiento —les contó la mujer, meneando su cabeza.

Ethan soltó su brazo y se alejó para acercarse al grupo del duque, y ella hizo lo propio, yendo a saludar a sus hermanos, viendo a su gemela acercarse y cambiar su gesto taciturno por una genuina alegría. Ambas se abrazaron. Se habían extrañado, ya que era la primera vez que se veían en varias semanas. El invierno estaba próximo a terminar, y a Rosie le esperaba el triste destino de regresar a la temporada social. Triste porque Violet percibía que ya no le hacía ilusión participar de los divertimentos de la ciudad, y la compadecía por ello.

Con suerte, encontraría un buen caballero con el que pudiese tener lo que todos los Hamilton habían hallado: amor. Aunque sospechaba, no sabía muy bien el porqué, que el corazón de su hermana ya tenía dueño, y por alguna razón, ese hombre no estaba haciendo nada para ayudar a la felicidad de Rosie.

Su vena entrometida y curiosa se moría por intervenir, pero como si su esposo pudiese leer su mente, en el trayecto hacia Sweet Manor, Ethan le había advertido que no se entrometiera en los asuntos de su hermana y que no buscara problemas haciendo de casamentera, y menos en aquel momento, en el que casi habían confirmado que estaba en estado de buena esperanza. Por lo que reprimió sus impulsos, y cuando Steven se unió al grupo de hombres y su cuñado Andrew lo siguió, ellas se miraron y se sonrieron con afecto.

Debía darles la noticia de su embarazo a sus hermanas y a Clarissa, quien lucía un vientre muy abultado y tendría a su bebe en un par de meses, pero estaba considerando esperar a que fuese seguro.

—Estás esperando a mi sobrino... —murmuró Rosie, interrumpiendo lo que fuese que Violet iba a decir, acariciando su vientre aún plano con ternura.

Ella abrió los ojos con sorpresa, y se sonrojó cuando Daisy casi escupió su té.

Clarissa chilló y se apresuró a felicitarla.

—Aún no es seguro; he tenido la ausencia de sangrado solo una vez — balbuceó sintiéndose violenta. Lo cierto era que ella era muy extrovertida y segura, pero en lo que a temas femeninos se refería siempre se sentía incómoda.

—Concuerdo con Rosie; por eso me pareció ver que brillabas cuando te vi entrar. Además, sabes que ella nunca se equivoca en sus premoniciones —

terció Daisy y le abrazó muy contenta.

—Te has sumado al grupo de las preñadas, ahora solo faltan Daisy y Emily, y tendremos un buen grupo —bromeó Clarissa, y las cuatro rieron.

—Stanton, si no dejas de moverte, harás un hueco en la alfombra —dijo Ethan, cuando se mareó tratando de enfocar a su amigo.

Él no pareció oírlo, continuó caminando y tirando de su cabello. El duque era un hombre poderoso, no muy paciente, bastante intimidante y frío, pero cuando de su pequeña esposa se trataba, era un completo manojito de emociones.

—En unos meses estaré en la misma situación, solo de pensarlo me entra el pánico —dijo su cuñado, Steven.

—Daisy aún no concibe, pero nos estamos aplicando con esmero, así que no tardaremos en agrandar la familia —agregó lord Bradford, y se acercó al aparador para servir un vaso de brandi y ofrecérselo a su hermano.

—Creo que, en estas circunstancias, lo mejor es tratar de mantener la calma y distraer la mente —adujo el duque Arden, el suegro de Stanton.

—Me sumó a esa idea. Después de todo, ninguno de nosotros tiene la menor idea de lo que está sucediendo entre esas cuatro paredes y somos afortunados por ello —afirmó su amigo Bastien, el hijo de Arden y esposo de Emily, quien era prima de la duquesa.

Ethan sonrió, recordando el episodio de la cabaña y también se estremeció, pensando que su esposa pasaría por eso no dentro de mucho. Estaba emocionado de saber que el fruto de su amor crecía dentro del vientre de Violet, pero también estaba aterrorizado.

—Debo decirles algo porque prefiero que se enteren por mí, antes de que la noticia sea dada en unas semanas por el vocero real —habló Arden, y todos le prestaron atención, hasta Nicholas detuvo su derrotero y lo miró—. He sido escogido para ocupar el puesto de Seinfeld, al menos por un tiempo. El rey quiere un magistrado de su confianza, y por supuesto no me ha dado opción a negarme. Una vez tome posesión de mis funciones, accederé a mucha información confidencial, y tal vez eso ayudará a dar con Jackson y los demás cómplices de Seinfeld.

—Eso espero, porque estoy seguro de que la lista de crímenes de esa escoria es mucho más extensa de lo que nos imaginamos, y tengo la certeza de que lady

Essex no es lo que creíamos —apuntó Ethan, sopesando lo conveniente de que el marqués estuviese a cargo. Él había renunciado ya al servicio real, pero no estaría tranquilo hasta no ver condenado a muerte a Jackson.

—¿A qué te refieres Riverdan? Amelia era amante y cómplice de Cavandish, y sabemos que estuvo involucrada en el asesinato de tu padre y de otros más — dijo lord Bradford frunciendo su ceño.

—Creo que ella ha sido coaccionada por Seinfeld durante todos estos años. La noche que murió el magistrado, Violet oyó cómo era amenazada para acudir a la emboscada que me hicieron, y cuando abatimos a John, ella quedó desolada y suplicaba porque le devolvieran a su hijo. Además, parece que Jackson tiene mucho que ver, porque la amenazaba con abusar de su hijo — explicó Ethan, y la pregunta que Steven le estaba por hacer quedó ahogada por el estrepitoso ruido de un objeto haciéndose añicos.

Todos voltearon hacia el lugar en el que se hallaban los fragmentos de cristales esparcidos, y vieron a Jeremy Asher observándolos con el rostro descompuesto, la respiración agitada y las manos cerradas en puños.

—Jeremy... —dijo lord Arden, pero el joven no reaccionó más que para dar media vuelta y abandonar el lugar con precipitación. Los demás se miraron con consternación y dudas. No obstante, no tuvieron ocasión de opinar sobre el extraño episodio, pues un grito desgarrador resonó en la mansión, seguido del llanto de un bebé.

Esa fue la señal para que Stanton los apartara y saliera apresurado hacia el piso superior. Las mujeres rieron emocionadas, y ellos suspiraron aliviados.

Lady Emily avisó que todo había salido bien, y solo les restó aguardar entre brindis y alegría.

Un poco más tarde, el duque apareció en la puerta llevando un pequeño bulto bien abrigado entre sus brazos. Su cara era la personificación de la felicidad y el orgullo. Algo no muy habitual en el caballero fue su enorme sonrisa cuando se adentró en la habitación y descubrió un poco la cabeza de su retoño, dejando a la vista una pequeña mata de cabello oscuro.

—Gracias a todos por acompañarnos. Les presentó a lady Arabella Bladeston.

—El grupo al completo se acercó para rodear al duque y admirar al pequeño querubín de ojos púrpura.

Tan embelesados quedaron que no se percataron de que lady Rosie Hamilton ya no estaba entre ellos.

Si te ha gustado

Dulce misterio

te recomendamos comenzar a leer

Una muchacha indecente

de *Evelin Mordán*

Selecta



*Una muchacha
indecente*

Evelin Mordán

PRÓLOGO

Una visita a altas horas de la noche en una granja alejada de la civilización solo podía significar una cosa: malas noticias.

Conan dejó el pan sobre la mesa y salió apresurado en espera de lo peor.

Cuando llegaba a uno de los caballos para tranquilizarlo y que detuviera el carruaje, la puerta de este se abrió de forma abrupta y unos pies calzados en unas botas de ante bajaron de un salto. La imagen de su tío, abatida y furiosa, se plantó ante él con el ceño fruncido.

—Quiero vino —gruñó.

Era toda una muestra de alegría al volver a verlo tras tantos años.

La última vez que lo tuvo delante, Conan tenía veinte años y había sido convocado a su lujosa casa en Londres para darle la noticia de que sería su heredero, pues a lady Valldhort se le había hecho imposible la tarea de procrear, y el conde se había dado por vencido en esperar un primogénito de su esposa.

Para él había sido una jarra de agua helada saber que tendría aquella responsabilidad en los años futuros (pocos, si el conde continuaba con su estilo de vida), pero era la única opción que tenía lord Valldhort. Y, a decir verdad, también era la única opción que tenía él.

Entraron en la casa y pidió al lacayo que sirviera a su tío del mejor vino que tenía en la bodega. La granja que había heredado de sus padres era humilde, pero él la había hecho dar los frutos suficientes para poder permitirse buenos vinos, algún que otro coñac escocés, y sirvientes que lo atendieran.

Lord Valldhort lo acompañó a cenar en silencio mientras la tensión del ambiente se difuminaba gracias a un estómago lleno y la sangre caliente por la bebida. El fuego crepitado en la chimenea, siendo el único sonido que ocupó el silencio durante los próximos cuarenta minutos.

—La granja se ve próspera —masculló el conde mientras retiraba el plato a un lado para ser recogido.

Conan alzó la vista hacia él, hacía rato que había acabado.

—Es de noche; no puede verse gran cosa de noche.

—No está ardiendo, eso me basta para saber que no has hundido lo único que tenía mi hermano.

Tragó saliva antes de responder.

—Es lo único que tengo yo también.

No quiso decirlo como una réplica, sabía que su tío era muy fácil de provocar.

Pero no pudo evitar endurecer el tono de voz ante la insinuación de falta de confianza para con su deber.

—Eso va a cambiar algún día —dijo lord Valldhort poniéndose en pie ruidosamente. Conan lo siguió hasta los sofás que adornaban la seria estancia—.

Lo sabe todo el puñetero mundo menos tú, que sigues viviendo en esta maldita granja obviando cuanto puedes que vas a ser conde.

—No obvio nada, tío; me dedico a estar en el lugar que me corresponde hasta que eso suceda.

Una risa burlona lo hizo apretar los puños a los costados. El conde había tomado asiento en la butaca color verde en la que tantas noches había perdido el sueño pensando en el motivo de aquella conversación.

—Eres igual que tu padre —masculló por lo bajo al mirarlo—. Él también se consideraba el hombre perfecto, ¿lo sabías?

No se consideraba, lo era.

—Yo era un niño cuando murió, pero lo recuerdo.

—Claro que lo recuerdas; no dejabas de recordarlo en todos los años que viviste conmigo y tu tía.

—Vos me cuidasteis, y os estaré eternamente agradecido, milord.

Y era cierto.

Lord Valldhort podría haberlo enviado a cualquier centro donde creciera rodeado de reglas sin sentido y maltratos por no ser hijo de un noble con título, pero se había hecho responsable de él hasta que había tenido la edad suficiente para cuidar del hogar en el que había nacido.

—Es el momento de que hablemos de cómo vas a pagarme esa deuda, Conan —musitó, invitándolo a sentarse frente a él—. Eres un hombre independiente, y has vivido como tal todo lo que has querido, pero ahora te exijo que cumplas con el deber.

Él frunció el ceño, sin comprender. Hasta donde sabía, el acuerdo lo hacía responsable en cuanto su tío se fuera a una mejor vida en el otro mundo, pero estaba ante él, mirándolo muy concentrado esperando su reacción.

—Me temo que no entiendo, milord.

El conde hizo señas a uno de los lacayos que pasaba cerca del salón para que le llevara más vino.

—Quiero que dejes este campo y te vayas a la ciudad. —Levantó la mano con autoridad cuando Conan se disponía a replicar—. Eres un adulto y no tienes por qué obedecerme, eso ya lo sé. Pero estás en mi maldito testamento y hay una cláusula que te conviene saber si no quieres perder incluso esta propiedad cuando yo me muera.

¿Perder la granja? Un fuerte golpe, como proveniente de la espalda, lo inclinó hacia adelante para poner mayor atención. ¡Nadie lo había informado de ninguna cláusula!

—Cuando fui hace ocho años a vuestra casa por última vez no me dijisteis ninguna condición para hacerme vuestro heredero —gruñó—, solo me pedisteis que dedicara mi vida a labrar una reputación respetable para que, llegado el momento, nadie pusiera en duda que yo era el heredero indicado.

Lord Valldhort se acomodó en el sillón, que parecía demasiado pequeño para sus grandes hombros.

—¿Tienes miedo a que decida no darte mi título, Blascoow?

—Lo único que me importa es perder la finca de mi padre.

—¡Esta finca es mía, insensato! —gritó poniéndose en pie—. Todo lo que tenía tu padre fue cedido por mí, para que pudiera casarse y hacerse un hombre, aunque no tuviera ningún título.

—Nunca le hizo falta, milord —replicó en defensa de su admirado padre, difunto hacía tantos años. Quiso ponerse en pie para demostrar que no le intimidaba en absoluto el hecho de que casi todo lo que pisaba le pertenecía; aquella tierra había sido cuidada por él durante años, era suya en todos los efectos prácticos—. No veo necesidad de hablar de los muertos, tío —masculló con acritud cuando él volvió a sentarse.

Siguieron unos momentos de tenso silencio en los que Conan recuperó el control de sí mismo. Lord Valldhort, sin embargo, de pronto parecía más agotado que momentos antes.

—Hijo —susurró pausadamente—, debes ir a la ciudad.

Conan recibió de buen grado la muestra de afecto.

—¿Estáis enfermo?

—No más que el año anterior, y el anterior a ese —respondió—. Pero las cosas no son como esperábamos.

—Os agradecería que fueseis más claro, tío. Aquí en el campo no solemos hablar con tanto misterio.

El conde lo miró de reojo mientras recibía la copa de vino que el lacayo le brindaba. Cuando se hubo marchado y cerrado la puerta, continuó:

—Debes casarte —dijo—. Cásate antes de mi muerte, es lo más seguro.

Conan Blascoow contrajo el rostro en una mueca de desagrado que no pasó desapercibida a su tío. Pero fue sustituida por una risa vacía con la misma rapidez que había aparecido.

—¿Casarme? ¿De qué estáis hablando? No tengo título, aún no. Ninguna dama querrá casarse con un granjero del norte sin título alguno.

—Como has dicho: aún no.

—Pero....

—Has convertido Blascoow en un lugar próspero y rentable, no eres pobre, Conan. Solo necesitas lo que no tardarás en obtener y, para ese entonces, es mejor que ya estés casado.

Conan comprendía la situación: su tío se moría. Y no quería irse sin asegurarse de que haber dejado a su sobrino como heredero de su título había sido la solución para asegurar el linaje.

Su padre, el señor Conan Blascoow, había dado como único descendiente a un hijo que había llamado como él porque sabía que no tendría ninguno más. Su llegada al mundo había sido un milagro. Su tío, no obstante, no había sido capaz de procrear ni con su esposa ni con ninguna de las queridas que había tenido.

Aunque a lady Valldhort le habían confirmado que no era apta para crear primogénitos, Conan sabía con certeza que su tío tampoco lo era.

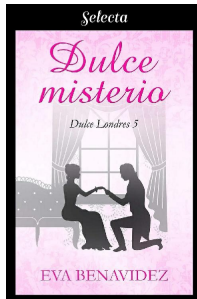
¿Casarse? Para él no había ningún problema en unir su vida a la de una mujer.

Había sido educado para ello; para heredar y cumplir con todo lo que eso implicaba.

—De acuerdo —musitó—. Haré lo que tenga que hacer.

Y, sin más, Conan se vio envuelto en un sinfín de nombres de posibles damas que podían aceptarlo en su condición actual. Solo le importaba una cosa, pensó: si no podía casarse por amor, al menos se casaría con la dama más elegante y perfecta que pudiera hallar.

Amor accidental



Recientemente presentada en sociedad, Violet Hamilton, hermana menor del conde Baltimore, ostenta una reputación de irreverente e indomable y se ha ganado el apodo de Demonio.

Amante del aire libre, la esgrima y los caballos, no encaja en la descripción de una típica damita en edad casadera, por lo que a pesar de su belleza, no le llueven pretendientes, más bien huyen despavoridos ante su mal genio.

Violet, está resignada a perecer de aburrimiento en las veladas de la alta sociedad, alejada del campo y la libertad, pues la pérdida trágica de sus padres siendo ella una niña le llevó a resentirse con el matrimonio y el amor. Cuando una noche, su vida da un peligroso giro al ser testigo accidental de un brutal crimen, se planteará descubrir la identidad del misterioso asesino.

Ethan Withe, Duque de Riverdan, ha dedicado su vida al servicio de la corona, bajo el seudónimo de Ross, y a viajar por el mundo. Cuando su padre, con quien tiene un pasado de antagónicos enfrentamientos y una cruda historia familiar, fallece de manera escandalosa, deberá regresar a Londres para intentar frenar los rumores, hacerse cargo de su herencia y nuevo estatus aristocrático y presentar en sociedad a su hermana menor. Algo que implicará reaparecer en los bailes y eventos, de los que, como soltero empedernido decidido a no casarse jamás, lleva años escapando.

Dispuesto a dilucidar el misterio que rodea a la muerte de su progenitor se verá sumergido en una tenebrosa entramada, que puede significar encontrar a un peligroso espía que lleva tiempo persiguiendo y a su misteriosa amante.

Los caminos de Violet y Ethan se cruzarán desatando entre ellos una lucha de voluntades. Y mientras intentan resolver el misterio expuestos al peligro, disputarán el juego de la pasión y el deseo y, finalmente, el amor será la recompensa... o tal vez el castigo.

Eva Benavídez. Tengo veintinueve años. Vivo en Córdoba, Argentina, junto a mi esposo y mi hijo. Estudié Relaciones públicas, ceremonial y protocolo. Mi pasión es la escritura desde que a los doce años leí un libro que marcó mi vida: *El diario de Ana Frank*. Comprendí entonces que la lectura, pero sobre todo la escritura, iban a ser el refugio y la constante en mi vida. Dios es la fuente de mi inspiración y mi sostén. Mi motivación mi familia, y mi vocación poner en letras las voces de mi alma.

Edición en formato digital: julio de 2019

© 2019, Eva Benavídez

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN: 978-84-17540-21-0

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

- [1] Las líneas en cursiva del intercambio entre Ethan y Violet pertenecen a la obra del autor William Shakespeare *La fierecilla domada*. El orden de estas no es el original. Fueron modificadas en fragmentos de acuerdo con la conveniencia del autor y del relato.

Índice

DULCE MISTERIO

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

EPÍLOGO

Serie Dulce Londres

AGRADECIMIENTOS

Adelanto del próximo libro: Dulce destino

SOBRE ESTE LIBRO

Si te ha gustado esta novela

CRÉDITOS